Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

3



La embestida del Islam

A pedido de la Corporación de Abogados Católicos, el P. Alfredo Sáenz dictó en Buenos Aires un ciclo de conferencias sobre la Iglesia en las encrucijadas de la historia. Se incluye acá el quinto tema que lo integra.

Esperamos que las reflexiones del autor sean útiles no sólo para una mejor inteligencia de la teología de la historia, sino también de las circunstancias tan agobiantes que nos toca transitar. El libro, aunque lleno de dramatismo, está preñado de consolación.

3

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

La embestida del Islam

EDICIONES GLADIUS
2003

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

Tomo 1. PRIMERA TEMPESTAD
La Sinagoga y la Iglesia primitiva
SEGUNDA TEMPESTAD
Las persecuciones del Imperio Romano
TERCERA TEMPESTAD
El Arrianismo

Tomo 2. CUARTA TEMPESTAD
Las Invasiones de los Bárbaros

Tomo 3. QUINTA TEMPESTAD
La Embestida del Islam

Imagen de portada: *Carlos Martel contra los moros*

Sáenz, Alfredo Padre
La nave y las tempestades : la embestida del Islam
1a ed. 1a reimp. - Buenos Aires : Gladius, 2011
288 p. ; 18x11 cm
ISBN 978-950-9674-66-0
1. Historia de la Iglesia. I. Título.
CDD 270.09

Fecha de catalogación. 17/06/2011

Indice

Prólogo

El P. Alfredo Sáenz y los estudios históricos

En su afán evangelizador el P. Alfredo Sáenz ha realizado a lo largo de su vida una enorme tarea histórica. No me refiero a los estudios específicos y completos dedicados a naciones determinadas, como su libro sobre *Rusia* [1], o a toda una época, como *La Cristiandad y su Cosmovisión* [2], o a *La Caballería* [3], ni a sus profundos trabajos de teología de la historia como *El Fin de los Tiempos y seis autores modernos. Dostoievski, Soloviev. Benson, Thibon, Pieper, Castellani* [4], que son siete con *Hugo Wast* [5]; sino a dos líneas principales y complementarias de la "Historia de la Salvación": la de los arquetipos y la de las tempestades que levantó *El*

1 Sáenz, A., *De la Rus' de Vladímir al "hombre nuevo" soviético. La misión providencial de Rusia*, Gladius, Buenos Aires 1989. 582 pgs.

2 Sáenz, A., *La Cristiandad y su Cosmovisión*, Gladius, Buenos Aires 1992. 412 pgs.

3 Sáenz, A. *La Caballería*, 3ª edición, Gladius, Buenos Aires 1991. 206 pgs.

4 Sáenz, A., *El Fin de los Tiempos y seis autores modernos*, Gladius. Buenos Aires 1996, 374 pgs.

5 Sáenz, A., *El Fin de los Tiempos en Hugo Wast*, revista Gladius N° 54, Buenos Aires 2002, pp.83-108.

espíritu del mundo [6] contra la Nave de la Iglesia, que recorre los mares del siglo hasta el fin esjatológico.

La lista de las biografías que constituyen los arquetipos es realmente impresionante y abarca todas las épocas de la historia. Mencionemos las principales:

1. *Antes de la Encarnación del Verbo:*

Las de Adán, Abel, Noé, Isaac, Melquisedec, Moisés, Josué, David, Salomón, Isaías, Juan Bautista, aparecieron en su libro *Cristo y las figuras bíblicas* [7], donde desarrolla el sentido tipológico de la Escritura.

2. *Luego de la Encarnación del Verbo:*

Aparecen biografías en la serie, *Héroes y Santos* [8], *La Ascensión y la Marcha* [9], *El Pendón y la Aureola* [10] y en otros libros de los cuales surge esta lista:

6 Sáenz, A., *El espíritu del mundo*, revista Gladius Nº1, Buenos Aires 1984, pp.3-40.

7 Sáenz, A., *Cristo y las figuras bíblicas*, Ed. Paulinas, Buenos Aires 1967, 248 pgs.

8 Sáenz, A., *Héroes y Santos*, Gladius, Buenos Aires 1994, 422 pgs.

9 Sáenz, A., *La Ascensión y la Marcha*, Gladius, Buenos Aires 1999, 276 pgs.

10 Sáenz, A., *El Pendón y la Aureola*, Gladius, Buenos Aires 2002, 286 pgs.

a) *Tiempos Apostólicos:* San Pablo (+ 67).

b) *Tiempos Patrísticos:* San Juan Damasceno (650-750), San Nicéforo (758-828), San Teodoro Estudita (759-826) [11].

c) *Edad Media:* San Vladímir (956-1015), San Bernardo (1091-1153), San Fernando de Castilla (1201-1251), San Luis, rey de Francia (1214-1270) [12], Santa Catalina de Siena (1347-1380), Teófanes el Griego (s. XIV), Andrei Rubliov (1370-1430).

d) *Siglo de Oro Español:* Isabel la Católica (1451-1504), San Ignacio de Loyola (1491-1556), Santa Teresa (1515-1588).

e) *La Cristiandad en América:* P. Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652), Hernandarias (1560-1631), San Roque González de Santa Cruz (1576-1628). María Antonia de la Paz y Figueroa (1730-1799), fray Francisco de Paula Castañeda (1776-1832).

f) *Edad Contemporánea* (siglos XIX y XX): Gabriel García Moreno (1821-1875), Anacleto González Flores (1888-1927), Louis Edouard cardenal Pie (1815-1880) [13]. Antonio Rivera (1916-1936), Antoni Gaudí (1852-1926), Alexander Solzhenitsyn, Tatiana Goricheva.

11 Sáenz, A., Cf. *El Icono, esplendor de lo sagrado*, 2ª edición, Gladius, Buenos Aires, 199 pgs.

12 Sáenz, A., *La Cristiandad...*, ed. cit., pp.121-126.

13 Sáenz, A., *El Cardenal Pie*, Gladius, Buenos Aires 1987. 540 pgs.

La otra serie. *La Nave y las Tempestades*, que va siguiendo una programación cronológica, cuenta con un antecedente, *La querella iconoclasta*, que apareció en el libro citado sobre el Icono. Los cinco estudios culminados son:

1. *La Sinagoga y la Iglesia primitiva*,
2. *Las persecuciones del Imperio Romano*,
3. *El arrianismo*. Los tres aparecieron en un primer volumen [14].
4. *Las invasiones de los bárbaros* [15].
5. *La embestida del Islam*.

Seguirán estudios sobre ulteriores tempestades como la Reforma Protestante, la Revolución Francesa, la Revolución Soviética, el Modernismo, etc., hasta llegar a la última y Gran Tribulación profetizada por el Apokalypsis, sobre la cual el P. Sáenz ha elaborado ya algunos materiales preparatorios: *Gramsci y la Revolución Cultural* [16]. *El Nuevo Orden Mundial* [17], etc.

14 Sáenz, A., *La Nave y las Tempestades*, Gladius, Buenos Aires 2002, 256 pgs.

15 Sáenz, A., *La Nave y las Tempestades. Las invasiones de los bárbaros*, Gladius, Buenos Aires 2003, 184 pgs.

16 Sáenz, A., *Gramsci y la Revolución Cultural*, 6ª edición, Gladius, Buenos Aires 2000, 48 pgs.

17 Sáenz, A., *El Nuevo Orden Mundial en el pensamiento de Fukuyama*, 4ª edición, Pórtico, Buenos Aires 2000, 138 pgs

El concepto de historia en el P. Sáenz

Esta producción, tan fecunda y variada del autor, encuentra su unidad en la formalidad teológica que le da su Cristocentrismo, proveniente del pensamiento paulino, agustiniano y tomista que profesa, y que se trasunta en varias obras, entre ellas: *El lugar de la historia en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino* [18] y en su recensión al libro de Gueydan de Roussel, *El Verbo y el Anticristo* [19].

Señala Alfredo Sáenz que para el Aquinate todo lo creado está signado por el movimiento. El hombre es un ser dinámico, un "manojo de actos movidos por el amor". Aun los dones del Espíritu Santo son comprendidos desde el punto de vista de su moción hacia el fin. El hombre es un sujeto espiritual, inteligente y libre, capaz de trascender la naturaleza y de conducir su propio desenvolvimiento.

No existe más que una sola historia, la historia del perfeccionamiento o de la deformación de la imagen y la semejanza de Dios tanto en el hombre como en la sociedad.

La imagen, es decir, la marca en el hombre de las Tres Divinas Personas, no es algo estático sino dinámico, y está al servicio de la semejanza, la cual

18 Sáenz, A., *El lugar de la historia en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino*, revista Gladius Nº 52, Buenos Aires 2001, pp.37-45.

19 Sáenz, A., *Guillermo Gueydan de Roussel, El Verbo y el Anticristo*, revista Gladius Nº 27,1993, pp.176-184.

se realiza en un movimiento, un dinamismo, el "*motus creaturae rationalis ad Deum*".

La búsqueda de la semejanza con Dios es la razón del impulso volitivo del hombre (*Contra Gentiles* III, 24), un ser esencialmente en movimiento hacia la felicidad.

A la doctrina antropológica del individuo que desarrolla el P. Sáenz hemos dedicado un artículo [20]. Resumamos ahora su misma idea icónica, aplicada al orden histórico, social y político.

La autorrealización del hombre supone la vida social. Hay una *historia de la sociedad* movida por el hombre bajo la dirección de Dios, que la conduce por causas segundas. El hombre es un ser histórico no sólo porque su naturaleza está abierta al devenir, sino porque está inserto en una historia trascendente, la historia de la salvación: Dios creó al hombre y el hombre pecó; el Verbo de Dios, plenificando los tipos y figuras veterotestamentarios, se hace carne para redimirnos. La Revelación misma es un hecho histórico, una revelación de lo alto cuyo centro es la Encarnación del Verbo. Todo lo que la precede es una preparación y todo lo que la sigue es su consecuencia.

La misma idea de historia, de una historia con sentido, lógica e inteligibilidad, es una idea cristiana. En última instancia, el sentido de la historia

20 Breide Obeid, Rafael L., *La Imagen y Semejanza de Dios en el Hombre Moderno. La Antropología del P. Alfredo Sáenz*, revista Gladius N° 57, Buenos Aires 2003, pp.9-26.

no es sino la recapitulación de las personas y cosas en Jesucristo, su motor inmanente y trascendente.

Esta visión tomista del P. Sáenz se completa con la dimensión histórica de los sacramentos, que tienen una triple significación dentro de la historia de la salvación, pues son memoria de la Pasión, demostración de la Gracia, y signo profético o preanunciativo de la Gloria futura.

Pasión, gracia y gloria, en la Eucaristía son sacrificio, comunión y viático, respondiendo al triple significado pascual, actual, esjatológico. La esjatología es el punto final de todo el ciclo de la historia.

La Quinta Tempestad.
La Embestida del Islam

Con aquellos antecedentes y esta brillante perspectiva el P. Sáenz acomete la difícil tarea de estudiar la embestida del Islam. Tarea tan urgente como ardua y difícil. Parte el autor de innumerables aportes, muchos de ellos muy valiosos pero parciales y, por ello, reduccionistas y confusos, ineptos para clasificar de una manera adecuada una realidad dinámica y en expansión.

El estado de la cuestión antes del aporte de Sáenz era más o menos el que surge de las preguntas siguientes:

¿Cuál es el origen del Islam? ¿Mahoma? ¿O debemos remontarnos a Ismael, hijo de Abraham y

Agar? ¿Es un pueblo bíblico o una herejía cristológica externa?

¿Es un puente entre el paganismo y el cristianismo, que introdujo el racionalismo griego en Europa a través de Averroes en España y las escuelas de medicina árabe de Sicilia o, por el contrario, la reacción de las culturas mágicas de Oriente contra el racionalismo grecorromano?

¿Lo musulmán, más de mil trescientos millones de almas, se puede reducir a lo árabe, doscientos millones? ¿Y lo árabe, con sus tradiciones cristianas milenarias arameas, coptas y caldeas, se puede reducir a lo musulmán?

¿Prevalece su raíz ebionita, judeocristiana y gnóstica, que buscaba un milenarismo terrestre, y es por lo tanto una religión exterior, una ideología de poder, o posee un fuerte contenido espiritual y místico?

¿Es una amenaza contra el Occidente Cristiano o el último refugio de una cultura tradicional contra el materialismo occidental, sede de la cultura de la muerte?

¿Qué lugar ocupa, según los designios divinos, en la lucha de los otros pueblos bíblicos, el pagano, el judío y el cristiano, por la dominación mundial?

El P. Sáenz responde a este apasionante cuestionario en cinco apretados capítulos.

En el primero trata del Islam: la figura de Mahoma, el Corán y los cinco pilares, es decir, la confesión de la fe, la oración, la limosna, el ayuno y la peregrinación a La Meca. Luego, de la Guerra San

ta y la prodigiosa expansión del Islam. Asimismo del sufismo y el problema de la mística y la espiritualidad musulmanas. En relación con esto último se detiene con profundidad en la gran figura de al-Hallaj, el místico y mártir musulmán que tanta influencia tuvo en la mística cristiana y mereció también la atención del recordado P. Castellani [21].

El segundo capítulo describe la reacción militar desde la Reconquista de España y las Cruzadas, hasta las batallas de Lepanto y de Viena. Particularmente interesante resulta el caso de España, pues es el único país que le ganó una guerra al Islam, si bien la victoria le llevó ochocientos años. Efectivamente el Islam ha perdido muchas batallas pero sólo una guerra.

Después trata de la respuesta misionera. Más allá de la aparición de las Ordenes religiosas dedicadas a redimir cautivos, dedica un buen número de páginas a la consideración de grandes figuras como San Francisco de Asís, Raimundo de Peñafort y Raimundo Lulio.

En el cuarto capítulo se aboca al Islam de los últimos tiempos. En primer lugar el autor se pregunta la razón de su extraña supervivencia. Luego analiza el fracaso del colonialismo europeo en los siglos XIX y XX y la ulterior resurrección del Islam, así como las extraordinarias y emocionantes experiencias de Charles de Foucauld y de Ernest Psichari.

21 Castellani, Leonardo, *Psicología Humana*, Jauja, Mendoza 1997, 402 pgs.

Finalmente, el quinto capítulo se refiere a la situación actual. Considera el autor la tortuosa política de Norteamérica frente al Islam, la progresiva infiltración del Islam en Occidente y finalmente cuál debe ser nuestra actitud frente a su actual irrupción. ¿Diálogo o conversión?

Conclusión

Se trata de una obra fundamental donde el P. Sáenz ha logrado ofrecer, aunque en apretado esquema, una respuesta concreta a los principales interrogantes que suscita el misterio del Islam. Su amplia mirada teológica, desde el Génesis (Ismael) hasta el Apokalypsis, le ha permitido esta perspectiva unificadora y esclarecedora de los aportes anteriores.

Al mismo tiempo su propuesta abre nuevos caminos de investigación e interpretación de un tema que esta lejos de agotarse y cuyo desenlace definitivo pertenece a la esjatología.

Rafael Luis Breide Obeid

Quinta Tempestad

LA EMBESTIDA DEL ISLAM

Finalmente, el quinto capítulo [illegible] situación actual. [illegible] ¿Diálogo o confrontación?

Conclusión

Se trata de una obra [illegible]

Al mismo tiempo [illegible] definitiva pertenece a la [illegible]

HEMOS analizado dos terribles tempestades: la del arrianismo. que pareció corroer a la Iglesia desde sus propias entrañas, y la de las invasiones de los bárbaros, que si bien provinieron de afuera, zarandearon de nuevo la nave de Pedro. Podría pensarse que después de haberse rechazado ambos ataques, lográndose tan inesperadas como resonantes victorias, la situación quedaría consolidada por mucho tiempo. Pero no fue así. Precisamente entonces. en un momento de calma aparentemente universal y que prometía ser duradera, las olas volvieron a encresparse hasta el punto de llegar a cubrir la cubierta de la Nave. Nos referimos a la aparición y ulterior irrupción del islamismo en el territorio de la naciente Cristiandad.

I. El Islam

No nos será fácil dar cuenta de esta nueva tempestad. El conflicto inicial que conmocionó a la primitiva Iglesia se resolvió en pocos decenios. Las persecuciones romanas se agotaron en tres siglos, el arrianismo permaneció enquistado en la Iglesia durante unos sesenta años, y las invasiones de los bárbaros, que concluyeron con la conversión de dichas tribus, se extendieron a lo largo de tres centurias. El islamismo, en cambio, tras los más de mil quinientos años que transcurrieron desde su aparición, todavía perdura, y no hay miras de que esté por esfumarse. Su tratamiento será, pues, muy complejo, ya que habrá que tener en cuenta las tan diversas como variadas etapas de su acontecer histórico, así como las consiguientes reacciones ofensivas o defensivas de la Iglesia.

1. *La figura de Mahoma*

El epicentro del islamismo se encuentra en Arabia, más particularmente en la hoy llamada Arabia Saudita, una vasta península en forma de trapecio, con amplísimos desiertos y una población relativamente escasa. No dejan de ser brumosos los avatares políticos de aquellas tierras. Se sabe que hacia el año 9 antes de Cristo, un árabe de nombre Aretas reinaba en Petra sobre los nabateos de raza árabe, llegando a extender su dominio hasta Damasco, con el apoyo de los romanos. Dicho reino sería finalmente anexado al Imperio de Roma por el le-

gado de Siria, que se apodero de Petra en el ano 105, quedando constituido en provincia bajo el nombre de Arabia, con Bosra por capital. Hegra, muy al norte de la actual Medina, fue el límite sur de la provincia romana de Arabia. En cuanto a La Meca, no existía por aquellos tiempos. En la región más sureña de la península se encontraba una zona más próspera, llamada Saba, cuya reina visitó a Salomón mil años antes de nuestra era (cf. 1 Re 10). La principal actividad de ese reino era la producción y el comercio de incienso y de perfumes, como mirra, canela, cinamomo y ládano.

Según puede verse, la casi totalidad de la actual Arabia Saudita quedó fuera de los límites del Imperio Romano. Con Diocleciano, la parte norteña que le pertenecía, fue amputada de su zona meridional, y unida políticamente a Palestina, quizás en orden a una mejor distribución de las fuerzas militares. La gran mayoría de los árabes, agrupados en tribus, llevaban una vida nómade, fuera de los límites de la provincia romana, que amenazaban constantemente con sus incursiones. A esas regiones sólo llegaron los romanos en expediciones punitivas. En caso de ataque, los árabes –a quienes los romanos llamaban "sarracenos" o "agarenos"– recogían rápidamente sus tiendas, cegaban los pozos de agua y retrocedían para dejar a los invasores en medio del polvo y de las ardientes arenas.

Tal fue el escenario donde nacería el islam. Se ha dicho que fueron árabes los tres magos que se allegaron a Cristo el día de la Epifanía. Las ofrendas que llevaron a nuestro Señor, el oro, el incienso

didos, hay que seguir el consejo francés: *chercher la femme*, buscar a la mujer que sirvió de amalgama y de atractivo a estos guerreros, y su mezcla de culturas, pues la cultura se lleva en la estirpe, se bebe en la familia y en todo el mundo de relaciones sociales y políticas. Por eso es tan difícil armonizar "culturas" –uso este término multívoco de manera indefinida y genérica–, aun culturas afines, con una religión o base lingüística común. Santo Tomás desde la perspectiva lingüística, en su comentario al libro de Aristóteles *Sobre la Interpretación* (I, 2), hablando del origen o naturaleza política del lenguaje, y de su vinculación con el alma y la inteligencia, nos dice: "y así fue necesario que hubiesen voces significativas para que los hombres convivieran entre sí. Y por eso los que tienen lenguas distintas, no pueden convivir bien entre sí", aunque haya uniones personales exitosas. Y eso vale también para la *polis* eclesiástica que ve debilitada o destruida su unidad al perder la lengua propia, el latín, que es como perder la identidad inmediata.

El Imperio y los bárbaros vieron muy claro el asunto y bajo pena de muerte prohibieron por decreto de necesidad y urgencia la procreación mutua; como era previsible perdieron como en la guerra, porque la guerra y la paz de los sexos son de un orden más elemental que las leyes humanas. Hasta la hermosa princesa Honoria, hija de la emperatriz Gala Placidia se ofreció en matrimonio a Atila, que lo tomó con calma.

Ya dijimos que los francos se catolizaron gracias a la conversión personal de Clodoveo, que incluso

discutió antes de su bautismo la superioridad o inferioridad de Cristo crucificado en relación a sus dioses. La Iglesia le presentó una prueba irrefutable: el triunfo teológico-militar, como muchas veces ocurre en el Antiguo Testamento y lo podemos leer detalladamente en las transcripciones de San Gregorio de Tours. El P. Sáenz se cura en salud, porque van a decirle de todo, y acota que "puede parecer un argumento demasiado trivial" el de Clodoveo (p.106), aunque en la Biblia se encuentran casos similares.

Es cierto, puede parecer, porque los criterios populistas democráticos o materialistas hacen de la población ignorante, la fuente del poder no sólo político sino espiritual; así los sacerdotes emanan por arte de magia del pueblo de Dios y con el mismo criterio las almitas de los bárbaros deberían convertirse al cristianismo sin la intromisión de Dios y menos del Poder Ejecutivo, cuya esposa, la de Clodoveo claro, juega un papel decisivo como una especie de superpoder apostólico; tanto que el matrimonio con Clotilde lo arregló el obispo San Remigio, sin dejar de ser santo, o mejor dicho, éste debe continuar siendo uno de sus méritos principales.

De modo similar intervinieron otras colegas que "se convirtieron en los primeros apóstoles de sus maridos" (p.106), a pesar de la imagen machista que acostumbramos a consumir. Lo cierto es que Clodoveo tuvo éxito en Francogermania: el catolicismo dejó de ser la religión de los romanos, de la curia romana, dirían las izquierdas, para convertirse en la religión de todos.

días de caravanas al sur de Canaan. No se nos dice cómo arribaron a dicho lugar. Quizás algunos viajeros se comidieron en hacerles este favor, ya que el valle estaba situado en una de las grandes rutas de caravanas, llamada a veces "la ruta del incienso", por los perfumes y otros productos semejantes que eran llevados por ese camino desde la zona de Saba hasta el Mediterráneo. Allí quedaron solos, mientras los caravaneros seguían su ruta. Cuando el agua del odre se terminó, madre e hijo comenzaron a sentir sed, al punto que Agar temió por la vida de Ismael. Este, tirado en la arena bajo una manta, lloraba desconsoladamente, mientras su madre, sobre una roca miraba en derredor por ver si aparecía alguien que pudiese socorrerlos. No viendo a nadie, trepó rápidamente a otro promontorio rocoso. Estaban solos. Al borde de la desesperación, recorrió siete veces la distancia que separaba los dos montículos hasta que, sentándose por fin sobre la roca más alejada, sin ya saber qué hacer, oyó la voz de un ángel que le reiteró la decisión de Dios: "Arriba, levanta al chico y tenle de la mano porque he de convertirle en una gran nación" (Gén 21,18). Enseguida el Señor les mostró un pozo que estaba cerca del antiguo tabernáculo que había erigido Abraham, el pozo de Zem-Zem, sagrado hasta la actualidad para los descendientes de Ismael. Éste desaparece del relato bíblico hasta la muerte de Abraham, cuando reaparece para enterrar a su padre, juntamente con su hermano Isaac. Poco después, un grupo de beduinos, que estaban buscando un camello extraviado, encontraron aquel pozo, y luego de apagar su sed, funda-

ron allí la ciudad de La Meca, tomando a Agar e Ismael como protectores. Desde entonces numerosos peregrinos afluirían de todas partes de Arabia para visitar ese lugar. También los descendientes de Isaac lo venerarían.

Según las tradiciones árabes, Ismael se casó con la hija de un príncipe, y estuvo en el origen de una familia muy numerosa, principio del pueblo árabe. Trató enseguida de reconstruir aquel templo primitivo, la Kaaba, ayudado por su padre Abraham. Una piedra milagrosa le servía al patriarca como andamio, subiendo o bajando por ella, según lo requería la construcción. Persisten todavía las huellas de sus pies, que sólo las pueden ver los creyentes fervorosos. Dicha piedra, incrustada en un ángulo de la pared exterior de la Kaaba, era originalmente un jacinto blanquísimo, que paulatinamente se fue ennegreciendo por los pecados de los hombres. Los musulmanes creen que fue también en ese lugar donde Abraham se aprestó a cumplir la orden divina de inmolar a su hijo Isaac y también que allí están enterrados Agar e Ismael. De ahí que La Meca fuera considerada una ciudad santa, aun mucho antes de Mahoma. Cuando llegaban a ella los peregrinos, daban siete vueltas a su alrededor, tocaban y besaban la piedra, recorrían el trayecto que hizo Agar entre los dos montículos, bebían y se lavaban en el pozo de Zem-Zem, retornando luego a sus hogares.

No lejos de La Meca había otra ciudad llamada Yatrib, situada en una región rica en plantaciones de palmas y cosechas de dátiles, lo que permitía

que sus habitantes se dedicasen al comercio. Esta ciudad era un punto de encuentro entre la civilización oriental y la occidental, ya que por ella pasaban numerosos productos de la India hacia Europa y el Asia Menor, y viceversa. La cría de camellos, ovejas y cabras, así como el intercambio de sus productos, eran las ocupaciones habituales de aquellos árabes, para lo cual se valían de los viajes de las caravanas. Algunos de ellos, los llamados "beduinos", vivían como nómades, aprovechando los escasos recursos hídricos del desierto. Otros, más dedicados al cultivo, dependían de los granos o las palmeras de los oasis. También había quienes, instalados en pequeños pueblos, se dedicaban al comercio y la artesanía. El equilibrio entre los nómades y los sedentarios era precario. Aunque los primeros, montados en camellos, formaban una minoría de la población, constituían de hecho un grupo móvil y armado, que en unión con los mercaderes de los pueblos, dominaban a los cultivadores y artesanos. Su estilo de vida, que privilegiaba el valor, la hospitalidad, la fidelidad a la familia y el orgullo de los ancestros, resultaba el prevalente dentro de la sociedad. No estando controlados por un poder exterior estable, se sometían al caudillaje de los hombres que pertenecían a las familias principales, en torno a las cuales se reunían los grupos más o menos estables de partidarios. La movilidad era su carácter distintivo. Entre los pobladores de las ciudades y los de las tiendas, entre los sedentarios y los beduinos errantes, había una completa oposición tanto en su manera de vivir, como en sus intereses y sentimientos. Era impensable que

un día pudiese hacerse la unidad entre elementos tan heterogéneos y que la Arabia entera se constituyese en un bloque contra todos los vecinos.

En lo que toca a su religión, consistía ésta en una especie de politeísmo que incluía el culto de los astros e incluso de las piedras, a quienes se ofrecían sacrificios de animales. Por encima de todas las pequeñas divinidades adoraban a Allah, una especie de dios supremo. Cada tribu contaba con su propio templo, según su culto peculiar. Pero había uno principal y que de alguna manera pertenecía a todos, que era la *Kaaba*, de que hemos hablado, con su piedra negra. En él habían sido reunidos todos los fetiches e ídolos de los diversos grupos, lo que hacía de él un santuario nacional donde acudían grandes caravanas en peregrinación. En medio de aquel mundo politeísta había también colonias judías y grupos diversos de cristianos. La tribu más levítica era la de los coraichitas, a cuyo cargo estaba la custodia del templo.

Tal es el ambiente donde se enmarcaría la aparición del islam. No puede sino suscitar extrañeza advertir cómo el gran acontecimiento del siglo VII, el que había de influir como pocos en la historia de la humanidad, no se produjo ni en el Occidente, abocado por aquel entonces a la ardua tarea de la incorporación de los bárbaros, ni en el Oriente griego, todavía escenario de herejías que se sucedían unas a otras, sino en los desiertos pedregosos de Arabia, en los que un hombre, mientras marchaba con las caravanas, meditaba para sus adentros en las cosas del Único. Era Mahoma, o Mahomet, o Mohammed, o Muhammad.

Refiramos su vida según nos lo transmiten las fuentes islámicas. Nació Mahoma hacia el año 571, en La Meca, única ciudad que en aquella Arabia tan dividida podía parecerse en algo a una capital. Pertenecía a la familia de los coraichitas, esa tribu levítica a que nos referimos más arriba. Dicha familia tenía en sus manos, juntamente con los intereses económicos de la ciudad, la recepción de los peregrinos, a quienes hábilmente dirigían hacia la Kaaba. Huérfano desde los diez años, fue educado por un tío generoso pero sin fortuna. Para poder subsistir, tuvo primero que convertirse en guardián de rebaños, viviendo así sus primeros años al estilo de los hombres del desierto, ocupado en el pastoreo y en acompañar las caravanas. Entró luego al servicio de una rica viuda llamada Jadiya. Pronto se convirtió en su hombre de confianza, conduciendo sus grandes caravanas, lo que le posibilitó también largas horas de meditación y de ensueño, al ritmo cadencioso del paso de los camellos. Tenía 29 años cuando Jadiya le ofreció convertirse en su esposa, siendo feliz con ella por largo tiempo. Once años después de su enlace, empezó a tener visiones, de donde salía con la certidumbre de que Dios le había hablado, eligiéndolo como el Profeta por Él enviado para enseñar al pueblo árabe la fe monoteísta.

Lanzóse entonces a predicar. Primero logró convencer a sus parientes, a su mujer, ante todo, a su primo Alí y a sus amigos Abu-Bekr, Omar y Osmán. Tales fueron los primeros discípulos que lo siguieron. Luego empezó a hablar públicamente, en la plaza de La Meca. Comenzó por atacar la idolatría,

denunciándola como contraria a la primera tradición árabe, que era monoteísta. Luego denunció sin tapujos los abusos que los comerciantes ricos cometían contra los pobres y trabajadores, poniéndose abiertamente de parte de éstos. Ello encendió la lucha civil. Los primeros que se sintieron afectados fueron los coraichitas. Juzgando que las palabras de Mahoma se encaminaban a destruir el culto centralizado en La Meca, que ellos administraban, se opusieron frontalmente al predicador. En dicha confrontación influía también, como era de esperar, la cuestión de los intereses económicos. Si el culto a los dioses de la Kaaba se aminoraba, bajarían también los ingresos. Pero fueron sobre todo los grandes comerciantes, que traficaban con las caravanas y utilizaban La Meca como lugar de tránsito necesario y cuartel general de sus operaciones, quienes se oponían con mayor fuerza a las vehementes invectivas de Mahoma, que los cubría de oprobio y podía así arruinar su comercio. Se comprende entonces fácilmente cómo la mayor parte de los habitantes de la ciudad dieron las espaldas al profeta. Los únicos que lo apoyaban eran los pequeños comerciantes y la gente pobre. Fueron ellos quienes lo llevarían al triunfo, a lo que se juntó el motivo religioso, que confirió un sentido más trascendente a sus palabras revolucionarias. Al margen de este apoyo popular, los dirigentes lo trataron de loco, de soñador, de enemigo de la tribu.

No se quedaron, por cierto, en meras palabras. Los coraichitas, luego de matar a varios de los seguidores del profeta, trataron de atentar contra su propia vida. Entonces Mahoma, siempre según la

versión común de los islamólogos, decidió abandonar, acompañado por un ángel, su pueblo natal, huyendo de La Meca a Yatrib. Era el año 622. Esta huida, o *Hégira*, constituyó el acto formal de ruptura con el pasado y el comienzo del porvenir. El Islam haría de ello el punto de partida de su Era. Desde entonces, la ciudad de Yatrib cambió de nombre llamándose en adelante Medina, es decir, "ciudad", la ciudad por excelencia, el centro de la nueva religión y del gobierno.

Hemos hablado de la presencia de judíos y cristianos en el entorno de Mahoma, lo que influiría no poco en él y en su doctrina. Respecto de los judíos, ya hacía tiempo que se habían introducido en diversos centros comerciales del Oriente. No lejos de La Meca existían grupos importantes. En cuanto a los cristianos, habían llegado a esas tierras, procedentes de Siria, Abisinia, Egipto, así como de diversas regiones del Asia Menor, donde tanto había florecido el cristianismo, movidos por la misión que Cristo les había encomendado de ir a todas las naciones. Por cierto que no todos eran de doctrina ortodoxa. Había entre ellos grupos de herejes arrianos, nestorianos, etc. Estableciéndose entre los coraichitas, lograron construir iglesias e incluso algunos monasterios. Bajo el influjo de tales judíos y cristianos, algunos árabes habían abandonado la idolatría primitiva, llegando a la adoración de un solo Dios. Entre éstos, hubo quienes, influidos por los judíos, especialmente de formación talmúdica, con su teología fría y su ley moral formalista, llegaron al reconocimiento de Dios como el Dios de Abraham y de Ismael. Otros, convertidos por

el testimonio de los cristianos, confesaron la divinidad de Jesús. A los cristianos y a los judíos se los llamaba *hombres del Libro* o *gente del Libro*. Los primitivos árabes los consultaban a menudo, principalmente a los ermitaños más austeros, al estilo de San Simón Estilita, que también era árabe. Incluso se ha sostenido que fueran cristianos los que hicieron posible la aparición de la lengua árabe, creando un alfabeto especial para los pueblos que se convertían. Luego les enseñaron a leer y escribir. El alfabeto del árabe clásico se debería así a los cristianos.

Se sabe de cierto que Mahoma conoció, y muy de cerca, a cristianos y judíos. En sus viajes como comerciante, entró en contacto con los primeros, que fueron por lo general nestorianos y monofisitas, recibiendo de ellos una influencia que sería decisiva en la configuración del islam. Para conocer el mundo judío no le fue preciso viajar, ya que desde hacía mucho existían importantes comunidades en toda Arabia, a raíz de la diáspora provocada por la victoria de los ejércitos romanos, que trajo consigo la destrucción del templo de Jerusalén. Así conoció el Antiguo y el Nuevo Testamento, frecuentando probablemente a un monje arriano.

Cabe aquí una acotación. Junto a la presencia de judíos y cristianos, hay que señalar también, desde los tiempos preislámicos, la existencia en tierras árabes de una secta judeo-cristiana, la de los *ebionitas*, así llamados según algunos por el nombre de su fundador, un tal Ebion; según otros, y esto es lo más probable, porque en hebreo la pala-

bra *ebioni* significa "los pobres". Al parecer, la secta nació de judíos que, a pesar de haberse convertido al cristianismo, se esmeraban por conservar la ley antigua de Moisés. Eran los herederos de aquellos judaizantes de que hablamos al tratar de la primera tempestad que sacudió a la Iglesia. Un grupo de la secta tomó el nombre de *nazareos*, palabra hebrea que quiere decir segregado, separado, y también consagrado, designando a algunos de entre ellos que se dedicaban a Dios por un voto especial. Los ebionitas prosperaron en Siria durante el siglo IV, y se caracterizaban por seguir la doctrina de la *Tora*. No se los podía considerar propiamente cristianos porque, si bien para ellos Jesús era el Mesías esperado, se resistían a creer en su divinidad. Tampoco estaban de acuerdo con los judíos, que en Cristo no habían querido reconocer al Mesías. Los miembros de esa secta, que no eran, pues, ni judíos ni cristianos, fueron conocidos como "judeonazareos". A Jesús lo llamaban "hijo de Dios", pero sólo en el sentido de hijo adoptivo. En realidad era puro hombre, nacido de María y de José. Sus miembros sentían la nostalgia del destruido templo de Jerusalén, y buscaban la implantación del reino de Dios en la tierra, a partir precisamente de aquella ciudad santa, que debía coincidir con la vuelta del Mesías. Algunos de ellos decían que en realidad Jesús no había muerto sobre el madero sino que, tras haber sido "retirado" de él por Dios y reemplazado por otro, fue elevado al cielo, como Enoc y Elías, hasta su vuelta gloriosa. Soñaban con la reconquista de Jerusalén y la erección del tercer templo, el definitivo, lo que señalaría la instauración del Reino.

Esta secta ebionita, o judeo-nazarea, perduraría hasta el siglo VII, empalmando con el islam. Fue a raíz de la invasión de los persas, que algunos de los ebionitas se vieron obligados a alejarse de Siria, refugiándose en el oasis de Yatrib, poblado de judíos como ellos, así como de árabes convertidos al judaísmo. En una travesía semejante a la encabezada por Moisés, y ulteriormente a la huida de Mahoma, Dios los había llevado desde Siria a Yatrib. Este nuevo éxodo doloroso por el desierto, fue por ellos vivido como una promesa y un programa, una "hégira" que habría de culminar en la toma de Palestina y la sumisión del mundo entero. ¡Sería el año 1 de una nueva era!

Grupos como éste tuvieron gran influjo en el nacimiento del islamismo. ¿No sería Mahoma el llamado a establecer entre los árabes la verdadera religión primitiva, "subiendo" a Jerusalén, en peregrinación y guerra santa, para allí restaurar, en la concordia de los tres pueblos bíblicos, la única religión perfecta, la definitiva, que daría la salvación al mundo, logrando lo que Moisés y Jesús habían prometido? Luego veremos cómo las conquistas de los musulmanes comenzarían justamente por Siria, patria natal de los nazareos. Cuando Omar, amigo y segundo sucesor de Mahoma, ocupe Damasco y Jerusalén, lo primero que dispondrá será la limpieza de la explanada del Templo, llena de ruinas. Al ver que, contra todas sus expectativas, no se manifestaba el Mesías divino, los ocupantes quedaron decepcionados, y se apartaron totalmente de aquellos judíos temporalistas. Pero la influencia inicial resulta indudable, así como la raíz judía

y temporalista del islam más primitivo. En adelante Allah encargará a los árabes musulmanes, y no a los judeo-cristianos, la dominación de todo el mundo en su nombre.

Se ha dicho que la envidia fue uno de los móviles que puso a Mahoma en movimiento, la envidia a judíos y cristianos, que poseían una religión digna, frente al pueblo árabe, que carecía de ella. Quería emular a Pablo e incluso al mismo Jesús. Deseoso de dar a su pueblo una religión propia, se abocó al estudio del Antiguo Testamento judío, y sobre esa base comenzó a predicar a los suyos el monoteísmo, dejando de lado, por cierto, las interpretaciones de los exégetas judíos. Las ulteriores disputas con ellos en Medina, donde al principio había sido muy bien recibido, lo convencieron de que entendían la Biblia de una manera diversa. Entonces, dejándolos definitivamente de lado, comenzó a creer que sus ideas eran luces que provenían directamente de Allah, y lo impulsaban a instaurar una religión propia de los árabes. Tal sería su misión en la tierra: ser el Profeta de Dios. Al fin de su vida, creyó entender claramente que la Biblia había sido corrompida por los judíos y que las promesas hechas a Dios por Abraham llegaban al pueblo árabe a través de Ismael.

Durante 25 años Mahoma fue muy feliz en su matrimonio con Jadiya. Después de la muerte de su esposa, contrajo once nuevas uniones formales, generalmente por razones que, según parece, poco tenían que ver con sus sentimientos. Dichas nuevas esposas eran o bien viudas cuyos maridos habían

muerto por la causa del islam, o pertenecían a familias que el Profeta deseaba se incorporasen a su movimiento, o al menos mantuviesen una actitud benévola respecto a la nueva religión. De acuerdo con las costumbres de los árabes, los matrimonios entre familias, tribus o incluso grupos étnicos diferentes, establecían lazos de parentesco que equivalían, al menos teóricamente, a la firma de un tratado de paz duradera entre los grupos a que pertenecían los contrayentes.

Desde que se instaló en Medina, Mahoma se abocó a la consecución de dos objetivos. Ante todo, organizar allí el nuevo culto, de modo que su actividad tuviese un carácter netamente religioso; luego, unificar todas las fuerzas de que disponía para emprender una campaña contra La Meca, que tanto lo había hostigado. Para concretar lo primero, hizo edificar una mezquita, la primera de todas, y ordenó que fuese el punto de reunión de sus seguidores, que comenzaron a llamarse *musulmanes* –"los que se entregan (o someten) a Dios"– o creyentes. A los dos anos, la inmensa mayoría de los que poblaban Medina se habían convertido en decididos partidarios de su causa. Los únicos que permanecían refractarios eran los judíos, muy poderosos en aquella ciudad. La predicación de Mahoma afectaba sus intereses comerciales. Por otra parte, fieles a la Biblia, se negaban a reconocer su pretensión de ser el Profeta de Allah. La oposición fue un hecho. Ya hemos señalado cómo inicialmente Mahoma sentía simpatía por ellos y hubiera querido ganarlos para su causa, pero al no lograrlo les declaró abiertamente la guerra, consi-

derándolos desde entonces como intérpretes falaces de la voluntad de Abraham. La Kaaba de La Meca era el templo primitivo de Abraham. Se hacía preciso rescatarlo de mano de los idólatras y volverlo a su estado inicial. Ahora podía lanzarse con total seguridad a la guerra santa contra los infieles, que eran todos los que no creían en su misión.

Los primeros adversarios fueron los coraichitas de La Meca, que se empeñaban en desconocerlo. Por ello, la empresa inaugural debía ser la conquista de dicha ciudad, para hacer de ella el centro del culto musulmán. A raíz de la convocatoria de Mahoma, acudieron numerosos beduinos, llegando a reunirse en el año 630, octavo de la hégira, un ejército de diez mil hombres incondicionales. No le costó demasiado ocupar La Meca. Luego de dar siete vueltas en torno a la Kaaba, tomó posesión de ella, y habiendo mandado tirar a la basura todos los ídolos, dejó solamente la "piedra negra", símbolo de la divinidad. Los coraichitas y otras tribus árabes no pudieron sino acatar el dominio de Mahoma, aceptando su religión. Rápidamente lo hicieron luego todas las demás tribus, reconociéndolo como el Profeta de Allah. A su muerte, en el 632, era un hecho la unidad religiosa y política de la península arábiga.

Durante la estadía de Mahoma en Medina ocurrió un hecho preñado de simbolismo. Durante los primeros tiempos, los árabes rezaban siempre, al igual que los judíos, mirando hacia Jerusalén. Los cristianos solían mirar hacia el oriente. Un día, dirigiendo el Profeta la oración en la mezquita que

había hecho erigir en aquella ciudad, súbitamente cambió de dirección, volviéndose a La Meca. Todos lo imitaron. Era como una renuncia explícita a su intento de asimilar o continuar el judaísmo, según lo había deseado en los primeros años de su proselitismo. Por el simple hecho de volverse hacia la Kaaba, el islam mostraba su decisión de romper lazos con el judaísmo y el cristianismo, puenteando a ambos para adherirse a la forma más antigua del monoteísmo representado por Abraham. Desde entonces los musulmanes rezan siempre mirando hacia La Meca, que consideran el centro de la tierra, "el ombligo del mundo".

Después de la muerte de su mujer, tuvo lugar el *Miraj*, una especie de "ascensión" mística de Mahoma al cielo. Así lo relatan sus hagiógrafos. Estaba un día durmiendo en la Kaaba. El ángel Gabriel lo despertó y lo llevó a la puerta, donde lo esperaba una especie de caballo alado blanco, llamado Buraq. Guiados por el arcángel, llegaron a Jerusalén. Allí un grupo de profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento: Abraham, Moisés, Enoc, Juan, Jesús y otros, le salieron al encuentro. Mahoma se puso a orar sobre la explanada del antiguo templo de los judíos, quizás en el lugar donde ahora se encuentra la mezquita de Omar, o Cúpula de la Roca, mientras los otros se colocaron tras él para acompañarlo en su plegaria. Montó luego sobre Buraq y el animal se elevó verticalmente, siempre conducido por Gabriel, a través de los siete cielos, donde encontró de nuevo a los profetas con quienes había rezado en Jerusalén, pero ahora transfigurados. Llegado al borde del trono mismo de

Dios, lo vio a Allah, conversó con él, y escuchó el versículo del Corán que contiene el credo fundamental del islam. Luego volvió a la roca de Jerusalén y de ahí a La Meca por el mismo camino.

De lo dicho hasta acá se infiere que el pueblo árabe no es un pueblo cualquiera, un pueblo mas en el concierto de las naciones. Hace ya varios años, el P. Julio Meinvielle escribió un libro bajo el título de *Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo*. Dichos pueblos eran los pueblos gentiles, el pueblo judío y el pueblo cristiano. En una ulterior edición agregó un cuarto pueblo, el árabe. Es este un pueblo de origen bíblico, afirma, porque se consideran descendientes de Ismael. Si Isaac heredó las promesas hechas por Dios a Abraham, de la que los judíos fueron vehículo y en Cristo lograron admirable cumplimiento, los mahometanos recibieron, ellos también, una bendición de Dios que se cumple a través de las edades. "He otorgado también tu petición sobre Ismael: he aquí que lo bendeciré y le daré una descendencia muy numerosa; será padre de doce caudillos y le haré jefe de una nación grande" (Gén 17,20). Ismael no es judío, ni cristiano, ni gentil. No es gentil porque procede de Abraham, después que éste había salido de Ur de Caldea; no es judio porque, aunque viene de Abraham, es excluido expresamente de las promesas hechas al patriarca; y no es cristiano, como resulta obvio. Luego el pueblo que proviene de él tampoco es una cosa ni otra. El Génesis preanuncia que dicha nación será numerosa, y al hablar de doce caudillos parece indicar que será belicosa. "Los mahometanos –con-

cluye Meinvielle– han sido, en efecto, los intermediarios entre la cultura pagana, no sólo grecorromana sino también del remoto oriente, y los pueblos cristianos; y quién sabe no han de ser mañana ellos, convertidos a la fe, los que reduzcan a Jesucristo las últimas naciones de la gentilidad".

2. *El Corán*

Como se sabe, todo el mundo islámico gira en torno al Corán. Detengámonos ahora en su consideración, ya que es el libro sagrado del musulmán. ¿Cómo aparece en la historia? Nos cuentan los cronistas que Mahoma solía retirarse de vez en cuando al monte Hira, no lejos de La Meca, para dedicarse al retiro y el ayuno. Luego afirmaría haber tenido allí revelaciones o visiones de lo alto, donde se le comunicaba una doctrina de salvación. Tales apariciones se repitieron, suscitando en él gran ansiedad. Tenía 33 años cuando llegó a la convicción más absoluta de que había sido escogido por Dios y por Él enviado para comunicar a los pueblos árabes la verdadera fe.

¿De qué manera se gestó el Corán? Digamos, ante todo, que la palabra "Corán", que etimológicamente significa "recitación", es el equivalente de nuestra Biblia, la Escritura presuntamente revelada por Allah. Según la tesis generalmente aceptada por los islamólogos contemporáneos, el Corán fue transmitido directamente al Profeta, instrumento pasivo de la revelación. El texto original se conser-

va sobre tablas en el cielo, desde toda la eternidad. El libro que los musulmanes tienen en sus manos no es sino la réplica de aquel arquetipo celestial, revelado por Allah, en la forma precisa y literal que ha llegado hasta nosotros. Un verdadero milagro, que no puede así sufrir ningún tipo de examen crítico. Tal sería el parecer oficial. Un estudioso actual, el P. Théry, nos propone una explicación muy distinta. A su juicio, el Corán, que él denomina *Corah*, no es sino la pura y simple traducción-explicación de la Biblia, el "Libro por excelencia", el "Corán" hebreo. En otras palabras, es "la Biblia misma explicada a los árabes", donde se relatan las historias de Adán, Noé, Abraham, Lot, José, Moisés...

¿Cómo sucedió ello? Al parecer, Mahoma tuvo en sus manos una traducción al árabe de la Torá bíblica, es decir, los cinco primeros libros de la Sagrada Escritura. De hecho, las semejanzas entre el Corán y la Biblia son numerosas. Muchos de sus pasajes parecen glosas de textos del Antiguo Testamento. Incluso figuran en él paisajes y plantas que pertenecen a zonas de Palestina y no de Arabia. Por lo demás, sus principales elementos doctrinales, como la unicidad de Dios, los mandamientos, la esjatología, son propiamente judíos, así como las imprecaciones que suelen seguir a los asertos doctrinales. Hay quien sostiene que Jadiya, la mujer de Mahoma, era de ascendencia judía e hizo instruir a su marido en su propia religión, por medio de un pariente suyo que era por aquel entonces uno de los rabinos de La Meca; éste habría traducido para uso de sus seguidores árabes, los libros del Pentateuco. En la sura 87 del Corán se lee: "Esto

se halla en los primeros libros, en los libros de Abraham y de Moisés".

En un estudio sobre el islam, sostiene Calderón Bouchet que Mahoma habría sido encargado por aquel rabino de La Meca, de predicar la Torá, sólo que en árabe. Entre otras cosas le relató detalladamente la historia de Moisés para persuadirlo de que él mismo fuese un nuevo Moisés, el Moisés de La Meca. Mahoma se habría convencido de ello, y entonces comenzó a recitar a sus compatriotas las lecciones aprendidas junto al rabino, su maestro. Fue así como "un judío tradujo y adaptó historias judías en árabe y los árabes creyeron que Allah les hablaba, les hablaba a ellos, los árabes". Así lo asevera el P. Théry. De donde colige un estudioso: "El islam es la prolongación del judaísmo entre los árabes, concebido y tramado por el rabino de La Meca, quien fue secundado en su plan de realización por un árabe, Mahoma, al que su mujer, Jadiya, de raza judía, empujó hacia el judaísmo".

Los musulmanes juzgan que la religión islámica incluye el conjunto de todas las revelaciones precedentes que Dios fue comunicando a los diversos pueblos y naciones, a lo largo de los siglos, mediante los miles de profetas mencionados en las fuentes tradicionales, el último de los cuales es Mahoma. Por eso el Profeta aseguró que no traía nada nuevo, sino que lo que había hecho era reafirmar la verdad proclamada por los profetas anteriores y restablecer la tradición primordial. O visto desde otro ángulo, tras la revelación véterotestamentaria y evangélica, se instauraba una tercera alianza, que

en realidad no era absolutamente nueva, dado que empalmaba con el patriarca Abraham, a traves de Ismael. Si se hubiese tratado de una pura invención, sin fundamento bíblico alguno, la pretensión de Mahoma hubiera parecido del todo ridicula. Nunca habría logrado imponerse como revelación divina a millones de seres humanos. Pero en realidad contiene algo de verdad, que la hace fidedigna. En el Antiguo Testamento, el signo de la alianza se concretó en la circuncisión. Pues bien, Ismael fue circuncidado *antes* que Isaac, padre del pueblo elegido (cf. Gén 17,25-26). En este sentido se podría decir que la alianza que instauró Mahoma, por el hecho de empalmar con Ismael, fue cronológicamente la primera, al tiempo que la heredera de las otras dos. San Pablo, por su parte, refiriéndose a Agar, la madre de Ismael, afirma que la primera alianza "procede del monte Sinaí" y que "el monte Sinaí se halla en Arabia" (Gál. 4,24-25). Mahoma no se propuso fundar de la nada una tercera religión, sino asumir las dos anteriores. El movimiento que, para el cristiano, va del Judaísmo al Cristianismo, se prosigue, para el musulmán, y culmina sólo en el Islam. La Ley coránica es, pues, la más perfecta y parece llevar a su plenitud la Ley de Cristo, como Cristo llevó a su cumplimiento la de Moisés.

Sea lo que fuere de estas consideraciones, lo cierto es que, según acabamos de recordarlo, Mahoma no se proponía traer algo enteramente nuevo sino que sólo se había propuesto ser un simple agente de transmisión, que "proclamaba" o "recitaba" en público. El hablaba, y los fieles anotaban enseguida sobre cualquier objeto que tenían a su

alcance, tabletas, cueros, cortezas de palmera, omóplatos de camello, sus frases sagradas. Cuando no las podían transcribir, las guardaban en su memoria, para lo cual la composición rítmica y el "estilo oral" ayudaban no poco.

El Corán fue revelado por Dios, aseguran sus exegetas, solo que en razón de la imposibilidad de que se establezca un contacto directo entre Dios y los hombres, llegó hasta nosotros mediante el ángel Gabriel a través del Profeta. Mahoma era analfabeto, de modo que, como afirman los musulmanes, no se le puede atribuir su autoría. Durante veintitrés años el arcángel le fue dictando las palabras ordenadas por Dios, primero memorizadas y posteriormente escritas. Es evidente que Mahoma debía ser al menos igual al Moisés del Antiguo Testamento o al Jesús de los cristianos.

Fue principalmente estando en Medina donde dictó el Corán por migajas, pero como por aquel entonces lo había olvidado, el ángel Gabriel debió recordárselo al oído, trozo por trozo. En un momento de distracción, el Profeta no se percató de que el demonio había tomado el lugar de Gabriel, dictándole dos versículos realmente satánicos. Felizmente Gabriel volvió pronto y echó al demonio. Así son explicados dos textos que parecen encomiar los cultos supersticiosos. El contenido del Corán es sagrado, ha de mantenerse textualmente y en la lengua original.

Después de la muerte de Mahoma, los primeros califas resolvieron recopilar todas aquellas revelaciones. Y así, luego de veinte años, por orden del

califa Otmán, se hizo una edición oficial del Corán, dividido en capítulos o *Suras*, y éstas en *Aleyas*, que son sus versículos. "Los distintos capítulos –escribe un estudioso del islam– ciento catorce en total, están ordenados según su longitud: los más largos a la cabeza y los más cortos al final, sin tomar en consideración la cronología de las revelaciones hechas al profeta. Ahora bien, como el libro santo tiene partes que se contradicen, los musulmanes se han visto en la necesidad de buscar una relación cronológica entre las suras para saber, en caso de prescripciones contrarias, cuál es la que abroga y cuál la que permanece".

Desde entonces el Corán se ha visto rodeado de gran veneración. Es como el Evangelio de los musulmanes. Leído con ojos occidentales, no se muestra como un libro sistemático y ordenado. Los consejos, las instrucciones, las máximas morales, se mezclan allí de manera abigarrada. Fruto de inspiraciones variadísimas y de tiempos muy distantes entre sí, contiene repeticiones, e incluso verdaderas contradicciones, que han dado ocasión a grandes contiendas y hasta escisiones en el propio mundo islámico. Es, sin embargo, un texto muy hermoso y poético, de una grandeza casi bíblica, una obra llena de ritmo y armonía. No se lo lee solamente, se lo canta. Así fue desde el comienzo, lectura solemne, recitación, proclamación, lo que lo convierte en un texto fuertemente evocador. Sirve, asimismo, entre sus seguidores, de código político y civil, que regula todos los actos del *muslim*, ejerciendo sobre él un influjo decisivo que lo sostiene en las luchas de la vida.

Espiguemos algunas de las *aleyas*, sobre todo las que se refieren a los judíos y a los cristianos.

Al dirigirse a los *judíos*, advertimos ante todo que les enrostra no haber creído en Jesús. "Cuando se les dice: Creed en lo que Allah envió de arriba, responden: «Creemos en lo que nos ha sido enviado de arriba», pero ellos no creen en lo que ha venido después. Sin embargo esto último es la verdad que confirma lo que ya tenían. Diles: ¿Por qué habéis matado, pues, a los enviados de Allah, si teníais fe?" (Sura 2, 90).

Dicha falta de fe no es sino la prolongación de la que mostraron frente a Musa, como el texto llama a Moisés. Por ello Allah los castigó. "Se decretó que la vileza y la mezquindad fueran inseparables de ellos. Se atrajeron la cólera de Allah porque no creían en sus milagros y condenaban injustamente a sus profetas" (Sura 2,60).

Desde entonces, quienes perseveraron en dicha actitud se volcaron a las cosas de esta tierra. "Encontrarás que son los hombres con más apego a la vida, como les ocurre a algunos idólatras, que desearían vivir mil años. Pero aunque los vivieran, eso no los salvaría del castigo" (Sura 2,95). Les pasa algo parecido a lo que les sucedió a aquellos que se opusieron a Musa, "que venden la otra vida a cambio de la vida en este mundo" (Sura 2,85).

Cuando el Corán se refiere a los *cristianos*, muestra un gran respeto por la figura de Isu, como llama a Jesús. Él es "una palabra de Allah" (Sura 3,39). El Libro describe poéticamente el misterio de la

encarnación y el ulterior nacimiento del Señor en la sura 19. Allí se nos dice que en cierta ocasión Maryam, nombre que da a nuestra Señora, se encontraba apartada, mirando hacia el oriente, y Allah le envió a Yibril, es decir, al ángel Gabriel. A la invitación del ángel, ella respondió: "¿Cómo podré tener un niño si ningún mortal me ha tocado?" Ello será fácil para el Señor, le dijo Gabriel. "Será nuestro signo ante los hombres y la prueba de nuestra misericordia". María, algo turbada, se retiró a un lugar distante, y así "el parto la sorprendió junto al tronco de una palmera". El niño dijo: "Yo soy el siervo de Allah. Él me ha dado el Libro y me ha hecho profeta".

Justamente el delito principal de los judíos consiste en haberse negado a reconocer a este profeta, diciendo: "Nosotros matamos al Ungido, hijo de Maryam, mensajero de Allah" (Sura 4,156). Con todo, según el Corán, aunque así lo creyeron, en realidad no lo crucificaron y lo mataron, ya que "Allah lo elevó hacia sí" (Sura 4,157), evitando que muriera.

El gran error de los cristianos fue haber pretendido divinizar a Isu, haciéndolo hijo de Allah, cuando él era sólo un hombre, sublime, por cierto, pero sólo hombre. El nombre mismo de "Isu" no es una transcripción del griego o del hebreo, sino una deformación introducida con una intención precisa: la de privarlo de su significación etimológica de "Yahveh salva". Es sólo Isu, "hijo de María", no "Hijo del Altísimo", ni "hijo de David", con lo que se niega tanto su divinidad como su mesianismo. Por

al adorar a Jesús, los cristianos han caído en idolatría. De ahí que el Corán los incluya entre los que llama "asociadores", porque han asociado en cierto pie de igualdad a Isu con Allah. Dios es Único y no hay que "asociarle" nada, y menos hacer de Dios una Trinidad. "¡Gente del Libro! No saquéis las cosas de quicio en vuestra práctica de adoración, ni digáis sobre Allah nada que no sea la verdad. Ciertamente el Ungido, hijo de Maryam, es el mensajero de Allah, y su verbo, depositado en Maryam, es un espíritu procedente de Él. Creed, pues, en Allah, y en su mensajero, y no digáis: Hay tres. Dejad de hacerlo. La verdad es que Allah es un Dios Unico. Gloria a Él, ¿cómo va a tener un hijo?" (Sura 4,170). Tanto Isu como su madre no son sino creaturas de Allah. Por eso "han caído en incredulidad los que dicen que Allah es el Ungido, hijo de Maryam. Respóndeles: ¿Quién podría, de cualquier manera que esto sea, impedir a Allah si quisiera aniquilar al Ungido, hijo de Maryam, a su madre y a todos los seres de la tierra?" (Sura 5, 19).

El mismo Isu, leemos en otro lugar, no ha pedido que se le adorase. Por eso "realmente han caído en incredulidad quienes dicen: Allah es el Ungido, hijo de Maryam. Cuando fue el Ungido quien dijo a los hijos de Israel: ¡Adorad a Allah! Mi Señor y el vuestro" (Sura 5,74). No hay, pues, hijo de Allah, igual a él, ni hay por consiguiente Trinidad. "Han caído en incredulidad los que dicen: Allah es el tercero de tres, cuando no hay sino un Unico Dios" (Sura 5, 75). Isu, por consiguiente, no es sino un profeta más: "El Ungido, hijo de Maryam, no es más que un mensajero antes del cual ya hubo otros

mensajeros" (Sura 5,77). Afirmar lo contrario es, en última instancia, negar el testimonio mismo de Isu. "Cuando Allah dijo: ¡Isu, hijo de Maryam! ¿Acaso has dicho tú a los hombres: Tomadme a mí y a mi madre como dioses aparte de Allah? Dijo: ¡Gloria a Ti! No me pertenece decir aquello a lo que no tengo derecho" (Sura 5,118). En verdad, "sólo les dije lo que me ordenaste: ¡Adorad a Allah, mi señor y el vuestro!" (Sura 5,119). En continuidad con su error fundamental, los cristianos "han tomado a sus doctores y sacerdotes como señores en vez de Allah, igual que al Ungido, hijo de Maryam, cuando solamente se les ordenó que adoraran a un Único Dios. No hay Dios sino Él" (Sura 9,31). La exhortación final: "Di: ¡Gente del Libro! Venid a una palabra común para todos: Adoremos únicamente a Allah, sin asociarle nada y no nos tomemos unos a otros por señores en vez de Allah" (Sura 3,63).

Hay que evitar, por tanto, caer en las artimañas tanto de los judíos como de los cristianos. "Dicen: tenéis que ser judíos o cristianos. Di: Al contrario [seguimos] la religión de Ibrahim (Abraham) que era *hanif*, y no uno de los asociadores" (Sura 2, 134). Los musulmanes llaman *hanif* al que siente una inclinación natural hacia la forma de adoración verdadera, rechazando toda sumisión a otro que no sea el Único. El texto insiste: "Ibrahim no era ni judío ni cristiano, sino hanif y musulmán. Y no uno de los asociadores" (Sura 3,66).

Incluyamos, finalmente, algunos textos relativos a la conducta que el buen musulmán debe seguir

frente a un judío o un cristiano que se resiste a aceptar el islam. Ante todo deberá tratar de no acercarse a ellos. "Que los creyentes no tomen por amigos a los incrédulos en vez de a los que creen. Quien lo haga no tendrá nada que ver con Allah" (Sura 3,28). Y en otro lugar: "¡Vosotros que creéis! No toméis por amigos de confianza a quienes no sean de los vuestros, porque no cejarán en el empeño de corromperos" (Sura 3,118). La incitación más tajante a este respecto es la llamada "aleya de la espada", en virtud de la cual quedan abolidas cualesquiera otras suras más transigentes. Allí se exhorta: "Matad a los asociadores donde quiera que los halléis. Capturadlos, sitiadlos, y tendedles toda clase de emboscadas; pero si se retractan, establecen la oración y entregan la limosna, dejad que sigan su camino" (Sura 9,5). Y también: "Luchad contra ellos hasta que no haya más oposición y la adoración debida sea sólo para Allah" (Sura 2,192).

Junto al Corán, la otra gran fuente de la doctrina islámica, es el llamado *Hadit*, de peculiar importancia en el desarrollo de la ideología musulmana. Si el Corán es palabra de Dios, el *Hadit* transmite principalmente las palabras y enseñanzas de Mahoma, su Profeta, así como en la *Sunna* se recopilan sus ejemplos de vida, sus gestos y sus gestas. El Corán y el Hadit gozan de máxima autoridad entre los musulmanes, y son considerados como las dos fuentes de su energía religiosa y política. Con todo, desde el primer siglo de la Hégira se decía un aforismo: "La Sunna puede prescindir del Corán, pero no el Corán de la Sunna", al punto que "en materias controvertidas, la Sunna decide contra la auto-

ridad del Corán, pero no viceversa". Por ejemplo, la lapidación con que se castiga a las adúlteras proviene de la Sunna, mientras que el Corán no habla sino de flagelación. En general hay que distinguir dos clases de textos. Algunos se aplican cuando el Islam está en posición de fuerza; otros, cuando está en posición de espera, por ejemplo en un país no musulmán. A partir de dichos asertos, el Islam ha acabado por establecer una práctica del derecho, una suerte de casuística. Por eso, al Corán y al Hadit, hemos de añadir, en tercer lugar de importancia, la *Sharia*, o ley sagrada, conjunto de prescripciones legales que, alimentadas en las fuentes del Corán y la Sunna, pero adaptándose a los diversos tiempos y circunstancias, han sido elaboradas por las distintas escuelas jurídicas. Los *ulemas* son considerados como sus intérpretes autorizados.

Sin embargo, en la consideración del pueblo fiel, el Corán tiene la primacía. Su texto original, afirman los musulmanes, que es el texto arquetípico, se encuentra en los cielos, como ya lo señalamos. Una primera versión fue transmitida a los judíos, pero éstos la falsificaron. Otra la recibieron los cristianos, pero ellos "se equivocaron" o "erraron", recayendo en la idolatría al creer que Jesús era Dios. La versión definitiva fue dada a Mahoma, que la respetó en su tenor original y la transmitió definitivamente a la humanidad en una lengua clara y soberanamente armoniosa como es el árabe. La única actitud que corresponde es la sumisión.

Tal es la versión oficial. Con todo, dicha versión ha sido en los últimos tiempos fuertemente cuestio-

nada. Un estudioso del mundo musulmán, Bruno Bonnet-Eymard, que está traduciendo el Corán al francés en edición crítica, sostiene, luego de prolijas investigaciones, que en todo este asunto se esconden grandes errores históricos. Ante todo, en lo que toca a la persona misma de Mahoma, cuya existencia no sólo pone en duda, sino que la niega lisa y llanamente. Su vida, afirma, pertenece a la leyenda, y es el resultado de aquellos *hadit* o relatos que se fueron transmitiendo de generación en generación hasta llegar al siglo VIII, cuando por primera vez se presentó su biografía cronológicamente expuesta. En otras palabras, no hay prueba científica de que haya existido. Siendo ello así, es imposible dejar de reconocer que ciertamente hubo alguien de gran personalidad, un árabe que fue jefe de guerra y excelente político, heredero de una inmemorial tradición religiosa, muy influido por el judaísmo y el cristianismo, un genio religioso y hombre de acción de raro poder, del que mil años de ignorancia han creído conocer el nombre.

Más aún, algunos autores revisionistas niegan la existencia misma de La Meca en la época del presunto Mahoma. De esa ciudad, afirman, sólo se habla dos siglos más tarde, en obras de autores musulmanes que vivían generalmente en Medina o en Irak. Que hubiese un pueblo de comerciantes en ese sitio particularmente insalubre antes de la aparición del islam, no parece sino un mito fundado únicamente en las leyendas árabes postislámicas. De hecho, los geógrafos de la antigüedad no la consignan en sus mapas.

Finalmente el P. Théry, a quien hemos citado varias veces, en un libro que publicó bajo el pseudónimo de Hanna Zakarias, sostiene que es también una superchería la leyenda de Mahoma como autor del Corán, bajo el dictado del arcángel Gabriel. A su juicio, Mahoma nada tiene que ver con la elaboración de ese libro. El Corán actual no sería sino el fruto de la predicación de un rabino de tendencia farisaica talmudista, que se habría propuesto judaizar Arabia, con aportes judeo-cristianos tomados de apócrifos del Nuevo Testamento, como el Evangelio de los Hebreos, el Evangelio de Santiago y los Evangelios de la Infancia, todos escritos gnósticos. Tal sería la verdad científica.

No estamos en condiciones de pronunciar un juicio crítico sobre estas hipótesis. Sólo las damos a conocer por el interés que pueden suscitar.

Cerremos este apartado sobre el Corán trayendo a colación una curiosa tesis de Belloc sobre el islam. A su juicio, éste no es sino una *herejía cristiana*. No, por cierto, en el sentido técnico de la palabra, ya que sólo puede ser hereje el cristiano que, en materia de fe, se opone con pertinacia a lo que cree y enseña la Iglesia. El pensador inglés lo dice en un sentido lato. Expongamos su pensamiento. Comenzó el islamismo como una herejía, afirma, no como una religión nueva. No fue, al modo de las religiones paganas, un enemigo proveniente del exterior, sino una adulteración de la doctrina cristiana. Su vitalidad y su capacidad de expansión contribuyeron a que pareciese una religión nueva, pero los que presenciaron su surgimiento vieron claramente que no se trataba sino de una adapta-

ción y una tergiversación del judeo-cristianismo. No surgió dentro de la misma Iglesia, como la mayor parte de las herejías. Mahoma no fue jamás cristiano, ni de nacimiento ni de doctrina. Nació pagano, pero buena parte de lo que enseñó, se contiene en la doctrina cristiana. Procedía de los idólatras de la Arabia salvaje, cuya conquista nunca interesó a los romanos, y habitaba entre ellos, pero lo que inspiró sus convicciones fue el mundo cristiano, en cuyas fronteras vivía, y cuyos territorios había conocido con motivo de sus viajes. Tomó muy pocas de las viejas ideas paganas, pero en cambio predicó con entusiasmo un conjunto de ideas peculiares de la Iglesia, que quizás conoció a través de los Evangelios apócrifos. Tal fue el origen de sus principales enseñanzas: la unidad y la omnipotencia de Dios, sus principales atributos, como la naturaleza personal, la bondad infinita, la eternidad, la providencia, su poder creador, el mundo de los ángeles, el mundo de los demonios presidido por un caudillo, Satanás. Todo esto lo extrajo del cristianismo, así como sus principales ideas antropológicas: la inmortalidad del alma, la responsabilidad del hombre por las acciones de esta vida, juntamente con la doctrina del castigo y de la recompensa después de la muerte.

Si se enuncian solamente estos puntos en que el islamismo coincide con el cristianismo, podría pensarse que no hubieran debido existir motivos de fricción. Mahoma parecería casi una especie de misionero que difundía con ardor las doctrinas fundamentales de la Iglesia, entre los que hasta entonces habían sido degradados paganos del desier-

to. ¿Acaso el Corán no exaltaba la figura de Jesús –"enviado de Dios, que dialogaba públicamente con el Único y era palabra viva de Allah"–, que en el día del juicio sería el juez de la humanidad? ¿Acaso no se encomiaba también allí la figura de la madre de Jesús, "la señora Maryam", que fue siempre para Mahoma la primera de las mujeres, a tal punto que sus seguidores llegaron a tomar de los primeros Padres una vaga noción de su Inmaculada Concepción? Es cierto que eso es lo que aparece en el Coran; sin embargo no hay que olvidar que la Sunna contiene algunos versículos muy duros contra los "hombres del Libro", como llamaban a los judíos y a los cristianos.

Pero el punto central que diferencia el islamismo del cristianismo, haciendo de aquél una auténtica herejía que hirió en lo más vivo la tradición católica, fue la negación absoluta de la Encarnación del Verbo. Influido quizás Mahoma por los cristianos que conoció en el transcurso de su vida, pertenecientes por lo general a las sectas heréticas, principalmente el arrianismo y nestorianismo, se pronunció enérgicamente contra la doctrina de un Dios encarnado, contra la doctrina de quienes le atribuyen a Dios "un Hijo", como hemos visto se afirma repetidamente en el Corán. Nuestro Señor era, por cierto, un profeta, pero al fin y al cabo sólo un profeta, un hombre como los demás.

En el siglo VII, San Juan Damasceno mantuvo una controversia con los "sarracenos", que por aquel entonces ocupaban Damasco, ciudad en la que aquél vivía. Digamos, si bien de paso, algunas palabras sobre este personaje tan interesante, que

sería el último de los Padres de la Iglesia. Nació en Siria, en razón de lo cual pudo conocer muy de cerca el mundo islámico. Integraba una familia de altos funcionarios, ya que su abuelo había sido encargado por el emperador de Bizancio de cobrar los impuestos en aquella región. Cuando los musulmanes ocuparon su patria, como eran poco numerosos y carecían de funcionarios idóneos, le rogaron que siguiese percibiendo los impuestos para el nuevo señor. Su hijo, es decir, el padre de Juan, le sucedió en dichas funciones, volviéndose íntimo amigo del Califa, sin abdicar por ello de su fe católica. Luego de su muerte, Juan recibió también, al parecer, el encargo de recaudar los impuestos debidos por los cristianos de la provincia de Damasco. Poco después, resolvió retirarse al monasterio de San Sabas, en las cercanías de Jerusalén, que era un centro intelectual a la vez que espiritual. Allí redactó tres esplendidos discursos contra el iconoclasmo, herejía que por aquel entonces encontraba apoyo en el emperador de Bizancio. Actitud valiente, por cierto, dado que también los musulmanes se oponían a toda representación figurativa.

Fue asimismo en dicho monasterio donde el Damasceno pergeñó dos breves escritos polémicos contra el islam. Su larga convivencia con los musulmanes en Damasco, la ciudad de su juventud, que era por aquel entonces el centro político y religioso del Imperio musulmán, y el perfecto conocimiento del árabe, le habían permitido conocer bien su religión, así como los principales puntos del dogma cristiano especialmente vulnerados por quienes intentaban elaborar una teología musulmana y ex

poner de manera sistemática el contenido de la revelación coránica. El primero de esos opúsculos se contiene en su *Libro de las herejías*, que constituye, a su vez, una parte de su obra principal llamada *La fuente del conocimiento*. Dicho libro, donde expone y refuta nada menos que cien herejías, no es sino una compilación de informaciones tomadas de obras más antiguas y se presenta bajo la forma de un catálogo. Sólo la "herejía" última, el islam, constituye un aporte personal del Damasceno. Era la primera vez que un teólogo que vivía en tierras dominadas por los secuaces de Mahoma, se interesaba por la nueva religión. En dicha obrita Juan denuncia las creencias y las costumbres de los musulmanes en cuanto se oponen a la ortodoxia y la moral cristianas. Especialmente destaca su rechazo del carácter divino de Jesús. "Estos sarracenos nos llaman *hetairistas* –afirma–, es decir, *asociadores*, porque asociamos el Verbo y el Espíritu al Padre, en la divinidad. La verdad es que ellos son *mutiladores* de Dios", les retruca ásperamente. Como luego lo haría Belloc, llama "herejía" al islam, sólo que en el sentido amplio de secta o de escuela filosófica errónea. Una calificación semejante se podrá encontrar siglos después en Pedro el Venerable, abad de Cluny. Luego de que éste hizo traducir el Corán en Toledo, lo envió a San Bernardo pidiéndole que rebatiese "la funesta herejía de Mahoma". Sin embargo, en su propia refutación, Pedro confiesa no saber si llamar así al islam, ya que no se trata de una secta brotada del cristianismo. Con todo la considera "una forma de arrianismo". La otra confutación que nos dejó el Damasceno es

su *Controversia entre un musulmán y un cristiano*, donde expone una enseñanza complementaria, no ya simplemente descriptiva. sino de orden doctrinal, poniendo así a disposición de los cristianos los argumentos teológicos a los que podrán recurrir en sus discusiones con los musulmanes: el musulmán formula sus críticas, y el cristiano le responde justificando su fe.

Sea lo que fuere de la precisión de esta censura teológica que los autores anteriormente citados atribuyen a la doctrina del Islam, la cierto es que con su categórico rechazo de la Encarnación del Verbo, dicha doctrina se aparta sideralmente de la enseñanza cristiana. La negación a que acabamos de aludir involucra la impugnación del dogma de la Santísima Trinidad, así como de toda la estructura sacramental. Mahoma negó la Eucaristía, la Misa, el Orden sagrado, el matrimonio como sacramento. Es decir. hizo como todos los herejes. eligiendo algunas verdades, rechazando otras, "mutilando" la doctrina, con lo que la cosmovisión cristiana quedaba radicalmente simplificada. La doctrina de la Iglesia es verdadera –parecía decir– pero se ha llenado de excrescencias, se ha vuelto complicada por agregados arbitrarios de hechura humana, como por ejemplo la idea de que el fundador era divino, así como de que fuese imprescindible un estamento de sacerdotes e imaginarios sacramentos que conferían la gracia. A este respecto señala Belloc un paralelismo entre el entusiasmo con que Mahoma atacaba al clero. la Misa y los sacramentos. y el fervor que. siglos después. exhibiría el calvinismo por enterrar esas mismas enseñanzas.

3. *Los cinco pilares*

Si pasamos de la doctrina islámica a la moral que sustenta, advertimos que se resume en lo que llaman "cinco pilares".

El primero de ellos es *la confesión de la fe*. Creer significa para el musulmán aceptar como verdaderas las revelaciones de Allah recibidas por Mahoma y postrarse en adoración ante la majestad divina. Un verdadero musulmán deberá expresar dicha disposición reiterando con frecuencia la fórmula básica que la resume: "No hay más que un solo Dios, y Mahoma es su Profeta". Dichas palabras, tan categóricas, incluyen a la vez una proposición doctrinal y una tesitura esencial del culto musulmán. No otra cosa es el islam, la sumisión al Todopoderoso. Ser *muslem*, musulmán, consiste en estar sometido a Dios. El nombre de "Allah", derivado del término hebreo *Allohim*, era ya tradicional en aquellas regiones. Aun ahora lo usan también los judíos y los cristianos de habla árabe. Según parece, aquella fórmula comenzó a ser empleada expresamente para indicar la oposición musulmana al judaísmo y al cristianismo, religiones que profesaban, sí, la unidad de Dios, pero negaban que Mahoma fuera su mensajero. Señalemos de paso que el Dios del Corán, sobre el que recae la profesión de fe del musulmán, es un ser distante, que impera soberanamente sobre el creyente, pero no se aviene a dialogar con él. No hay entre ambos relaciones personales. En torno a esta fe se constituye la *ummah*, es decir, la comunidad de los creyentes.

El *segundo pilar* es *la oración*. Según las normas establecidas, posteriores al Corán, ha de realizarse cinco veces al día: al alba, al mediodía, luego de comer, a la puesta del sol, y después de medianoche. Cada plegaria debe ir precedida de una ablución. Su fin prácticamente único, tal como lo concibe la espiritualidad musulmana, es la adoración a Dios, que ha creado al hombre con la tarea precisa de que le reconozca como Creador y se humille ante El. La oración, así reiterada, tiene por propósito garantizar un contacto regular con Allah y un correlativo distanciamiento del mundo, ya que el buen musulmán deberá considerar su vida como una peregrinación hacia el paraíso. Se puede rezar a Dios en cualquier sitio, siempre en dirección hacia La Meca, procurando utilizar una pequeña alfombra, que significa el suelo sagrado de aquella ciudad y la necesaria separación del mundo a que acabamos de aludir. De hecho, la oración de los musulmanes parece agotarse en los actos rituales de adoración e invocación de la divinidad. Como lo acabamos de señalar, no se educa al creyente para tener un trato filial con Dios, que permita alguna forma de coloquio. Las relaciones del hombre con Dios no incluyen esa forma de amistad que los cristianos llamamos "la gracia", mediante la cual el creyente se eleva del plano puramente natural al nivel sobrenatural. Al islam le resulta inconcebible que el hombre pueda participar místicamente en la naturaleza divina. Dios no es un Padre, sino esencialmente el Trascendente, el misterio insondable. Si el Corán habla, en raros versículos, del amor de Dios, no hay que comprenderlo, según sus co-

mentaristas. de una relación de amistad entre Allah y los hombres, lo que sería indigno de Dios e impensable del Trascendente. Poco sentido tiene también entre ellos la oración de petición, ya que el curso de las cosas es ineluctable, y Dios no lo va a modificar. Si bien la plegaria de los musulmanes es esencialmente individual, con todo, siguiendo una norma del Corán, se ha establecido que los viernes haya una oración colectiva, que se realiza en las mezquitas, con el sermón del imán, lo que no significa que el viernes sea un día sagrado. Los diversos momentos de la oración suelen ser anunciados desde un lugar elevado, generalmente el minarete anexo a una mezquita.

El tercer pilar es *la limosna*. El verdadero creyente deberá socorrer con sus bienes a los parientes, a los pobres, huérfanos y peregrinos, contribuyendo así al sostenimiento y promoción de la causa del islam. Más allá de la ayuda que ella pueda reportar al prójimo, se la considera como una especie de purificación por medio del sacrificio.

El cuarto pilar es *el ayuno* que los creyentes deben practicar durante el mes de Ramadán, por ser este el mes en que fue revelado el Corán. Durante todo el día, desde la salida hasta la puesta del sol, habrá de abstenerse de tomar comida y bebida, así como de toda relación sexual. Dicha práctica es una muestra concreta de obediencia a los deseos de Allah.

Finalmente todo musulmán está obligado, al menos una vez en la vida, a *visitar La Meca*. Esta peregrinación es un deber religioso. El modo de

hacerla, reviviendo los acontecimientos principales de la historia sagrada islámica, está detalladamente descrito en los manuales. La visita de la Kaaba, "lugar sagrado" por excelencia, constituye el momento culminante. Este recinto se presenta hoy como un espacio rectangular, de forma aproximadamente cúbica –al parecer la palabra "Kaaba" significa cubo–, con doce metros de fachada, por diez de lado y quince de alto, y sus cuatro esquinas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. Los muros, donde se encuentra la "piedra sagrada", son de piedra negra. En el interior, que está vacío, sólo se ven las lámparas de oro y plata allí colgadas, así como el piso decorado con mosaicos. La ceremonia incluye cuatro ritos: dar siete vueltas alrededor del templo, a paso acelerado, recordando la angustia de Agar, que corría en busca de agua para abrevar a su hijo Ismael, que moría de sed; besar la piedra negra, encastrada en el muro a un metro y medio de altura sobre el suelo; beber agua en la fuente Zem-Zem, que según se cree había sido abierta por el ángel Gabriel para salvar a Agar y a su hijo; y finalmente recorrer en peregrinación de ida y vuelta las colinas das-Safa y al-Marva, trayecto ahora totalmente cubierto, recordando la estancia de Abraham e Ismael en dichos lugares. El octavo día del mes, los peregrinos salen de la ciudad, en dirección a la colina Arafa, donde permanecen de pie por un rato. Durante el camino de retorno a La Meca, en Mina, realizan otros dos actos simbólicos. El primero consiste en arrojar piedras a un pilar que representa al demonio; según la leyenda, allí Satanás se le había aparecido a

Abraham, tratando de que se abstuviese de construir un templo para Dios, a lo que el patriarca le respondió lanzándole piedras. El segundo acto se concreta en el sacrificio de un animal. Tras ello, los peregrinos se quitan las prendas rituales. Muchos de ellos se dirigen luego a Medina para visitar la tumba de Mahoma, ubicada en la mezquita que él mismo hiciera erigir en ese lugar.

He aquí los cinco pilares del islamismo, en tres de los cuales se deja advertir la influencia cristiana: la oración, el ayuno y la limosna. Se ha señalado que esta religión parece permanecer en un plano meramente natural, en la más completa ignorancia del pecado original y de la gracia santificante. A esos deberes fundamentales agregan algunas prescripciones menores como abstenerse de vino y de carne de cerdo. Mahoma persiguió la avaricia, el orgullo, el libertinaje y la mentira; abolió los sacrificios humanos; prohibió la muerte y el abandono de los hijos; refrenó la poligamia desenfrenada, limitando hasta cuatro las mujeres legítimas...

Por supuesto que no todos los que se consideran musulmanes asumen sus obligaciones con la misma seriedad. Hay entre ellos, como sucede entre nosotros, una variada gama de formas de observancia, desde la del que cumple puntualmente el ayuno y los rezos cotidianos, hasta el beduino común, que no ora regularmente, ni ayuna en Ramadán, pero que profesa que hay un solo Dios y que Mahoma es su Profeta.

El islam tiene también una impostación esjatológica. "Creed en Allah, el Único –leemos en el Co-

dan–, obedeced las órdenes que os ha transmitido Mahoma, Profeta de Allah, e iréis, después de vuestra muerte, a los umbrosos jardines del paraíso en donde, acostados sobre lechos de brocados, beberéis el agua viva de la fuente Es-Selsebil, gozando de las huríes, las hijas del cielo [...] Pero si no creéis, si desobedecéis, iréis al infierno, a comer el espantoso fruto del árbol Zakkum, entre inextinguibles llamas".

1. *La guerra santa y la expansión del Islam*

El islamismo, y en esto se asemeja al catolicismo, tiene pretensiones de universalidad. Todos los creyentes se consideran comprometidos en la defensa de los derechos de Dios, cuyo primado y prioridad deben proclamar sobre todo otro derecho, defendiéndolo hasta perder la propia vida, si fuere necesario. Miembros del "partido de Dios", se sienten integrantes de "la mejor comunidad que ha surgido en bien de los hombres", según se lee en una de las Suras del Corán (3,110). Y porque es la mejor comunidad (*ummah)*, el musulmán siente el orgullo de dicha pertenencia; los demás, son extranjeros.

Un gran islamólogo, el P. Henri Lammens, después de describir en una de sus obras el nacimiento del islam, la vida de Mahoma, el Corán y los cinco pilares, siguiendo el mismo orden por el que optamos nosotros, se detiene en lo que a su juicio constituye "el sexto pilar del Islam", la *jihad*, la guerra santa contra los no-musulmanes. Porque en la

expansión del Islam, a que enseguida nos referiremos, tuvo un papel insignificante lo que nosotros, los católicos, llamaríamos "el espíritu misional", el apostolado, que trata de convencer por las buenas, y así convertir a los infieles. La *sharia*, o ley islámica, ha considerado siempre la guerra santa como una de las obligaciones de la autoridad política, quien al obrar así no hace sino cumplir un deber de solidaridad. Es mártir, *chaid*, el musulmán que sucumbe durante la *jihad*, el musulmán "que mata y muere", como se lee en el Corán (9,112). Por eso hay una clara distinción entre lo que ellos llaman "territorio de guerra" y "país del Islam". Con los países que integran la primera zona sólo se pueden concluir treguas que no superen los diez años, indefinidamente renovables, por cierto.

De ahí que pronto se pusieran en pie de guerra. Las primeras incursiones victoriosas las emprendió el mismo Mahoma en la Península Arábiga, comenzando por La Meca. Tras derrotar a las tribus enemigas, llegó a dominar en toda la parte central de la Península. Pero al seguir adelante con su emprendimiento, se topó con una dificultad. Las dilatadas zonas del norte de Arabia estaban en poder del Imperio Bizantino y del Imperio Persa, por lo que en su plan de dominar toda esa región y convertirla en un gran Estado musulmán, debió hacer necesariamente la guerra a ambos Imperios. Al parecer, antes de arrojarse al combate, escribió a sus respectivos soberanos, ofreciéndoles la conversión al islamismo como única garantía de seguridad. Acerca de las respuestas que obtuvo, hay gran variedad de anécdotas en la tradición musulmana

Poco tiempo después de la muerte del Profeta, los musulmanes, encabezados por Omar, amigo y segundo sucesor de Mahoma, se lanzaron al Asia Menor, invadiendo Siria, que con el pasar de los años se iría islamizando gradualmente y con cierta facilidad. Los funcionarios cristianos de los Emperadores aceptaron entrar al servicio de los Califas que, por lo general, no se mostraron violentos con los vencidos, única manera de mantenerlos sujetos. Las relaciones entre el poder islámico y los cristianos fueron relativamente cordiales, a tal punto que, un siglo después, en la Damasco árabe florecería esa gran figura que fue San Juan Damasceno, a quien nos referimos hace poco. Pero no nos adelantemos en el tiempo. En aquella invasión, dos grandes batallas culminaron en victoria del Islam, la primera al este de Palestina, en las alturas que dominan el Jordán, y la segunda en Mesopotamia, donde tras combatir durante varios días, aplastaron al poderoso ejército persa, se apoderaron de la bandera de piel de leopardo de los Emperadores, y finalmente ocuparon su capital, Ctesifonte. En una de esas incursiones, el emperador bizantino Heraclio les salió al encuentro, resultando vencido. Sólo atinó a llevarse la Vera Cruz de Jerusalén a Constantinopla.

En lo que toca a Tierra Santa, los musulmanes necesitaron algún tiempo para apoderarse de todas sus plazas fuertes. Un ejército griego, reforzado por árabes cristianos, fue derrotado tras cruento y largo combate, con lo que quedó expedito el camino de Jerusalén. Ésta resistió cuanto pudo, alentada por el patriarca Sofronio, pero al fin debió capitular.

La caída de Jerusalén fue hondamente sentida en todo el mundo cristiano. Desde Constantino, había sido la Ciudad Santa por excelencia. Los tres siglos del período bizantino fueron para ella una edad de oro. En el año 451 se la declaró patriarcado, como lo eran Roma, Alejandría, Antioquía y Constantinopla. Allí afluían peregrinos de todos los países, muchos de los cuales se quedaban definitivamente. En vísperas de su conquista por parte del Islam, era una gran ciudad, animada, llena de iglesias. Numerosos monasterios habían sido fundados especialmente en los desiertos vecinos. Dentro de los muros de la ciudad se encontraba una vasta área rectangular, que había sido la explanada del antiguo templo, desolada, devastada. Pues bien, el califa Omar, luego de entrar en la ciudad, acudió a rezar a Allah sobre dicho espacio, allí donde hoy se eleva la mezquita que lleva su nombre. En realidad no debería ser llamada así, porque cuando Omar llegó no había ninguna mezquita ni él tampoco la erigió. Sobre el lugar que hoy ocupa se ubicaba, en la época de los judíos, el altar de los holocaustos. Se lo denominaba también "lugar de Abraham", en razón de una tradición inmemorial según la cual el templo había sido construido sobre el monte Moria, donde Abraham subió con su hijo Isaac para ofrecerlo a Dios en sacrificio (cf. Gén 22,2). Cuando en el año 135 los romanos acabaron de destruir lo que restaba del templo, sólo quedó la roca sobre la que se apoyaba el altar de los judíos. El actual edificio, coronado por una espléndida cúpula, en razón de lo cual es llamado a veces la Cúpula de la Roca, fue construido por artistas

bizantinos a fines del siglo VII, convirtiéndose en una mezquita que rivalizaba con el Santo Sepulcro. En la época de las Cruzadas, la roca sería rebanada por los templarios, para erigir sobre ella un altar donde se pudiese celebrar la Misa. En ese espléndido lugar vemos hoy magníficos deambulatorios concéntricos, separados por columnatas, entornando un espacio central donde se conserva la roca desnuda.

Los invasores musulmanes se arrojaron luego sobre el Egipto. Pronto cayó el Cairo y luego Alejandría. Lo repentino de estos hechos lleva a pensar que hallaban complicidades en los pueblos invadidos. De hecho las encontraron en numerosos judíos, y también en grupos cristianos, especialmente monofisitas, que preferían los árabes a los bizantinos. Por lo demás, los egipcios, justamente cuando aconteció el ataque musulmán, estaban en semirrebelión contra el emperador de Bizancio. Sea lo que fuere, lo cierto es que la caída de Alejandría, la vieja y gloriosa sede de Atanasio, produjo en la Cristiandad una resonancia semejante a la que siglos después tendría la caída de Constantinopla en manos de los turcos.

Tras ocupar Egipto los musulmanes se lanzaron al África del norte. La conquista de esta dilatada región no fue tan fácil como a veces se piensa. Tanto los bizantinos, que por aquel entonces la ocupaban, como los bereberes, raza muy antigua y numerosa que se extendía desde el desierto de Egipto hasta el Atlántico, y desde las costas del Mediterráneo hasta el desierto de Sahara, opusieron una

obstinada resistencia. Pero el Imperio Romano de Oriente, como gustaba llamarse Bizancio, no estaba en condiciones de defender con eficacia esos dominios tan lejanos, y al cabo los abandonó a su propia suerte, al tiempo que reagrupaba sus fuerzas para defender la capital imperial, ocasionalmente amenazada, y la parte del Asia Menor que integraba el Imperio. Los pueblos autóctonos del norte de África, desamparados ya del apoyo de los bizantinos, se organizaron entonces bajo caudillos propios. Si bien el jefe musulmán, ebrio de botín, penetró osadamente en territorio enemigo llegando hasta el extremo oriental del Atlántico, pronto se dio cuenta de que en la retaguardia se habían agrupado grandes contingentes de fuerzas cristianas, que acabaron por infligirle una severa derrota. Tiempo después, retomaron la ofensiva, logrando por fin establecer efectivamente su dominio sobre todo el norte de África. Atravesaron luego el estrecho de Gibraltar, y tras ocupar una buena parte de España, cruzaron los Pirineos, apoderándose de Carcassonne y de Nímes. Pensemos que todo ello sucedía menos de cien años después de sus primeras victorias en Siria. En Poitiers los esperaba Carlos Martel, contra cuyos caballeros cubiertos de hierro se estrellaron las tropas ligeras de los árabes, frenándose así su impresionante ofensiva sobre Occidente.

Rechazados hasta los Pirineos, siguieron dominando sobre España, con excepción de su montañosa zona del nordeste. Más adelante se harían dueños de Sicilia, tras lo cual se propusieron invadir Italia para implantar allí la Media Luna y erigir

una mezquita sobre el monte Vaticano, como lo habían hecho sobre la explanada del antiguo templo de Jerusalén. El Mar Mediterráneo, oriental y occidental, era casi de ellos, así como sus islas, habiendo dejado contingentes armados hasta en las costas de Galia y de Italia. Nunca la historia había conocido una ofensiva semejante, tan repentina y tan ininterrumpidamente triunfante. A los veinte años del primer ataque, acontecido en el 634, dos años después de la muerte de Mahoma, había desaparecido Siria, la cuna de nuestra fe, y Egipto, con Alejandría, el gran centro de la cultura católica. En cien años, cerca de la mitad del viejo Imperio cristiano había caído en poder de funcionarios musulmanes, y la población de los territorios ocupados parecía aceptar de buen grado la nueva situación. La influencia y el gobierno musulmán habían suplantado a la influencia y el gobierno cristiano y estaban convirtiendo en mahometano casi todo el Mediterráneo oriental, occidental y meridional.

¿Cuáles fueron las razones por las cuales se desencadenó esta gran ofensiva del Islam sobre la naciente Cristiandad? Para entender mejor dicho fenómeno convendrá tener en cuenta la situación interior del propio Islam. Es cierto que si bien Mahoma no había previsto nada para su reemplazo, siendo su gobierno totalmente unipersonal, con todo, durante los treinta años que siguieron a su muerte, no hubo problemas mayores. Al Profeta lo sucedió Abu-Bekr, discípulo suyo, con el título de *Califa*, que significa jefe de los creyentes, quien acabó la conquista de la península arábiga. Luego lo siguió Omar, político sagaz, que formó un ejército formi-

dable, al que comunicó un impulso de fanatismo místico en la inteligencia de que el único modo de mantener la cohesión de su pueblo era lanzándolo a expediciones guerreras. Para concretar dicho propósito, señaló las direcciones hacia las cuales convenía llevar la guerra santa, que no eran otras que los puntos de los que dependía el comercio de caravanas de los árabes: Mesopotamia, Siria y Egipto, justamente los lugares donde vimos se entablaron las grandes batallas iniciales. De este modo la guerra santa, acto religioso por excelencia, el sacrificio más apreciado de Allah, se llevó concretamente contra tierras en poder de los cristianos, acabando éstos por ser los principales enemigos, tanto que Omar, tomando distancia de su amigo Mahoma, podría exclamar: "Nos corresponde devorar a los cristianos: y a nuestros hijos devorar a sus descendientes, mientras los siga habiendo".

Los guerreros enarbolaban el estandarte con la Media Luna. La Luna aparece en el Corán como una señal del poder de Allah, ya que Él la hizo para que midiese el tiempo de los hombres. Es, asimismo, imagen del Profeta, porque refleja la luz del Sol, que simboliza a Dios, y también emblema de la fe musulmana. El místico, que vive del fulgor de Dios, se asemeja a la Luna, por la cual se guían de noche los peregrinos. El día del juicio se partirá la Luna y se unirá al Sol. Será el fin de la historia, el término del tiempo de la fe y el comienzo de la contemplación.

Las banderas de Islam eran de color verde, que para los musulmanes significa la salvación y la ri-

queza, material y espiritual. Nada de extraño ya que los árabes primitivos, que vivían en las arenas del desierto hostil y ardiente, veían en el verde el color del oasis, la vegetación y la vida. Verde era, por otra parte, el manto de Mahoma bajo el cual se refugiaron, en tiempos de peligro, su hija Fátima, su yerno Alí y sus dos nietos, por lo que fueron llamados "los cuatro bajo el manto".

Tras las conquistas, el dominio musulmán se consolidó cada vez más en todas las regiones ocupadas. Fue así naciendo una nueva civilización, la musulmana. Los jinetes árabes que se habían lanzado a tantas conquistas eran originariamente elementales y primitivos, pero al entrar en contacto con civilizaciones antiguas, especialmente la greco rromana, y sufriendo luego el influjo del África del norte, se fueron cultivando al punto de suscitar una cultura urbana original, a la que el uso de la lengua árabe le dio su unidad. El centro de gravedad del Islam pasó inicialmente de La Meca y Medina a *Damasco*, ciudad heredera de una vieja civilización, lo que significó un transferencia muy significativa. Allí se instaló el primer Califato, que duraría casi un siglo.

Es claro que hubo grandes turbulencias políticas dentro del sistema. No podemos al respecto entrar en detalles. Digamos tan sólo que sobre los antiguos Omeyas, sucesores de Omar, lograron imponerse los Abásidas, así llamados por el nombre del iniciador de la dinastía, Abu Abbas, tío de Mahoma, que al final lograron imponerse. Con los abásidas, el centro de gravedad se desplazó de Damas-

co a *Bagdad*, a orillas del Tigris, en el Irak actual, zona donde se encontraba la antigua Babilonia, así como la gran ciudad persa de Ctesifonte. El califato de Bagdad, que se instaló a partir de mediados del siglo VIII y que duró más de cuatro siglos, fue la sede de un gran renacimiento cultural, el apogeo de la civilización musulmana. Allí fueron traducidos al árabe todos los trabajos de algún valor que provenían de las culturas griega, persa o india. Fue la época de los grandes califas, contemporáneos de Carlomagno. Pero la extension inmensa del Imperio atentó contra el dominio abasida. Ya no lograban controlar como lo deseaban el África del norte. Menos aún España, donde acabó por constituirse un nuevo califato, el de *Córdoba*. Dicho califato tuvo su origen en el enfrentamiento de los abasidas y los oméyidas. Uno de los Omeyas había logrado escapar y huir al África del norte, pasando luego a la región que se llamaba *al-Andalus*, es decir, la península ibérica dominada por los musulmanes. Logró tomar el poder en Córdoba, y en el año 929 uno de sus sucesores hizo de esa ciudad la sede del nuevo califato, independiente de Bagdad, que sería también un polo de brillante civilización. En el año 975 se instaura otro califato en *El Cairo*, el de los fatimitas. De modo que tres fueron los califatos clásicos, los de Bagdad, Córdoba y El Cairo. Mucho después vendría el califato turco de Estambul, que duraría hasta 1924.

En los siglos IX y X todos los musulmanes, más allá de sus diferencias y de los lugares tan diversos donde vivían, tenían conciencia de pertenecer a la *ummah*, es decir, la comunidad de los creyentes.

Se pudo así hablar de un "mundo islámico", para lo cual ayudaba sobremanera el uso de una lengua común, el árabe. La homogeneidad de dicho mundo se reflejaba claramente en la arquitectura. Desde el comienzo hubo rasgos comunes, que podían hallarse desde Irak hasta Córdoba, lo que no obstó a que luego apareciesen estilos regionales dentro del canon general. En lo que toca al culto, el universo islámico privilegiaba varios centros de peregrinación: la Kaaba en La Meca, la Cúpula de la Roca en Jerusalén, la tumba de Abraham en Hebrón. La mezquita era el centro espiritual de cada uno de los pueblos. Como es sabido, los musulmanes prohíben el arte figurativo en sus templos. No hay en ellos imágenes sacras. Un edicto del califa Yesid así lo había establecido y ello por instigación de un judío de Tiberíades, en el marco de una fase nueva de la lucha judía contra los cristianos. No deja de resultar sintomático que pronto estallase en Constantinopla la querella iconoclasta. En torno a las mezquitas se encontraban los tribunales, donde se impartía justicia, así como albergues para peregrinos y también hospitales, según lo recomendaba el Corán.

En las ciudades que jalonaban todo el abanico imperial no solían faltar los acueductos y los baños públicos o termas, entre jardines y fuentes, así como grandes edificios y palacios oficiales que expresaban el poder, la magnificencia y el ansia de placer que caracterizan a aquel pueblo. Véase, sino, lo que fue la Alhambra en Granada. Los muros de las mezquitas y de otros edificios públicos no eran superficies lisas sino que estaban recubiertos de

adornos, en forma de plantas y flores, muy estilizadas, dibujos lineales y círculos de intrincadas conexiones, y sobre todo, una profusa caligrafía. Esta última encubría una especial significación para los musulmanes, ya que según ellos Allah se les había comunicado mediante su Verbo, y en lengua árabe. Fueron los calígrafos quienes introdujeron la escritura en el lenguaje arquitectónico, mediante contornos infinitamente variados, que se combinaban con figuras vegetales o geométricas. De este modo la caligrafía se convirtió en una de las artes islámicas más importantes, y la escritura árabe, en forma de letras o plegarias, engalanó no sólo los edificios sino también las monedas, las alfombras, los tapices y los objetos de bronce.

Así se expandió y se expresó el mundo islámico. Cuando hoy se habla del Islam no hay que pensar sólo en los árabes, que no son más de doscientos millones sobre los mil trescientos millones de musulmanes que viven en la actualidad. El Islam son también los turcos, los iraníes, los argelinos y buena parte de Africa, el Islam asiático, y otros países como el Pakistán y el Bangladesh. Incluso en la India hay más de cien millones de musulmanes. El Islam está asimismo en Indonesia, con sus casi doscientos millones de habitantes, y hasta en China continental, donde se encuentran varias decenas de miles en la provincia de Sin-kiang.

5. Los motivos de tan rápida expansión

Volvamos ahora a las grandes conquistas de los primeros siglos del Islam. Es un hecho incontrovertible que los musulmanes ocuparon principalmente tierras y pueblos que hasta entonces habían sido cristianos, lo cual no significa que la destrucción del cristianismo fuese total, como bien lo señala Vittorio Messori: "En Egipto quedó un «resto» no despreciable de vida cristiana entre los coptos. Tampoco en Asia fue completa la desaparición: los monofisitas de Siria, los maronitas del Líbano, los nestorianos (luego caldeos) de Mesopotamia y Persia, los armenios del Cáucaso siguieron siendo cristianos hasta nuestros días. Así como permaneció heroicamente fiel al Evangelio Etiopía, que supo resistir a los muchos intentos de islamización violenta que llegaban desde el norte, a lo largo del Nilo, o del este, a través del Mar Rojo. Entre los historiadores se habla mucho del fin del cristianismo en el África occidental mediterránea, pero se suele silenciar del todo la resistencia indomable del mismo cristianismo entre los miserables y despreciados etíopes que, cuando aceptaron el Evangelio, ya no quisieron abandonarlo".

Lo que dice Messori es cierto. Sin embargo no deja de llamar la atención la rapidez, la extensión y la perdurabilidad de las conquistas. ¿A qué se debió dicho resultado? ¿No hubiera sido esperable una mayor resistencia que hiciese imposible la fulminante expansión del Islam, o al menos una contraofensiva que expeliese al enemigo? La gesta de los musulmanes no tiene antecedentes en la histo-

ria. Otras épocas conocieron grandes jefes, como Atila o Gengis-Khan, pero sus victorias no fueron duraderas. Tratemos de explicitar los motivos de un fenómeno tan curioso.

Ante todo hubo razones *de parte de los vencedores*. La primera de ellas fue *la mística* que acompañó sus ofensivas. Desde el comienzo, el Islam estaba convencido de que su religión debía triunfar en todo el mundo. Algo hemos dicho del carácter universalista de la convocatoria de Mahoma. Recordemos cómo, todavía en vida, escribió a los gobernantes de diversos países como Yemen, Abisinia, Egipto, Bizancio y Persia, invitándolos a abrazar la nueva fe. Considerando su comunidad de Medina como un modelo para todos aquellos pueblos donde el Islam fuese aceptado, frecuentemente expresó el deseo de que su fe se extendiera por todo el universo y a lo largo de los siglos.

La segunda razón que permite comprender el éxito arrollador de las huestes mahometanas es el *fondo dogmático claro y elemental* que proponían, accesible a todo el mundo. Según Calderón Bouchet el islam es más una ideología que una religión, y lo que caracteriza a una ideología es precisamente su simplicidad doctrinal, que le permite propagarse con facilidad, apoderándose de las masas. El credo islámico, en efecto, se reduce a tres elementos. El primero es la existencia de un solo Dios todopoderoso y creador, a quien están sometidas todas las creaturas; entre Dios y nosotros hay intermediarios: muchos ángeles y demonios, así como varios profetas, Adán, Noé, Abraham, Moisés, Je-

sús, y finalmente el mismo Mahoma, que trae la revelación definitiva. El segundo elemento es la misión divina del Profeta, a quien hay que creer y seguir como vocero de Dios. El tercero, la vida futura, que incluye la creencia en un castigo y un premio eternos; el infierno está reservado a los infieles, es decir, a los que no creen en el islam; y el cielo a los musulmanes, que gozarán de Allah y encontrarán allí la satisfacción de todos sus sentidos.

Juntamente con una dogmática tan suscinta, el Islam ofreció una *moral igualmente sencilla*, que por lo demás no contraría demasiado las pasiones. Un misionero decía: "Se necesitan tres días para hacer un musulmán. Se necesitan tres años de catecumenado para preparar un pagano al bautismo cristiano". A las pocas normas existentes, añádanse ciertas prescripciones y preceptos que dan alguna satisfacción al espíritu instintivamente religioso de la gente, como por ejemplo la justificación de la guerra santa contra los "infieles", a lo que se une la perspectiva del ulterior botín. Ello contribuye a explicar la facilidad con que se acrecentaron tan rápidamente sus huestes, munidas de aquel espíritu combativo y proselitista que las caracterizaba. Pronto los que hasta entonces no habían sido sino hordas beduinas se transformaron en tropas fuertemente organizadas, con una espléndida infantería y una temible caballería ligera, provistas de armas de guerra que copiaron de Bizancio y de Persia, y dirigidas por excelentes jefes militares, ciegamente obedecidos.

El cuarto motivo que permite explicar de algún modo la rápida expansión del Islam radica en el

hecho de que sus caudillos no se limitaron a llevar una religión sino también una peculiar concepción de la sociedad, una *cosmovisión*, lo que no dejaba de resultar atrayente. Así como nosotros distinguimos el Cristianismo, es decir, la práctica concreta de nuestra religión por parte de personas particulares, y la Cristiandad, o sea, la impregnación evangélica del orden temporal, también el Islam, más allá de sus características rituales, conoce lo que podríamos llamar la "islamidad", es decir, la impregnación del orden temporal a partir de los principios del Corán. Un destacado pensador musulmán del siglo XX afirma que "quienes piensen que las enseñanzas se refieren sólo al lado espiritual de la vida están equivocados. El Islam es una ideología y un culto; un hogar y un Estado; un espíritu y un trabajo; un libro y una espada". Ello es cierto, sólo que, a diferencia de nosotros, casi no diferencian lo público de lo privado, lo sagrado de lo profano, a tal punto que lo religioso queda como absorbido por lo político. Iglesia y Estado no son instituciones separadas o separables. Son una misma cosa. El islam, con minúscula, es decir, el núcleo religioso, es lo mismo que el Islam con mayúscula, su expresión en el orden temporal. Por eso los jerarcas musulmanes desconfían del ascetismo, entendido como una interiorización de lo religioso, por el peligro de que encierre al hombre en su subjetividad, distrayéndolo de actuar en las estructuras políticas y sociales. "El Islam –ha escrito un experto– no es sólo la fe en un único Dios y la oración y la limosna; quienes así piensan proyectan sobre el Islam su propia mentalidad cristiana. El Islam es una

totalidad socio-política cultural y religiosa. La mezquita no es un templo musulmán. no es sólo lugar de oración, sino también es el lugar de los debates políticos. El califa no es un papa, es también quien encarna el poder político en la *ummah*, la comunidad de creyentes musulmanes". La institución del Califato, que engloba tres elementos: la sucesión legítima del Profeta, la dirección de los problemas del mundo y la vigilancia sobre las cuestiones de fe, se ordena a administrar los asuntos de la comunidad en base a la religión. Sólo se justifica la rebelión cuando el gobernante se opone claramente a los mandatos de Dios o de Mahoma.

Lo que pasa en el ámbito de la política se reitera en el orden de la cultura. Ninguna filosofía que prescinda de la revelación puede esperar ser otra cosa que una influencia disgregadora y disolvente en la sociedad islámica. Por eso la filosofía está entre ellos tan lejos de todo racionalismo. La razón debe ir unida con la revelación. Si el islam existe es para afirmar la doctrina de la unidad y aplicarla a todos los sectores de la vida.

Como se ve, el hacerse musulmán no implica una decisión única ni principalmente religiosa. Es también, y quizás sobre todo, una elección política, cultural y jurídica. Por eso la conversión de un musulmán a otra religión parece algo absurdo. Se puede abandonar una fe, pero no un mundo político y cultural, que engloba y unifica todos los aspectos de la vida. Si alguno lo intenta, la *sharia* se muestra inflexible: el veredicto es la pena de muerte.

Naturalmente que esta cosmovisión tan unitaria y englobante se diferencia, como ya lo hemos señalado. de la del cristianismo, que distingue adecuadamente entre el ámbito sagrado y el ámbito profano, el ámbito religioso y el ámbito político, el ámbito de la fe y el ámbito de la razón, si bien luego de haberlos distinguido, los coordina adecuadamente, salvando la jerarquía. Con todo, pensamos que dicha vertebración de ambos niveles en el mundo musulmán, no habrá dejado de resultar realmente atrayente para los pueblos conquistados por el Islam.

Finalmente *la lengua común*, que poco a poco se fue extendiendo a todas las regiones ocupadas, sirvió para desalentar la resistencia. El idioma árabe, especialmente en su forma escrita, constituyó un vehículo privilegiado de transmisión cultural y religiosa. La ideología común parecía pedir una lengua común. Los conversos cuyo origen no era árabe, aprendieron el idioma que se les imponía para poder leer el Corán y también para celebrar su culto. Los judíos de España usaron el árabe en filosofía, ciencias y poesía.

Tales fueron los motivos por los que el Islam pudo imponerse rápidamente sobre buena parte del mundo cristiano. Si consideramos el asunto *desde el punto de vista de los vencidos*, también allí encontramos explicaciones del derrumbe casi total de la Cristiandad. La primera es la situación en que se encontraban los pueblos de la región mediterránea, todavía *debilitados por las invasiones de los bárbaros*, así como divididos en grupos y

grupúsculos, e incluso enfrentados por guerras prolongadas.

La escasa resistencia que encontraron los invasores se explica, en segundo lugar, por la situación en que se hallaba la sociedad desde el punto de vista religioso. Los *inacabables debates teológicos* y las ulteriores escisiones, habían erosionado profundamente la unidad social de los cristianos. La pervivencia de los nestorianos, de los monofisitas y de los arrianos, así como el fastidio de los católicos ortodoxos por el apoyo que los emperadores de Constantinopla brindaban a los nuevos herejes monoteletas, todo ello contribuyó a que los árabes encontraran un enemigo dividido y fatigado. Frente a las "complicaciones" de las luchas doctrinales, especialmente cristológicas, que tanto dividían al pueblo cristiano, el Islam se presentaba como algo monolítico, con un credo tan sencillo e indiscutido que parecía especialmente hecho para ser aceptado por la generalidad. Acertadamente se ha señalado que precisamente en la zona de mayores debates doctrinales la nueva religión fue recibida más rápidamente, acabándose por mirar con simpatía a estos señores, aunque negasen el dogma trinitario y la divinidad de Jesucristo.

Por eso en no pocas regiones de Siria, de Egipto, del Asia Menor y del norte de África, los habitantes del lugar manifestaron más bien satisfacción al verse libres de la opresión bizantina, máxime que la política de los árabes fue siempre comenzar mostrando benevolencia con los vencidos. En la zona de Siria e Irak, donde los pueblos eran de origen

y lengua árabes, fue aún menos difícil para los musulmanes que la gente transfiriese su fidelidad de los Emperadores a la nueva clase dirigente.

Otra razón por la que los vencidos se doblegaron ante el poder musulmán, no al comienzo, por cierto, pero sí con el pasar del tiempo, fue la admiración que produjo en ellos *el nivel cultural de los ocupantes*. En los siglos que presenciaron su victoria, los siglos VII, VIII y IX, el islamismo fue la más alta civilización del mundo occidental. Pensemos que por aquel entonces Europa estaba todavía dominada por los bárbaros, a los que había que ir civilizando trabajosamente. Desde el siglo V hasta comienzos del XI, vivió lo que se ha dado en llamar "la edad oscura", a pesar del experimento cultural de Carlomagno, tan precario por lo demás. La cultura islámica, en cambio, pronto se comenzó a destacar por su esplendor, riqueza y poderío, así como por un conocimiento superior de las ciencias prácticas y aplicadas. Es cierto que mientras la sede del Califato estuvo en Damasco, durante los primeros cien años de la historia del Islam, las intrigas y los asesinatos estuvieron a la orden del día. Pero cuando subió al poder la dinastía de los Abasidas, que reinaría durante tanto tiempo sobre el mundo mahometano, con su capital en Bagdad, el esplendor de su cultura asombró a todos los contemporáneos.

Por lo demás, según ya lo hemos señalado, los mahometanos no "destruyeron" lo que encontraron, como lo habían hecho algunos grupos bárbaros, ni "exterminaron" a quienes se negaban a

aceptar el islamismo. Eran demasiado poco numerosos para poder gobernar por la sola fuerza, e incluso desconocían el arte de la política. Sus nuevos súbditos, cristianos en su mayor parte, pudieron conservar no sólo la misa, los sacramentos y las tradiciones cristianas, sino también la civilización grecorromana. Se ha llegado a decir que el islamismo fue durante mucho tiempo el custodio de la antigua cultura grecorromana. No sólo el custodio, sino también, en cierta manera, el heredero.

Una última razón que podemos señalar para explicar la rápida aceptación de los invasores por parte de los vencidos fue *la situación económica* que aquéllos encontraron en las regiones conquistadas, sobre todo en la zona del Mediterráneo. Hilaire Belloc se ha referido minuciosamente a este asunto. En dicha zona, nos dice, donde había millones de campesinos, como los de Egipto, Siria y todo el Oriente, la sociedad había caído en una profunda postración por los problemas que la aquejaban. Los impuestos resultaban agobiantes, al punto que todos estaban adeudados y sujetos a la usura. Un sentimiento de opresión se había ido generalizando, de modo que el islamismo llegó en el momento preciso y bajo la forma de un amplio e inmediato alivio. Por decisión de los recién llegados, si los deudores admitían que Mahoma era el Profeta de Dios y que la nueva enseñanza tenía, por consiguiente, autoridad divina, inmediatamente se les condonaba las deudas, dejaban de ser deudores.

No en vano el islamismo era una nueva forma de "temporalismo", de búsqueda de prosperidad

material. Refiriéndose a ello, un gran pensador español, Francisco Canals Vidal, ha destacado su entronque con el judaísmo, filiación a la que nos referimos más arriba. "El islamismo -escribe- fue en su origen un movimiento religioso-político, en la más estricta unidad y confusión de ambas dimensiones, heredero de las esperanzas y de los sentimientos del judaísmo orientado hacia un mesianismo terrenal". La nueva religión hizo suyos los anhelos más profundos del judaísmo, para tratar de cumplirlos sin esperar ya ningún mesías futuro. Si siguieron profesando un mesianismo terrenal, no era el verdadero mesianismo del Antiguo Testamento, sino el que propiciaba el judaísmo ebionita, que buscaba la implantación del reino en este mundo, con una cierta actitud de revancha contra el helenismo y la dominación romana. El Islam será la adopción por los árabes de este impulso semítico de revancha "religiosa" contra los griegos y contra el Imperio infiel, la "revancha ebionita" de que habló Renan. Bien concluye Canals: aquello que Dios tenía preparado para Israel y que éste rechazó, fue dado a los gentiles, a los cristianos, a la Iglesia; aquello que Israel esperaba erróneamente de Dios para sí, el poder terrenal y político, fue dado a los descendientes de Agar e Ismael, al Islam. Sea lo que fuere de la teoría de Canals, consideramos que esta presentación de una religión temporalista, capaz de solucionar los problemas del hombre, no pudo dejar de mostrarse altamente atractiva a los pueblos conquistados y agobiados de deudas, lo que ofrece una razón más de su rapidísima difusión, sobre todo en las zonas de habla griega.

En las otras regiones conquistadas, como los pueblos asiáticos del Cercano Oriente, Mesopotamia, Persia y el territorio montañoso que se extiende hasta la India, el éxito no se debió, como en el caso de Siria y de Egipto, a la promesa de que sus habitantes quedarían libres de toda deuda, sino más bien a una especie de instinto de obediencia que caracterizaba a los pobladores de aquellas regiones. Si bien durante unos tres siglos esa zona había sido superficialmente griega, por lo menos en su clase gobernante, luego Asia comenzó a refluir nuevamente hacia el oeste, logrando una vez más la primacía. Pues bien, cuando llegó el islamismo, no hizo sino robustecer esa tendencia tan propia de la idiosincrasia asiática, instaurando allí un gobierno absolutista santificado por la religión. Una vez establecido el Califato en Bagdad, esta ciudad se convirtió en la capital de una vasta sociedad.

Tal es el Islam que se impuso con una facilidad que hoy nos asombra, a lo mejor por haberse presentado con la fascinación de una doctrina tan omniabarcante. Por otro lado, insistamos en ello, no buscaron convertir con el recurso a la fuerza física. Su fórmula era: Cree o paga. Si los cristianos sometidos querían permanecer fieles a su fe, no se lo impedían, podían seguir practicando su culto, pero entonces debían pagar tributo, que no era, por lo demás, exorbitante. Si abrazaban, en cambio, la religión musulmana, eran incorporados a la *ummah*, y así quedaban liberados de pagar. Podían asimismo tener sus iglesias, sus sacerdotes y sus obispos. Salvo algunas excepciones de persecución sangrienta, que ocasionó muchos mártires a la Iglesia,

aquel sistema fue implantado en todas partes, y constituyó a la larga un grave peligro para el cristianismo.

Es cierto que con el pasar del tiempo también el Islam se fue debilitando a consecuencia de una fuerte discordia de origen familiar, que proviene de los primeros decenios de su historia. Cuando se trató de elegir el sucesor de Mahoma para guiar la *ummah*, la mayoría de sus compañeros se pronunció en favor de Abu-Bekr y luego de Omar y de Otmán, amigos de Mahoma. Fueron los llamados *sunnitas* (recuérdese que la "sunna" era la tradición, el conjunto de *hadit* que se agrega al Corán). Esa corriente es ampliamente mayoritaria en la actualidad, agrupando casi el 80% de los musulmanes. Otro sector de aquellos tiempos iniciales se puso de parte de Alí, esposo de Fátima, hija de Mahoma. "Quienes aman a Alí me aman y quienes odian a Alí me odian y odian a Allah", son palabras atribuidas a Mahoma. En la fidelidad a Alí y a sus hijos, que luego serían asesinados, y se encuentran ahora sepultados en Irak, se basa la *Shi'at Ali*, o "partido de Alí"; según sus adherentes, el sucesor de Mahoma como Califa no era elegido, como entre los sunnitas, sino que debía ser siempre un miembro de su familia. Son los llamados *shiitas*, sector hoy muy minoritario, apenas un 15% del mundo islámico, que tiene vigencia en Irán y el sur de Irak, sobre todo.

En el siglo XIII, el Islam sufrió un gravísimo contratiempo: la aparición de una dinastía oriental no musulmana, formada de mogoles y turcos. Prove-

nientes de las estepas de Asia, y dirigidos por un gran estratega, Gengis Khan, "el conquistador del mundo", como se lo llamó, en pocos decenios formaron un Imperio que se extendió desde Pekín a las fronteras de Polonia. Luego de arrasar Kiev y Moscú, se abalanzaron sobre el Occidente. Sólo la muerte del caudillo hizo que los suyos se detuvieran ante el Vístula. Para el mundo musulmán, la llegada de los mogoles fue en extremo devastadora. Las tropas de Hulagu, que era budista, y por tanto enemigo declarado del Islam, saquearon Bagdad, Antioquía, Alepo y varias ciudades más.

6. *El sufismo*

Es evidente que en el islamismo hay un elemento "carnal", de índole temporalista, según lo hemos indicado más arriba. Ya San Pablo contraponía el nacimiento de Ismael –nacimiento "según la carne"– al nacimiento de Isaac –nacimiento "según la promesa" (Gál 4,23). Santo Tomás comenta que en el texto del Apóstol las palabras "según la carne"no tienen un sentido peyorativo. Sólo significan que el nacimiento de Ismael fue previsible, según la carne, es decir, al modo humano; el nacimiento de Isaac, en cambio, de una madre anciana y estéril, por el hecho de trascender las posibilidades humanas, patentizó el poder de Dios, al cumplir de manera tan admirable la promesa que le hizo a Abraham. Pues bien, el hecho de que el pueblo musulmán descendiese de Ismael llevó a algunos islamólogos a sostener que el Islam era reductible

a una temática meramente humana y exterior, de modo que todo lo que fuera teológico, espiritual o místico resultase ajeno a sus intereses. En todo caso, la única mística que se les podría atribuir sería la de la guerra.

Pero hay que tener cuidado con afirmaciones de ese género. El islam no ha desterrado el cultivo de la inteligencia. A partir del siglo XI conoce una institución consagrada al estudio del islamismo, la *madrasa*. Son escuelas, a veces anexas a una mezquita, donde se enseña el Corán y el Hadit, la gramática griega, el modo de leer e interpretar el Corán, y la jurisprudencia musulmana. Dicho estudio puede durar varios años.

Es cierto que su visión de la teología y de la moral es más bien formalista, ignorando la existencia de la lucha entre el pecado y la gracia. No hay allí redención alguna que provenga de un Dios Padre deseoso de salvarnos y que nos ofrece los medios para ello. El Creador se limita a observar a los hombres para juzgarlos en la consumación de los tiempos. A este respecto ha escrito un conocido estudioso: "El islam es una religión basada en el conocimiento, y no en el amor, como lo es, por ejemplo, el cristianismo, un conocimiento en que el propio intelecto tiene el papel positivo de conducir al hombre a lo divino". Se ha sostenido que el islam pertenece a la corriente gnóstica. A pesar de la influencia que sobre él ejerció la doctrina cristiana, en realidad re-construye el cristianismo evacuando, como lo hacen los gnósticos, sus principales misterios, la Trinidad, la Encarnación, la redención y la muer-

te misma de Cristo. Los asertos de Simón el Mago y de Marción se encuentran esparcidos en el Corán. Antoine Moussali afirma que no hay allí nada, incluido el "viaje celestial" de Mahoma, que no corresponda, casi punto por punto, con el "viaje" del gnóstico. No en vano las obras de Mani, gnóstico del siglo III, fueron traducidas al árabe a partir del siglo VIII.

Esto en lo que concierne a la "intelectualidad" musulmana. ¿Qué decir de su espiritualidad? Hemos señalado anteriormente que el islam pareciera ignorar lo que nosotros llamamos "la vida interior", mirando con sospecha a quienes la encomian. El mismo Mahoma lo expresó en forma contundente: "¡No hay ascetismo en el islam!". Toda la "espiritualidad" del Corán parece reducirse a que el hombre viva de acuerdo con la *sharia* y en abandono (*islam*) a la voluntad divina, para morir en buenas relaciones con Allah y entrar así en el Paraíso. Esto es lo que se exige a todos, la expresión concreta y universal de la voluntad de Dios. Tal sería la dimensión que podríamos llamar "exotérica" del islam, en el sentido de que gobierna la vida externa del hombre.

Sin embargo seríamos injustos si pensáramos que el islam es todo exterioridad y que al musulmán le esté vedado cualquier tipo de interiorización. Un pensador musulmán, Seyyed Hossein Nasr, ha explicitado esta idea. Cuando se dispone que haya cinco oraciones diarias, escribe, no se las entiende como actos meramente rituales, imperados por el reloj, sino que lo que se busca es jalo-

nar con ellas el ritmo de la jornada cotidiana y proteger al hombre del pecado. Algo semejante sucede con el ayuno, que no debe ser visto como un sacrificio puramente legal, sino como un medio de purificación, una forma de oración que favorece la comprensión de la independencia fundamental del hombre respecto al mundo exterior. Lo mismo vale para los demás ritos. La peregrinación a La Meca es exteriormente el viaje hacia la casa de Dios e interiormente la circunvalación alrededor de la Kaaba del corazón. El impuesto religioso simboliza el don de sí mismo, al tiempo que constituye un acto de autopurificación y de desapego de lo que externaliza. La guerra santa o *jihad* tiene dos caras: la guerra santa más grande, como denominó Mahoma a la batalla interior, y la cara externa, contra los "infieles".

Incluso algunos musulmanes practican una especie de dirección espiritual, aceptando la guía de quien ha avanzado más en el camino que conduce a Dios. Lo llaman *shayj*. "Para quien no tiene *shayj* -asegura un conocido dicho–, el demonio es su *shayj*". Entre los siglos X y XI aparecieron varias "familias espirituales", semejantes a nuestros institutos religiosos, así como conventos, algunos pequeños, pero otros de grandes dimensiones, que incluían una mezquita, un lugar para retiro, escuela, hospedería, todo en torno a la tumba de algún maestro.

Hay, asimismo, entre los musulmanes, una línea mística, la del *sufismo*. El término deriva posiblemente de *suf*, palabra que designa las túnicas de

lana que quizás vistieron los primeros grupos, a imitación de los monjes cristianos. Lo que podríamos llamar la "mística" musulmana nació en el siglo VIII, en base a la meditación del Corán. Un creyente que rumiaba el significado del libro sagrado podía verse poseído por el sentimiento de la abrumadora trascendencia de Allah así como de su total subordinación a Él, y entender luego que el Dios todopoderoso se le manifestaba, ya que, como decía uno de ellos, está "más cerca de ti que la vena de tu cuello". Lo que los sufistas buscaban era una mayor penetración en las verdades de su fe. Ibn Arabi, maestro del siglo XII-XIII, distinguía tres grados de conocimiento. Ante todo, el de la "razón", que es el de los filósofos; luego el de los "estados", que se alcanza por el saboreo de lo que se conoce; y finalmente el de los "secretos", que supera la razón, propio de los profetas y de los santos. Hemos visto como del mismo Mahoma, que en principio había mirado con malos ojos este tipo de posiciones, se afirma que en el curso de su vida realizó aquel viaje misterioso, iniciático, primero a Jerusalén y después al Paraíso, donde habría tenido acceso a la visión del rostro de Dios. En los círculos sufistas se hacían repeticiones colectivas de nombres de Allah, así como de epítetos que lo califican, acompañadas de movimientos del cuerpo y ejercicios respiratorios, hasta llegar al frenesí religioso e incluso a la pérdida de la conciencia. En algunas de sus escuelas se recurría a danzas sagradas; las de los derviches son las más conocidas. Si bien tales personas trataban de cumplir la ley islámica, en la práctica muchos de ellos se consideraban fácilmen-

te dispensados de su observancia, lo que provocó grandes sospechas en los ámbitos oficiales.

A varios de estos maestros podríamos referirnos. Por ejemplo a *Abu Hâmid al-Ghazâlî* (1058-1111), místico musulmán, cuya personalidad es una de las más atrayentes de toda la historia del islam. De él hemos leído con verdadera fruición su tratado *El Tabernáculo de las Luces*, un libro realmente notable, que viene a ser una especie de introducción a la espiritualidad islámica, dedicada "al peregrino espiritual que ha comenzado su viaje por acercarse al Señor". El "viaje" que propone este sufista "sobrio", como se lo ha calificado, tiene por presupuesto una visión simbólica de la vida. "La Misericordia divina –escribe– ha hecho que haya una relación de homología entre el mundo visible y el Reino celestial. En consecuencia, no hay ninguna cosa del primero que no sea un símbolo de algo del segundo."

El autor relaciona esta transposición de lo visible a lo invisible con los diversos sentidos de los libros inspirados. Pone como ejemplo lo que en la Biblia se dice de aquel episodio del Éxodo cuando Dios le pide a Moisés que se despoje de las sandalias porque el lugar que pisa es santo. Hay allí, dice, un sentido literal y un sentido espiritual. Algunos se quedan en el sentido literal, y otros se resisten a aceptarlo, pensando que Moisés no tenía sandalias, y que Dios no le dijo realmente: "Quítate las sandalias"; para estos últimos todo es alegoría, sin sustrato en los hechos. "El que aísla el sentido aparente es un «grosero literalista», el que aísla el senti-

do escondido es un «interiorista», mientras que el que une a los dos es el intérprete perfecto." Trae aquí a colación un texto del Profeta, que proviene de una tradición transmitida por uno de sus más antiguos compañeros: "El Corán posee un [sentido] aparente, un [sentido] escondido, un [sentido] límite, y un sentido que domina a los demás."

Al-Ghazalî concibe el todo como una catarata de luz, que proviene de Allah y llega hasta el último de los seres. "Has comprendido que las luces son jerarquizadas, que no se encadenan hasta el infinito, sino que se remontan a una Fuente primera, que es la Luz en sí misma y por sí misma." La verdadera Luz es Dios, y cuando se aplica el nombre de luz a cualquier otro ser, se lo debe entender de manera puramente metafórica. Será preciso irse elevando de la luz terrena a la Luz fontal. Pero para ello se requieren los ojos del espíritu. "Hay dos clases de ojos: un ojo externo y un ojo interno. El ojo externo pertenece al mundo sensible y visible, el ojo interno pertenece a otro mundo, que es el del Reino celestial." Todo el trayecto espiritual es reductible a esta peregrinación hacia la Luz indeficiente. Muchos se instalan en el mundo que alcanzan los ojos materiales, son los ateos o los que ponen su felicidad en esta tierra; otros mezclan la luz con la oscuridad; finalmente algunos se dejan transfigurar.

Nos hubiera gustado ahondar más en este autor tan profundo, que no dejó de tener influencia en la mística cristiana. Pero hemos preferido quedarnos en otro personaje interesantísimo, que fue quizás más allá de las escuelas sufistas, el místico *Hu-*

sayn Ibn Mansur al-Hallaj (858-922). El P. Joseph Maréchal, en su espléndido libro *Etudes sur la psychologie des mystiques* nos ha dejado un capítulo bajo el título de "El problema de la gracia mística en Islam", donde trata extensamente de este singular autor. Compendiaremos aquellas páginas. Nació al-Hallaj hacia el 858, al noreste del golfo Pérsico. Tras pasar su infancia en las cercanías de Bagdad, a los diez y seis años dejó a los suyos y se puso al servicio de un *shayj*, quien adhería a la tendencia sunnita, poco adicta a la exégesis literalista y esterilizante del Corán así como a la casuística que algunos patrocinaban bajo capa de tradición; los seguidores de dicha corriente respetaban, sí, el rito y la ley, pero trataban de que su cumplimiento no obstase al anhelo que sentían de profundizar en la vida espiritual, entendida como un anhelo de perfeccionamiento moral y de búsqueda de Dios a través de la contemplación. Después de dos años, al-Hallaj dejó a su primer instructor para ir a Bagdad y ponerse bajo la dirección de otro sufí. Luego de un año y medio se casó con la hija del secretario de Jonayd, que era algo así como el patriarca de todos los maestros de Bagdad, un hombre sumamente exigente y severo. Durante veinte años al-Hallaj padeció esta ascesis, llevando al extremo la mortificación física y mental.

Pero el discípulo tenía horizontes más vastos que sus maestros y la ruptura se hizo inevitable. Apartóse entonces de los ambientes sufistas para entregarse más libremente a sus inspiraciones interiores. Tras una peregrinación a La Meca, la segunda en su vida, se embarcó para la India, y llegó al Turkestán

oriental, en los confines de China. Al retornar de aquel largo viaje, se dirigió nuevamente a La Meca, donde permanecería durante dos años, luego de lo cual "volvió a Bagdad, muy cambiado", nos cuenta su hijo. Su fe desbordante lo inclinó ahora a predicar tanto a musulmanes como a "idólatras". Su fama comenzó a trascender. Lo llamaban "el que socorre", "el que da de comer", "el que sabe discernir", "el que está enamorado de Allah". Creyendo haber unido perfectamente su voluntad a la de Dios, pensaba que, "transformado en Dios", interpretaba siempre y por doquier su voluntad esencial. "Oh Guía de los extáticos –exclamaba públicamente durante su última peregrinación a La Meca–, Rey glorioso, yo sé que eres trascendente, por encima de todos los conceptos de quienes te han querido definir". Y también: "¡Me he convertido en Aquel a quien amo, y Aquel a quien amo se ha convertido en mí!" Estaba convencido de poseer a "Aquel que está en el fondo del éxtasis".

Algunos pensaban que había roto con el Corán. Al-Hallaj no compartía dicho juicio. Lo que creía era haber encontrado una apertura en aquel texto de una religión tan exterior y ritual, de modo que su recitación e incluso las prácticas cultuales que de él se derivaban le diesen pie para el descubrimiento de nuevas perspectivas "metacoránicas" o "supracoránicas", aunque no "anticoránicas". Más allá de "la letra que mata" buscaba "el espíritu que vivifica", al tiempo que fustigaba el fariseísmo de los jurisconsultos.

Semejante predicación trastornaba el "orden establecido" por los funcionarios del Islam. A pesar

de las amistades numerosas de que al-Hallaj gozaba en la capital y hasta en la Corte misma del Califa, sus adversarios resolvieron salirle al paso, disponiendo su detención. Enterado de ello, trató de huir, pero pronto fue descubierto. Tras sufrir un primer proceso religioso en Bagdad, quedó detenido durante ocho años en diversas prisiones. Más tarde se le hizo un segundo proceso que terminó con su condenación a muerte.

¿Cuáles fueron las imputaciones? La primera, de superchería. Se lo acusaba de haber hecho públicamente milagros equívocos, lo que iba contra el Corán, ya que el último milagro público había sido la revelación del Corán. Por lo demás, el Profeta era Mahoma, y no él, le dijeron. También fue acusado de que al predicar se estaba rebelando contra el poder político, dado que sólo al Califa le competía, por derecho divino, organizar la predicación pública. Lo acusaron asimismo de despreciar las observancias legales. Ello no era cierto; siempre se había mostrado estricto cumplidor de las normas, sólo que las miraba como la corteza del islam. "Los ritos del culto –decía– no son lo esencial de la religión, sino sus medios; son los instrumentos que Dios nos prove para alcanzar las realidades". Al-Hallaj no iba contra el Corán, sino contra el cúmulo de interpretaciones, comentarios y tradiciones humanas que lo rodeaban. En modo alguno pretendía oponerse a la religión exterior –"a la cual hay que respetar y practicar"–, sino a la pretensión de convertir la religión en pura exterioridad, o sea, al fariseísmo. "La Verdad –afirma– ha establecido dos tipos de deberes religiosos: los que se refieren

a las cosas intermedias (los ritos) y los que se refieren a las realidades". Los deberes que se refieren a las realidades provienen de Dios, los otros vienen de lo que no es Dios, y por eso hay que trascenderlos. Hay, pues, dos principios, uno "extrinsecista" y otro "intrinsecista"; por una parte, la autoridad visible, la tradición, el rito, y por otra la santidad interior y, eventualmente, una revelación directa y personal. Al-Hallaj se consideraba ligado por los dos principios a la vez, por la letra y por el espíritu. Al haber sido llamado a una unión más estrecha con Dios, juzgaba que en alguna ocasión le era lícito sustraerse a lo legal, por indicación misma del autor de la ley.

Como se ve, la acusación tenía un cariz estrictamente religioso; en última instancia, de lo que se le acusaba era de blasfemia. "Hallaj ha predicado que era Dios", se dijo en los procesos. Es el pecado supremo para un musulmán, ya que "hay un solo Dios". Sin duda que en sus escritos se encuentran, como sucede en todos los místicos, algunas expresiones atrevidas, que no se pueden tomar en un sentido estricto o filosófico, sobre el yo y el Tú, o el intercambio de pronombres personales entre Dios y el alma. Todo místico aspira a una "unión inmediata con Dios", donde parece borrarse no la personalidad del contemplativo sino la distinción de esa personalidad y la Esencia divina. "Entre yo y Tú, el «soy yo» me atormenta. Quita, por favor, este «soy yo» de entre nosotros dos". "¿Eres Tú? ¿soy yo? [...] Lejos de Ti, lejos de Ti el designio de afirmar «dos». ¿El camino que lleva a Dios? ¿Qué camino? El camino es entre dos, y ahora en mí

no hay dos". El "yo y el Tú" interpenetrados, los efluvios del alma enamorada, la voz de la intimidad, donde dos se hacen uno, tal es la peculiaridad de los poemas místicos de al-Hallaj. El vocabulario del contemplativo no resiste, por cierto, el análisis de un gramático. Tal fue el núcleo del proceso: la pretendida unión mística con Dios, transformada en acusación de haberse hecho Dios. Porque Dios es Único, el Único.

Los escritos que nos han llegado de este singular autor nos lo muestran imbuido de un amor más bien intelectual, lejano de todo sentimentalismo. Dios, antes de la creación, se le muestra como "el Amor en la Soledad", en la soledad de su Esencia infinita. Movido por pura generosidad, ese Amor que se basta, se volvió Amor creador. Al Amor increado ha de responder el amor de la creatura. En el desapego de todas las cosas y de sí misma, deberá buscarlo hasta el éxtasis, si a Él le place elevarla hasta allí. El amor del verdadero contemplativo es desinteresado: lo que anhela en la embriaguez de la unión no es la felicidad sino el mismo Dios.

A los aspectos ya tan significativos que acabamos de declarar, hay que agregar uno que nos resulta especialmente conmovedor: el lugar de Jesucristo en su teología mística. Al-Hallaj era, por cierto, islámico, creía sinceramente en el mensaje de Mahoma, pero sentía dentro de sí una "misión" propia. "Oh Dios, enséñame tu nombre, y gracia para cumplir, en la revelación, la misión". En la revelación de Mahoma quería insertar la misión, la misión de Cristo, a quien conocía por la lectura del

Corán. Como lo hemos señalado más arriba, el Corán habla repetidamente de Jesús, a quien llama *Isu*: "Isu, hijo de Maryam". Allí Isu aparece, por cierto, como un profeta entre otros, y en modo alguno como el Verbo encarnado. Tampoco al-Hallaj creía que Cristo fuese Dios, a no ser de manera implícita. Siguiendo el Corán, afirmaba que Jesús era "el sello de los Santos", mientras que Mahoma era "el sello de los Profetas". Según algunos teólogos musulmanes, disidentes, como es obvio, cuando el Corán declara que Jesús fue el sello de los Santos, significa que fue el hombre más grande en santidad que haya existido, y desde este punto de vista parece mayor que Mahoma, que es el sello de los Profetas, porque el profeta es un hombre que tiene un mensaje que transmitir de parte de Dios, mientras que el santo es el hombre que ha alcanzado la unión con Dios; el Santo es el hijo y el Profeta el mensajero de Dios. Al fin y al cabo, Dios puede poner la palabra profética en boca de pecadores, independientemente de la santidad personal del transmisor.

Para al-Hallaj la unión que Jesús tuvo con Dios fue la más sublime que conoció criatura alguna. Dicha unión se hará palmaria en el Juicio al fin de los tiempos. Jesús, que es el nuevo Adán, el Adán restaurado, luego de la resurrección general vendrá a la tierra como juez universal. "Dios –dice al-Hallaj– reunirá los espíritus santificados, cuando Jesús vuelva sobre la tierra. Habrá en la tierra un trono colocado para él, y en el cielo un trono colocado para él. Dios que ha escrito un libro que contiene la oración, el diezmo, el ayuno y la peregrina-

ción definitivos, le entregará ese libro por el heraldo de los ángeles, diciéndole: ¡Irradia, en nombre del Rey eterno!".

Una tradición antigua le atribuye a al-Hallaj esta oración: "Oh Dios, acostumbra mi corazón a someterse a Ti... por la verdad de la revelación [hecha a Mahoma] y hazme morir mártir [de la misión dada a Jesús]". Revelación de Mahoma, misión de Jesús; extrinsecismo de la ley coránica, intrinsecismo de la gracia. ¿Qué pretendía al-Hallaj? No, como se le ha reprochado, corregir, o incluso rehacer el Coran, que creía una revelación divina, sino controlar, según las iluminaciones que entendía recibir de lo alto, la tradición humana brotada del Corán. Fatalmente iba a chocar con los juristas y las autoridades constituidas, que lo acusarían simplemente de "iluminado".

El 26 de marzo del año 922, fue entregado por el califa de Bagdad a la muerte. En la víspera, lo sacaron de la prisión, donde estaba recluido desde hacía varios años, y lo llevaron al lugar de la ejecución. Al llegar allí, rezó en voz alta: "Mira esta gente, tus adoradores: se han reunido para matarme, mostrando su celo por Ti, para serte agradables; ¡perdónalos! Sí Tú les hubieses revelado lo que me has revelado, no sufriría la prueba que sufro". Su hijo nos cuenta el resto: "Después de haberlo flagelado con quinientos golpes de látigo, le cortaron las manos y los pies [...] Luego fue puesto en cruz, y le oí conversar en éxtasis con Dios, sobre el patíbulo [...] A la mañana siguiente lo bajaron del patíbulo y lo llevaron para cortarle el cuello [...] Se

lo cortaron, y luego su cuerpo fue envuelto en una alfombra, sobre la que se derramó petróleo. para ser quemado. Enseguida llevaron sus cenizas a lo alto de un minarete desde donde las tiraron para que el viento las dispersase". Tiempo antes había pedido morir como las víctimas legales, mostrando así su respeto por la legislación islámica. "Muchos van en peregrinación a La Meca, hacen bien. Pero yo voy en peregrinación al Amigo que esta en mí. Ellos llevan corderos para sacrificar, hacen bien. Yo llevo mis venas y mi sangre".

Se ha dicho que su antiguo maestro Jonayd le reprochó: "Tú has abierto en el islam una brecha que sólo tu cabeza podrá tapar". Quizás sea la brecha que Dios abrió para permitir una salida salvífica al islam. Ojalá un día sea transitada por su pueblo. Él deseó morir "mártir de la misión de Jesús". Un contemporáneo suyo atestiguó que un día le había oído decir: "¡Yo moriré en la religión de la Cruz! No quiero ir a La Meca ni a Medina."

Cerramos aquí nuestro estudio sobre el sufismo. Esta corriente ha despertado en Occidente gran interés, y lo suscita aún en nuestros tiempos, como lo muestran René Guénon y varios más, que llevaron su admiración hasta convertirse al islam, movidos sobre todo por el estudio de místicos musulmanes como al-Hallaj, o también Ibn Arabi o al-Ghazâlî, de quienes se ha dicho que han influido en parte sobre San Juan de la Cruz y los místicos españoles del siglo XVI. Sin embargo es preciso señalar que esta veta mística, que parece haberse inspirado en el modelo del monaquismo cristiano

oriental, y es lo más bello del islam, su única corriente ver-daderamente religiosa, representa algo totalmente marginal en el mundo islámico oficial. Por lo gene-ral fue siempre mal vista, porque se la considera como una manera elegante de apartarse de la ley tal cual fue revelada en el Corán, así como del ri-tualismo que caracteriza la praxis islámica. No deja de resultar insólito que el interés principal que al-gunos intelectuales europeos han encontrado en el mundo musulmán, hasta el punto de volverse musulmanes, no corresponda en realidad más que a algo enteramente marginal y esotérico, que propiamente no representa nada para la casi totalidad de los que viven o han vivido la fe musulmana. En momentos en que el Occidente muestra un verdadero entusiasmo por las corrientes sufistas musulmanas, el sunnismo, que constituye la inmensa mayoría de la población islámica en el mundo, no esconde su gran desconfianza, considerando dichas corrientes como extrañas al islam auténtico, más aún, como un peligro real para la fe y la ortodoxia musulmanas.

II. La reacción militar

El islam nació para la expansión. Posee, como ya lo hemos señalado, un impulso centrípeto, semejante al que anida en el catolicismo, vocación de universalidad. El *jihad* ocupa en la cosmovisión islámica un papel relevante. Por eso cuando los

Jinetes de Allah se lanzaron hacia el Asia Menor y luego hacia el oeste, la incipiente Cristiandad, así como la Iglesia que la inspiraba, tuvieron que responder al reto de manera condigna. Era una nueva tempestad que había que afrontar. Se la hizo, ante todo, en el campo de batalla, oponiendo a la ofensiva islámica la ofensiva cristiana, o la defensiva, si se quiere. Luego, con la respuesta religiosa y misional. Tratemos ahora de la primera respuesta, la militar. Luego hablaremos de la segunda.

1. *La Reconquista de España*

Nos referiremos ante todo a la reconquista de España. Pongamos esta epopeya en su contexto histórico. Hemos señalado cómo, antes de ocupar la península, el Islam se había lanzado al norte de África. Generalmente se piensa que la ocupación de esa zona fue para los árabes soplar y hacer botellas. No aconteció tan así. De hecho el África cristiana y romana ofreció resistencia al invasor. Algo ya hemos dicho de esto, pero convendrá ahora recordarlo y ampliarlo.

Como sabemos, los vándalos, que eran arrianos, ocupaban la mejor parte del norte de África, tratando de destruir de manera sistemática lo que allí existía de civilización romana. Fue precisamente a raíz de ello, que el emperador Justiniano, en cumplimiento de la política de alto vuelo por él emprendida, había dispuesto en el año 534 el envío de una expedición de 10.000 hombres, a cargo de la

cual puso a su mejor estratega, el general Belisario, en orden a reconstituir el antiguo Imperio romano así como el tejido social y católico del Africa. Si bien lograron vencer a los terribles vándalos, y restauraron la Iglesia en los centros urbanos, no pudieron restablecer la romanidad, como había sido el propósito del gran Emperador, porque debieron enfrentar una insurrección berebere casi generalizada.

Para mejor entender lo que allí sucedió, conviene saber que el África del norte nunca había sido romanizada por completo, lo que explica en cierta manera el eclipse tan rápido de la civilización en dicho ámbito. A diferencia de lo que sucedió en España o el sur de Francia, donde la romanización había echado hondas raíces, en el África no fue sino superficial, sobre todo entre las tribus bereberes, que eran las autóctonas. En cambio la evangelización en dichas tribus mostró tener una raigambre un poco mayor. A fines del siglo V había en el África del norte no menos de 600 obispados, brindando tres Papas a la Iglesia, además de hombres tan grandes como San Cipriano y San Agustín. ¿Cómo un mundo tan rico y densamente cristiano, se desplomó y se islamizó con tan grande rapidez y en su casi totalidad?

La llegada de los árabes resultó determinante para la marcha de los acontecimientos. Las tropas invasoras eran de caballería, mucho más ligeras que las de los bizantinos, pero éstos tenían gran superioridad por su capacidad para defender las ciudades asediadas. De este modo los árabes tuvie-

ron que renunciar provisoriamente a ocuparlas, abocándose a la conversión de los bereberes al islam. También éstos resistieron. Más aún, una vez que los bizantinos fueron vencidos por los árabes, la lucha contra éstos fue llevada adelante por las tribus bereberes, que antaño habían resistido a los romanos, y que mucho después, en el siglo XIX, habrían de resistir a Francia, alternándose las victorias de uno y otro bando. Por eso no hay que aceptar con demasiada facilidad la teoría de que la conquista e islamización se realizaron en poco tiempo. Hubo muchas batallas y diversos avatares. En cierta ocasión, los bereberes llegaron a unirse bajo el mando de una mujer que pasaría a la leyenda, la romántica Kahina, la cual llevó adelante una guerra de guerrillas que volvió locos a los musulmanes, siendo a la postre vencida y muerta. Sea lo que fuere, el hecho es que hacia fines del siglo VII casi toda el África del norte había pasado a manos de los musulmanes. Los conquistadores entendieron que no debían volcarse tanto a la conversión de los bereberes, relativamente bien cristianizados, sino a los del actual Marruecos, que nunca habían sido romanizados ni cristianizados. No se equivocaban. Pronto los marroquíes adhirieron al islam, convirtiéndose en bloque y de manera definitiva. Como eran excelentes soldados, reforzaron grandemente a los árabes, a quienes ayudarían en la conquista de España, como enseguida veremos.

La pérdida del norte de África para la Iglesia y para la civilización occidental fue un acontecimiento realmente traumático. Es cierto que esta parte de la Cristiandad había quedado muy vulnerada

a raíz de las herejías. Por lo demás, su episcopado no contaba en aquel entonces con las figuras relevantes que en otros tiempos habían salido a la palestra. Asimismo hay que decir que las provincias africanas nunca miraron con buenos ojos a los bizantinos, quienes tras apoderarse de ellas habían erigido allí un Exarcado, entidad casi autónoma. El Exarca era algo así como un virrey del Emperador. Con todo, la victoria del Islam no pudo dejar de provocar sufrimiento en los buenos cristianos.

Tras la caída de Cartago, los árabes fueron ocupando ciudad tras ciudad, región tras región. Lo que quedaba de los bizantinos, el "*Africanus Exercitus*", como pomposamente se expresaba la nomenclatura oficial, ya no cubría más que la extrema punta de Ceuta. El último Exarca, por nombre Julián, en lucha contra los reyes visigodos de España, que como sabemos eran cristianos, cometió un gravísimo error cuando hizo entrar en su juego a Tarik ben Zwad, berebere islamizado, que era lugarteniente de Muza, delegado del califa de Damasco y comandante de las fuerzas árabes, y le entregó la plaza fuerte que tenía a su cargo. Tarik saltaría desde allí sobre España, atravesando ese estrecho que en adelante se llamaría Jabel-al-Tarik, o monte de Tarik, de donde se deriva el nombre de "Gibraltar". Fue en realidad una traición de los bizantinos, el último golpe asestado al África que había sido de Cristo.

La Iglesia estaba allí en agonía. No murió enseguida, por cierto, ya que durante bastante tiempo sobrevivieron algunos islotes importantes. Pero és-

los, bajo la constante amenaza del enemigo, serían cada vez más débiles. La mayor parte de los bereberes acabaron finalmente por convertirse a la fe de los vencedores. Según la estrategia del Islam, que propiciaba el Corán, los cristianos que querían permanecer tales fueron autorizados a conservar su religión, con tal de que pagasen a las nuevas autoridades un tributo especial, que era la quinta parte de sus rentas. Pero pronto cesó esta condescendencia, y fueron forzados a la conversión, so pena de destierro. Los obispados desaparecieron. Muchas iglesias fueron convertidas en mezquitas. Era el fin de la gloriosa África cristiana. Habrá que esperar un milenio para que retorne el cristianismo, bajo el amparo de los países europeos que implantarían la colonización de esas regiones.

Volvamos a lo que pasaba en España antes de que aconteciera la invasión de que hablamos poco atrás. Las relaciones entre los bizantinos, cuando todavía conservaban Ceuta, y los reyes visigodos de la vecina España, eran tensas. Para colmo, Julián había ofrecido un amistoso asilo a Oppas, arzobispo de Sevilla, hermano de Witiza, rey destronado y pretendiente al trono de Toledo, así como a otros de sus secuaces. En lugar de asociarse, bizantinos y visigodos, todos cristianos, contra el enemigo común, los cristianos se desgarraban entre sí. Un buen grupo de judíos actuaron junto a Julián y los jefes musulmanes, informándoles sobre el estado de disgregación en que se hallaba entonces el reino visigodo, e impulsándolos a intervenir.

Hemos visto cómo el emir Muza, delegado del Califa, encabezó la invasión de la península. Era el año 711. El ejército atacante contaba con 7000 hombres, casi todos bereberes, bajo el mando de Tarik, que pasó el estrecho ayudado por Julián, según dijimos, quien se le unió con otros 5000 hombres. Don Rodrigo, que era por aquel entonces el rey de los visigodos, se encontraba en el norte de España, luchando contra los francos y los vascos. Al enterarse de lo que estaba sucediendo, bajó inmediatamente para entablar batalla contra los invasores, esperándolos a orillas del Guadalete. El rey, de pie en su carro de guerra, llevando manto de púrpura y borceguíes de plata, se aprestó al combate. El calor era terrible, y aquellos rubios germanos lo sufrían espantosamente. La batalla fue cruenta, entre cargas de caballería y cimitarrazos incansables. Si bien la proporción era de cuatro cristianos a un musulmán, aquéllos fueron derrotados. Era un pueblo que había perdido su antiguo vigor, un pueblo debilitado frente a un aguerrido ejército exitoso en cien combates. Rodrigo, es cierto, se batió como un león, pero al fin cayó con la flor de su ejército. Bastó ese solo choque y la España visigoda, que había durado más de 300 años, se derrumbó como un castillo de naipes.

Las tropas de Tarik se abalanzaron enseguida hacia el interior de la península. La ocupación de sus territorios se hizo, sin embargo, de manera superficial, ya que detrás de los invasores iban quedando fuertes núcleos de resistencia, como Sevilla, Málaga, Elvira, etc. El propio Muza, ahora reforzado por tropas árabes que provenían del Yemen,

zona que se encuentra al sur de la actual Arabia Saudita, fue ocupando diversas ciudades, generalmente con la complicidad de los judíos, que no habiendo sido bien tratados por los visigodos, les abrían ahora gustosamente las puertas. Incluso a veces los invasores dejaron las ciudades conquistadas en sus manos. Al entrar en Toledo, la capital del Reino, donde el traidor Oppas le dio una lista de las cabezas que había que cortar, Muza comunicó a sus nuevos subditos que al califa de Damasco debían obedecer todos los españoles como a su soberano. Luego ocupó Zaragoza, casi toda Castilla y León. Pronto estallaron desavenencias entre Muza y Tarik, así como entre los árabes aristócratas y el elemento berberisco. Hallábase Muza en Asturias, cuando recibió orden del Califa de presentarse en Damasco. Allí fue, cargado de botín, dejando a su hijo con el cargo de emir o gobernador de España.

Cabe preguntarse, como lo hicimos al tratar de la conquista musulmana del norte de África, por qué cayó tan fácilmente el reino visigodo. A ello contribuyeron por sobre todo las innúmeras rencillas domésticas. Justamente poco antes Rodrigo, duque de la Bética, se había apoderado del poder, derrocando a Witiza, penúltimo rey visigodo. Los partidarios de Witiza y sus hijos juraron venganza llamando, ellos también, a los árabes. Agreguemos la depravación moral de la dinastía, el apoyo judío a los sarracenos, la traición de algunos católicos como el obispo Oppas, los restos de mentalidad arriana en parte de la aristocracia militar visigoda, nunca convertida del todo... Los árabes, por su

lado, se sentían en un momento de plenitud. En aquellas circunstancias, podían hacer un balance. Además del Africa del norte, habían hecho pie en el sur de Italia y en las grandes islas del Mediterráneo occidental. Envalentonados con tantas victorias, se animaron a cruzar los Pirineos, invadiendo Francia. Pero, como ya lo hemos dicho, fueron detenidos en Poitiers, el año 732, por el ejército galo de Carlos Martel.

Refiriéndose a estos acontecimientos, escribe el P. Llorca en su *Historia de la Iglesia Católica*: "Si Roma y Bizancio, Oriente y Occidente, son dos polos entre los cuales gira la historia durante la época del Bajo Imperio y de la Alta Edad Media, desde que a las costas mediterráneas se asoman los turbantes árabes, la cristiandad europea condensa y acumula sus energías para enfrentarse contra el Islam, que avanza conquistador en gigantesca maniobra envolvente. Y todo el resto de la Edad Media se ve condicionado por la tensión religiosa, cultural y militar de estos dos campos: islam y cristiandad, siempre en guerra y siempre también en fructífero intercambio".

En lo que toca a España, cabe una observación no carente de relevancia. A diferencia de lo que pasó en todas las invasiones anteriores, la de los romanos, la de los visigodos, etc., que acabaron por arraigarse en dicha tierra, mezclándose los vencedores con los vencidos, no ocurrió así ahora. Para la fusión de ambos pueblos, el árabe y el español, había un obstáculo al parecer infranqueable: la diferencia de religión. Tal sería el único motivo de la Recon-

quista, una verdadera guerra de religión, una cruzada por la fe.

Debemos reconocer que, una vez instalados en España, los árabes alcanzarían, con el correr de los siglos, un florecimiento cultural de gran nivel, máxime desde que hicieron de Córdoba la sede de un nuevo Califato. El mundo musulmán, en su conjunto, llegó por aquel entonces a su máximo esplendor. De Bagdad a Córdoba, pasando por el Cairo, los tres califatos existentes, encontramos el mismo tipo de palacios, de bazares, de baños públicos, de jardines y fuentes. Los califas españoles adornaban sus palacios con esculturas y obras de arte griegas, al par que los arquitectos imitaban los modelos persas y árabes. Podríase decir que la dirección en filosofía y ciencia había pasado del Occidente cristiano al ámbito musulmán. Fue la época de Avicena, el mayor de los filósofos del Islam, que dejó una profunda huella en Santo Tomás y sobre todo en Duns Escoto. Después aparecería Averroes, célebre filósofo que nació en Córdoba, donde recibió la mejor educación posible en leyes, teología, filosofía y medicina, consagrándose a comentar las obras de Platón y sobre todo del Estagirita. Santo Tomás se refiere a él llamándolo "el intérprete de Aristóteles", y Dante lo menciona como la persona que escribió el gran comentario del príncipe de la filosofía griega, *il gran commento*, dice. Citemos también a Ibn Arabi, la autoridad por excelencia de la doctrina esotérica islámica, que nació en Murcia, y tras pasar su juventud en Andalucía, se dirigió a Egipto y luego a La Meca donde escribió las "Revelaciones mecanas", suma del conoci-

miento esotérico del Islam; encontramos párrafos suyos en el Dante y en Raimundo Lulio.

Aunque no todos eran árabes, todos escribieron en árabe, y casi todos eran musulmanes. Los lazos de religión, de idioma y de ley hacían del Islam un verdadero polo de cultura, en comparación del cual la Cristiandad occidental parecía pequeña y de carácter provincial. No se crea, pues, que la invasión de los moros –como los españoles llamaron a los ocupantes– significó para España un largo período de decadencia cultural. Todo lo contrario. Y piénsese que aquella zona no era sino la provincia occidental de una sociedad que se extendía desde la India a Portugal. Estudiosos y teólogos musulmanes, artistas y músicos persas, que se desplazaban de un extremo al otro del mundo islámico, trabajaban en la corte española. Por eso España alcanzó con ellos un alto desarrollo cultural. Los pequeños reinos de Taifas, en que luego se dividiría el Califato de Córdoba, rivalizaron en el mecenazgo de la literatura y de la ciencia. Algunos de sus gobernantes fueron poetas y hombres de letras. Las ciudades de Zaragoza y Toledo se destacaron en ello. Pero fue sobre todo Córdoba la que mantuvo su supremacía cultural. Allí vivió Ibn Hayyam, que compuso una historia de España en sesenta volúmenes, así como Ibn Zaydun, uno de los mejores poetas andaluces. La rica civilización de al-Andalus, como se denominaba al conjunto de los reinos de Córdoba, Sevilla, Jaén y Granada, rivalizaba con la que por aquel entonces se manifestaba en Persia. Fue también en la atmósfera brillante de las cortes musulmanas españolas de los siglos

X y XI donde se originó aquella idealización romántica del amor, que engendró la nueva poesía lírica, tan semejante al estilo de los trovadores, que surgiría después en el sur de Francia, extendiéndose luego por toda Europa occidental.

Sin embargo, esta magnífica cultura e impresionante civilización, en la que participaban también no pocos pensadores y artistas españoles que conservaban la fe católica, tenía un punto débil, y fue su insanable desarraigo. El Estado musulmán en España nunca dejó de ser una creación artificial, sin relación orgánica alguna con la vida del pueblo español, al tiempo que su poder político descansaba en tropas mercenarias y en esclavos. Por eso la misma época que produjo una floración tan brillante de cultura, fue también la del comienzo de su decadencia política y su caída.

¿Cómo quedó la Iglesia en los primeros tiempos que siguieron a la invasión árabe? El cristianismo estaba demasiado arraigado en el alma española y en el suelo español para que los conquistadores pudieran arrancarlo con facilidad. Los musulmanes eran muy pocos, sólo una minoría, y casi no trataron de hacer proselitismo entre los cristianos. Por lo general, no les imponían la conversión, pero sí diversas restricciones. Debían pagar un impuesto especial; no podían usar determinados colores; no les era permitido casarse con mujeres musulmanas; sus casas o lugares de culto no debían ser ostentosos; se los excluía de los cargos que implicaban poder. La mayor o menor estrictez con que se aplicaban estas normas dependía de los jefes locales,

pero aún en las mejores circunstancias no dejaba de ser una situación incómoda, ya que en cierto modo inclinaba a que los cristianos, para integrarse plenamente en el mundo moro, abandonasen su fe. En muchos lugares los jefes políticos confiaron cargos de responsabilidad a judíos, o a españoles superficialmente islamizados, que se habían convertido al Corán por interés, a quienes llamaban "maulas", y que, por lo general, se mostraban benévolos con sus hermanos de ayer.

Los cristianos que permanecieron fieles a su fe, aunque sometidos a la autoridad civil de los árabes, fueron denominados *mozárabes* (de *motasarab*, arabizados). Los llamados *mudéjares*, en cambio, eran musulmanes que vivían bajo autoridades cristianas, quienes les permitían conservar sus costumbres, previo pago de tributo. Con el pasar del tiempo, los mozárabes fueron logrando alguna autonomía civil y administrativa, cierto gobierno propio, ciertos jueces y recaudadores propios. En lo eclesiástico se reconocía la autoridad de los obispos. Asimismo estaba permitido acudir a los templos antiguos, pero no edificar nuevos. En el campo sobrevivieron no pocos monasterios. Para la educación, había escuelas católicas en Sevilla, Toledo, Granada y otros lugares. Con todo, la situación no dejaba de ser peligrosa, como lo experimentaban sobre todo los obispos que por una parte no podían mantener los contactos normales con Roma, y por otra estaban siempre bajo la vigilancia atenta de los jefes musulmanes, que influían de muchas y diversas maneras. Los fieles cristianos, a su vez, huérfanos de todo apoyo civil, se veían siempre

tentados de aflojar en sus posiciones para acomodarse con el poder y recibir las prebendas que los emires dispensaban a los cristianos renegados. Sea lo que fuere, la verdad es que la situación de los fieles españoles sometidos a la dominación musulmana, variable por otra parte de provincia a provincia y de siglo a siglo, no fue nunca tan penosa como la de los cristianos del África musulmana.

Volvamos ahora al campo de la política, retornando a los primeros tiempos de la invasión, para entender mejor los sucesos posteriores. En el año 755 aconteció en la España musulmana un hecho de gran envergadura, al que ya nos referimos anteriormente, pero que ahora nos convendrá recordar. Cinco años antes había tenido lugar en Damasco un cambio fundamental. Los Omeyas allí reinantes, a quienes los musulmanes fieles acusaban de faltar a los principios del Corán, fueron derribados. Habiéndose proclamado una amnistía, se la quiso celebrar con una cena donde invitaron a unos ochenta omeyas. Allí fueron éstos exterminados por Abul-Abbas, que iniciaría una nueva dinastía, la de los Abásidas, así llamados porque descendían de Abbas, tío de Mahoma y abuelo de Alí, instalando su gobierno en Mesopotamia, donde fundaron una nueva capital, Bagdad. Sólo dos de los omeyas invitados no habían concurrido a la mortal celada. Uno de ellos, Abderrahmán, huyó a España, se apoderó de Córdoba, e hizo surgir allí un gobierno independiente, rebelde al de Bagdad, dando comienzo a lo que más tarde sería el Califato de Córdoba, del que hemos hablado, rival del de Bagdad en esplendor y poderío.

La línea de los nuevos conquistadores fue más dura que la de quienes los precedieron. Hixem I, hijo y sucesor de Abderrahmán, dispuso que todos los cristianos debían inscribirse en las escuelas de los musulmanes, con la intención de que cambiasen sus tradiciones e incluso su fe. Un grupo de católicos reaccionó vigorosamente, siendo condenados a muerte, con lo que dio comienzo una época de mártires. Cuanto mayor era el número de las víctimas, más eran los que se animaban a confesar su fe. Los jefes árabes lograron que los obispos no apoyasen esta reacción. Es cierto que algunos fieles se dejaban llevar de un fervor indiscreto, no vacilando en insultar públicamente a Mahoma y a sus seguidores, en las plazas e incluso dentro de las mezquitas. Ellos veían en peligro su fe, sus tradiciones, su cultura. Eran testigos de que la tibieza se iba apoderando de los mozárabes y de que el islam se infiltraba en sus vidas. Muchos de éstos se acomodaban a las costumbres del ocupante, adoptando la lengua árabe, el turbante, el albornoz, lo que suscitaba el desprecio de los propios musulmanes. Cuando sonaban las campanas de las iglesias, algunos moros se burlaban. No es extraño que los cristianos hiciesen otro tanto cuando el muezzín desde el minarete llamaba a la oración a los musulmanes. Parecía perentorio ponerse de pie contra tales peligros, y ello a pesar del oportunismo de la mayor parte de los obispos. Así lo hizo San Eulogio, hombre de alma grande, orador y poeta, arzobispo de Toledo, quien diferenciándose de sus colegas claudicantes, cometió la "indiscreción" de convertir a una joven mora, lo que estaba

prohibido. Los soldados lo detuvieron y lo llevaron ante el visir. Con una palabra hubiera podido salvar su vida, pero prefirió confesar públicamente a Cristo y denostar a Mahorma, muriendo juntamente con la doncella mora.

Con Mohamed I arreció la persecución, que ahora incluyó el terror, siendo grande el número de apóstatas. Repletas estaban las cárceles. El temor había acallado todo, cuando un joven de gallarda presencia, llamado Fandila, confesó sin rebozo su fe. Mohamed se enfureció, amenazando con matar a todos los cristianos. Entonces el heroísmo larvado de muchos fieles salió a flote, quedando aquél maravillado ante el espectáculo de un pueblo que se reía de los tormentos y de la muerte. Era Eulogio quien había armado para el combate a aquellas legiones de héroes.

Pronto recrudeció la resistencia. Decimos recrudeció porque de hecho ya había comenzado desde los inicios de la invasión musulmana, cuando numerosos cristianos se agruparon en las montañas, donde el enemigo no podía alcanzarlos, combatiendo desde allí al modo de los modernos "comandos". Uno de sus primeros jefes fue *Pelayo* quien, refugiándose en las sierras de Asturias, asumió en el 718 la herencia de la dinastía visigoda, con la cual, por lo demás, estaba emparentado. En un agreste desfiladero, rodeado de un puñado de valientes, vio llegar una columna enemiga, compuesta de bereberes, árabes y cristianos traidores, entre los cuales el infaltable Oppas, obispo de Sevilla, quien fue encargado por los invasores de intimar

la rendición. Cuando Pelayo los tuvo a su alcance, hizo rodar sobre ellos piedras y peñascos, mientras los acribillaban a flechazos. Tal fue la famosa batalla de *Covadonga*. Se dice que entre los muertos estaba el conde don Julián y los hijos de Witiza, el rey destronado. Oppas fue hecho prisionero y ajusticiado. Pelayo había llevado a la roca donde se guareció una imagen de nuestra Señora, a quien en buena parte se atribuyó la victoria. Como escribe un autor: "La fe y la patria eran las que se habían consagrado allí naciendo el pensamiento glorioso, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendón de la fe, sacudiendo el yugo de las armas sarracenas. Lentamente, en la adversidad y en la lucha se fue forjando una raza dura, austera y profundamente religiosa. El plan de aquellos españoles era, sencillamente, reconstruir el antiguo imperio visigótico, reconstruir lo que se había desmoronado".

El combate por la buena causa, que se extendería a lo largo de siete siglos, abundó en episodios sublimes y heroicos, tan propios del espíritu español cuando se pone al servicio de una causa justa y sagrada. El ideal de los combatientes era a la vez patriótico y religioso. Para los dos adversarios se trataba, por cierto, de ocupar unas tierras, que para los españoles era su propio hogar usurpado, pero, más allá de ello, de extender o de proteger el campo en que se afirmaba una fe. Los moros gritaban: "¡Mahoma!", los cristianos, "¡Santiago!", se dice en el poema del Mío Cid. La Iglesia entendió siempre que este prolongado combate no podía ser considerado sino como una Cruzada contra

los infieles, en el marco de las Cruzadas en general, de las que enseguida trataremos, no para convertir a los adversarios por la fuerza, al término de una guerra victoriosa, sino para defender el tesoro de la sociedad cristiana frente a la agresión de los mahometanos.

La Reconquista interesó no sólo a los españoles sino a los católicos todos de la Cristiandad. En 1063, Alejandro II otorgó indulgencia general a los caballeros franceses que fueran a ayudar a sus hermanos españoles. Combatir en España fue tan meritorio como hacerlo en Tierra Santa. También ayudaron las grandes Órdenes religiosas, como el Cluny o el Cister, iniciando fundaciones en las tierras reconquistadas. Poco a poco se fueron estableciendo regiones liberadas, como Asturias, Castilla, Navarra, Aragón, y finalmente Cataluña. Por desgracia, estos pequeños Estados estuvieron signados por un grave defecto, típicamente español, el del individualismo, la desunión. Defecto que, por otra parte, debilitaría también a los moros.

Como dijimos, la España musulmana tenía por capital a Córdoba, aquella ciudad más suntuosa que las grandes urbes europeas de aquel tiempo, ciudad célebre por su cultura, cuya espléndida mezquita nos ofrece todavía hoy el testimonio de aquel esplendor. Granada y Sevilla apenas le cedían. Poco antes del fin del primer milenio, un terrible guerrero llamado Almanzor, visir, o sea, ministro del califa de Córdoba, Hixem II, se puso al frente de las huestes moras, asestando golpe tras golpe a los ejércitos cristianos. Llegó incluso a apoderarse de

Santiago de Compostela, y arrasarlo, con excepción de la tumba del Apóstol. Luego hizo llevar hasta la ciudad de Córdoba, sita a más de 700 kilómetros, las campanas del templo, a hombros de cristianos cautivos, como trofeo de guerra. Hacia el 1050 la situación se tornó menos peligrosa, ya que aquel Califato fue abolido, siendo reemplazado por una federación de veintitrés pequeños Estados, o "Taifas", lo que contribuyó a fomentar la división de los enemigos de la Cristiandad.

Precisamente por aquellos tiempos apareció también, del lado católico, un gran guerrero, Fernando I, rey de Castilla, quien sacando partido de la división de los musulmanes, asedió sucesivamente a los Taifas de Toledo y de Zaragoza, y de tal modo intimidó al rey de Sevilla que éste debió declararle su sumisión. A la muerte de Fernando, su hijo, Alfonso VI, reanudó la ofensiva. En 1085 ocupó Toledo. Fue un acto muy importante, por el carácter poco menos que imperial de aquella ciudad. Nada, pues, de extraño que asumiese con el título de "*Toleti Imperii rex et magnificus triumphator*". Siguió luego hacia el sur, y al llegar al mar, en el mismo lugar donde en el siglo VIII habían desembarcado los primeros contingentes del Islam, metió su caballo en las aguas, como si quisiera lanzarlo a la reconquista de África, gritando: "¡He llegado hasta el último confín de España!"

La dominación musulmana de España parecía a punto de desplomarse. Pero entonces una de esas vueltas que tiene la historia volvió poner todo en cuestión. Al sur de Sahara, un peregrino de La

Meca, Abd-Allah-ibn-Yasin, se propuso llevar a cabo una reforma religiosa entre los *tuaregs*, nómadas del desierto, hombres de costumbres feroces, con el fin de que los musulmanes volvieran a la estricta religión del Profeta y los cobardes e impuros recibiesen el castigo merecido. Los reformados, llamados *al-murabitorum*, palabra que los cristianos deformaron en *almorávides*, pronto ocuparon todo el sur de Marruecos. Justamente por aquellos momentos Alfonso VI tenía en jaque a los emires de España. Entonces éstos dirigieron sus miradas hacia los nuevos combatientes del África, pidiéndoles socorro. Encantados por la invitación, entraron en España, con lo que el mapa quedó enteramente trastrocado. Ahora los cristianos no tendrían ya frente a sí a aquellos hombres venales de las Taifas sino a guerreros consumados. En pocos años, los almorávides liquidaron las Taifas e impusieron en España su autoridad omnímoda. El propio Alfonso VI debió retornar a Toledo.

Una vez más era preciso reorganizar la resistencia, que ahora se polarizaría en un hombre de Castilla la Vieja, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, héroe de enorme valentía e insuperable en la guerra. A pesar de que tenía diferendos con Alfonso VI, pasándolos por alto, se lanzó al combate contra los almorávides. En 1094 logró ocupar Valencia, convirtiendo la mezquita en iglesia y reinstalando en ella al obispo del lugar. Su valor y sus proezas encendieron en España la llama del fuego sagrado, convirtiéndose en la encarnación de la resistencia. *Campidoctor*, maestro de guerra, lo llamaban los cristianos latinistas; el *Sid*, el Señor, lo

llamaron los musulmanes. Al morir, en 1099, el mismo año en que los Cruzados tomaban Jerusalén, España entera, incluido el rey Alfonso, lo lloró amargamente. Cuando poco más tarde, su valerosa viuda, doña Jimena, tuvo que evacuar Valencia, llevando los restos de su marido en un ataúd, se cuenta que el solo espectáculo de este cortejo fúnebre bastó para dispersar al ejército enemigo.

Las cosas siguieron balanceadas, con derrotas y victorias, en sucesivas alternancias. Pero justamente cuando los españoles alcanzaron a aprender que los almorávides no eran invencibles, se produjo un nuevo viraje histórico. Aquellos árabes, que habían nacido de una reforma religiosa dentro del islam, morirían a raíz de la aparición de otra. Porque no eran pocos los musulmanes que les reprochaban ser demasiado puritanos, al punto que su formulismo parecía vaciar la revelación coránica de contenido espiritual. Enarbolando dicha acusación, aparecieron nuevos invasores, los *al-mohades*, que declararon la guerra santa a los almorávides, y lucharon con denuedo hasta lograr sobre ellos una victoria completa. De este modo, la España almorávide pasó, en 1145, a manos de los almohades, sus nuevos amos. Se mostraron éstos terriblemente duros con los cristianos, persiguiendo ferozmente todo lo que no fuese su Islam. A los cristianos de las zonas por ellos conquistadas no les quedó sino elegir entre el Corán, la muerte o la huida. Fue un período particularmente angustioso.

Alboreaba el siglo XIII. Tres reyes, los de Navarra, Aragón y Castilla, se reunieron en Toledo, para

presentar batalla a los almohades, allí concentrados bajo el mando de Yacub. Éste, con el típico turbante verde sobre su cabeza, dirigía las operaciones desde lo alto de un cerro. Sus tropas fueron destrozadas, el año 1212, en las *Navas de Tolosa*, una de las batallas más decisivas en esta larguísima guerra, y que significó el fin del poder almohade.

Es indudable que fue la Iglesia la gran impulsora de la Reconquista. Papel destacado tuvieron en este secular combate las Órdenes Militares, que desde Tierra Santa se difundieron rápidamente en España, como la de Alcántara, de Santiago y de Calatrava. Esta última sería una de las principales en la Península. Los monjes-caballeros, al tiempo que protegían a los peregrinos, luchaban con bravura impar. En el siglo XIII emergió una figura paradigmática de combatiente, Fernando III, rey de Castilla y de León, quien se lanzó a recuperar Andalucía. Proclamándose "Caballero de Cristo, servidor de Dios y portaestandarte del Señor Santiago", ocupó Córdoba, que había estado durante 525 años bajo el poder del Islam. Las campanas de Santiago de Compostela, que más de doscientos años atrás Almanzor había hecho llevar hasta allí, a hombros de cautivos cristianos, fueron devueltas al santuario de Galicia, a hombros de cautivos musulmanes. El comandante almohade de Granada tuvo que declararse, de rodillas, vasallo de Fernando, ayudándole a apoderarse de Sevilla. Ahora a los moros sólo les quedaba el pequeño reino de Granada. Fernando estaba pensando en cruzar Gibraltar, rumbo al Africa, para llevar hasta allí el combate contra los moros, cuando le alcanzó la muerte. No

deja de ser significativo que este gran caudillo, siempre invicto, que erigió catedrales, que recogió en sus Universidades la herencia de los intelectuales árabes, confiriéndole a España la dignidad de gran potencia católica, haya sido canonizado por la Iglesia. Fue Fernando quien cerró el capítulo medieval de la Reconquista, que dos siglos y medio más tarde habrían de clausurar definitivamente otras dos grandes figuras, Fernando e Isabel, los Reyes Católicos.

Concluyamos nuestras consideraciones sobre la Reconquista evocando a estos dos reyes, y su victoria sobre el último bastión de los moros, la ciudad de Granada. Habían pasado ya dos siglos y medio desde la toma de Córdoba. El reino moro de Granada era en esos momentos un centro cultural, artístico y económico de primer nivel. Cuando el jefe turco que gobernaba en Jerusalén se enteró de que los Reyes Católicos se proponían ocuparla, consumando así el largo proceso de la Reconquista, presionó sobre ellos para que renunciasen a dicho proyecto; en caso contrario, les hizo saber, perseguiría a los católicos en Tierra Santa. Los Reyes le respondieron que eran los moros quienes se habían apoderado de las tierras españolas y, por tanto, en modo alguno podían aceptar sus intimaciones. Comenzó así el asedio de Granada, prolongado y lleno de peripecias. Por fin, los musulmanes tuvieron que rendirse. El acto revistió peculiar solemnidad. Avanzó la Reina, rodeada por sus damas, con sus mejores atavíos. A su lado, don Fernando, montado en espléndido corcel, con lo más granado de la nobleza castellana y andaluza, entre

pífanos, tambores y clarines. Boabdil, comandante de los guerreros musulmanes, entregó las llaves de la ciudad: "Estas son las llaves del paraíso –le dijo a Fernando–; esta ciudad os entregamos, pues así lo quiere Allah, y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y clemencia". El momento más impresionante fue cuando los cristianos entronizaron la cruz en la torre más alta de la Alhambra, la torre de la Vela, e izaron allí los pendones de los Reyes. "¡Castilla, Castilla! ¡Granada, Granada! ¡Por los reyes don Fernando y doña Isabel!". Sonaron los clarines y todos de rodillas cantaron el Te Deum. Un antiguo romance lo relata así:

En la ciudad de Granada
grandes alaridos dan;
unos llaman a Mahoma,
otros a la Trinidad.

Por un cabo entran las cruces
de otro sale el Alcorán;
donde antes oían cuernos,
campanas oyen sonar.

El *te deum laudamus* se oye
en lugar de Alá, Alá, Alá.
No se ve por altas torres
ya la luna levantar...

Entra un rey ledo [alegre] en Granada,
el otro llorando va...

De acuerdo con las "Capitulaciones" que se firmaron entre ambos bandos, los moros de Granada quedaban en adelante sujetos a la condición de vasallos de los Reyes Católicos, conservando sus bienes, su religión, sus mezquitas e incluso cierta jurisprudencia propia. Pero al mismo tiempo a quienes lo quisiesen se les permitió emigrar libremente con sus familias y llevándose sus bienes. Uno de los primeros actos de los Reyes vencedores fue nombrar como arzobispo de Granada al jerónimo Hernando de Talavera, quien respetando el fuero religioso que los monarcas habían otorgado a los vencidos, emprendió, en la más estrecha colaboración con el gobernador recién nombrado, la tarea de procurar, sin violencia alguna, ni física ni moral, la conversión de los moriscos granadinos, en lo cual lo secundaron algunos religiosos, sobre todo franciscanos, dominicos y agustinos. Ya en épocas anteriores, los españoles se habían preocupado por ello. Alfonso el Sabio, hijo de San Fernando, había dispuesto en las *Siete Partidas*. "Por buenas palabras y convenientes predicaciones, los cristianos deben trabajar por convertir a los moros, para llevarlos a creer en nuestra fe, pero no por la fuerza, ni exigiéndola."

A dicho emprendimiento se abocó con toda su alma el gran obispo, que gozaba de enorme prestigio entre los moros, por su inmensa caridad. En orden a ello dispuso que los clérigos y religiosos aprendiesen el árabe con la mayor rapidez posible, así como que se redactasen sermones y catecismos en esa lengua, de modo que se hiciese viable un trato fluido entre los misioneros y los neófitos musulma-

nes. Sólo podremos atraerlos al cristianismo, decía, mediante métodos inspirados en la bondad y la caridad.

Según se ve, tanto el poder político como la autoridad religiosa buscaron la convivencia pacífica entre ambas razas. Por desgracia el intento duró poco. Cierta política coercitiva de parte de las autoridades españolas y también reiteradas sublevaciones de los moros del Albaicín, en Granada, que luego se extendieron a Baza, Guadix y otros lugares, finalmente sofocadas, hicieron que la experiencia apostólica no prosperase. Las dificultades persistieron a tal punto que en 1502, los Reyes se vieron constreñidos a hacer pública una "Pragmática" por la que los moriscos de Castilla y León debían optar entre bautizarse o abandonar España, como se había hecho en 1492 con los judíos. Las conversiones no fueron tantas, y no pocas de ellas carecieron de sinceridad. El fracaso de ulteriores intentos de integración religiosa y cultural llevaron a que la expulsión se extendiera en 1609 a Valencia, Castilla, La Mancha y Extremadura, y años después a Andalucía, Aragón, Murcia y Cataluña.

Demos término a nuestro capítulo sobre la Reconquista de España, la primera respuesta militar a la invasión musulmana. Cabe preguntarse por qué será que se pudo reconquistar España, a diferencia de lo que sucedió en el Asia Menor o en el norte de África, que nunca lograron recuperarse. Quizás ello fue así porque en España, antes de la invasión de los musulmanes, no sólo estaba radicada la Iglesia sino también la Cristiandad, gracias

a Recaredo, Hermenegildo, Leandro e Isidoro, entre otros. El catolicismo español contaba con literatura propia, leyes y orden político propios, en virtud especialmente de los concilios toledanos. Dicho fenómeno no se dio ni en Argelia, ni en Túnez, ni en Siria. Siendo el Islam un desafío total que iba desde la teología hasta las armas, España supo enfrentarlo en todos los terrenos, de modo que la victoria fue total. El hecho es que así como la conquista de España fue el último esfuerzo del gran ataque de la Media Luna, en su expansión hacia el oeste, así también España fue la única nación que logró ganarle la guerra, no una batalla, al Islam, aunque eso le llevara 800 años. Efectivamente, a lo largo de la historia, el Islam perdería muchas batallas: Poitiers, las Cruzadas, Lepanto, Viena, el colonialismo de los siglos XIX y XX, pero sólo perdió una guerra, la que le entabló la España católica.

2. *Las Cruzadas*

La segunda gran reacción militar de la Cristiandad contra el Islam fueron las Cruzadas. Antes de entrar en la consideración de este magno emprendimiento, será conveniente tener en cuenta algunos antecedentes. No se puede dejar de reconocer que mientras los árabes gobernaron Palestina, los peregrinos que la visitaban, cuyo número se había acrecentado considerablemente en el siglo X, atraídos por la fascinación que sobre ellos ejercían los lugares santos, no encontraban mayores trabas o dificultades. Eran, al contrario, bastante bien recibidos,

va que aquellas nutridas y continuas peregrinaciones constituían para los musulmanes una fuente de abundantes ingresos, aunque no fuese más que por los pasaportes que debían presentar, pagando asimismo una suma de dinero en cada ciudad que visitaban. Por lo demás, en Jerusalén y en otros lugares de Tierra Santa vivían muchos cristianos sin ser molestados por nadie y pudiendo practicar libremente su religión. Especialmente desde Carlomagno ejercían los francos una especie de protectorado moral sobre los cristianos que allí residían.

Pero a fines del siglo X las cosas cambiaron a raíz del estallido de una revolución política que puso toda Palestina en manos de los *fatimitas*, una nueva dinastía islámica que había tomado el poder en Egipto. El califa del Cairo, Al-Hakem, dio orden al gobernador de Siria de destruir el Santo Sepulcro y hacer desaparecer en Jerusalén todo lo que oliese a cristianismo, lo que fue inmediatamente acatado. Basílicas y monasterios cayeron bajo la piqueta demoledora. Los cristianos vieron sus casas saqueadas y sus personas ferozmente perseguidas. Algunos huyeron, otros apostataron, y los que prefirieron quedarse debían llevar señales infamantes. Luego de algunos años, el sucesor de aquel Califa cambió de política, disponiendo que se reconstruyesen los Santos Lugares, a cambio de que en Constantinopla se restaurase una antigua mezquita.

Sin embargo, la ocupación de Tierra Santa por parte de los árabes musulmanes era siempre como una espina en la garganta de los fieles. Toda esa

zona había sido tan cristiana que su pérdida no podía resultar indiferente para la Iglesia y para la Cristiandad. A veces se piensa que sólo el Occidente se preocupó de liberar el Santo Sepulcro. No fue así. Ya en el siglo X los bizantinos emprendieron una guerra de reconquista de los territorios usurpados por el Islam invasor, retomando Creta, Chipre, el sur de la actual Turquía (la costa), el norte de Siria, etc. Su intención era volver a ocupar la tierra sagrada en que vivió Jesús. Es importante recordar esto porque se suele creer que los bizantinos nada hicieron con tal propósito. Lleno de celo, uno de sus emperadores, Juan I, se encaminó hacia Palestina con el espíritu de un cruzado, y luego de conquistar Beirut y Damasco, entró en Nazaret y en Cesarea, llegando hasta las puertas de Jerusalén. Su deseo era "liberar el santo sepulcro de Cristo de los ultrajes de los musulmanes", según él mismo decía.

Refirámonos ahora, si bien de manera suscinta, según el tiempo nos lo permite, a las Cruzadas que emprendió el Occidente. Como de costumbre, será conveniente tener en cuenta algunos antecedentes. A fines del siglo X se había llegado a un "modus vivendi" entre los Califas fatimitas y los bizantinos, al punto que los Basileus participaban en la reconstrucción del Santo Sepulcro y enviaban trigo a la Siria musulmana que pasaba por un momento de hambruna. Pero hacia el año 1000 aconteció un hecho que cambiaría el curso de la historia: la irrupción de *los turcos*. Eran éstos los descendientes de un tal Seldjuk, que anteriormente había estado al servicio de quienes gobernaban en el norte de Irán. La ofensiva de estos guerreros llamados "seldjúci-

das" por el nombre de su jefe, puso en problemas no sólo al mundo islámico, sino también y sobre todo al mundo cristiano. Venían en tropel, y se mostraban de extrema crueldad, dispuestos a destruir por destruir, cosa que no habían hecho los primitivos árabes del desierto al invadir el Cercano Oriente. De ojos oblicuos, tenían todavía resabios mogólicos y tátaros. Habiendo adoptado el islamismo, reanudaron la dormida guerra santa.

Sus tácticas guerreras eran elementales. Cargaban de a miles, a galope tendido, disparando sus arcos, y luego retrocedían para dejar paso a una segunda oleada y a una tercera. Cuando el enemigo se encontraba suficientemente debilitado, cargaban todos a la vez. Primero conquistaron la Mesopotamia y luego ocuparon Bagdad. Al pasar por la Armenia cristiana, desencadenaron una matanza, por lo que la mayor parte de los sobrevivientes marcharon a Capadocia para establecer allí una nueva Armenia, que volveremos a encontrar en la historia de las Cruzadas. El otro acto dramático fue una batalla que en el año 1071 empeñaron contra los bizantinos, donde los turcos vencieron a los ejércitos imperiales, derrotándolos por completo. Fue la batalla de Mantzikert, de trascendentes consecuencias, ya que dicha derrota dejó bien en claro que el Imperio Romano de Oriente había llegado a ser incapaz de asegurar el papel de bastión de la Cristiandad que hasta entonces había cumplido. Ahora el Occidente tendría que tomar el relevo.

La derrota de Mantzikert abrió a los turcos, ya convertidos al islam, el camino del oeste. Así inva-

dieron y devastaron todo el Asia Menor, que había sido el pedestal del poder político y religioso de Bizancio. En sus plazas fuertes dejaron establecidas guarniciones al mando de comandantes turcos. Nicea, la gloriosa Nicea del Concilio, pasó a ser la primera capital del futuro sultanato seljúcida. Fue allí donde apareció la figura del *Sultán*, institución basada en los modelos sasánidas y ajena a la primitiva organización política del Islam. Luego entraron en Damasco y expulsaron de Palestina a los fatimitas de Egipto quienes, en 1078, debieron entregar Jerusalén.

Antes de seguir adelante recordemos algo que, si bien no deja de ser elemental, la gente suele confundir. No es lo mismo árabe que musulmán. Hay árabes que no son musulmanes, sino católicos, sumando doscientos millones. Y hay musulmanes que no son árabes. El Islam son los árabes que siguen a Mahoma, pero también los turcos, los persas, los musulmanes negros, los de Pakistán, Bangladesh, Afganistán, Malasia, más de cien millones en la India, y unos doscientos millones en Indonesia, etc.

Volvamos a nuestro tema. Las Cruzadas, decíamos, no fueron sino la consecuencia de la dimisión de las fuerzas bizantinas. Antes de que empezaran formalmente, el emperador Miguel VIII se había dirigido el año 1073 al papa Gregorio VII, en demanda de socorro, prometiéndole, en cambio, el retorno de Bizancio a la unidad con Roma, en el reconocimiento del primado pontificio. Piénsese que sólo veinte años atrás se había producido el

cisma que separó de la sede de Pedro al mundo bizantino. La invitación del Basileus no prosperó por el momento. Sin embargo parecía que las circunstancias iban inclinando en esa dirección. Ya la Iglesia había elaborado una doctrina de la guerra justa. Por lo demás, el ingreso en la Cristiandad de los pueblos germánicos, de que hemos hablado en anteriores conferencias, hizo que la Iglesia mirase con simpatía el papel y el ideal de la caballería, es decir, de la fuerza armada al servicio de la verdad desarmada. Por lo demás, el auge de dicho estamento, que necesitaba campos de batalla donde desplegar sus energías, coincidió con un renovado entusiasmo por las peregrinaciones a Tierra Santa, fruto de la creciente devoción hacia la humanidad del Salvador y los lugares donde vivió.

La situación en Palestina, ahora dominada por los turcos, se volvía cada vez más insostenible. ¿Qué hacer? El impulso del que nació la Cruzada fue obra de un solo hombre, el papa Urbano II. Se desarrollaba por aquel entonces, más precisamente, el año 1095, un concilio local en la ciudad de Clermont, que había sido convocado para tratar temas muy diversos. El décimo día, el papa Urbano se levantó para tomar la palabra, y dirigiéndose principalmente a los caballeros y peregrinos, que atestaban las calles de Clermont, les recordó la situación en que se encontraba el sepulcro donde Jesús había estado por tres días, ahora en manos de los infieles, profanado, casi inaccesible. "¡Hombres de Dios –dijo al terminar su alocución–, tomad el camino del Santo Sepulcro! ¡Que cada cual renuncie a sí mismo y cargue con la cruz!". Sin duda

que el Papa tendría in mente el recuerdo de la trágica batalla de Mantzikert, en que los bizantinos habían sido completamente derrotados por los turcos, y ha de haber pensado que el Occidente debía relevar al Oriente, socorriendo a Bizancio, como el Emperador se lo había pedido a su antecesor. Asimismo la empresa a que convocaba permitiría que los caballeros cristianos y los pueblos de la Cristiandad dejaran de combatirse entre sí y se lanzasen a una guerra indiscutiblemente justa.

Cuando el Santo Padre terminó de hablar, todos los presentes, puestos de pie, exclamaron: "*¡Dieu le volt!*", Dios lo quiere. Al oír el clamor, Urbano II, emocionado, dijo: "Estas palabras tan unánimes, como inspiradas por Dios, serán vuestro grito de guerra y vuestra consigna en la batalla." A los que tomasen las armas, les concedía indulgencia plenaria, previa confesión sacramental. Porque en realidad la Iglesia consideró las Cruzadas como una manera de expresar la conversión interior. Los caballeros penitentes expiarían sus faltas, ofrendando su vida en Oriente por una causa justa. De aquí que en su convocatoria el Papa recordara aquellas palabras del Señor: "Quien quiera venir tras mí, que renuncie a sí mismo y tome su cruz". El espíritu de las Cruzadas sería desde entonces inescindible del afán de purificación espiritual, así como del ejercicio de la peregrinación. Por eso en los primeros tiempos los Cruzados se llamaron a sí mismos "peregrinos" o "penitentes". La peregrinación, que desde hacía siglos había sido una práctica corriente de la penitencia cristiana, de modo que multitudes enormes de arrepentidos, en función de la grave-

dad de sus faltas, cubrieron las rutas de Europa dirigiéndose a Roma. Compostela o Mont Saint-Michel, ahora tomaría el camino de Jerusalén. La Cruzada no fue una guerra santa sino en la medida en que se la entendía como un servicio a Dios. Tratábase de luchar contra los infieles, que ocupaban ilegítimamente la Tierra Santa, herencia de Cristo y por ende de los cristianos, la más alta forma de servicio por el hecho de que quien la asumía se arriesgaba a morir por Dios. Para usar el vocabulario de Péguy. allí la política se uniría con la mística. Porque las Cruzadas fueron un hecho místico, la expresión heroica de una fe dispuesta al sacrificio. La finalidad del combate no sería, pues. prioritariamente, vencer a los turcos, y mucho menos, convertirlos por la fuerza, sino convertirse a sí mismos por la prueba, al tiempo que defender a los cristianos de Oriente y a los peregrinos.

"¡Dios lo quiere!", gritó la multitud. Escribe Michelet: "Vióse a muchos hombres asquearse súbitamente de todo lo que habían amado, y así los nobles dejaron sus castillos, los artesanos sus oficios, los aldeanos sus campos, para consagrar sus esfuerzos y su vida a salvar de sacrílegas profanaciones aquellos diez pies cuadrados de tierra que habían recogido, durante unas horas, el despojo terrestre de su Dios."

De Clermont, el llamado se propagó a muchas ciudades. El mismo Papa recorrió personalmente varias de ellas, para repetir la convocatoria. A él se le unieron numerosos obispos y predicadores. Aplicándose aquellas palabras del Señor: "El que

no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí", las multitudes se sintieron involucradas en la empresa. Para significarlo, la gente empezó a tomar como distintivo una cruz roja, formada con dos bandas de tela, que cosían sobre el hombro derecho. De ahí el nombre de "*cruce signatus*" o cruzado. Y los caballeros que "tomaron la cruz" para luchar contra el Islam, fueron llamados "*milites Christi*", soldados de Cristo.

Así, ante la llamada de un gran Papa, la Cristiandad se puso en marcha, abriéndose de este modo una página admirable de su historia. La empresa iba a durar hasta finales del siglo XIII, dejando su sello en todos los niveles de la civilización medieval, el político, el religioso, el artístico, y hasta el económico. Una cifra convencional habla de "ocho cruzadas", pero en verdad no hubo un año en que no partiesen de Europa diversos contingentes de cruzados. Por eso se ha afirmado que mejor que hablar de "las Cruzadas", habría que hablar de "la Cruzada", un solo y único ímpetu de fervor, ininterrumpido durantes dos siglos, que puso al Occidente cristiano de rodillas ante el Santo Sepulcro.

Por cierto que no nos será posible detallar los diversos momentos y avatares de esta gigantesca empresa. Sólo nos limitaremos a algunas consideraciones. El más fogoso de los predicadores populares fue un hombre ascético, que ha pasado a la historia y a la novela con el nombre de Pierre l'Ermite, Pedro el Ermitaño. Su verbo fogoso hizo que lo siguiese una enorme cantidad de hombres de todas las edades y clases sociales, incluidos no pocos

aventureros, inadaptados, y hasta sinvergüenzas.... un verdadero "montón". También se contagiaron mujeres, niños y ancianos: "Ustedes manejarán la espada –les decían a los caballeros–, nosotros, si es preciso, sufriremos el martirio." De este modo, más allá de lo que el Papa había proyectado, grandes multitudes amorfas se pusieron en movimiento, siguiendo a aquel Pedro el Ermitaño. Ni siquiera sabían bien hacia dónde debían dirigirse. "Era de ver –dice el cronista– una cosa prodigiosa y que mueve a risa: algunos pobres, después de herrar sus bueyes a manera de caballos, los enganchaban a un vehículo de dos ruedas, ponían sobre él a sus hijos pequeños y sus reducidos haberes, y adelante con su carrito: los niños, cuando llegaban a cualquier castillo o ciudad, preguntaban: ¿Es ésta la Jerusalén donde vamos?" Por supuesto que pocos llegaron a destino, y los que lo lograron, fueron masacrados por las tropas musulmanas. Militarmente se trató de algo ridículo, pero el hecho mismo no deja de resultar conmovedor y sólo se vuelve inteligible en una sociedad signada por la fe. Hoy sería del todo inimaginable. Ya no hay cruzadas...

Mientras acontecía esta aventura, tan popular como disparatada, los nobles preparaban la operación seria, bajo el mando de verdaderos hombres de guerra. Previéronse cuatro grandes columnas, que confluirían en Constantinopla, después de lo cual entrarían todos juntos en la zona ocupada por los turcos. Uno de esos ejércitos, formado por belgas, franceses y alemanes, tenía por jefe a *Godofredo de Bouillon*, un hombre magnífico en todo sentido, modesto y generoso, de un temple sobre-

humano, el prototipo del cruzado auténtico, casi un santo.

Cuando las columnas llegaron a Constantinopla, el emperador de Bizancio se alarmó al ver que no venían con la intención de someterse a su soberanía, sino de ocupar Tierra Santa. Su deseo era que se declarasen vasallos suyos y se comprometiesen a poner bajo su dominio todos los territorios que fuesen conquistando. Algunos de los jefes, no todos, consintieron en hacerle juramento de fidelidad, tras lo cual atravesaron el Bósforo, acampando junto a los muros de Nicea, defendida por un poderoso ejército turco. Tras arduo combate, los cruzados conquistaron la venerada ciudad y enseguida se la entregaron al Emperador, según se había convenido. Balduino, por su parte, hermano de Godofredo, llamado apremiantemente por los armenios, que tanto habían sufrido bajo el poder de sus ocupantes, se apoderó de Edesa. Pasado el tiempo se casaría con una princesa armenia. Otros grupos llegaron a Antioquía, ciudad amurallada, con 450 torres, que acabó siendo también tomada, sólo que en este caso, no fue entregada, como Nicea, al Basileus, sino que su conquistador, Bohemundo, la conservó para sí, creándose allí un principado. Por desgracia, justamente en esos momentos murió el delegado pontificio que el Papa había designado para acompañar a las tropas, con lo que comenzaron las luchas intestinas, que al parecer son inevitables entre los nuestros. Ello, unido a las intrigas de los bizantinos, hizo difícil la situación.

Sin embargo no era posible detenerse, había que seguir hacia Jerusalén, la meta soñada. Señala

Belloc que en estos momentos, los cruzados cometieron un gravísimo error táctico. Como tenían los ojos puestos en Jerusalén, olvidaron ocupar Damasco, la antigua sede del Califato musulmán, cuya posesión hubiera sido decisiva para el ulterior curso de las operaciones. Pronto llegaron a Beirut, y la tomaron, ingresando enseguida en las regiones evangelizadas por Cristo. Cuando se apoderaron de Emaús, podían ver a lo lejos la ciudad amada. "¡Jerusalén, Jerusalén!", gritaban. Los cristianos que vivían en Belén los recibieron como a libertadores, y los acompañaron a visitar la gruta de la Navidad, con la emoción que es de imaginar. Ya estaban en las cercanías de Jerusalén.

Se ordenó entonces un ayuno general. Luego, el ejército marchó solemnemente en procesión en torno a las murallas, desde el monte de los Olivos, que dominaba la ciudad, hasta la colina de Sión, entonando himnos y cantos sagrados. Mientras tanto, en lo alto de las murallas se apiñaban los sarracenos, burlándose de ellos y de sus cantos, y escupiendo sobre cruces a la vista de los cristianos. Los guerreros gritaron que pronto habrían de vengar tamaña afrenta a Jesucristo. Era, justamente, el Viernes Santo. El primero en aproximar a sus murallas la torre de madera con ruedas, fue el propio Godofredo, y tras él se lanzaron todos los suyos, entrando por fin en la ciudad. La guarnición turca se retiró hasta las alturas donde se halla el Templo, ofreciendo una violenta resistencia, mas al fin resultaron vencidos. Fue, en verdad, un momento glorioso, pero desgraciadamente, como suele acontecer en las cosas humanas, se vio empaña-

do por una matanza innecesaria, rodando cabezas de turcos. El jefe cruzado había tratado de evitarla, pero el frenesí del ataque, después de los violentos insultos y provocaciones, había sido tal que las tropas no estaban en condiciones de escuchar orden alguna. La acción condenable de los vencedores no obstó para que al día siguiente subiesen al Calvario, de rodillas, hasta el sepulcro del Señor. De aquellos que durante dos años y a lo largo de cientos de leguas de viaje, habían clamado continuamente: "¡Jerusalén. Jerusalén!", sólo uno de cada veinte realizó el sueño de poder entrar en la Ciudad Santa.

Resolvieron entonces entronizar un rey y para ello se designó, como era obvio, a Godofredo de Bouillon. Al ser ungido, este hombre tan virtuoso no quiso que lo considerasen rey allí donde Cristo había llevado corona de espinas, y prefirió ser llamado "*advocatus* (abogado o protector) del Santo Sepulcro". Godofredo se afirmó en la nueva sede, a pesar de los numerosos contraataques que lanzaron los turcos para reconquistar la ciudad, y tuvo la satisfacción de consolidar su territorio desde el Mediterráneo hasta el Jordán y el Mar Muerto, levantando iglesias, fundando monasterios y organizando un reino al estilo feudal de los de Occidente. Por desgracia, murió pronto, siendo llorado por todos. Lo enterraron cerca del Santo Sepulcro. En la Divina Comedia, Dante lo pondría en el Paraíso, junto a Carlomagno y a Roldán, y Torcuato Tasso lo haría protagonista de su poema "La Jerusalén liberada". Luego fue elegido Balduino, hermano de Godofredo. El nuevo jefe ya no tuvo escrúpulos

en tomar el título de rey de Jerusalén, y allí gobernó durante diez y siete años.

Bien observa Belloc que lo que siguió a la toma de Jerusalén fue un episodio sumamente llamativo en la historia de la Cristiandad. Se había establecido en Oriente un Estado cristiano de estilo feudal. Su forma era fantástica, prácticamente indefendible, ya que si bien abarcaba centenares de leguas de arriba hacia abajo, a lo largo del territorio costero, a lo ancho, en cambio, se lo recorría en un solo día. Pero ni siquiera estaba completamente ocupado. Los cristianos habían tomado ciudades, pero todo el interior quedaba en manos del enemigo. Por cierto que edificaron numerosos castillos. Pero éstos ejercían su poder en una zona determinada, que iba disminuyendo a medida que la distancia era mayor. En todas partes se podían encontrar cuerpos de jinetes musulmanes armados, y las caravanas mahometanas iban y venían en forma regular.

Por lo demás, con el tiempo se fue produciendo una rara mezcla de razas y de ritos. Se contraían matrimonios entre sirios y franceses, dando lugar a una nueva generación de sangre oriental y europea, que luego ocuparía los puestos principales. Si bien ello revelaba la capacidad de asimilación de los cristianos, amalgamando al conquistador y el conquistado, era cierto que los nacidos de dichos matrimonios carecían de las virtudes políticas y militares de sus padres. Asimismo coexistían en las mismas ciudades católicos latinos y católicos de rito oriental, con los problemas que es fácil imaginar.

Tampoco faltaron rivalidades entre los mismos gobernantes cruzados. Antioquía, por ejemplo, estaba frecuentemente en conflicto con Trípoli y Bizancio. Sin embargo, las guarniciones se mantuvieron en sus puestos durante varias décadas. Este milagro se logró gracias a la existencia de la monarquía, que gobernaba sobre los señores feudales. Es cierto que éstos eran casi independientes, obrando cada cual como un pequeño rey en su esfera, con un vínculo feudal muy flojo respecto de Jerusalén, pero a pesar de ello, la figura del Rey y la lealtad que se le debía permitieron que esa sociedad mantuviese la cohesión suficiente para poder resistir la presión de los musulmanes. Un papel importante les cupo a las Ordenes Militares, algunas dedicadas a atender posadas y hospitales, otras ocupadas en combatir, como los Caballeros del Temple, también llamados Templarios. No eran feudatarios del rey de Jerusalén, sino que dependían directamente del Papa. El islamismo, por su parte, estaba más desunido aún, si cabe, y sólo se mostraba capaz de unificarse cuando aparecía un caudillo militar.

Los combatientes cristianos eran, por lo demás, muy poco numerosos. Godofredo, como comandante de las fuerzas de Jerusalén, sólo disponía de trescientos hombres a caballo y mil a pie. Había otros cuerpos armados, muy reducidos, en Belén y algunos lugares más. Los musulmanes, en cambio, eran numerosísimos. Se podría decir que fue la existencia de los castillos lo que permitió a los cruzados mantener la resistencia frente a un enemigo abrumador. En los combates, los mahometanos

cedían siempre ante las cargas de los caballeros cristianos, que saliendo de los castillos los acometían. Pero si las batallas hubiesen sido en campo abierto, sin el reaseguro de los castillos, los musulmanes los habrían exterminado.

El problema más grave que tuvieron que afrontar los Cruzados fue la falta de refuerzos. Parecía que una vez conquistada Jerusalén, todo hubiera quedado concluido, al punto que la mayoría de ellos retornaron a sus lugares de origen, dejando la tierra santa liberada del yugo de los turcos en un estado de abandono casi total. Los pocos que permanecieron tenían que arreglárselas como podían, frente a la enorme superioridad numérica de los mahometanos, que contaban con reservas inagotables. Esa aplastante desproporción se iría acentuando día a día, volviéndose desesperantes los largos intervalos que transcurrían entre las llegadas de refuerzos.

Quedaron establecidos cuatro Estados cristianos, Jerusalén, Antioquía, Edesa y Trípoli, pero como si fueran islotes, bajo la amenaza constante del enemigo. Por otra parte, el emperador de Bizancio se sentía molesto porque los Cruzados no les entregaban, ni siquiera en forma de vasallaje, aquellos territorios que en un tiempo habían dependido del Imperio. De modo que los que permanecieron se sentían desamparados. De Europa seguía viniendo gente en gran número, pero en su mayor parte eran peregrinos, no guerreros que engrosasen las fuerzas ya existentes. Incluso en el campo religioso las cosas resultaban complicadas. Tenían que convivir

en las mismas ciudades obispos griegos y obispos latinos, con las rencillas que eran de esperar. Además, en Tierra Santa sobrevivían grupos supérstites de las viejas herejías que Bizancio había perseguido, como monofisitas, nestorianos, y varios más. Los Cruzados los trataron bien. Fue entonces cuando en la iglesia del Santo Sepulcro se les concedió una capilla o un altar del edificio a algunos de esos grupos, según ha quedado estatuido hasta hoy.

Si las cosas pudieron seguir adelante era, como lo señalamos más arriba, porque los musulmanes estaban, también ellos, muy discordes entre sí, luchando a veces los árabes de Egipto contra los turcos de Siria, y éstos, a su vez, divididos en varios emiratos.

Ya que no nos hemos propuesto detallar el desarrollo histórico de las sucesivas Cruzadas, sólo nos limitaremos a algunos de sus momentos culminantes. Uno de ellos fue la caída de Edesa en manos de los turcos. Cuando en Europa se enteraron de la noticia, quedaron consternados. Si la cosa seguía así, todo estaría perdido. Fue entonces cuando San Bernardo, por encargo del papa Eugenio III, que había sido discípulo suyo, subió, en Vezelay, el día de Pascua, a un púlpito improvisado en medio del campo y arengó a los nobles y al pueblo, exhortándolos a engrosar las filas de los Cruzados. "Cruces, cruces, cruces", gritaban aquéllos enardecidos. No bastaron los pedazos de tela ya preparados para tantos como querían cruzarse, y fue preciso que el mismo Bernardo rasgara sus hábitos blancos para satisfacer las demandas. Enseguida

el Santo se puso a recorrer varias ciudades de Francia y Alemania. Esta vez la cosa parecía ir en serio. Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania se pusieron en marcha al frente de 115.000 hombres. Pronto llegaron a Constantinopla, pero poco después, por complejas razones que no nos es dado exponer aquí, fueron totalmente vencidos por los ejércitos turcos. El descalabro produjo en la Cristiandad el más amargo desencanto. Imaginemos lo que en su interior habrá sufrido San Bernardo.

Los años que siguieron a esta Cruzada fallida fueron de franca decadencia. Las embestidas de los turcos arreciaban. Los sucesivos reyes de Jerusalén, Balduino III, un caballero impecable, y su hermano Amaury, se cansaron de pedir ayuda al Occidente. La situación se ponía cada vez peor. Tanto más que el Islam acababa de encontrar un jefe genial que lograría unir los grupos dispersos en un bloque formidable para lanzarlos a la contraofensiva. Era Salah-ed-din, que los cristianos llamaron Saladino, hombre de carácter de acero y un político excepcional, a quien respetaban los mismos Cruzados, considerándolo ornado de las virtudes caballerescas. Dante, en la Divina Comedia, lo pondría en un lugar del Infierno donde reunió un grupo de almas puras, que tuvieron la desdicha de ignorar a Cristo. Pero se trató, sin duda, de una idealización. En la realidad, Saladino era un adversario frontal del cristianismo. A su juicio la Encarnación, el sacerdocio y los sacramentos "mancillaban el aire". Cuando se apoderaba de los enemigos, los aniquilaba sin piedad. Recurrió, asimismo, a un inteligente ardid político-religioso, y fue el de

incluir el territorio de Palestina en el marco de la devoción musulmana, alegando haberse encontrado allí las tumbas de los compañeros de Mahoma, así como las huellas del ascenso místico del Profeta al paraíso. ¿Cómo podía ser que se tolerase la presencia de los francos en esos lugares santos del Islam? Saladino se desembarazó pronto del califa fatimí de Egipto, que no contribuía a la unidad de modo que Egipto y Siria formaron un solo Estado. En lugar de un Islam fragmentado, se levantaba un imperio compacto, conducido ahora con mano de hierro.

Precisamente por aquel entonces el Reino franco de Jerusalén sufría un grave contratiempo, pero esta dolorosa página de su historia es tan bella como el capítulo de una Gesta. Cuando murió Amaury, le sucedió su hijo, Balduino IV, un adolescente lleno de vivacidad y encanto, indomable y exquisito a la vez. Toda una promesa. Un día, jugando a la pelota, cayó ésta en medio de un lugar espinoso. Fue a buscarla, pero al tomarla entre sus manos se hirió hasta sangrar. Cuando se acercaron para ayudarlo, dijo que no sentía nada. El síntoma era claro. Tenía lepra. Sobrellevó su enfermedad durante largos años con magnífica entereza, llegando incluso a perder la vista. Sin embargo, con un heroísmo sólo explicable por la profundidad de su fe, hizo frente al enemigo de manera heroica durante los once años de su gobierno. Mientras pudo mantenerse a caballo, siguió dirigiendo a sus tropas, obteniendo numerosas victorias. En cierta ocasión hizo retroceder al propio Saladino, que apenas pudo escapar, montado en un veloz came-

llo. Murió a los 24 años y está enterrado en el Santo Sepulcro. Tras su muerte se aceleró la carrera hacia el abismo. Saladino ocupó Sidón, Nazaret, y el 2 de octubre de 1187, entró en Jerusalén. Encima de la cúpula de la ex mezquita de Omar, que los cruzados habían convertido en iglesia, se erguía una cruz dorada. Los musulmanes la derribaron. "Allah es grande".

La caída de Jerusalén sonó como una bomba en toda Europa y suscitó varias expediciones más, pero ninguna de ellas logró reconquistar el Santo Sepulcro. Entre dichas expediciones hubo una que se llevó a cabo con la ayuda de la flota de Venecia. Al llegar a Constantinopla los guerreros, cansados de las artimañas de los bizantinos, saquearon la ciudad, lo que puso furioso al papa Inocencio III. Los caballos de bronce, que habían constituido la gloria del Hipódromo, fueron enviados a la iglesia de San Marcos, en Venecia, donde todavía se encuentran. Luego resolvieron que Balduino, conde de Flandes, fuese coronado en Santa Sofía, como nuevo Emperador de Romania, según el espléndido ritual bizantino, instaurándose así una dinastía latina en lugar de los emperadores griegos, que se mantendría allí durante varias décadas, sucediéndose siete emperadores.

Mientras tanto, en Tierra Santa, la situación seguía siendo precaria. Numerosos fueron los combates donde héroes legendarios, como Ricardo Corazón de León, para nombrar a sólo uno, se batieron con una bravura impresionante. Pero las cosas no cambiaron sustancialmente. En 1193 murió Sa-

ladino. Sin embargo. Jerusalén nunca volvería a ser liberada.

Más allá de las miserias que hemos señalado, de tantos desentendimientos e incluso crueldades, no querríamos dejar de recordar algunos hechos encantadores que acaecieron por aquellos tiempos en Europa y que muestran cómo el ideal de Cruzada no había aún muerto en la Cristiandad. Nos referimos a la disposición de los mismos niños para alistarse y tomar parte en esta epopeya colectiva. Ni faltaron entre las personas mayores quienes se ilusionasen pensando que a lo mejor los niños inocentes alcanzarían de Dios el triunfo que a los demás, por sus errores y delitos, les había negado. Así, un pastorcito de Vendôme, llamado Esteban, creyó oír la voz del Señor que le llamaba a encabezar un grupo de muchachos y chicos. Contra el parecer de los padres y de los sacerdotes, una multitud de niños dejaron sus hogares, y junto con Esteban se dirigieron a Marsella, donde se embarcaron en siete navíos. Dos de ellos naufragaron en el Mediterráneo y otros dos llegaron hasta Argelia, en la que los chicos fueron vendidos como esclavos. Algo parecido pasó en Colonia. Allí también un muchacho llamado Nicolás se puso al frente de 20.000 chicos, a quienes condujo hasta Bríndisi, donde por fortuna se interpuso el obispo, impidiéndoles embarcarse. Desde el punto de vista castrense, todo esto era absurdo, pero muestra el idealismo de aquellas generaciones, el temple de aquella juventud, y el espíritu de fe de aquel pueblo. "Estos niños nos avergüenzan –exclamó Inocencio III–; nosotros dormimos, pero ellos parten."

A mediados del siglo XIII, el rey de Francia, San Luis, que vivía con la mirada puesta en el Santo Sepulcro, se dirigió él también al Oriente, a la cabeza de un ejército. Tras hacer una escala en Chipre, desembarcó luego en Egipto. Al atacar la ciudad del Cairo, fue derrotado, debiendo regresar a su patria. En los últimos años de su gobierno retomó el intento, esta vez dirigiéndose a Túnez, donde sin haber obtenido nada, murió susurrando: "Jerusalén". En Tierra Santa las cosas iban de mal en peor. La caída de Antioquía en manos de los turcos aceleró el fin.

En su magnífico libro sobre las Cruzadas, Hilaire Belloc sostiene que, en realidad, no hubo sino una sola Cruzada, con un único objeto, el rescate del Santo Sepulcro. Por eso se puede decir que cuando cayó Jerusalén en manos de los infieles, de alguna manera terminó la epopeya. La Cristiandad no pudo o no quiso proporcionar con regularidad los contingentes necesarios para retomar, mantener y consolidar las conquistas efectuadas en Oriente, y tal es el motivo por el cual se puede decir que las Cruzadas fracasaron.

¿Pero se trató de un fracaso completo? Al parecer sí, porque el propósito primordial del emprendimiento no quedó satisfecho, el Sepulcro no fue liberado. Algo se consiguió, por cierto, ya que tras arduas negociaciones, se les permitió a los cristianos conservar en Tierra Santa unos pocos establecimientos religiosos así como cierta facilidad de movimiento. Más adelante, en el siglo XIV, el Papa autorizaría que se comprase a los musulmanes

algunos lugares santos, confiando su custodia a los franciscanos. Sin embargo queda en pie que el fin principal de las Cruzadas no fue obtenido. Tampoco se logró que Bizancio se volviese a unir con Roma, como quizás hubiera podido resultar de una acción militar conjunta contra el enemigo común. Es verdad que uno de los Paleólogos, el emperador Miguel VIII, que en el año 1261 había reconquistado Constantinopla de los latinos, le ordenó al Patriarca de dicha ciudad se dirigiese a Roma para gestionar el fin del cisma, incluida la aceptación del *Filioque*. A ese efecto se celebró en 1274 un concilio en Lyon, donde la reconciliación pareció lograda. Pero se trató más bien de una operación política. El cisma continuaba, así, ante el Islam victorioso.

No hubo, pues, victoria militar sobre los turcos ni hubo fin del cisma. ¿Fue entonces inútil, reiteramos la pregunta, la gran aventura de la Cruzada? De ninguna manera. Ante todo porque el común emprendimiento contribuyó en gran manera a solidificar la unidad de las naciones que integraban la Cristiandad. Y luego, porque permitió que saliese a flote lo mejor de la época. Por cierto que no todos los que participaron de aquella epopeya fueron santos, ni todos tienen derecho a nuestra admiración. Pero cuando nueve siglos después de la predicación de Urbano II, nos detenemos en la consideración de ese período de la historia, no podemos sino quedar pasmados ante el heroísmo de esos hombres, de esas mujeres y de esos niños, las penurias que debieron soportar, y la lozanía de su esperanza. No podemos sino quedar estupefactos

contemplando a esos campesinos tan pobres, caminando hacia Jerusalén detrás de sus carros, movidos sólo por el anhelo de librar la tumba de Cristo, su Salvador, de los infieles. Ellos entendían que la fe no sólo debía ser vivida sino también defendida.

Durante muchísimo tiempo Occidente guardó la nostalgia de la Cruzada. En el siglo XIV, Santa Catalina de Siena instó a retomarlas, y tras ella, Santa Juana de Arco. Como señala Daniel-Rops, el hecho de que la misma palabra "Cruzada" tenga todavía hoy el sentido de empresa heroica y realizada con una intención pura y noble, al servicio de un ideal, no deja de ser significativo.

3. *La batalla de Lepanto*

Los turcos, envalentonados con su victoria, trataron desde entonces de llevar adelante una política expansiva. En el año 1453 protagonizaron uno de los hechos más importantes de la historia: la toma de Constantinopla, y con ella, de lo que quedaba del viejo Imperio Romano. Nació así un nuevo Imperio, el Imperio Otomano, así llamado por uno de sus sultanes, *Othman*, que vivió entre 1259 y 1326. Instalándose sobre las dos orillas del estrecho del Bosforo, el Imperio extendería sus tentáculos tanto hacia Europa como hacia el este y el sur. Hacia Europa, ocupando Serbia y Kosovo, hasta llegar a las puertas de Viena; y hacia el oriente y el sur, apoderándose de Mesopotamia, Egipto, Ara-

bia, Yemen... Con los turcos, el Islam se retomó en su pujanza militar original. Durante los siglos XV y XVI, la totalidad de los países de habla árabe quedaron incluidos en el Imperio Otomano, cuya capital era Estambul, la antigua Constantinopla o Bizancio. Sólo quedaron al margen algunas regiones de Arabia, Sudán y Marruecos. Dicho Imperio fue una de las estructuras políticas más grandes que la región oriental del mundo haya conocido desde la desintegración del Imperio Romano, llegando a abarcar, con el tiempo, Europa oriental, Asia occidental, África del norte, y numerosos grupos étnicos –griegos, serbios, búlgaros, rumanos, armenios y árabes. Turquía mantendría su dominio durante unos 400 años, en algunos lugares, y en otros por más de 600.

Los títulos que usaba el gobernante otomano, manifiestan su nexo con la tradición monárquica persa, pero también con la tradición islámica. Véase el modo como comenzaban los documentos oficiales:

"Su Majestad, el sultán victorioso y triunfante, el gobernante ayudado por Allah, cuyo fundamento es la victoria, cuya gloria es tan alta como el cielo, rey de reyes que son como estrellas, corona de la cabeza real [...], determinante de las reglas del Islam, sultán de los dos continentes y de los dos mares, gobernante de los dos orientes y de los dos occidentes, servidor de los dos santuarios santos [...]"

La última frase nos señala que no era sólo el defensor de las fronteras del Islam, sino también el protector de los lugares santos, La Meca y Medi-

na, especialmente, pero también Jerusalén y Hebrón. El control que ejercía sobre las peregrinaciones constituía una reafirmación anual de la soberanía otomana en el corazón del mundo musulmán. El Imperio Otomano llegaría a ser un poder europeo, asiático y africano.

Tras este *excursus* sobre el nacimiento y el apogeo del Imperio Otomano, vayamos a un hecho concreto que patentizó el enfrentamiento entre dicho Imperio y la Cristiandad. Nos referimos a la batalla de Lepanto que pasamos ahora a relatar, siguiendo sobre todo el magnífico análisis que sobre dicho combate nos ha dejado Jean Dumont.

La palabra *Lepanto* designa el acontecimiento católico fundamental, gracias al cual Europa, e incluso Roma, fueron salvadas, en el siglo XVI, del expansionismo islámico, ya a punto de engullirlas de manera total. Los turcos avanzaban sin pausa y de manera al parecer incontenible sobre los países del Mediterráneo, que codiciaban desde hacía más de un siglo. Lo hacían brutalmente, llevando la barbarie y la miseria por donde pasaban, transformando sistemáticamente las iglesias en mezquitas, secuestrando numerosos niños de familias cristianas para convertirlos en mercenarios adoctrinados en el islam (los jenízaros), raptando mujeres para poblar sus harenes, y hombres para hacerlos remeros esclavos en las galeras. Cervantes, que pasaría cinco años como cautivo de ellos en Argel, juzgaba al *pacha* "el asesino de todo el género humano". Sólo en esa ciudad se estima que sufrieron la esclavitud cerca de un millón de cristianos.

Ya hemos dicho cómo en 1453 la ofensiva islámica había logrado ocupar Constantinopla. En 1475 invadieron Grecia. En 1480 desembarcaron en Otranto, al sur de Italia, que saquearon y conservaron durante dos años, después de haber masacrado a su población. En 1517 se apoderaron del sultanato musulmán del Cairo, así como del Yemen, Nubia y Libia. En 1518 tomaron bajo su control todo el Marruecos marítimo, de Túnez a Argelia, haciendo esclavos a un número ingente de cautivos. En 1522 los caballeros de San Juan, que defendían Rodas, debieron rendirse, tras una resistencia épica. En 1526 invadieron Bulgaria y Serbia. Luego vencieron y mataron al rey de Hungría, cuñado del emperador Carlos V, y entraron en Croacia. En 1529 se dirigieron a Viena, que a último momento logró salvarse. En 1541 se apoderaron de Budapest y de Hungría. En el Mediterráneo habían ocupado Calabria en 1536, y en 1543-1544 Niza y Tolón, Córcega y la isla de Elba. En 1558 se arrojaron sobre las Islas Baleares. En 1565 el sultán Solimán se lanzó sobre Malta, defendida por los caballeros de San Juan, a quienes aniquilaron casi por completo. En 1571 se adueñaron de Chipre, en medio de masacres espantosas, y enfilaron hacia el Adriático, a las puertas de Venecia. Roma, rodeada por todos lados, parecía un fruto maduro, presto a caer en manos del Islam.

Había pasado, por cierto, el tiempo de las Cruzadas, y Europa no tenía ya el espíritu de la Cristiandad medieval. Jean Dumont, a pesar de ser francés, señala, con loable honestidad intelectual, cómo su patria, desde 1530 a 1560, bajo Francisco

I y Enrique II, fue aliada, cómplice y aun excitadora permanente de los turcos, hasta el punto de no vacilar en unir su propia flota con la de los infieles, para tomar por asalto a Niza. ¿Por qué esto? Porque lo que entonces buscaba Francia era dominar Italia, de donde los franceses habían sido expulsados por el ejército español, llamado por los Papas. Se aliaban, pues, con los turcos, para poder instalarse nuevamente en Italia. Tal propósito se concretó en el año 1552, cuando proyectaron que la flota francesa juntamente con la islámica se apoderasen de Nápoles. Era la Cruzada, pero al revés. La inquina antiespañola resultaba también evidente.

Pero ello no es todo. Por aquellos mismos tiempos Francia comenzó a urdir una alianza con el protestantismo holandés y alemán. La encontramos así tejiendo lazos con los protestantes y los turcos, en su lucha contra España, la principal potencia católica, presente entonces en los Países Bajos alcanzados por la Reforma. De este modo se fue instaurando una coalición realmente bastarda: Francia, la Reforma y el Islam. Por eso cuando San Pío V, preocupado por el grave peligro musulmán, pidió a los católicos, en 1570, que retomasen la Cruzada, formando una Santa Liga contra los turcos, Francia se apartó ostensiblemente, por lo que el Papa, como escribe uno de sus biógrafos, "no pudo contener su indignación". Entonces se dirigió al único príncipe católico que podía salvar la situación. Era Felipe II. "De ti en primer lugar, muy querido hijo mío –le escribe San Pío V–, imploramos la ayuda y el socorro. Tu madre, la Santa Iglesia,

está ante ti gimiendo y llorando." Felizmente, según dice un cardenal contemporáneo, "con una amplitud de miras digna de un príncipe católico responde al Papa que los intereses de la Iglesia trascienden los suyos". Meritoria la actitud de este gran Rey ya que se compromete en momentos en que todavía no había logrado vencer, en su propia tierra, una gran rebelión de los moriscos de Granada, armada y sostenida activamente por los musulmanes de Argelia y por los turcos. "Pío V sintió una inmensa alegría", dice el testigo. Magnífico también este Papa, que al tiempo de tener que enfrentar la crisis interior de la Iglesia, producida por la rebelión de Lutero y los suyos, convocando un Concilio Ecuménico, el de Trento, supo enfrentar con valentía a los enemigos de afuera, concertando una alianza con los príncipes cristianos. De San Pío V, activo y contemplativo a la vez, diría Solimán el Magnífico: "Más temo a las oraciones de ese Papa que a las tropas del Emperador".

Al enterarse del decidido compromiso de los españoles, los venecianos, que contaban con una flota poderosa, no dando oídos a las arteras insinuaciones de los franceses, confirmaron su intervención activa en la Cruzada. El Papa, por su parte, aportó doce galeras de combate. Como puede verse, fueron España, Venecia y el Papa los principales participantes. Desde Roma se proclamó oficialmente la Cruzada, en la basílica de San Pedro. San Pío V confió el mando a un español, don Juan de Austria, hermano de Felipe II, joven de 26 años, apasionado, corajudo, de gran capacidad diplomática y militar.

Antes de que la expedición se lanzase al combate contra la armada otomana, se emprendió una urgente acción de salvataje para socorrer la isla de Chipre, posesión veneciana que los turcos acababan de atacar. La operación, dirigida por un noble romano, Marco Antonio Colonna, fracasó estrepitosamente. Chipre cayó en poder del Islam, mientras que Colonna sólo pudo salvar tres de las doce galeras que le habían sido confiadas.

La zozobra y la angustia se apoderaron de Italia. Para colmo, don Juan demoró su llegada, porque a último momento se le había encomendado sofocar primero la rebelión de los moriscos, a que aludimos más arriba. Mientras tanto en España, donde la tradición de la Cruzada había permanecido más viva que en el resto de Europa, el entusiasmo por la empresa era creciente, al punto que las parroquias emulaban entre sí para mejor financiarla. Cuando la flota estuvo en condiciones, don Juan se embarcó, llevando consigo miles de hombres de los tercios, grupos selectos de combate, que unían infantería de asalto y poderosa artillería. Uno de esos infantes sería nada menos que Miguel de Cervantes, joven de 24 años, quien luego en "Don Quijote" evocaría Lepanto con verdadero orgullo. Allí sufriría una grave herida, que lo honró hasta la muerte, y mereció se lo llamase "el glorioso manco de Lepanto".

Llegó la flota a Mesina, puerto de Sicilia. ¿No sería ya tarde? Porque la enorme armada turca, de 250 galeras y 100 navíos, se encontraba desde hacía poco en el Adriático, saqueando la isla de

Corfú. Don Juan hizo una escala en Nápoles, donde recibió el bastón de general en jefe y el estandarte con la cruz de Cristo, bendecido por San Pío V, que llevaba la inscripción "Por este signo vencerás". En un tiempo record, el gran capitán logró hacer de ese conjunto tan heterogéneo, formado por españoles, venecianos, malteses y algunos voluntarios de otras naciones, una flota homogénea. Quiso asimismo darle una mística profundamente católica y de Cruzada, por lo que no sólo recomendó que se ayunase durante tres días, sino que dispuso también, en vísperas de la partida, la confesión y comunión generales. Cada galera contaba con uno o varios capellanes, dominicos, jesuitas, franciscanos y capuchinos, que exhortaban sin cesar a la plegaria.

Don Juan se lanzó entonces al encuentro de la armada turca, cuya ubicación exacta no se conocía. Luego de tres semanas de exploraciones se supo que estaba a la entrada del golfo de Lepanto, llamado también de Patras, que separa el Peloponeso de la Grecia continental. Era el domingo 7 de octubre de 1571 cuando fue finalmente avistada, en orden de batalla. Era un espectáculo impresionante. Centenares de galeras a las órdenes del capitán Alí-Bajá, con más de 50.000 hombres a bordo, selectos lobos de mar, jenízaros y corsarios, y una poderosa artillería. El ejército católico contaba con 208 galeras, 1300 piezas de artillería y también unos 50.000 hombres. Cien mil hombres, pues, se iban a enfrentar en el mar. Jamás el Mediterráneo había visto flotas semejantes.

De pie sobre la nave capitana, empuñando es su mano un crucifijo de marfil, don Juan pasó revista por última vez a su cuerpo de combate. "Todos vosotros habéis venido aquí por la voluntad de Dios –les dijo–. ¡Poned vuestra única esperanza en el Dios de los ejércitos!", lo que fue respondido con una aclamación resonante. Revistió luego su armadura, y puso sobre ella el collar del Toisón de oro, signo de la Orden que había fundado un antepasado suyo, el duque de Borgoña. Ese emblema no tiene nada que ver, como a veces se cree, con el objeto que buscaban los argonautas, encabezados por Jasón, de acuerdo a lo que narra la mitología griega, sino que fue la insignia de una Orden caballeresca de origen cristiano, definida como "la milicia del príncipe de Borgoña, milicia sagrada, reunida para dominar la furia de Satanás y repudiar al turco, según el ejemplo de Gedeón en la Biblia, aquel hombre de Dios que, animado por el doble milagro divino del Toisón, venció a los madianitas (cf. Juec 6,36-40)". La palabra proviene del francés "toison", que significa "vellón", en referencia, precisamente, al vellocino milagroso de Gedeón. Del duque de Borgoña, la insignia pasó a Maximiliano, emperador de Alemania, hasta llegar a manos de los Reyes Católicos y sus sucesores.

Tras pronunciar la alocución que acabamos de relatar, don Juan hizo izar en el mástil de la nave capitana el gran estandarte damasco azul que llevaba la cruz de Cristo, aquel que había bendecido para ese efecto el papa Pío V. Se ha dicho que en la misma nave principal había hecho entronizar una imagen-réplica de la Virgen de Guadalupe de

México, lo que le da un toque hispanoamericano a la gesta. Luego se postró, y con él los soldados y marinos de todas las naves, permaneciendo un rato en oración. Finalmente se anunció que el Papa concedía indulgencia plenaria a los que muriesen en combate y se impartió la absolución general.

Alí-Bajá tuvo sus vacilaciones. ¿No habría una segunda escuadra de los cristianos, escondida tras alguna de las montañas de la zona? Sin embargo dio la orden de ataque, lanzándose con sus mejores galeras al centro de la escuadra enemiga, donde estaba don Juan en persona. Entonces un oficial llamado Santa Cruz, a la cabeza de 36 galeras, todas cubiertas de blanco, el color de la Inmaculada Concepción, ya honrada en España más que en otros lugares, se lanzó sobre la escuadra adversaria, logrando abordar la nave capitana. Fue el fin para Alí-Bajá. Lo mataron o se suicidó, no se sabe bien. En el mástil de la nave capitana, el estandarte del Profeta fue arriado y reemplazado por el de la Santa Liga. De las 230 galeras enemigas sólo se salvaron 30. Las otras fueron hundidas o capturadas. Los turcos perdieron más de 30.000 hombres y dejaron 3.000 prisioneros. Unos 15.000 cautivos cristianos que remaban forzadamente en sus embarcaciones, recobraron la libertad, con la alegría que se puede imaginar. Don Juan perdió 15 galeras, con 8.000 muertos; 21.000 de los suyos quedaron heridos, entre ellos nuestro Cervantes. Notable proeza, obra maestra de la Cruzada, digna de ser comparada con la victoria resonante del Gedeón bíblico.

Ese domingo 7 de octubre, a la hora misma en que terminaba la batalla, el Papa, que estaba en Roma, es decir, a unos 1000 kilómetros del lugar del combate, se encontraba atendiendo una audiencia. De pronto se detuvo y dijo, llorando de alegría: "No nos ocupemos más de nuestros asuntos, vayamos a agradecer a Dios. La armada cristiana acaba de lograr la victoria". A los quince días, la intuición del Papa se vio confirmada oficialmente. Fue entonces cuando San Pío V exclamó, aplicando la Escritura a la hazaña del capitán español: "Hubo un hombre enviado de Dios que se llamaba Juan". Luego, convencido de que la victoria se había debido a la intercesión de la Santísima Virgen, resolvió que en adelante el 7 de octubre fuese festejado litúrgicamente como la fiesta de nuestra Señora de la Victoria. Hoy esa fiesta se celebra bajo el nombre de nuestra Señora del Rosario. A las letanías de la Virgen se le agregó la invocación "*Auxilium christianorum*".

Lepanto fue una victoria realmente trascendental en la secular lucha de los cristianos contra los musulmanes. Significó nada menos que el fin del poder naval de los turcos. El Mediterráneo seguía siendo cristiano. Roma misma se había salvado. El Papa pensó que este gran triunfo podría preludiar una retoma de las Cruzadas. Por eso, al día siguiente de que la noticia de la victoria llegase a Roma, rogó de manera apremiante a las potencias católicas que la aprovechasen como era debido. A partir del 10 de diciembre logró que todos los días se reuniesen con él los plenipotenciarios de los países que habían integrado la Liga, para tratar

de convencerlos de la necesidad de reconquistar Constantinopla. Por desgracia, había recelo recíproco entre los venecianos y los españoles. Estos últimos, por su parte, estaban indignados por la desvergonzada conducta de Francia, que proyectaba una alianza con el Sultán contra España, al tiempo que procuraba incidentes por medio de los hugonotes, los rebeldes holandeses e Isabel de Inglaterra. Venecia acabó por reanudar la paz con aquel Imperio que, vencido en el mar, un siglo después haría relampaguear de nuevo su cimitarra hasta llegar al corazón de Europa.

4. *La batalla de Viena*

Saboreando de antemano su venganza por Lepanto, los turcos volvieron a irrumpir peligrosamente en el escenario europeo. Estamos en el año 1683. Y así como allá fue un Papa el que organizó la resistencia, también ahora será otro Papa, Inocencio XI, quien encabece la reacción de la Cristiandad a la agresión turca. Casi coincidiendo con los inicios del pontificado de este gran Papa, que sería declarado santo, como aquél, asumió la dirección de la política turca Kara Mustafá, en calidad de gran visir, o sea, primer ministro del Sultán, con lo que aumentó el peligro de una nueva y poderosa ofensiva. Para afrontar la situación, Inocencio no sólo trató de establecer una Liga entre las naciones cristianas, sino que pensó en extenderla a Estados no cristianos del Oriente, de modo que los turcos quedasen cercados. Para pesar suyo, di-

cho propósito se mostró inviable, sobre todo, una vez más, por el desinterés de Francia. En este caso el responsable fue Luis XIV, quien deseoso de debilitar el Imperio Habsburgo, no tituheó en valerse de los turcos, estableciendo un pacto con la Sublime Puerta. A pesar de ello, el Papa persistió en su proyecto, encargándole al nuncio de Viena se dirigiese a Varsovia para pedir auxilio al rey de Polonia. Asimismo confió a un capuchino, fray Marcos d'Aviano, la misión de reconciliar a los polacos con el emperador Leopoldo de Habsburgo. Así se logró consolidar a último momento una alianza entre el Imperio y Polonia.

Las circunstancias eran apremiantes. Los turcos, unos 150.000 soldados, se acercaban a Viena defendida por un valiente guerrero, el conde Ernest Rüdiger von Starhemberg. Poco antes, el Emperador y su corte se habían retirado presurosamente, dirigiéndose hacia el oeste. El triunfo de Kara Mustafá, hombre despiadado, hubiera significado la islamización de toda Europa central. Aparentemente la ciudad no podría resistir por mucho tiempo el asalto de los soldados turcos, provistos de formidable artillería.

Dos interminables meses duró el asedio. El ejército que debía liberar a Viena no contaba sino con 70.000 hombres, entre imperiales y polacos, conducidos estos últimos por su rey Juan Sobieski, a quienes se unieron algunos voluntarios de otros países que habían respondido a la convocatoria anhelosa del Papa. Como entre las tropas aliadas, a pesar de lo dramático del momento, seguían las

rivalidades, fue fray Marcos. ahora legado del Papa, quien aceitó las tensas relaciones que tanto los debilitaban, logrando finalmente que el rey de Polonia tomase el comando general. Sobieski y los suyos llegaron a Viena justamente cuando la ciudad, ya probada hasta el extremo. estaba a punto de capitular. El 12 de septiembre, el religioso celebró la Santa Misa sobre un cerro que domina la ciudad, ayudado por los reyes y príncipes de la coalición. Allí pronunció un encendido sermón, mezcla de italiano, alemán y latín. Teminada la Misa, se puso a rezar de rodillas, mientras las tropas se lanzaban al combate. Como hemos señalado, los cristianos eran muy pocos, casi la mitad de los musulmanes, y a diferencia de éstos, no tenían artillería, pero el ímpetu con que se arrojaron sobre los soldados de Mahoma, rebasó toda resistencia. La batalla fue tan breve como violenta. En pocas horas 20.000 turcos yacían sobre el terreno mientras los sobrevivientes huían, abandonando todo, incluso el "harén móvil" del Gran Visir.

La amenaza islámica al corazón mismo de Europa se había desvanecido. Aquella victoria, comparable a la de las Navas de Tolosa y a la de Lepanto, señaló el hundimiento del poderío militar de la Media Luna, que ya no volvería a rehacerse. Fray d'Aviano fue uno de los primeros que entraron en la Viena liberada. Dirigiéndose enseguida a la catedral, entonó el Te Deum. En los años siguientes su actividad incansable sería decisiva para la liberación de Budapest y de Belgrado. Cuando murió en su pobre celda, sollozaban de rodillas el Emperador y su esposa, expresando su deseo de que el

humilde religioso, a quien se debía la salvación de Europa, fuese sepultado en su mausoleo. De hecho descansa en la Cripta de los Capuchinos de Viena. El papa Juan Pablo II lo acaba de declarar Beato.

Si el mérito principal de la victoria ha de ser atribuido a Inocencio XI, sería injusto no reconocer el que le corresponde al emperador Leopoldo. Habiendo sido sus ejércitos vencidos en el Danubio, hizo bien en retirarse de Viena. No obró así por cobardía sino para poner en pie de guerra un nuevo ejército. Supo también elegir buenos jefes e incluso aceptó alejarse personalmente del campo de batalla para dejar a Sobieski la gloria principal de la victoria cristiana.

Pero de poco hubieran servido los esfuerzos de Inocencio XI y de Leopoldo de Habsburgo, del rey Sobieski y de fray d'Aviano, si los vieneses no hubiesen soportado durante dos interminables meses el peso del asedio turco, en un espíritu de concordia, de sacrificio y de heroísmo épico. La población –si bien diezmada por una epidemia– fue del todo solidaria con los soldados que defendían la ciudad. La liberación llegó cuando la reserva de municiones y de víveres estaba por agotarse, y cuando ya parecía imposible detener la marea turca que había llegado a abrir una brecha en las murallas.

Un detalle simpático: para festejar la victoria, los panaderos de Viena crearon una nueva factura, "las medialunas", con las que todavía hacemos sabrosos nuestros desayunos.

Tras la victoria, Sobieski envió al Papa los trofeos, juntamente con una carta en que decía: "*Ve-*

nimus, vidimus, Deus vicit!", vinimos, vimos, Dios venció. San Inocencio XI, en agradecimiento a nuestra Señora a quien, como lo había hecho San Pío V en Lepanto, atribuyó el triunfo de la batalla de Viena, mandó que en toda la Iglesia se celebrase, el domingo siguiente a la Natividad de la Virgen, la fiesta del Nombre de María.

III. La respuesta misionera

La respuesta militar fue absolutamente necesaria, ya que el conflicto con el Islam se entablaba ineludiblemente en el campo de las armas. Pero, como era de esperar, la Iglesia quiso ir más allá, intentando la conversión de los seguidores de Mahoma.

1. *Órdenes de redención de cautivos*

Antes de referirnos a dichos intentos, digamos algunas palabras sobre la preocupación de la Iglesia por asistir a los cristianos que estaban en manos de los moros. Si bien ello no tiene directamente que ver con los designios misioneros, los gestos de caridad heroica promovidos por miembros selectos de la Iglesia no dejaron de provocar la admiración del mundo musulmán, lo que pudo incitarlos a convertirse. Lo cierto es que los turcos, en sus diversas campañas en Oriente y en Europa,

habían hecho numerosísimos cautivos cristianos. Para subvenir a sus necesidades aparecieron varias Órdenes religiosas. Una de ellas es la de *los trinitarios*. Fue su fundador un provenzal del siglo XII, Juan de Mata. De joven había estudiado artes y teología en París, justamente cuando comenzaba a existir aquella célebre Universidad, que todavía no tenía el nombre de tal, si bien sus escuelas de arte en Santa Genoveva y de teología en Notre-Dame eran las más apreciadas de Europa.

Resuelto a ser sacerdote, se ordenó a los 33 anos. Tuvo entonces una extraña visión: un ángel vestido de blanco, con una cruz azul y roja sobre el pecho, que ponía su mano sobre unos esclavos encadenados. Retiróse luego a la soledad, y allí se encontró con un anciano sacerdote que llevaba vida de anacoreta. Se llamaba Félix de Valois. Muchas veces Juan de Mata había oído hablar de la dura suerte que soportaban los cristianos cautivos de los moros en África y de los peligros que acechaban a sus almas. En atención a ello y comulgando Félix de Valois en su propósito, determinaron ambos consagrarse a la atención y rescate de dichos cautivos. Con el fin de que ese proyecto fuese conocido, y se suscitasen vocaciones para el nuevo emprendimiento, redactó Juan de Mata una Regla y la presentó a Inocencio III. El Papa la aprobó, poniendo la nueva Orden bajo la protección de la Santísima Trinidad: "*Ordo Sanctissimi Trinitatis de redemptione captivorum*", Orden de la Santísima Trinidad para la redención de los cautivos. Llevarían un hábito blanco, con una cruz azul y roja cosida al pecho, como Juan de Mata lo había visto

en su iluminación; por encima, un manto negro. El régimen de vida de los trinitarios fue de gran austeridad, como quien se entrena para las futuras estrecheces. Se comprometían a trabajar por la redención de los cautivos, entregando en pro de ello la tercera parte de sus bienes, juntamente con lo que recogiesen pidiendo limosnas para ese fin, y, si era preciso, ofrendando su propia libertad individual, en el intercambio de su persona con la de algún cautivo que de otro modo no sena liberado.

Tras fundar los trinitarios un primer convento en Francia, prepararon la primera expedición al norte de África. Pronto volvieron con 186 cristianos liberados de las mazmorras de los berberiscos, lo que suscitó la admiración general entre los cristianos. Llevaron a cabo, asimismo, notables obras de caridad y de heroísmo, sobre todo en Argel y Túnez, pero también en Constantinopla y en Egipto, rescatando prisioneros, alentando a los que quedaban, convirtiendo a muchos cristianos presos que habían apostatado, e incluso entregándose como rehenes por un tiempo o definitivamente. Se calcula que hasta el siglo XVIII habían rescatado no menos de 500.000 cristianos, entre los cuales se contaría un ilustre prisionero que estaba en Argel, el gran Cervantes, que fue recuperado por 500 escudos.

Otra Orden, que en su origen empezó siendo militar y caballeresca, es la de *los mercedarios*. Su principal fundador fue Pedro Nolasco, del siglo XIII, originario del Languedoc, pero que desde su juventud residió en Barcelona, cerca del joven rey

Jaime I. Allí empezó a reunir un grupo de caballeros y sacerdotes, con la intención de que se consagrasen a remediar la triste condición de tantos cautivos de los musulmanes, expuestos a graves peligros de apostasía. No sólo se dedicarían a defender con armas las costas contra los ataques de los berberiscos sino también a visitar los puertos de Africa, para ayudar espiritual y corporalmente a los esclavos, procurando su rescate. Con el apoyo de Jaime I y el consejo de San Raimundo de Peñafort, puso San Pedro Nolasco los fundamentos de la Orden de nuestra Señora de la Merced, cuyas constituciones fueron aprobadas por Roma.

Se dice que tanto el rey don Jaime como el obispo de Barcelona impusieron al fundador el uniforme militar y el escapulario blanco. Enseguida Pedro Nolasco revistió con el nuevo hábito a un grupo de jóvenes nobles. Como la Orden era de Caballería, se les permitió llevar un escudo de armas: cuatro barras encarnadas en campo de oro, y sobre ellas, la cruz banca. En sus filas había militares y clérigos. Los primeros, que habían de tomar parte en las guerras contra los sarracenos, llevaban túnica corta, escapulario blanco hasta las rodillas, mangas ajustadas, espada al cinto, capa corta, y el escudo de Aragón al pecho. Los clérigos no podían empuñar armas y vestían de blanco.

El mismo San Pedro Nolasco organizó "cofradías de la redención", en orden a recaudar en las parroquias el dinero necesario para el rescate de los cautivos. En el capítulo general de cada año se nombraban los "redentores" que habían de salir

a tierras de infieles. Desde el siglo XIV la Orden dejó de ser militar.

2. *Grandes figuras de misioneros*

Como se sabe, fue en la Edad Media cuando nacieron las Ordenes mendicantes, entre cuyos fines estaba el llevar la fe a los musulmanes y a los paganos del Oriente. En orden a ello, dichas Órdenes fomentaron desde el comienzo el estudio de las lenguas orientales, no por prurito de erudición, sino para asegurar la eficacia de su acción misional.

Destaquemos la figura de *San Francisco de Asís*. Su vida es suficientemente conocida, por lo que obviaremos detalles. Hombre de múltiples facetas, era generoso, casi hasta el exceso, audaz, siempre cordial. Tenía asimismo alma de trovador y de poeta, capaz de leer el mensaje del viento, del fuego, del agua, de los pájaros y hasta de los lobos. Su primera intención fue alistarse en la Cruzada, para lo cual se dispuso a ser armado caballero, pero el Señor le mostró que otro sería su camino: desposarse con la pobreza y dedicarse a la predicación del Evangelio. Sobre estos dos pilares comenzó una nueva Orden. Se ha dicho que nunca olvidó su primera inclinación a las Cruzadas y a la Caballería, cuyo ideal seguiría abrevando la espiritualidad que lo caracterizaría. Al parecer, su proyecto inicial había sido dedicarse a la conversión de los moros. Quizás sea por ello que hasta nuestros días están los franciscanos tan presentes en el Oriente musul-

mán. Lo cierto es que Francisco pensó ir personalmente al Marruecos musulmán para convertir a los infieles, pero como de hecho se le hizo imposible, envió a seis Hermanos, quienes pronto morirían mártires.

Por esos tiempos se estaba organizando una de las Cruzadas. Francisco, sintiendo en sus venas el ardor del caballero y del mártir, se unió a esas mesnadas con doce de sus compañeros. Los que dirigían dicho emprendimiento pensaron que mejor que atacar a los turcos en Tierra Santa sería invadir Egipto, tomar en prenda Alejandría y Damieta, para negociar luego la restitución de Jerusalén a cambio de esas ciudades. En 1218, los guerreros cristianos acamparon frente a Damieta. El asedio se fue haciendo largo, y por desgracia la Cruzada no se desarrollaba de modo conveniente: había rencillas entre los jefes y cierto desenfreno en la tropa. Desde el punto de vista militar, acumulaban fracaso tras fracaso. Durante varios meses Francisco permaneció con ellos, suscitando su admiración. Lo veían como el modelo mismo de la Caballería.

Un día se supo que aquel hombrecillo de hábito gris, que tenía algo de trovador, se había propuesto nada menos que ir al campo mismo de los infieles. Los soldados se morían de risa: hablarles de caridad a esos moros que acababan justamente de anunciar que por cada cabeza de cristiano cortada, el verdugo recibiría una moneda de oro, parecía un verdadero dislate. El Santo no se amilanó. Llevando consigo a uno de sus compañeros, fray Iluminado, se dirigió hacia las filas enemigas entonan-

do los versículos del salmo 22: "Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré, Señor, porque tú vas conmigo". Cuando vieron venir a los dos frailes, los musulmanes se abalanzaron sobre ellos y los apalearon. "¡Sultán! ¡Sultán!", gritaba Francisco con todas sus fuerzas. Entonces los guardias, creyendo que se trataba de parlamentarios, luego de encadenarlos, los llevaron a su campamento. Allí, al ser interrogados sobre lo que pretendían realmente, Francisco respondió con toda sencillez que lo que querían era ver al Sultán para explicarle la doctrina de Cristo.

El sultán de Egipto era entonces Malek-el-Kamil, un hombre extraño para ser musulmán, ya que se mostraba un tanto escéptico, y de ningún modo le resultaba desagradable discutir con un sabio cristiano los méritos comparados del Corán y del Evangelio. Ordenó, pues, introducir a aquellos inesperados visitantes. Para divertirse un poco, hizo tender ante ellos una alfombra cubierta de cruces, con el objeto de que pisasen ese símbolo tan amado de nuestra fe. Francisco lo hizo, sin la menor vacilación. "¿Cómo es que caminas sobre la cruz de Cristo?", le preguntó, burlón, el musulmán. "¿Es que no sabes –le respondió el Santo– que en el Calvario había varias cruces, la de Cristo y las de los ladrones? Nosotros adoramos a la primera, pero las demás os las dejamos, y si os place sembrarlas por tierra, ¿por qué íbamos a tener nosotros escrúpulos en pisotearlas?" Iniciada de esta manera tan curiosa el diálogo entre los dos hombres, pronto se cayeron en gracia. El Sultán le llegó a proponer que se quedara con él. "Con mucho gusto –le

respondió Francisco–, si tú te haces cristiano". Y para que el Sultán se convenciese de la superioridad de su Dios, le propuso una prueba. "Que enciendan un gran horno. Tus sacerdotes y yo entraremos allí, y por lo que suceda, te darás cuenta por ti mismo cuál de las dos religiones es la más santa y la más verdadera". El Sultán, sorprendido, pero haciéndose pocas ilusiones sobre el temple heroico de los suyos, respondió: "Dudo que mis sacerdotes tengan ganas de entrar en un horno." "Pues entonces entraré yo solo en él –le dijo Francisco–. Si perezco, no atribuyas esto más que a mis pecados, pero si el poder divino me protege, ¿juras reconocer a Cristo como verdadero Dios y Salvador?" Al Sultán le costó convencerle de que por ser el jefe de los creyentes del Islam, le sería en extremo difícil hacerse bautizar. Pero al menos quiso colmar de regalos a aquel hombre tan original. Luego ordenó que lo acompañasen al campamento de los Cruzados con las mayores consideraciones. "No me olvides –le dijo cuando se despidió de él–. ¡Y quiera Dios, por tu intercesión, revelarme qué creencia le es más agradable!"

El intento misional de la Iglesia se volcó sobre todo hacia el África del norte. Quizás porque los recuerdos cristianos de esa zona, evangelizada por San Cipriano, San Agustín y tantos otros héroes de la fe, estaban aún frescos en la memoria de los fieles. ¿Era acaso posible resignarse a considerar como definitiva la victoria del Islam en aquellas tierras antes tan cristianas? Dentro de la Cristiandad, dos eran los países que podían interesarse más por la conversión de África: España, cuya his-

toria estaba tan ligada a la del Islam, y Sicilia, donde los normandos acababan de expulsar a los musulmanes y cuyas costas miraban hacia Túnez. Entre los religiosos, como dijimos, fueron sobre todo los franciscanos quienes, siguiendo a su fundador, se sintieron especialmente atraídos por las misiones en Africa. El mismo Francisco envió a Túnez a dos de sus frailes, Egidio y Elías, pero fueron mal acogidos por los comerciantes cristianos allí establecidos, porque temían que la predicación del Evangelio desencadenase un movimiento hostil y arruinase sus negocios, de modo que tuvieron que retornar.

Pronto se ofrecieron otros franciscanos para ir a Marruecos, con la esperanza de morir mártires. Cuando pasaron por España, se detuvieron en Sevilla, que todavía estaba en manos de los moros, entraron en la mezquita y comenzaron a predicar contra el Corán, lo que les valió ser allí mismo apaleados. Se dirigieron luego al palacio, y lograron ser recibidos por el Rey moro, al cual anunciaron, con el mismo desparpajo, que habían venido para ordenarle "que renunciase a Mahoma, vil esclavo del demonio". Se les arrojó en prisión, donde todavía intentaron convertir a los carceleros. Finalmente, el Rey, entendiendo lo que anhelaban, les dijo que no les daría el gusto de ser mártires. Y los envió, efectivamente, a Marruecos. Allí volvieron a las andadas. El jefe Abu-Yakub, que representaba al Sultán almohade, tras ordenar que los encadenaran, hizo que se presentasen delante de él. "¿Quiénes son ustedes?", les preguntó. "Discípulos del Hermano Francisco", respondieron. "¿Por qué están aquí?" "Porque él nos ha enviado a través

del mundo para enseñar el camino de la verdad." "¿Cuál es ese camino?" Entonces uno de ellos, que era sacerdote, empezó a recitar el Credo. El jefe moro lo escuchaba con atención, pero cuando llegó a aquella parte donde se dice que Jesús es el Hijo de Dios y que el Verbo se hizo carne, se enfureció: "¡El diablo es el que los ha enviado para que yo oiga tales cosas!" Llamó entonces a los verdugos. Durante toda una noche los azotaron, los arrastraron sobre pedruscos, los rociaron con aceite hirviendo y luego con vinagre. Ellos, como si nada, rezaban en alta voz y se exhortaban mutuamente a resistir. Al día siguiente, el musulmán mandó que los hicieran comparecer ante él. ¿Persistían en despreciar el Corán? ¿Seguían teniendo fe en su Dios encarnado? Ellos, a una sola voz, respondieron que no había más que una verdad, el Evangelio. "¡Voy a matarlos!", gritó el moro. "Tú dispones de nuestros cuerpos –le contestaron–, pero nuestras almas están en el poder de Dios." Fueron sus últimas palabras, porque Abu-Yakub hizo traer una cimitarra y los decapitó allí mismo con sus propias manos. Cuando Francisco, que en esos momentos estaba en Damieta, se enteró de ello dijo: "¡Alabado sea Dios! ¡Ahora sé, de verdad, que tengo cinco Hermanos Menores!"

Casi coincidiendo con los franciscanos, llegaron también al África los dominicos. Uno de ellos, fray Domingo de Fez, fue designado por el Papa como obispo de Marruecos. Era una medida atrevida, tanto que pronto fray Domingo murió mártir. Ante semejante perseverancia, tan tenaz como heroica, los musulmanes entendieron que era cosa de nun-

ca terminar; si eliminaban a unos, enseguida éstos se veían sustituidos por otros, igualmente corajudos. Y así comenzaron a mostrar cierta "tolerancia" con los sacerdotes, a tal punto que el Papa, a la sazón Gregorio IX, pudo llegar a creer, con evidente ingenuidad, por cierto, que la misión estaba alcanzando sus objetivos. Entonces se dirigió al sultán de Marruecos invitándolo formalmente a convertirse. El asunto estaba lejos de ser tan sencillo Comprender el islam, rebatir sus argumentos, ganar la confianza de los musulmanes, era una labor complicada y ciclópea, que exigiría, al parecer, varias generaciones. No bastaba el heroísmo y la audacia. Se requería, además, un buen conocimiento de la situación y mucha inteligencia, pues los árabes no eran simplotes ni ignorantes, como a veces se creía, sino que, según ya lo hemos señalado, al menos en sus círculos culturales estaban muy adelantados en las ciencias e incluso versados en Aristóteles.

Hubo hombres que lo comprendieron así, y varios de ellos fueron españoles. Como dijimos más arriba, España estaba especialmente capacitada para este emprendimiento. Nombremos ente otros a San Raimundo de Peñafort, teólogo y canonista de la Orden de Santo Domingo. Era Raimundo un religioso lleno de Dios, pletórico de generosidad. Un día sintió que Dios lo llamaba a la evangelización de los musulmanes. Decidió entonces fundar en Murcia, pero también en Túnez, donde el Bey se mostraba más benévolo que otros con los cristianos, sendos conventos dominicos en don-

de se formarían misioneros para los países musulmanes, que hablasen el árabe y conocieran el Corán. Su idea sería llevada adelante por una de las personalidades más singulares de la historia de las misiones en la Edad Media. Nos referimos a *Raimundo Lulio*, Ramón Llull, en catalán.

La vida de Lulio fue una verdadera epopeya, una aventura continua. Era un hombre realmente genial, un típico hijo del siglo XIII, de aquel siglo tan culto, poético y místico, que daba a luz universidades y Ordenes religiosas, que era capaz de jugarse por los altísimos ideales de la Cruzada y también por las luchas de barrio. Lulio es un vivo retrato de su época.

Nació en la isla de Mallorca. Dicha isla, reconquistada a los moros cuatro años antes para la corona de Aragón, contaba con una población musulmana del 40%, lo que permitió que Raimundo conociera a los musulmanes muy de cerca. Su juventud fue azarosa, parte dedicada al arte de trovar, parte a mundanidades y pecados, sobre todo de lujuria. A los veinticinco años se casó y tuvo dos hijos. Al llegar a los treinta sucedió que una tarde, cuando se aprestaba a componer un poema de amor, tuvo una visión de Cristo crucificado; la visión se repitió cuatro noches sucesivas, lo que hizo que se rindiera, decidiéndose a dejar su vida mundana, su familia y sus posesiones. Tomó entonces tres decisiones: 1) tratar de convertir a los musulmanes a la fe cristiana, aun con peligro de morir mártir; 2) escribir un libro, "el mejor del mundo, contra los errores de los infieles"; 3) persuadir

al Papa y a los Reyes de erigir monasterios para enseñar las lenguas de los infieles a los futuros misioneros. Su conversión fue total, volcándose desde ahora al amor de Dios con la misma pasión con que antes había amado al mundo. "¿Soy digno de alabaros, Dios mío, yo que fui tan pecador? Yo no soy más que un trovador, y sin embargo os amo." Se volvería trovador de Dios.

Para dejar en claro su nueva orientación concretó más aquellas decisiones: procurar el honor de Dios por medio de la palabra oral o escrita, tratando de que fuese conocido y amado de todos, especialmente de los musulmanes, y luego, como corona de una vida, demostrar ese amor derramando su sangre por Él. De hecho toda su existencia no sería sino el fiel cumplimiento de dicho programa. Comenzó así por dedicarse al estudio de diversas ciencias, en base a fuentes cristianas, judías, árabes e incluso paganas, siempre guiado por aquel propósito apostólico. Y así estudió teología, filosofía, derecho, medicina, ciencias naturales, latín y árabe, residiendo tanto en Mallorca como en Montpellier, ciudad esta última que en aquella época formaba parte del reino de Mallorca. Justamente en esa ciudad recibió del Ministro general de los franciscanos una licencia para predicar en los conventos de los Hermanos Menores en Italia, licencia concedida a raíz de uno de sus viajes a dicho país. Sentía especial afinidad con el espíritu franciscano, tanto que solicitó entrar en la Orden, pero le pidieron que demorase dicha decisión. De hecho, a lo que parece, nunca llegaría a ingresar.

De manera particular se interesó en sus estudios por los musulmanes de su tiempo, particularmente por Al-Ghazâlî, uno de los místicos sufistas a quien mencionamos páginas atrás. ¿Podría ya lanzarse al apostolado oral? No. Le pareció que primero sería conveniente escribir, y lo hizo con tanta abundancia que casi se hace imposible reseñar el amplísimo catálogo de sus obras. Citemos entre ellas el *Libro del gentil*, controversia religiosa entre la ley cristiana, judía y sarracena, probablemente fruto de las controversias orales que mantuvo con judíos y musulmanes; *El arte de la contemplación*, formidable enciclopedia mística; *Libro de la orden de Caballería*, que nos explica el estilo de vida y la espiritualidad de ese estamento medieval, y que está en la base de muchas novelas de caballería; *Libro del pasaje*, sobre la reconquista del Santo Sepulcro; *Libro de Santa María*, un homenaje poético a nuestra Señora, que no desdiría del místico San Bernardo; *Libro de Evast y Blanquerna*, donde trata de los diversos estados en que puede vivir un cristiano, el matrimonial, el religioso, el apostólico. Y un montón de libros más. Entre obra y obra, se hizo algunas escapadas a Roma, donde habló con el papa Honorio IV, proponiéndole sus aspiraciones, sobre todo las tocantes a la conversión de los musulmanes. El Papa lo entendió perfectamente, ya que con ese mismo fin había ordenado erigir en París varios colegios de lenguas.

Comenzó entonces a gestar un plan grandioso. Primero formaría misioneros en escuelas e institutos donde pudiesen aprender los idiomas orientales, redactaría luego resúmenes de la fe cristiana

en dichas lenguas, y por fin se abocaría a la predicación exponiéndose él mismo al martirio, con lo que daría a los infieles el testimonio de la suprema fidelidad a Cristo. El aspecto intelectual de su proyecto comenzó a tener eco. París. Oxford, Bolonia y Salamanca decidieron que sus universidades tendrían cátedras de árabe, griego, hebreo y caldeo. Después hizo publicar diversos compendios de nuestra fe en aquellas lenguas. Sólo le quedaba la tercera parte de su plan, dar público testimonio de su fe ante los musulmanes. A ello se abocaría ahora.

En 1292 se embarcó para Túnez, sabiendo que allí encontraría algunos cristianos, aquellos comerciantes instalados en ese lugar, de que hablamos hace poco. Pero el incidente todavía reciente de los franciscanos había mostrado que aquella gente era hostil a una predicación audaz. Raimundo no se iba a arredrar por ello. Vestido como un sabio musulmán, se mezcló con la gente, que gustaba juntarse en las esquinas de las calles y en las plazas para escuchar a algún poeta o predicador del islam.

Así procedió durante semanas enteras. Incluso llegó a presentarse en las propias escuelas de los musulmanes, para entablar discusión con los sabios. Pero un día, en que en uno de esos debates había rebatido claramente a su adversario, éste, en vez de reconocer que estaba equivocado, decidió vengarse y corrió a denunciarlo como cristiano a las autoridades. Un tribunal musulmán lo condenó a muerte como blasfemo. ¿Había llegado la hora que soñaba? Aún no. Porque intervino entonces

en su favor un poderoso personaje de Túnez que lo había oído y lo apreciaba. "Convenció al rey –escribe un autor anónimo de la época– de que no merecía pena de muerte quien para ensalzar su fe se exponía a tal peligro; pues si no se consideraba así, la misma sentencia se tendría que dar por bien aplicada a los sarracenos que fuesen a predicar a los cristianos, y con ello se retraerían". El proceso terminó en la conmutación de la pena de muerte por la de destierro de todos los dominios del rey, bajo pena de muerte. Muchos no quedaron satisfechos con el veredicto, de modo que cuando fue puesto en libertad, estalló un tumulto, donde lo golpearon, abofetearon y apedrearon. Raimundo tambaleaba, casi desvanecido, y entonces lo tiraron en un barco genovés que iba a darse a la mar

Volvió así a Mallorca. Al poco tiempo corrió la noticia de que el Kan mongol de Persia, aliado posible de los cristianos contra los musulmanes de Egipto, había invadido Siria, venciendo a los sarracenos. Raimundo, tan propenso a los entusiasmos, pensó que a lo mejor había llegado la hora de recuperar el Santo Sepulcro. Resuelto a acompañar este emprendimiento, se metió en una nave y se dirigió a Oriente, pero cuando llegó a Chipre se enteró de que la noticia era tardía porque el ejército persa se había retirado. Ya que estaba en Chipre aprovechó la ocasión para decirle al rey de aquella isla que le gustaría ir al sultán de Babilonia, así como a los reyes de Siria y de Egipto, e instruirlos en la fe católica. ¡Era Raimundo, en verdad, un minero inagotable de iniciativas apostólicas! Como el rey de Chipre no lo tomó en serio, volvió a Mallorca.

Allí se preguntó si no sería mejor ponerse de nuevo a escribir libros en lugar de estar corriendo tantas aventuras. Reflexionando sobre ello, caminaba un día por el bosque, cuando se topó con un ermitaño a quien le reveló lo que le preocupaba. Éste le recomendó que siguiera adelante, no teniendo en cuenta las dificultades ni los aparentes fracasos. Dios quería solamente su testimonio. Lo demás le sería otorgado por añadidura.

Se resolvió, pues, a partir una vez más. Ninguno de sus amigos se animó a compartir los riesgos. Jaime, el rey de Aragón que tanto lo apreciaba, le aconsejó que se quedara más bien en las Baleares y en España, donde tanto había que hacer. Pero eso no era lo que Dios le había ordenado en su interior. Aquella vez desembarcó en el puerto de Bugía, en Argelia, y mostrando menos mesura que nunca, se lanzó a atacar la doctrina de Mahoma en las plazas públicas. Nuevamente fue encarcelado, tras haber recibido bastonazos, pedradas y tirones de barba, "que la tenía larga", hasta dejarlo casi por muerto. Después lo metieron en la peor cárcel posible, con una gran cadena al cuello, donde permaneció por largo tiempo. Un grupo de navegantes genoveses y catalanes consiguieron que lo tratasen un poco mejor, pero entonces este hombre incorregible aprovechó para escribir en árabe un largo tratado contra la religión islámica. Recordemos de paso que unos años atrás Santo Tomás había recibido instrucciones de la Curia Romana para que escribiese un tratado contra los errores de los musulmanes. El Santo extendió la refutación a los albigenses, ubicando a ambas corrientes bajo

el común denominador del gnosticismo, en su obra *Contra Gentiles*. Pero volvamos a nuestro Raimundo. Después de seis meses de detención en las mazmorras argelinas, fue expulsado, y puesto en una nave que iba a Pisa. Cerca ya de la costa, el navío naufragó, salvándose junto con un compañero suyo, agarrados a un madero.

Volvió a partir otras dos veces. Antes de emprender su último viaje hizo el testamento, dando instrucciones para que sus libros fuesen traducidos a las principales lenguas de Occidente. En una nave catalana cargada de mercancías llegó nuevamente a su querida África. Tenía 81 años. El rey Jaime, comprendiendo la importancia de su misión, le había escrito esta vez al Bey de Túnez para que lo recibiese bien. En esos momentos la situación política de la ciudad se mostraba muy diferente de la que había conocido veinte años antes, ya que el influjo de la corona de Aragón era mucho mayor. Gracias a este apoyo, convertido nuestro héroe en "Procurador de los Infieles", pudo moverse con cierta libertad durante un año. Veía acercarse la muerte, pero seguía, obstinado y heroico, hablando, escribiendo, y multiplicando los tratados para anunciar a Cristo y rebatir la doctrina musulmana. Un día el populacho, amotinado por algún contendiente, se abalanzó sobre él, lo molió a palos, y lo dejó por muerto. Si no hubieran intervenido algunos marinos genoveses, habría expirado allí mismo. Lo llevaron entonces a uno de sus navíos, que estaba por partir. El único pesar que sentía durante el viaje de retorno era no haber podido morir mártir en África. Con el paso de los días se

iba debilitando a ojos vistas. Cuando Mallorca aparecía ya en el horizonte, falleció. Él había dicho en la plenitud de sus días: "Los hombres que mueren, Señor, por vejez, mueren por falta de calor natural y por sobreabundancia de frialdad. Por lo cual vuestro servidor y vuestro súbdito, si así os pluguiese, no querría morir de tal muerte, antes querría morir por calor de amor, pues Vos, Señor, morir quisisteis de tal guisa". Fue enterrado en la iglesia de San Francisco de Palma de Mallorca, donde aún hoy reposa. La Orden franciscana lo festeja como bienaventurado el día 3 de julio.

Tal fue Raimundo Lulio, el gran catalán, "Raimundo el Loco", el Doctor Iluminado, el loco de Dios.

IV. El Islam de los últimos tiempos

Como se ve, poco éxito tuvieron los intentos misioneros, heroicos, no cabe duda, pero ineficaces, al menos si se los mide por el número de conversiones. Cabe ahora preguntarnos por el Islam de los últimos siglos.

1. *¿Por qué ha sobrevivido?*

Es la primera pregunta. ¿Cómo ha podido durar 1500 años, a pesar de tantas vicisitudes? Esta misma pregunta se la hacía Belloc en su magnífico libro *Las grandes herejías*. ¿Por qué, dice allí, ha-

biendo desaparecido tantas herejías, como el arrianismo, el nestorianismo, etc., ésta ha sobrevivido en la plenitud de sus fuerzas y aún sigue expandiéndose? Recordemos que cuando el gran pensador inglés escribía su libro, en el año 1937, el Islam no tenía el atractivo y la fuerza que tiene hoy, y los europeos lo consideraban como un fenómeno extraño, para nada preocupante. Belloc fue un verdadero profeta: "Es, de hecho, el enemigo más formidable y persistente que nuestra civilización haya tenido, y puede en el futuro transformarse en una amenaza tan grande como lo fue en el pasado".

Todas las herejías, señala dicho autor, han pasado por tres fases. Primero surgen con gran ímpetu y se ponen de moda, resaltando algunas ideas de manera exclusivista, en detrimento de otras. Así, por ejemplo, el arrianismo insistió fuertemente en la unicidad de Dios, negando que Cristo fuese verdadero Dios. Después de esta primera fase, viene una segunda, que es la declinación, y suele durar unas cinco o seis generaciones, doscientos años, más o menos. Durante este período sus partidarios se vuelven menos numerosos y menos entusiastas, hasta que, por último, sólo unos pocos permanecen incondicionales. Luego llega la tercera fase, en que la herejía desaparece totalmente como doctrina; ya nadie cree en ella, o si subsiste algún grupo de seguidores es tan reducido que prácticamente no cuenta, aun cuando queden flotando en el aire algunos de sus asertos morales o sociales.

Ahora bien, en el caso del islamismo, nada de ello ha ocurrido. Sólo vivió la primera fase. No

hubo segunda fase de declinación gradual ni en el número ni en la convicción de sus partidarios; por el contrario, creció de manera incontenible hasta casi el siglo XVIII, adquiriendo cada vez más territorios y ganando nuevos adeptos en Africa y en Asia, hasta llegar a establecerse como una civilización separada. Belloc no pudo prever que ese auge seguiría, con altibajos, hasta el presente.

Hay otro punto, señala el pensador inglés, que no carece de relación con la supervivencia del islamismo. Y es que, al parecer, parece inconvertible. Los esfuerzos misioneros de las grandes Órdenes religiosas, que se consagran a ello desde hace cerca de cuatrocientos años, parecen haber fracasado por completo en todas partes, salvo tal vez en algunos casos y lugares puntuales, como en el sur de España durante el gobierno de los Reyes Católicos, por obra del arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera, y ello en proporciones mínimas.

¿Cómo se explica todo esto? ¿Por qué ha de ser el islamismo la única de todas las grandes herejías que muestra tan persistente vitalidad? Así se sigue preguntando Hilaire Belloc. Para responder a tal interrogante, escribe, tenemos que observar en qué cosas la historia del islamismo difiere de las demás grandes herejías. En dos puntos principales. Ante todo, no surgió, como las demás, dentro de la Iglesia, ni dentro de las fronteras de nuestra civilización. Su fundador no fue un hombre originalmente católico, que apartó de la Iglesia a sus hermanos en la fe con una nueva doctrina, como

lo hicieron Arrio o Calvino. Fue un hombre extraño a nuestra cultura, que nació pagano, vivió entre paganos y nunca fue bautizado. Adoptó, sí, algunas ideas del cristianismo, eligiendo entre ellas, como hacen siempre los herejes. Luego, los aguerridos ejércitos árabes que lograron asombrosas victorias en Siria y en Egipto en el siglo VII, estaban compuestos, en buena parte, por hombres que habían sido paganos antes de ser mahometanos; no había en ellos un catolicismo anterior al cual volver. El segundo motivo de su supervivencia en la historia es el gran poder militar que los caracterizó. Las tropas con que atacaron a la Cristiandad, se relevaban constantemente. Pronto del Asia Menor llegaron los mongoles, también ellos conquistadores y guerreros, como lo habían sido los árabes primitivos, que aceptaron enseguida el islamismo, se hicieron buenos musulmanes y soldados de los Califas, propagando así la religión de Mahoma. Cuando en plena Edad Media pareció que el islamismo entraba en un cono de sombra, una nueva ola de mongoles, los llamados "turcos", salvaron de nuevo la suerte del Islam. Fueron ellos a quienes la Cristiandad enfrentó en las Cruzadas. El fracaso de este emprendimiento es la mayor tragedia de la historia de nuestra lucha contra el islamismo. Este no sólo sobrevivió sino que se robusteció. Fue desalojado, sí, de España y de las islas orientales del Mediterráneo, pero mantuvo su dominio en toda el Africa del norte, Siria, Palestina, Asia Menor, y luego en los Balcanes y Grecia, llegando a invadir Hungría y Alemania.

2. *La época del colonialismo*

Sin embargo el poder político mahometano sufrió en los dos últimos siglos un evidente retroceso. Durante dicho período, el Imperio Otomano perdió la mayoría de sus provincias europeas. En 1821, los griegos resolvieron sacudir el yugo de los turcos. Ello coincidió con un renacimiento europeo del interés por la Grecia antigua. Tras una guerra de liberación, con apoyo diplomático de Europa, se creó allí un reino independiente. En lo que hasta hace poco se llamaba Yugoslavia, los serbios se rebelaron contra el gobierno turco local, y luego de muchas vicisitudes lograron crear, también con la ayuda europea, un Estado Serbio autónomo en 1830.

En el siglo XIX, Europa ocupó varios Estados árabes. Fue la época de la llamada *colonización*. La primera conquista importante fue la de *Argelia* y *Túnez* por parte de Francia, en el año 1830. Un ejército francés desembarcó en la costa y ocupó Argel. El móvil fue principalmente económico, ya que los comerciantes de Marsella deseaban poner pie, y con fuerza, en la costa argelina para llevar adelante sus negocios. Los soldados se instalaron primero en la capital, y poco después en otras ciudades de la costa. Luego los ocupantes no sabían bien qué hacer. Retirarse tras haber desmantelado la administración otomana local hubiera sido ridículo. Por eso decidieron extenderse hacia el interior, adquiriendo nuevas tierras. Los argelinos, encabezados por un caudillo, Abd-al-Kader, se opusieron a dicho propósito. Los símbolos de su resis-

tencia fueron los tradicionales, su guerra fue una *jihad*. Viéndose finalmente derrotados, el jefe debió exiliarse. Entonces los franceses comenzaron a instalar colonos en las tierras conquistadas, incorporándolas al sistema administrativo francés. Argel y otras ciudades de la costa se fueron convirtiendo en ciudades europeas. Los inmigrantes deseaban que con el tiempo el país llegase a ser totalmente francés. "Ya no hay una nación árabe –hubieran querido decir los ocupantes–, hay hombres que hablan una lengua distinta de la nuestra."

También el *Egipto* cayó bajo la influencia francesa e inglesa, a raíz de lo cual conoció un rápido desarrollo económico. Pronto introdujeron el ferrocarril. Asimismo se emprendió una gran obra pública: el Canal de Suez, construido principalmente con capitales franceses y egipcios. La inauguración fue solemne. Entre los invitados se encontraban el emperador de Austria, la esposa de Napoleón III de Francia, la emperatriz Eugenia, autoridades de Prusia, escritores y artistas franceses como Théophile Gautier, Émile Zola, el noruego Enrique Ibsen, científicos y músicos famosos. Al parecer, la ocupación europea no afligió demasiado a las antiguas autoridades. El jedive Ismail, el virrey turco que entonces gobernaba allí, aprovechó la oportunidad para demostrar que Egipto ya no era parte de África, sino que pertenecía al mundo europeo civilizado. En 1882 intervino Gran Bretaña. Tras bombardear Alejandría, tropas inglesas desembarcaron en la zona del Canal y luego ocuparon el país, convirtiéndolo en un protectorado de Inglaterra. Pronto el dominio británico se extendió hacia

el sur, a lo largo del valle del Nilo. llegando hasta el interior del Sudán. Luego de diversas alternativas, en 1899 se instaló un "condominio" anglo-egipcio que de hecho no fue sino una administración británica.

En la misma época, los ingleses compartieron con los rusos respectivas zonas de influencia en la vieja Persia. hoy *Irán*. Rusia. además. se extendió en la zona del Cáucaso, llegando a regiones habitadas principalmente por musulmanes y gobernadas por dinastías locales que habían vivido en la esfera de la influencia otomana. En la Península Arábiga, los ingleses ocuparon el puerto de Aden. haciendo de él una escala en la ruta marítima a la India. Asimismo en el Golfo Pérsico la presencia británica fue cada vez más importante.

También el reino de *Marruecos* se vio afectado por la política expansiva de los países europeos. Los intentos del Sultán por mantener el país libre de dicha intervención concluyeron en 1860. cuando España lo invadió. en parte para extender su influencia más allá de los dos puertos de Ceuta y Melilla, que desde hacía siglos estaban en sus manos, y en parte para oponerse al aumento de la influencia británica.

Si pasamos al siglo XX, advertimos que el proceso colonizador no se detuvo. Los franceses ampliaron su influjo en los países islamizados del África negra. En 1907, de acuerdo con los españoles, llegaron a controlar en Marruecos la administración de las finanzas. Las dos potencias ocuparon sendas partes del país, España el norte y Francia la costa

del Atlántico así como la frontera con Argelia. En 1911. Italia, que llegaba tarde a la "repartija del África", luego de declarar la guerra al Imperio Otomano, desembarcó una fuerza en Trípoli, y a pesar de la resistencia turca pudo ocupar *Libia*, especialmente sus puertos, logrando que el gobierno de la Sublime Puerta le concediera cierto reconocimiento de su posición.

La primera guerra mundial trajo en este sentido importantes consecuencias. Como se sabe, el Imperio Otomano participó en dicha guerra aliándose con Alemania y Austria, contra Inglaterra, Francia y Rusia. La derrota de los primeros, acrecentó el poder militar de Inglaterra y Francia en Medio Oriente. El gobierno imperial, bajo cuya autoridad la mayoría de los países árabes habían vivido durante siglos, y que de alguna manera los había protegido contra el dominio europeo, se vio gravemente eclipsado, y con la perspectiva de su próxima desaparición. Habiendo perdido sus provincias árabes, Palestina, Arabia, Siria y Mesopotamia, quedó reducido a Anatolia y una exigua porción de Europa. El Sultán, ahora bajo el control de los aliados, debió firmar en 1920 un tratado de paz desfavorable. Kemal Pachá –Ataturk–, a la cabeza de un grupo de jóvenes oficiales turcos, tomó entonces el poder, dando por terminado el Imperio, e instaurando una república según modelos occidentales y laicistas.

La estructura política en que la mayoría de los árabes habían vivido durante cuatro siglos, se veía ahora desintegrada. La capital del nuevo Estado turco ya no era Estambul sino Ankara, en la altipla-

nicie de Anatolia. La ciudad de Estambul, que desde 1453 había sucedido a la Constantinopla de los bizantinos, y que fue la sede del poder turco durante tanto tiempo, ahora era una ciudad mas. La dinastía que a pesar de todas sus deficiencias había sido considerada el custodio del Islam sunnita y la detentadora del Califato, ya no existía. Estos cambios no pudieron sino tener un efecto muy profundo en el modo como los musulmanes más lúcidos se veían a sí mismos y trataban de definir su identidad política.

En Argelia, las cosas siguieron más o menos igual. En Marruecos, un movimiento armado de resistencia al gobierno francés y español, encabezado por Abd-el-Krim, fue derrotado en 1926, merced a la acción conjunta de Pétain y de Primo de Rivera. El dominio italiano se extendió con Mussolini desde la costa de Libia hacia el desierto en 1934, y en 1936 se propagó a Abisinia. En Egipto, una declaración británica puso fin a la soberanía otomana, que de hecho era puramente nominal, y colocó al país bajo el protectorado británico. Según los mandatos otorgados por la Liga de las Naciones en 1922, Inglaterra sería responsable de Irak y Palestina, mientras que Siria y el Líbano quedaron bajo la autoridad de Francia. Como se ve, si miramos el conjunto de los países árabes, advertimos que el antiguo Imperio estaba totalmente desintegrado y en manos extranjeras. Sólo algunas regiones de la península arábiga permanecieron libres del dominio europeo, formando el nuevo reino de Arabia Saudita, que se extiende desde el Golfo Pérsico hasta el Mar Rojo.

Después de la segunda guerra mundial comenzó un proceso de "descolonización", por el que los países europeos fueron perdiendo paulatinamente sus dominios, que adoptaron con frecuencia regímenes apoyados por la Unión Soviética. No nos es posible reseñar cómo se llevó a cabo en cada uno de ellos. Limitémonos a lo que sucedió en Argelia, ya que allí el desarrollo de los hechos fue más traumático que en la generalidad de los pueblos árabes. Oficialmente, no era Argelia una colonia sino una provincia de Francia metropolitana, de modo que el reclamo separatista tropezaba con la resistencia de quienes afirmaban que el territorio de Francia era indivisible. Más aún, habiendo pasado ya tantos años, la mayor parte de los colonos europeos si bien habían nacido en Argelia, se sentían plenamente franceses. Las dos ciudades principales, Argel y Orán, eran más francesas que musulmanas. Es cierto que la población autóctona se había elevado casi a nueve millones, mientras que la europea era de un millón. Cuando de Gaulle subió al poder afirmó que jamás arriaría el pabellón francés en Argelia. Pero luego, sin atender al ejército y a los europeos que allí vivían, se resolvió a entrar en negociaciones con el Frente de Liberación Nacional de los argelinos. La tragedia fue terrible. Muchos miles de argelinos que habían apoyado a los franceses, y se sentían franceses, fueron asesinados por los rebeldes o se vieron forzados a emigrar después de la independencia.

3. *Una ocasión perdida*

Poco se había extendido geográficamente el Islam desde el siglo XVI hasta el XX, salvo en el Africa negra y en algunos países del Pacífico. Por lo demás, cultural y religiosamente estaba aletargado, por no decir anquilosado. Es innegable que en tales circunstancias la colonización, a que acabamos de referirnos, discutible desde distintos puntos de vista, ofreció de hecho una ocasión propicia para la posible conversión de numerosos musulmanes al cristianismo, que hasta entonces no se había podido llevar a cabo siguiendo los métodos tradicionales. Pero la ocasión no fue aprovechada, ya que la política de las naciones ocupantes, de índole laicista y franc-masónica, apenas si ayudó a los misioneros. Incluso algunos funcionarios, para caer bien a sus subditos, no dudaron en favorecer positivamente al Islam. Debemos exceptuar las regiones ocupadas por España e Italia, pero tampoco allí se logró mucho.

Bien ha observado Belloc que la Cristiandad no era ya la Cristiandad. Fue una verdadera desgracia: esa Europa, en la cual estaba muriendo la fe por la cual viviera, esa Europa, que estaba agonizando espiritualmente, se convirtió de repente, por decirlo así, en la dominadora del mundo mahometano. Lo que las Cruzadas que llevó adelante una Europa católica no había conseguido lograr, lo alcanzó una Europa descreída, valiéndose de su superioridad en el campo de las ciencias y de la introducción de nuevas máquinas de transporte

y de guerra. Los descendientes de los que no fueron capaces de conservar sus guarniciones en uno de los rincones más sagrados del mundo musulmán, lograron ahora dominarlo en su casi totalidad, con otros medios y con otro espíritu. Fue Europa, y no la Cristiandad, quien en el siglo XIX consiguió dominar el islamismo. De doce musulmanes, diez estuvieron bajo el gobierno inglés, uno bajo el francés, y sólo el restante bajo un gobierno mahometano totalmente independiente. La lengua francesa, que era la más recurrida en las guarniciones cruzadas, se oyó de nuevo en las calles de Damasco, Alepo, Antioquía y el Líbano. El idioma inglés, que también se usó en las Cruzadas, mezclado con el francés, se escuchó de nuevo en los países del Mediterráneo oriental. El Occidente había regresado. La obra de Saladino parecía simplemente destruida. Pero esas lenguas vehiculaban otro espíritu. Ese Occidente no era la Cristiandad. Francia no era la de San Luis ni España la que descubrió y conquistó América.

En lo más importante, que es la religión, prosigue diciendo Belloc, quien escribe en plena época del colonialismo, los occidentales hemos decaído, mientras que, en general, el islamismo ha conservado su alma. La Europa moderna, en particular la occidental, ha ido perdiendo poco a poco su religión, y aún más su empuje por impregnar en el espíritu del Evangelio la entera trama de la sociedad. Los dirigentes políticos ya no tienen intereses espirituales, sino puramente temporalistas. Más que gobernantes son plutócratas. El islamismo, en cambio, no ha sufrido esta decadencia espiritual, y el

peligro para nosotros reside en el contraste entre nuestra defección y las certezas religiosas aún firmes en todo el mundo mahometano, tan vívidas en la India como en Irak, activas en todo el África del norte, Irán, Siria, Pakistán y Egipto. Hemos vuelto al Mediterráneo oriental, concluye el pensador inglés; en apariencia hemos vuelto más señores de lo que lo fuimos durante la lucha de las Cruzadas, pero hemos retrocedido en cuanto a esa riqueza espiritual que fue la gloria de las Cruzadas. Belén y Nazaret están ocupadas –recordemos que Belloc escribió su libro en 1937–, están ocupadas, sí, pero no por haber sido la cuna del Verbo encarnado. Nos encontramos divididos frente al mundo mahometano y esta división no puede remediarse porque el cemento que una vez uniera a nuestra civilización, el cemento cristiano, se ha disgregado.

Vamos a referirnos ahora con cierta detención a una figura de especial interés para nuestro propósito. Se trata de *Charles de Foucauld*, quien viviría en Argelia precisamente dentro del período de la colonización francesa. Expondremos su vida y sobre todo la idea que tenía del papel providencial que Francia podía cumplir en su provincia africana. Lo haremos ayudándonos especialmente de lo que sobre él ha escrito René Bazin, su gran biógrafo.

Nació Charles en Estrasburgo en 1858, de una familia de rancia nobleza. Uno de sus antecesores tomó parte en las Cruzadas de San Luis y sucumbió defendiendo a su Rey contra los musulmanes. Otro de sus parientes fue un canónigo que murió asesinado por los gorros frigios de la Revolución

francesa mientras decía: "Señores, demos gracias a Dios de que nos permita sellar con nuestra sangre la fe que profesamos". Su primera infancia fue piadosa, pero mientras cursaba la secundaria, sufrió una crisis espiritual y acabó por perder la fe. Luego diría que no fue por culpa de ningún profesor especialmente perverso, ya que todos eran muy respetuosos, "pero aun ésos hacen mal por el hecho de ser neutrales, por cuanto la juventud necesita ser instruida, no por neutrales, sino por almas creyentes".

Ingresó después en la Escuela Militar de Saint Cyr, el equivalente de nuestro Colegio Militar, donde se recibió de oficial. Entre sus compañeros de promoción figuraba el futuro mariscal Petain. Enseguida fue destinado a Argelia. Ni bien llegó, el joven oficial empezó a interesarse por el misterio que se escondía en aquellas tierras y por el papel que Francia podría allí tener. Comenzó enseguida a frecuentar las bibliotecas de Argel, al tiempo que tomaba lecciones de árabe. Luego pidió licencia para viajar por Argelia y zonas colindantes con el deseo de penetrar mejor en la idiosincrasia de aquellos pueblos. Se dirigió entonces a Marruecos, vestido de árabe, para investigar el modo de vida de sus habitantes, sobre lo cual publicó posteriormente un meduloso estudio. Nunca se olvidaría de Marruecos, "de ese pueblo –decía– sentado a la sombra de la muerte". Muchos años después escribirá: "Pienso mucho en Marruecos, en ese Marruecos donde diez millones de habitantes no cuentan con un solo sacerdote, ni con un altar; donde la noche de Navidad transcurrirá sin misa y sin oración".

Estaba encantado con su vocación a la milicia, más aún porque habían dispuesto que la ejercitara en aquellas tierras. Curiosamente fue esa experiencia la que lo llevaría a Dios. "El Islam ha producido en mí una profunda conmoción –dirá luego–. Viendo esta fe, estas almas que viven en continua presencia de Dios, he llegado a entrever algo más grande y más sincero que las diversiones mundanas". Cuando observaba cómo se postraban en tierra, a un mismo tiempo, con solemne ademán, y oía, en un tono cada vez más alto, la invocación: *Allah Akbar*, Dios es grande!, sentía vergüenza y ganas de gritar que él también sabía adorar.

A su vuelta de Marruecos se instaló en Argel. Sin embargo era el misterio del desierto lo que especialmente lo atraía. Con permiso de sus jefes, partió de nuevo, para conocer los arenales y los oasis de Argelia y de Túnez. Allí no había pueblos, no había ríos, sólo dunas, zonas pedregosas, hondonadas resecas, con matas de hierba. Luego, aprovechando una licencia, volvió a París. En las paredes de la casa que allí alquiló puso acuarelas y bocetos que le recordaban diversos paisajes de Marruecos. Pero más allá de la nostalgia que le producían esos lugares, lo que le era imposible olvidar era la religiosidad de aquella gente, que oraban cinco veces por día, de cara a La Meca. "¡Y pensar que yo no tengo religión!", se decía. Incluso le confesó a uno de sus amigos: "He pensado en hacerme musulmán". Turbado por esas vacilaciones, se dirigió a un santo sacerdote. Había decidido entregarse a Dios de una vez para siempre, poniendo a su servicio todos los talentos recibidos: su fuerza

de voluntad, su capacidad de resistencia, el amor a la ciencia, el aprendizaje de idiomas desconocidos, pero todo ello para que los habitantes de aquellos países que se le habían metido en su corazón, reconociesen finalmente al verdadero Dios. Tras largas deliberaciones interiores resolvió dejar la milicia, sin que por ello perdiese jamás el enorme aprecio que por ella sentía, y dedicarse al apostolado. Era una nueva vida la que se le abría por delante. La comenzó haciendo un viaje a Tierra Santa. Luego de recorrer Jerusalén, se dirigió a Nazaret. Este último sería el pueblo de su predilección, que despertó en él algo que nunca se extinguiría, y fue su afición por la vida oculta. Todo el resto de su existencia quedará signado por el recuerdo de Nazaret.

Volvió después a París. Desde que se convirtió, había comenzado a leer mucho más que antes, pero ahora otra clase de libros, de religión, de historia. Iba todas las mañanas a Misa y comulgaba con frecuencia. Un día, y sin que nada lo hiciera esperar, resolvió entrar en la Trapa. Para comprender esta decisión tan radical, señala Bazin, hay que considerar dos elementos fundamentales: ante todo, el atractivo que experimentaba por la soledad, el silencio, la sencillez de la indumentaria, de la alimentación y de la vivienda, atractivo que se había despertado en él tanto durante su estadía en Africa como en Nazaret; y en segundo término, la energía de su voluntad, dispuesta a perseguir la perfección evangélica con la misma tenacidad y ausencia de miedo que había demostrado cuando emprendió solo su viaje a Marruecos. Fue primero

a visitar la Trapa de nuestra Señora de las Nieves, en una región salvaje del sur de Francia, y solicitó entrar en el noviciado. Pero aún ello le pareció poco. Buscando siempre entregarse más, pidió que lo mandasen al más pobre y lejano monasterio del Asia Menor. Sería la Trapa de Alejandreta, en Siria, donde todavía quedan ruinas de los castillos de la época de las Cruzadas. Vivían en esa zona una mezcla de kurdos, sirios, turcos y armenios, todos musulmanes, un semillero de bandidos. "A nosotros nos toca forjar el porvenir de estos pueblos. La conversión de estos pueblos depende de Dios, de ellos, y de nosotros, los cristianos".

Aun esto no acabó de satisfacerlo del todo. En el fondo de su alma latía un insistente llamado: "¡Ve más lejos en la soledad!". Le parecía que donde estaba no vivía toda la pobreza que anhelaba, ni la abyección que soñaba. Creyó que Dios le pedía dejar la Orden, no para volver a su anterior vida de laico, sino para seguir una inspiración del todo personal, desapareciendo más completamente que en un monasterio de Siria. ¿No sería espléndido vivir al modo de los Padres del desierto? Por ahora era sólo una idea. Con permiso de los superiores, se radicó en las colinas de Nazaret, ese lugar que tanto amaba, trabajando como sirviente en un convento de religiosas. La abadesa lo exhortaba a que fuera sacerdote. Él pensaba que serlo hubiera implicado exhibirse demasiado, y lo que buscaba era la vida oculta. Ella, que admiraba sus virtudes y sus dotes, le hizo notar que si se ordenaba habría en el mundo una Misa más y un número infinito de gracias para los hombres. Charles tomó

en consideración el consejo. ¿Podría ser sacerdote y ermitaño a la vez? Por fin se decidió a recibir el Orden Sagrado. Entonces los superiores lo mandaron a Roma para que allí hiciera la teología. La idea de ser sacerdote y ermitaño a la vez lo había ganado. Para realizarla pensó que mejor que instalarse en Tierra Santa sería ir a las almas más enfermas, a las ovejas más descarriadas, a almas sin sacerdotes, como las que había conocido en Argelia y Marruecos. Mientras excogitaba dicho proyecto prosiguió sus estudios, y luego de terminados se ordenó de sacerdote. Poco después resolvió salir de la Trapa con el fin de llevar a cabo en el mundo musulmán la misión para la que creía que Dios lo llamaba. Su idea era instalar en una de las guarniciones francesas que careciese de sacerdote un pequeño oratorio público, y atender espiritualmente a los soldados, pero sobre todo a los infieles, llevándoles a Jesús, presente en el Santísimo Sacramento.

Luego de despedirse de los Trapenses, se dirigió a su nuevo destino llevando en varios cajones los implementos necesarios para una capilla, algunos libros, cincuenta metros de soga con un pequeño balde para sacar agua de los pozos del desierto, y una lona sólida con que armar una carpa. Al verlo, los oficiales se alegraron de tener nuevamente entre ellos al célebre explorador, su antiguo camarada, transformado en monje. Instalóse en un sitio llamado Beni-Abbes, donde vivían unas mil doscientas personas, entre oriundos del lugar, árabes de otra tribu, negros jardineros y labradores. Era un lugar miserable, cerca de su Marruecos tan que-

rido. Los soldados franceses lo ayudaron a construir la capilla, muy pobre, por cierto, donde pasaría horas, de día y de noche, en adoración, durmiendo en las gradas del altar; y también una sacristía, una pieza para dormir y otra para huéspedes. En las paredes puso algunos carteles con textos del Evangelio: "Si alguno quiere ser mi discípulo, que renuncie a todo, tome su cruz y sígame", "Tengo también otras ovejas que no pertenecen a esta majada"... Para cultivar algo con que alimentarse debió arar un pedazo de desierto, probablemente nunca removido, trayendo agua de pozos cercanos. Recibía a todos, a los más miserables, a esclavos e importunos. La temperatura llegaba a cincuenta grado en verano. La imagen de la Cruz y del Sagrado Corazón lo alentaban. Como escribe Bazin: "Aquel hombre se había ofrecido al abandono para que, en el lejano Sahara, Jesucristo no fuese abandonado".

Se dedicó primero a los esclavos, tratados muy duramente por los árabes distinguidos. Pensó también en la enseñanza de los niños. Había en la zona una sola escuela, y era musulmana. Construyó entonces una escuela cristiana, a la que acudían los niños berberiscos, que eran más abiertos. Decía que quizás "el ingreso de los berberiscos a la fe será lo que induzca a entrar en ella a los árabes". Los progresos eran mínimos, y él mismo se lo echa en cara: si fuera menos indigno, se decía, todos los musulmanes se convertirían. "Tengo todo lo necesario para realizar un bien inmenso, menos yo mismo". Se había propuesto constituir una "hermandad", un grupo de religiosos. "Hermanitos del

Sagrado Corazón", decía, de modo que a partir de un solo oratorio, el de Beni-Abbes, surgiese una constelación de ellos, desde los cuales la Sagrada Eucaristía y el Sagrado Corazón irradiasen la luz del Evangelio en ese mundo de infieles, un mundo que carece de sagrarios y de Hostias. Pronto consiguió que le enviasen una campana. Estaba feliz y la tocaba con frecuencia. En el aire del desierto, su sonido se oía a la distancia...

Había ya transcurrido algún tiempo, cuando llegó allí un antiguo camarada, Enrique Laperrine, nombrado comandante de los oasis del Sahara. Era un gran hombre, el prototipo del oficial francés en Argelia, un hombre de humor, a veces algo picante, con cierta tendencia a la cólera, fácil de explicarse en aquellas regiones tan inhóspitas. Lo único que no toleraba era el engaño y la mentira. De energía prodigiosa, recorría hasta ochenta kilómetros en las arenas del desierto, y apenas se apeaba del caballo o del camello hacía armar su mesa de trabajo. Las tribus de Argelia y del Sahara sabían perfectamente que aquel hombre no era su enemigo. Él no quería explotarlos ni humillarlos, sino ganar su buena voluntad e incorporarlos, como ayudantes y como amigos, en una Francia prolongada. Nómada con el nómada, se adaptó al ambiente, tomando del indígena todo lo que éste podía darle de su experiencia ancestral, mientras él lo enseñoreaba mediante su inteligencia y su ascendiente moral. La vocación de Laperrine y la de Foucauld eran hermanas; distintas, sí, pero de una misma tesitura, muy francesa y muy católica. Su amistad, que permanecería inalterable durante cuarenta

años, se basaba en la idea común que tenían del papel civilizador de Francia. De Foucauld sentía admiración por el alma leal y ardiente de Laperrine, capaz de sacrificar al ideal todas las comodidades, incluidos los ascensos. En de Foucauld, a su vez, Laperrine admiraba cualidades semejantes a las suyas, pero puestas al servicio de un ideal todavía más grande.

Pocas conversiones podía contar en su haber el padre Charles, casi ninguna. "Rece por este Marruecos –le escribe a un amigo–, por este Sahara, que son, ay, una tumba sellada". Y rogaba a Dios que mandase un ángel para que retirase la losa de la tumba. Será preciso, decía, hablar mucho a los indígenas, pero no de cosas banales. Si todavía no se les puede hablar directamente de Jesucristo, habrá que prepararlos para que un día lo reciban, tratar de mejorar sus almas, acercarlos a Dios. No bastará con dirigirse solamente a los niños. Será preciso ir también a los mayores, porque sin familia cristiana, el trabajo se hará demasiado arduo. ¿Cómo los musulmanes reciben su falsa religión?, se preguntaba. Por pura autoridad, por la confianza que tenían en sus mayores, casi sin razonar. Por eso se hacía preciso ganar su confianza, adquirir mayor autoridad. Nada mejor para ello que progresar uno mismo espiritualmente, acercarse a la santidad, ya que ésta, tarde o temprano, conferirá autoridad, inspirará confianza.

He ahí las reflexiones que le suscitaba la aparente esterilidad de sus esfuerzos. Pero lejos de él todo espíritu derrotista. Muy molesto se ponía cuando escuchaba decir: "Los musulmanes son in-

convertibles". ¿Acaso ese pueblo de varios centenares de millones de hombres podría hallarse en la imposibilidad de conocer la verdad? ¿Habría en este mundo dos categorías de almas, las que pueden percibir la belleza trascendente de la religión cristiana, y las radicalmente incapaces de comprenderla, inhabilitadas, por ende, para convertirse? Pensar eso sería una injuria. Injuria a Dios, ante todo, porque implicaría negar el poder de su gracia, así como desautorizar su mandato formal, ya que Él ha dicho: "Id a todas las naciones". E injuria, luego, al mismo pueblo musulmán.

En cierta ocasión, le hablaron a de Foucauld de la existencia de un pueblo extraño, los *tuaregs*, pueblo nómade, de raza berebere, que vivía en el Sahara. Ese pueblo tenía seis grandes facciones, y tres de ellas se habían sometido al dominio francés. Ello significaba que una parte de dicho pueblo, tan cerrado hasta entonces a los cristianos, se abriría ahora a la predicación. De Foucauld se entusiasmó ante esta nueva perspectiva. Lo primero que hizo fue estudiar su dialecto, menos árabe que berberisco. Le encantaba pensar que esa lengua era la que habían usado los antiguos cartagineses, la lengua de Santa Mónica, cuyo nombre, decía, que era berberisco y no griego, significa "reina". A los tuaregs los llamaban "los señores del desierto". Se cree que eran berberiscos arrojados hasta el fondo del desierto a raíz de las invasiones árabes. Su fisonomía era la misma que la de los antiguos egipcios, blancos, esbeltos, de rostro alargado. Habían aceptado el islamismo, que profesaban con mucha fe pero sin ninguna práctica ni la menor instrucción.

Ensilló nuestro Padre el camello y se dirigió hacia allí, acompañado por su amigo Laperrine y varios oficiales más. Su espíritu exultaba, a pesar de que se iba internando en una soledad cada vez mayor. ¿Me encontraré solo allí?, se preguntaba. De ninguna manera, se respondía interiormente. Allí me voy a encontrar con Jesús, la Virgen, San José, San Agustín y todos los santos. que serán los más interesados en ayudarme. Eligió un lugar abandonado, llamado Tamanrasset, a 700 kilómetros de In-Salah, el pueblo más cercano, un paraje en medio de montañas, algunas de ellas de tres mil metros de altura, y ahí se instaló. Como había hecho antes en Beni-Abbes, empezó por edificar una "casa", o mejor, un local para capilla y sacristía. Mientras tanto, se alojó en una choza. Estos nómades, que se dedicaban en verano a la caza, y en invierno a la guerra, su industria más lucrativa, dormían en carpas hechas de pieles de animales. El padre Charles dividiría el año entre las dos ermitas, la de Beni-Abbes y ésta.

Permanecerá así por largo tiempo, absolutamente solo, en medio de los tuaregs, sin ningún hombre de su raza, de su religión, ni de su cultura con quien alternar de igual a igual. Su única aspiración era por el momento obtener la insegura y desconfiada simpatía de aquellos pastores nómades y guerreros acostumbrados al saqueo. Como los tuaregs no se acercaban a nadie si no esperaban algún provecho material, él iría a sus carpas a conversar con ellos, a darles remedios y estampas de colores. Sin dejar de rezar por su conversión, trataría de hacerse querer, y al fin daría algún consejo.

de ser posible. En cierta ocasión se le acercó un jefe de ellos, que era musulmán. ¿Qué decirle? No le podía hablar directamente de Jesucristo, pero sí decirle que amase a Dios por encima de todo, hiciese a los demás lo que quisiera para sí, se humillase ante Dios, ya que sólo Él es grande, obrase como quisiera haberlo hecho a la hora de la muerte, y a la noche hiciese un examen del día transcurrido.

Algo que le preocupaba, y con razón, eran los intentos de aquel jeque que se le había acercado por islamizar a su pueblo. En Tamanrasset, que dicho caudillo consideraba su capital, se había propuesto erigir una mezquita para que en ella se enseñase el Corán y el árabe a los jóvenes tuaregs. Hasta entonces éstos, que, como dijimos, eran musulmanes poco fervorosos, entraban fácilmente en relación con el padre. En caso de que ingresaran en esa escuela, todo sería distinto. Ya le mostraban cierta desconfianza, pero si se islamizaban más, la distancia sería mayor. No convenía que les enseñaran el árabe, comenta en una de sus cartas, porque eso los acercaría al Corán, y lo que había que hacer era justamente alejarlos de él. Para lograr tal objetivo, trató de buscar palabras, dentro del genio de su lengua, que le permitiesen expresar las ideas religiosas y las virtudes cristianas; leerles párrafos que se refieren a la religión natural, o a la moral, tales como las parábolas del hijo pródigo o del buen samaritano. Apenas empezasen las conversiones, trataría de hacerles un catecismo en su lengua. En los ratos libres comenzó a traducirles el Evangelio. Asimismo preparó una gramática, un dicciona-

rio tuareg-francés, y una historia sagrada abreviada, con pasajes de los libros poéticos y sapienciales. Había advertido que se trataba de una tribu con sentido poético. Para fomentarlo, prometía algunas monedas por cada poesía o canto de guerra o de amor del pueblo tuareg que le entregasen.

Pasaba el tiempo... y nada. Un día le preguntaron a cuántos había convertido. A uno solo, respondió. Poco a poco fue comprendiendo que quizá su vocación fuese semejante a la del Precursor de Jesús, limitándose a preparar el camino. "Soy monje y no misionero –decía–, hecho para el silencio y no para la palabra". En una de sus misivas escribió: "El gran bien que hago con mi presencia es que ella procura la del Santísimo Sacramento. Sí; por lo menos hay un alma que adora y reza a Jesús. Lo más que podría hacer es allanar el terreno para los que me sucedan, que encontrarán espíritus menos desconfiados y mejor dispuestos". Y en otro lugar: "Que su voluntad [la de Dios] se haga en África, como se hace en el cielo, después de una noche tan larga". Su experiencia, que ya se iba haciendo prolongada, le permitió tener una visión exacta de la malicia y endurecimiento del pueblo musulmán, pero al mismo tiempo conservaba una fe irrestricta en el valor salvífico de la Sangre redentora de Cristo. En carta a unos amigos les dice:

> Me preguntan si se puede hacer entre ellos conversiones. Sí, con el tiempo. Enseguida, no hay que tratar de hacerlo, sino preparar el terreno. No son tan salvajes como para recibir nuestra religión y abandonar la suya sin pruebas.

> No son tan instruidos, ni tan inteligentes, para comprender las pruebas sobre las que se asienta tan sólidamente. Salvo para algunas almas de elección, muy poco numerosas, el cristianismo no penetrará en estos musulmanes más que cuando hayan entrado allí nuestra educación, nuestros estudios, y sean capaces de distinguir la inanidad de su fe y la solidez de la nuestra. Lo que hay que hacer es preparar, de lejos, este futuro, hacerse estimar, amar a los indígenas, ganar su confianza, hacerse amigos suyos, hacerles conocer nuestra moral, familiarizarlos con nosotros y con el cristianismo.

En otras cartas, tras dejar en claro que todos son llamados a la salvación, agrega que en los musulmanes la conversión se hace particularmente difícil, por el dominio que sobre ellos tienen las tres concupiscencias.

> No hay que esperar resultados importantes como número de conversiones durante mucho tiempo. Pero lo que es cierto es que el celo, la santidad de los misioneros y de todos los católicos por la Comunión de los Santos, las oraciones hechas en la Iglesia por los infieles, el fervor de esas oraciones, los sacrificios ofrecidos por su conversión acelerarán mucho el momento feliz, extenderán mucho los resultados felices. Todos debemos trabajar, trabajar sobre todo santificándonos, porque se hace mucho más bien por lo que se es que por lo que se hace. Y luego, como decía tan bien Monseñor Freppel: Dios nos ordena combatir, no vencer.

Particular importancia atribuía a lo que podríamos llamar "apostolado de la irradiación", para poder llegar al corazón de aquella gente: "Toda nuestra vida, por muda que sea, la vida del desierto, tanto como la vida pública, deben ser una predicación del Evangelio por el ejemplo: toda nuestra existencia, todo nuestro ser, debe gritar el Evangelio sobre los techos, toda nuestra persona debe respirar a Jesús, todos nuestros actos, toda nuestra vida deben gritar que somos de Jesús, deben presentar la imagen de la vida evangélica; todo nuestro ser debe ser una predicación viva, un reflejo de Jesús, un perfume de Jesús, algo que grita Jesús, que brilla como una imagen de Jesús".

Él entendió que con el Islam no cabía ningún tipo de inmediatismo. Sólo había que pensar en un trabajo a largo plazo:

> Los musulmanes forman parte de esa multitud de almas que, a menos de un milagro de la gracia, no serán llevados a la verdad; no es ello un motivo para desanimarse, sino al contrario para trabajar con mayor ardor, puesto que la obra pide mayores y más largos esfuerzos [...] Ponerse en estrecha relación con ellos, para conocerlos, ser conocidos de ellos, para hacer caer por esta comunicación sus prevenciones y darles confianza; corregir sus ideas tocantes a la religión natural; finalmente desarrollar su instrucción, darles una instrucción igual a la nuestra, para que sean capaces de juzgar de la falsedad de su religión y de la verdad de la nuestra [...] Pasarán quizás siglos entre los primeros golpes de pala y la cosecha, pero mientras más

> pronto se trabaje y más esfuerzo se haga, más "el que da a quien pide y abre al que golpea" bendecirá el trabajo de sus servidores y hará madurar los frutos.

El padre de Foucauld estuvo lejos de todo sincretismo, que habría sido la solución barata y facilista. agregar un poco de cristianismo al islam hecho piel en los tuaregs. Por eso llevaba siempre sobre su hábito el emblema menos apto para disimular la oposición que subsiste entre cristianos y musulmanes, a pesar de la fe común en el Dios de Abraham, el emblema del Sagrado Corazón. Jamás hubiera consentido a la tentación de presentar a Cristo como un profeta entre otros, al estilo mahometano.

Detengámonos ahora en lo que más nos interesa para nuestro tema sobre el Islam moderno, o sea lo que el P. de Foucauld pensaba acerca de la conducta que Francia debía seguir en sus colonias. A su juicio, la ocupación de Argelia por parte de una potencia católica podría ser, de hecho, la única manera de ir llegando poco a poco al corazón de aquellos musulmanes. Su correspondencia desde Tamanrasset nos muestra cómo estaba consciente de que al ir allí llevaba consigo no sólo su fe sino también toda una civilización. De ahí la inmensa alegría que experimentó al enterarse que Marruecos, su querida Marruecos, había pasado a ser protectorado de Francia. Entonces escribió: "He aquí nuestro imperio colonial muy aumentado. Si somos lo que debemos ser, si civilizamos en lugar de explotar. Argelia, Túnez y Marruecos dentro de cincuenta años serán una prolongación de Francia.

Si no cumplimos con nuestro deber, si explotamos, en lugar de civilizar, lo perderemos todo y la unión que hemos hecho de este pueblo se volverá contra nosotros". A su juicio, Francia tenía una misión providencial en la historia: colaborar en la civilización y conversión del mundo musulmán. En relación con ello, cierto día se le ocurrió una idea original, y fue pedirle a su hermano y a algunos parientes que aceptasen recibir en su casa a un joven tuareg que él les enviaría. Pensaba que dicho joven, al ver lo que era Francia, quizás se inclinaría a hacerse cristiano. A su parecer, la explicación de la suficiencia no carente de orgullo que mostraban los indígenas radicaba en que se les había dicho, y ellos lo habían creído, que los europeos, y especialmente los franceses, eran incrédulos, o infieles, según el lenguaje mahometano. Sabía, lo que no dejaba de ser triste, que ese convencimiento tenía ciertas razones en su favor, ya que la Francia de aquel entonces no era la de San Luis sino la de la francmasonería. De ahí la responsabilidad de su patria: "Nuestras naciones civilizadas, que tienen entre ellas muchos salvajes, muchas personas que ignoran las primeras verdades, son muy culpables de no iluminar, de no esparcir el bien. ¡Sería tan fácil!". Sin embargo, pensaba que a este joven tuareg le harían ver lo mejor de Francia, lo que quedaba de la Francia tradicional. Pensaba que compartiendo la atmósfera de afecto de una familia cristiana, entrevería lo que es realmente el cristianismo y cómo la religión impregna toda la vida.

Respecto de la misión de Francia en África señalaba que dos eran sus deberes fundamentales:

El primero es la administración y la civilización de nuestro imperio del noroeste africano. Argelia, Marruecos, Túnez, el Sahara y Sudán, forman un inmenso y magnífico imperio de un solo bloque, que tiene tal unidad por primera vez. ¿Cómo asegurarnos ese imperio? Civilizándolo, trabajando por elevar a sus habitantes, moral e intelectualmente, hasta donde sea posible. Los habitantes de nuestro imperio africano son muy diversos: unos, los berberiscos, pueden llegar rápido a parecerse a nosotros; otros, los árabes, son más lentos en asimilar el progreso; los negros son muy distintos unos de otros. Pero todos se hallan capacitados para el progreso. El segundo deber consiste en la evangelización de nuestras colonias. Ahora bien, ¿qué hacemos para la evangelización de nuestro imperio noroeste africano? Puede decirse que nada [...] Se precisarían buenos sacerdotes y en gran cantidad. No para predicar, sino para establecer contacto, hacerse querer, inspirar estima, confianza y amistad; se precisarían luego buenos cristianos laicos de ambos sexos para desempeñar el mismo papel, establecer un contacto más estrecho todavía, entrar donde no puede hacerlo un sacerdote, sobre todo entre los musulmanes, dar el ejemplo de las virtudes cristianas, mostrar la vida cristiana, la familia cristiana, el espíritu cristiano; después se precisarían buenas religiosas que cuidaran a los enfermos y educaran a los niños [...] Si eso se hiciera, en un lapso variable de 25, 50 o 100 años, las conversiones vendrían por sí solas, como maduran los frutos... Pero si estos desdichados musulmanes no conocen ningún sacerdote, no ven, como a sedicentes cristianos, más que a explotadores, que dan

> el ejemplo del vicio, ¿cómo podrán convertirse? ¿Cómo no llegarán a odiar nuestra santa religión? ¿Cómo no serán, cada vez más, enemigos nuestros?

La Francia oficial estaba, por cierto, muy lejos de comprender que, como afirmaba el padre, "la evangelización de los berberiscos y de los árabes constituye el gran deber de Francia". No, por cierto, imponiendo su conversión, sino impulsándola por etapas. Como le decía, en carta, a un amigo suyo, había una gran negligencia respecto a la evangelización de "nuestros hermanos musulmanes, súbditos de Francia", y agregaba: "Cada Madre Patria debía ser llamada a constituir una unión similar para los infieles de sus colonias, que habitualmente no pueden llegar al conocimiento de la verdadera religión sino por intermedio de los pueblos cristianos de los que dependen".

Un general francés, Jean Charbonneau, que conoció muy de cerca a nuestro padre, ha observado cómo en él se unieron de manera inescindible la vocación militar y la vocación religiosa. El mismo de Foucauld había dicho en cierta ocasión: "Si he podido hacer algún bien y si he podido establecerme en el Sahara, es, después de Jesús, porque he sido oficial, y porque he viajado a Marruecos". Desde su estadía en Saint Cyr adquirió ciertas virtudes del estilo castrense, que luego prolongaría en su espiritualidad, como el espíritu de sacrificio, el servicio en campaña, la idea de la muerte en el campo de batalla, cierto gusto del riesgo, el orgullo del uniforme. Por eso nunca dejó de cultivar la

amistad con los buenos oficiales franceses que veía trabajando en el Sahara, por quienes sentía viva admiración. A su juicio, la vocación nacional de Francia pasaba por su ejército y por la Iglesia. Como decía el general francés, fue "un soldado sin uniforme", un francotirador de la fe.

A juicio del padre, en el trato con los musulmanes había que unir la bondad y la severidad. "No se los puede convertir. pero al menos que nos respeten", decía. Cuando un musulmán decidía convertirse, estaba realizando un acto heroico, un acto de extrema valentía, porque al tiempo de que se veía precisado a renunciar a varias tradiciones y costumbres ancestrales de su pueblo, resultaba excluido de la propia familia. Por eso dicho proceso debía ser amparado desde fuera mediante la implementación de una política cristiana. Cuando San Vicente de Paúl deseó convertir al Bey de Argel, le envió a varios hermanos de la Misión; los mandó sin armas. como había ido San Francisco de Asís, como parten todos los misioneros, sin otras armas que el Evangelio y su disposición al martirio. Pero cuando los primeros cristianos de Argel fueron masacrados por los musulmanes, el Santo pidió a las autoridades europeas que hiciesen cañonear la ciudad. Las dos cosas van juntas. Cuando se va a predicar, se va sin nada, presto a morir, pero cuando hay que proteger temporalmente la comunidad cristiana que está naciendo, no hay que descartar la fuerza.

No todos los franceses compartían estas ideas, que eran las de Charles de Foucauld. Más bien al revés, muy pocos las compartían. Incluso en el ejér-

cito. Se nos cuenta que un general, no el que nombramos anteriormente, llegó al África en 1903, y si bien conocía la fama de santidad que tenía el padre, se mostró incómodo por su presencia en el territorio a él confiado, al punto de solicitar que lo enviasen de nuevo a Francia. ¿Cuál era la razón? Socavaba, se dijo, las bases de una política indígena. ¿Cuál era esa política? Dejar que los musulmanes siguiesen siendo tales, no hacer nada para que mirasen con afecto al cristianismo y finalmente se convirtiesen. Aquel general no era, por cierto, un hombre religioso, y entendía que había que conservar todas las autoridades indígenas, dejando que las cosas siguiesen su curso natural. El celo misionero del padre de Foucauld se oponía a ese espíritu de "apertura" mal entendida.

Obviamente nuestro padre se sentía en total comunión con los jefes y oficiales al estilo de Laperrine, que propiciaban una política cristiana, secundando su acción y el significado de su presencia en Africa. Refiriéndose a este mutuo entendimiento entre él y aquellos oficiales, así le escribía a un amigo suyo: "Todo va bien, políticamente, en el país. En este momento lo espiritual y lo político están íntimamente ligados. Yo trato de familiarizarme, hacer amigos, civilizar; quería propagar la instrucción y la educación, como fundamento necesario de lo que es más alto y bueno: lo único necesario. En este trabajo preparatorio, la administración serena, paternal, amistosa para con los indígenas, de Laperrine, es para mí una ayuda continua y poderosa. Lo espiritual y lo político se amalgaman para los tuaregs".

A su juicio, la colonización sólo quedaría justificada si incluía tres elementos. El primero era la pacificación, aunque para ello hubiera que recurrirse a la fuerza, "teniendo cortos" a los tuaregs y reprimiendo sus posibles rebeliones. En segundo lugar, una buena estrategia política, orientada a que los tuaregs se fuesen incorporando poco a poco a la cosmovisión francesa. Para lograr esta meta el padre deseaba que la situación de dependencia se prolongase por 100, 200 y hasta 1000 años. ¿Acaso la opresión de los árabes sobre los bereberes no había durado más de mil años? Asimismo sería conveniente propagar el idioma francés, ya que el árabe era para los tuaregs vehículo del islamismo. En tercer lugar, una buena administración, que fuese realmente integradora: "Estoy persuadido de que lo que debemos buscar para los indígenas de nuestras colonias, no es la asimilación rápida, que resulta imposible, ya que la asimilación pide generaciones y generaciones, ni la simple asociación, que no logra alcanzar por sí misma el progreso de los sujetos a nuestra administración... El verdadero progreso, que debe ser intelectual, moral y material, no puede realizarse sino mediante una Administración francesa, puramente francesa, en la que sólo serán admitidos los indígenas cuando tengan no solamente la nacionalidad y la instrucción francesas, sino también mentalidad francesa". Hoy estas palabras pueden resultar chocantes, pero él veía que por allí pasaba el único camino concreto de evangelización.

Sea lo que fuere de la viabilidad y acierto de dicho criterio, la verdad es que para Charles de

Foucauld la posible evangelización del pueblo musulmán que Francia había tomado a su cargo, no quería la unión de la autoridad espiritual y del poder político. Justamente el prestigio del padre reposaba en buena parte sobre la veneración que le tenían los jefes y oficiales, que para los tuaregs representaban a Francia, y la afectuosa estima que él les profesaba. Así se visibilizaba concretamente en Argelia la unión de la Iglesia y del Estado. De hecho, si de Foucauld estaba allí, si por primera vez un sacerdote había podido entrar en aquellas regiones, tomando contacto con las poblaciones locales, ello se debía a personas como el general Laperrine. Cuando Francia ocupó Tonkin, en el actual Vietnam, ese gran obispo francés que fue mons. Freppel, al que nuestro padre admiraba como a pocos, apoyó calurosamente a Jules Ferry, jefe del gobierno, cuya política educativa había antes combatido con el vigor que se le conoce. Su razonamiento era el siguiente: Francia es la única gran potencia católica que extiende su autoridad sobre vastas tierras lejanas, y por ende permite el ingreso de numerosos misioneros en dichas regiones, lo que no sería factible en las anteriores condiciones. Era un visión religiosa de aquellas conquistas, más allá de las razones que pudiesen haberlas motivado. Como se diría más adelante: "Fue la toma de Argel lo que permitió a un Lavigerie [el cardenal Primado de África, fundador de los Padres Blancos] lanzar la cohorte de sus misioneros al corazón del África, abriendo así al Evangelio el interior del inmenso continente africano". Sobre estos presupuestos se entiende la "política religiosa" de Char-

les de Foucauld. Toda su correspondencia revela el agradecimiento y la admiración que sentía por los grandes oficiales franceses de Argelia, como Laperrine, Nieger, Duclos y tantos otros.

Por desgracia, la terca política laicista del gobierno francés no permitiría ulteriores desarrollos. El padre de Foucauld pronosticó sus resultados: "Mi convicción es que si los musulmanes de nuestro imperio colonial del norte de África, poco a poco, suavemente, no se convierten, se producirá un movimiento nacionalista análogo al de Turquía; en las grandes ciudades se formará una «elite» intelectual, instruida a la francesa, sin tener el alma ni el corazón franceses, «elite» que habrá perdido toda fe islámica, pero que conservará su etiqueta para poder influir con ella en las masas; por otro lado, la multitud de nómadas y de campesinos permanecerá ignorante, alejada de nosotros, firmemente mahometana [...] El sentimiento nacional o berberisco se exaltará, pues, en la «elite» instruida; y cuando encuentre una ocasión propicia para ello, por ejemplo al producirse dificultades internas o externas en Francia, se servirá del Islam como de una palanca para levantar a la masa ignorante y procurará crear un imperio africano musulmán independiente [...] Si no logramos que esos pueblos se hagan franceses, nos expulsarán. Y el único medio de que se vuelvan franceses es haciéndose cristianos". Estas palabras parecen proféticas. En el siglo XX, los independentistas argelinos, con máscaras musulmanas, levantaron al pueblo contra Francia. Aclaremos que en modo alguno el padre de Foucauld pretendía subordinar la religión a la política,

sino que se limitaba a constatar una implicancia histórica, a saber, que la única manera de integrar esos pueblos era mediante la evangelización.

En una carta que escribió hacia el fin de su vida le adjunta a su corresponsal la traducción de una plegaria del siglo IX, que probablemente, le dice, fue rezada y cantada más de una vez en la catedral de Reims: "Dios todopoderoso y eterno, que has establecido el imperio de los francos para que sea en el mundo el instrumento de tu santa voluntad y la gloria y la defensa de tu santa Iglesia, ilumina siempre y en todas partes con tu luz celestial a los hijos suplicantes de los francos, de modo que vean lo que hay que hacer para extender tu reino por todo el mundo y crezcan siempre en caridad y en valor para llevar a cabo lo que tu luz les haya revelado". Exactamente era esa su visión del papel providencial que, a su entender, Dios le había deparado a Francia. Por lo demás, la historia nos ha dejado una enseñanza inconcusa, y es que cuantas veces el poder temporal se puso al servicio de la autoridad espiritual, sólo entonces se logró gestar un pueblo cristiano, una cristiandad. La única nación del Asia plenamente católica es Filipinas, llamada así en homenaje a Felipe II; es católica, ciertamente, gracias a los misioneros que la evangelizaron, pero también lo es porque los sucesivos gobiernos de la metrópoli colaboraron decididamente para ello con la Iglesia. En otros lugares evangelizados sin esa ayuda temporal, como en la India, por ejemplo, o el Japón, hay grupos de cristianos, pero no "pueblo" cristiano.

En su libro sobre el personaje que estamos considerando. René Bazin, tras señalar cómo Francia dotó a sus provincias del África de carreteras, trenes, telégrafo, correo, introdujo nuevos métodos agrícolas, instaló hospitales, edificó escuelas donde se enseña de todo, menos religión cristiana, se pregunta si por ello los indígenas se sienten más cerca de los franceses que al principio de la conquista. La respuesta es francamente negativa. ¿Por qué será? En buena parte por culpa del poder político, afirma, incapaz de comprender que la civilización francesa es esencialmente católica. El agnosticismo del Estado, las persecuciones religiosas de aquellas décadas, que tanto dañaron el catolicismo de la metrópoli, no pudieron sino desconcertar a los argelinos que, en el fondo, seguían creyendo que Francia era católica. Se equivocaron, prosigue Bazin, al organizar la escuela priorizando en la enseñanza la exaltación de la libertad y de los derechos del ciudadano, en detrimento de las verdades más trascendentes de la fe y de la moral. Mientras más conocían esa "cultura" francesa, más los indígenas aborrecían a los "ocupantes" y se sentían más inclinados a la rebeldía. No se les daba auténtica formación sino consejos de higiene y discursos electorales, dejándolos víctimas de las pasiones. El otro error consistió en favorecer y difundir el islamismo, al punto de que el muezzín de Argel podía decir a uno de sus amigos: "Nuestro culto es el único reconocido por el Estado francés". Concluye Bazin sus reflexiones: "La paz africana será la consecuencia segura y la recompensa de la conversión de África, y todos los demás medios, la fuerza y la debilidad,

la represión, el halago, la abundancia de riquezas y de inventos, no aproximarán a nosotros un pueblo que sólo ve en nosotros paganos y nos denomina así".

Vayamos dando término a esta semblanza del padre de Foucauld. En 1915 la situación de la región en que vivía se fue tensando más y más. Al año siguiente, el padre pidió que le construyeran un fortín para estar más seguro de posibles atentados. Le hicieron entonces un edificio cuadrado de dieciséis metros de lado, rodeado de un foso de dos metros de profundidad, con muros de dos metros de espesor por cinco de altura, y cuatro torres almenadas; en el centro del patio, un pozo para el agua. Era una especie de ermita fortificada. Este recaudo se explica porque en aquella zona los bandoleros eran cada vez más numerosos. Nuestro padre estaba espiritualmente preparado para recibir la muerte de parte de aquellos hombres por quienes había rezado tanto, por los que había andado tantos kilómetros en medio de los arenales, por quienes había sufrido tanta sed y tanto calor, estudiado tantos días y tantas noches, aceptado tanta soledad, en resumen, sufrido tanto en su cuerpo y en su alma. Dios no le había hecho ver grandes resultados, como a Francisco Javier, ni mucho menos. Sólo lo había hecho para sembrar.

Un grupo de tuaregs enemigos, que formaban una secta fanática proveniente de Libia, se movían en las cercanías de Tamanrasset. Al parecer, tenían el propósito de apoderarse del sacerdote para tenerlo como rehén, y luego saquear el fortín, por

ver si allí escondía armas. Para concretar su propósito reclutaron a algunos nómades tuaregs entre los mismos que el padre atendía. Llegaron éstos al fortín, a pie o en camellos. Eran unos cuarenta. Uno de ellos golpeó la puerta. El padre preguntó quién era. Un cartero, le dijo. El padre abrió y tendió la mano. Se la tomaron, y aferrándola fuertemente, lo sacaron del fortín, y luego de atarlo, lo dejaron en el suelo. De Foucauld se puso de rodillas. Le hicieron entonces una especie de interrogatorio: "¿Hay soldados en las cercanías?". El padre permaneció en silencio. De repente uno de los captores gritó: "¡Los árabes! ¡Los árabes!". Se refería a árabes que colaboraban con los franceses. Y empezó la balacera. El que estaba junto al padre apoyó su fusil en la cabeza y lo mató. ¿Por qué lo hicieron? Principalmente como consecuencia de la incitación a la guerra santa que se había hecho en toda el África francesa. El padre era el que más se oponía a la defección de los tuaregs. Se hacía preciso suprimir a un adversario en religión.

Era primer viernes el día de su muerte, día consagrado al Sagrado Corazón, a quien él tanto amaba. Murió de la manera como siempre había deseado morir, de muerte violenta, por odio al cristianismo, aceptada con amor, en favor de la salvación de los musulmanes del África, su tierra por elección. Se ha dicho que los asesinos, antes de matarlo, intentaron que el padre apostatase, recitando la *chehadam*, o sea, la fórmula de la oración musulmana, a lo que él se habría negado terminantemente. Aunque la versión no sea segura, resulta muy verosímil, dadas las costumbres de los musulma-

nes. Pronto llegaron los soldados franceses del destacamento más cercano, en persecución de los asesinos. Al pasar por el fortín se detuvieron, plantaron una cruz de madera en la sepultura del padre, y le rindieron honores militares. Entre los objetos que encontraron en su celda había un rosario, un via crucis sobre tablitas de madera, una custodia con la Hostia consagrada en su interior, que uno de los oficiales puso respetuosamente en la silla de su camello para llevarla a la guarnición. Este recorrido de cincuenta kilómetros fue la primera procesión del Santísimo Sacramento en el Sahara. El gran amigo del padre, el general Laperrine, se apresuró en visitar su tumba. Tres años después sufriría un accidente aéreo. Herido en la caída, en pleno desierto, tras soportar varios días de agonía, murió y fue enterrado cerca de su amigo.

Nos hemos demorado en el relato de la vida de Charles de Foucauld no tanto para exaltar su grandeza como santo ermitaño, sino más bien porque nos parece que su figura posee cierto carácter paradigmático en relación con la posibilidad histórica que se dio de la conversión de los seguidores de Mahoma a raíz de los desembarcos europeos en el África musulmana durante los últimos dos siglos, al tiempo que nos ofrece una inteligente idea del papel providencial de aquellas naciones ocupantes, varias de ellas católicas, en orden a dicha conversión.

Sería interesante tratar acá de otra gran figura, también del ámbito francés y relacionada con el África musulmana, la del joven oficial *Ernest Pis-*

chari (1883-1914). Como no tenemos tiempo para hacerlo con la debida extensión, sólo diremos dos palabras. Fue Pischari un hombre de "mística militar", a lo Péguy, que primero se convirtió al patriotismo y luego al catolicismo integral. Nacido en 1883, veinticinco años después de Charles de Foucauld, era nieto de Ernest Renan, en recuerdo del cual le pusieron el nombre que tenía. Educado al margen de la Iglesia, se licenció en filosofía y luego ingresó al ejército. Una vez recibido, pidió ser destinado al África. Accediendo a su solicitud, lo enviaron al Sahara para consolidar el dominio francés y desarmar grupos rebeldes. Al llegar allí quedó impresionado por el modo de ser de los árabes. En su libro *Le Voyage du Centurion* nos ha dejado un relato de su propia vida. De dicha obra extraemos los datos que ahora emplearemos. A poco de llegar, nos cuenta, estaba un día de viaje y le preguntó al joven moro que lo guiaba: "¿En qué empleas tu vida?". A lo que éste contestó: "En copiar el Libro diligentemente, y meditar los *hadits*, porque está escrito: «La tinta de los sabios es preciosa, y más preciosa que la sangre de los mártires»". Psichari entendió que se encontraba en medio de un pueblo sorprendente, que practicaba su fe, de un pueblo que sabía lo que era vivir y morir por una idea. Comparados con los franceses, le parecían reflexivos y dotados de sabiduría. Entonces pensó en su padre descreído y apático, y en lo que ha de haber sido Francia cuando aún vivía su fe católica. Mediante una inesperada paradoja, los moros le habían traído al recuerdo la Francia verdadera, la Francia escondida, la Francia misionera, cosa

en la que no había reflexionado hasta entonces. El Africa musulmana lo estaba liberando de las mentiras de la Francia masónica.

Durante otra de sus travesías por el desierto mientras experimentaba como nunca la sensación de su nada en medio de esa elocuente belleza silenciosa, el árabe que lo escoltaba le dijo: "Dios es grande". Y luego agregó una frase que lo dejó convulsionado: "Ustedes, los franceses, tienen el reino de la tierra, pero nosotros, los moros, tenemos el reino del cielo". Entonces brotó del fondo de su alma aquello del centurión del Evangelio: "Dios mío, di solamente una palabra y mi alma será curada". Poco después Psichari debió retornar a Francia. Tenía treinta años. Había penetrado en la grandeza del islam pero también pudo captar una de sus más graves falencias: "La libre explosión del amor no está en vosotros y no sois sino pobres esclavos que tiemblan. Ciertamente conocéis a Dios, el Todopoderoso y el Único, pero no lo conocéis en la caridad". Porque en verdad Dios, que es nuestro Padre, se ha hecho amigo y hermano a la vez, en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, a quien los musulmanes ignoran como tal.

Ya resonaban en su interior las voces de la antigua Francia, no la de su época, descreída y agnóstica, pecadora como él. Entonces desde y con la Francia apóstata se puso de rodillas ante Cristo, como María Magdalena. Había llegado la hora de su conversión. Se acercó a un santo religioso dominico, el P. Clerissac, y por él se enteró de que el bautismo que había recibido en su niñez de manos

de un sacerdote ortodoxo, ya que su padre provenía de Grecia, era válido, y por tanto no debía ser reiterado. "¡Oh milagro! ¡Oh prueba adorable! Luego de mis treinta años de abandono, la gracia bautismal rebrotaba, y yo me sabía aquel a quien todo había sido realmente dado". El padre, luego de confesarlo, pidió que le administraran el sacramento de la confirmación. Psichari tomó entonces el nombre de Pablo, en reparación de los ultrajes con que su abuelo, Ernest Renan, había cubierto al Apóstol en su libro *Saint Paul*, calificándolo de "*laid petit juif*". Al día siguiente hizo su primera comunión.

Poco después sería convocado a la guerra, la primera guerra mundial, donde moriría heroicamente en combate. Citemos, para terminar, dos párrafos de una carta suya al obispo de Dakar, donde expresa lo que tendría que ser la relación de Francia con el Islam:

> Desde hace seis meses que conozco a los musulmanes de África. He comprendido la locura de algunos modernos que quieren separar la raza francesa de la religión que la ha hecho lo que es y de donde proviene toda su grandeza. En gente tan inclinada a la meditación metafísica como los musulmanes del Sahara, este error puede tener funestas consecuencias. Estoy realmente convencido de que ellos no nos considerarán grandes mientras no conozcan la grandeza de nuestra religión. No nos impondremos a ellos mientras no comprendan el poder de nuestra fe. Ciertamente ya no tenemos alma de Cruza-

dos, y un oficial designado para el Tchad o el Adrar no se va a regocijar con el pensamiento de ir a combatir al Infiel. Sin embargo, he visto camaradas que en sus conversaciones con los moros, se burlaban de las cosas divinas y hacían profesión de ateísmo. No se daban cuenta de cuánto hacían retroceder nuestra causa y cuánto, al humillar su religión, humillaban su propia raza. Porque, para el moro, Francia y la Cristiandad no son sino una sola cosa. ¿No nos llaman, acaso, "nazarenos" más que "franceses"? Y es, en verdad, una cosa extraña que sean ellos quienes vengan en este punto a iluminarnos sobre nosotros mismos y darnos una lección.

Ignoro el número de musulmanes que ha convertido el ilustre Padre de Foucauld en el Sahara septentrional. Pero estoy seguro que él ha hecho más para asentar nuestro dominio en ese país que todos nuestros administradores civiles y militares. Sería un hermoso sueño que todos los oficiales del Sahara tuviesen alma de misioneros. Sólo haremos política francesa el día en que, respetuosos de las creencias de nuestros bereberes, permanezcamos fervientes en las nuestras, el día en que estos musulmanes vean a San Luis, y cuando vayan a Dakar vean la belleza de nuestros templos y el numero de fieles que allí acuden.

Charles de Foucauld y Ernest Psichari fueron almas gemelas. Cuando de Foucauld leyó el libro de Psichari escribió: "Lo encuentro un libro espléndido, que muestra al desnudo la acción de la gracia en un alma".

4. *La resurrección del Islam*

Centremos ahora la mirada en el Islam de nuestro tiempo. Tras el sometimiento y la humillación que, en gran parte, supuso para los musulmanes el período colonial, máxime que las naciones ocupantes no se condujeron propiamente con espíritu cristiano sino guiándose casi exclusivamente por intereses económicos, se inició el proceso de descolonización, sobre todo al término de la segunda guerra mundial. Era la época de la llamada "guerra fría", de los no-alineados, del antiimperialismo y del enfrentamiento en Vietnam. En buena parte, aquel proceso se presentó como una lucha de los pobres contra los ricos. Si se trata de los países musulmanes que buscaban entonces su independencia, resulta revelador pensar que este componente revolucionario de impostación socialista estaba ya en cierta manera presente en los comienzos mismos de la historia del Islam, según lo señalamos en conferencias anteriores: los primeros secuaces de Mahoma fueron sus parientes, es cierto, pero pronto se rodeó de libertos de origen extranjero, así como de gente de baja extracción económica, en una perspectiva marcadamente ebionita. Ello nos puede ayudar a comprender la extraña paradoja que se encierra en el hecho de que el islamismo radical se haya nutrido en muchos casos de ex-militantes provenientes de grupos marxistas. De hecho, la Unión Soviética propició sin tapujos el proceso de descolonización, de modo de poder luego ejercer influencia en los países "liberados". Ello explica también el camino que recorrió Roger

Garaudy, el intelectual francés marxista que acabó haciéndose musulmán.

Advertimos asimismo cómo muchos activistas de aquellos países han redescubierto el Islam como una alternativa política y una forma de reaccionar contra las ideologías importadas de Occidente. No les interesa la democracia tolerante, ni la libertad religiosa. Lo que propician es una sociedad basada íntegramente en el Corán, la sunna y la sharia. Su política es inescindible de lo religioso. Como dice uno de ellos: "El musulmán no puede tener más nacionalidad que la de su fe, que hace de él un miembro de la nación musulmana en dar al-Islam (zona del Islam)."

Pero el siglo XX ha sido testigo de otras transformaciones. Varios países que durante siglos se habían caracterizado por ser francamente islámicos, renunciaron al confesionalismo estatal, abrazando el ideario laicista. El primero de ellos fue nada menos que Turquía, que hasta la primera guerra mundial había sido el centro político de casi todos los países musulmanes. Ya en la época de los Sultanes, algunos intentaron introducir ciertas reformas en esa dirección, pero los *ulemas*, o sabios musulmanes, se habían opuesto a toda innovación que proviniese del exterior, y sobre todo del Occidente. En los años 20, poco después de que terminase la primera guerra mundial, donde Turquía estuvo entre los perdedores, estalló una revolución que puso fin al Imperio Otomano. Un grupo de oficiales jóvenes, encabezados por Mustafá Kemal Pachá, depusieron al Sultán e instauraron un Estado nacional

laico, sobre el modelo jacobino, liberado de la legislación islámica, en favor de un código de tipo europeo, y de una modernización incompatible con la tradición musulmana. Fue Kemal Pachá, llamado Ataturk o padre de los turcos, quien proclamó la supresión de la institución del Califato. Este hecho tuvo enorme repercusión en el mundo del Islam. Privado de una autoridad político-religiosa única, cada país musulmán podía en adelante elegir el sistema político que prefiriese. La transformación de Turquía incluyó el abandono del propio alfabeto para adoptar el alfabeto latino; asimismo los turcos debieron dejar su indumentaria tradicional musulmana y vestirse a la europea, de saco y corbata; las mujeres no pudieron usar más el velo y se les dio el derecho a votar.

Algo parecido sucedió en el Irán o Persia. También al término de la primera guerra mundial, en la década del 20, el comandante de los cosacos persas, Reza Pahlevi, derrocó al último soberano de la dinastía Kadjar, tomó el poder y fue proclamado Shah, abocándose inmediatamente a la modernización occidentalizante del país, proyecto que llevó adelante su hijo Mohammed Reza Shah, quien no vaciló en enfrentarse con el clero chiita y desterrar al ayatollah Khomeini.

Túnez siguió un derrotero semejante. Habib Burguiba, caudillo de los nacionalistas tunecinos, sustituyó al depuesto Bey. Para dejar bien en claro su actitud plenamente "laica" y anticonfesional, decidió tomar una bebida alcohólica en pleno día durante el *ramadan*, el mes sagrado del islam, an-

las cámaras de televisión. Un proceso semejante tuvo lugar en el Egipto de Gamal Abd Nasser, militar y político que también se orientó hacia un modelo de Estado nacional-laico. En la misma corriente podríamos quizás incluir a Siria e Irak, con sus partidos de inspiración socialista.

Desde la caída de la Unión Soviética, Turquía trata de activar una ideología que podríamos llamar "panturquista", donde sin renunciar a la laicidad oficial se incorporan ciertos resabios islámicos. En cumplimiento de dicho propósito Ankara ha firmado toda clase de acuerdos con las repúblicas hermanas de la ex Unión Soviética: Azerbaidján, Uzbekistán, Turkmenistán, Tadjikistán y Kirguisistán, para no dejar en manos de los "infieles" rusos el dominio del "petróleo de los musulmanes". Si bien nos parece que todo ello tiene no poco de pose, de pura fachada, con todo se está dando de hecho cierta reislamización de la sociedad turca, que en el fondo siempre siguió siendo islámica, sobre todo en el campo. Uno de sus dirigentes ha declarado no hace mucho: "El deber de Turquía es ser el porta-estandarte del Islam". Asimismo se lee en un diario: "Turquía es la luz del Islam...; tomando su lugar en el mundo moderno, está obligada a cumplir su deber histórico". Ultimamente un partido pro-islámico se presentó a elecciones, obteniendo numerosos votos. Al parecer Ankara sostiene un doble lenguaje: uno para Occidente, laicista, y el otro para el Asia Central, pro-islámico. El panturquismo sueña con un Estado grande y extenso, según lo declaró el presidente Demirel: "Turquía se extiende del mar Adriático a la muralla de China".

Muy difícil nos parece que las experiencias laicizantes de antiguos países islámicos puedan prosperar. Tampoco la actitud bifronte de la actual Turquía es a la larga sostenible. En un país musulmán, no ser gobernado por el islam, resulta imposible. El musulmán no puede existir como individuo aislado. Si quiere vivir como tal y perseverar en dicha decisión, debe insertarse en un medio, en una comunidad. Porque, como lo hemos señalado anteriormente, el islam es una creencia, pero al mismo tiempo una filosofía, una política, una moral, una atmósfera, en una palabra, un estilo integral de vida. No se puede creer islámicamente, y actuar, producir, divertirse y gobernar no islámicamente. Pretender lo contrario, como se lo propuso la Persia de Reza Pahlevi, tan apoyada por los Estados Unidos, era caminar sobre el filo de la navaja. De ahí la victoria, en 1979, de la revolución irania, encabezada por Khomeini, que instauró una República Islámica. Para el mundo musulmán, la figura de Khomeini seguirá siendo siempre un faro y un modelo, aun después de su desaparición física.

Otros Estados no han pasado por la aventura pro-occidentalista y laicizante de Turquía y de Irán. Por ejemplo Arabia Saudita. Esta enorme península, donde se encuentran los lugares santos del Islam, fue dominada por Turquía desde 1517 hasta la primera guerra mundial. En los años1924-1925, Ibn Saud, jefe de los guerreros wahabitas, se proclamó Rey, instaurándose una nación donde se mezcla el espíritu de los guerreros del desierto y una corriente puritana. Viven allí más de 21 millones de habitantes, siendo musulmanes casi el 93% de

la población. Como se la considera "tierra sagrada" musulmana, no se permite que en parte alguna de dicho país los fieles de otras relgiones construyan iglesias, ni celebren sus cultos. Hay, asimismo, una policía religiosa de la moralidad, según las leyes musulmanas. Cuando se les pregunta por qué prohíben los otros cultos, dicen que "la sacralidad de los lugares santos de La Meca y Medina se extiende a todo el territorio". Los cristianos que allí se encuentran, casi todos ciudadanos extranjeros que han inmigrado por razones de trabajo, no pueden reunirse para rezar, ni siquiera en casas particulares. Tampoco les es lícito tener Biblias. El apostolado está castigado con la muerte. Por sus poderosas reservas petroleras, el apoyo de los Estados Unidos hace de Arabia Saudita una pieza esencial del dispositivo geopolítico mundial.

En realidad la *jihad* no ha terminado. La "Enciclopedia del Islam", publicada en 1913, afirma claramente que "continuará hasta que el Islam lo cubra todo". La *jihad* está, pues, tan vigente como el primer día, y constituye para los musulmanes una obligación colectiva cuyo objetivo final es el triunfo total y el establecimiento universal de la ley islámica. No exageraba Sayyid Qutn, ejecutado por Nasser en 1965, cuando decía que la única salida existente "exige una operación de resurrección en la zona islámica; una resurrección que será seguida, tarde o temprano, por la toma de dirección del destino humano en el mundo".

Algunos ingenuos piensan que el Occidente no tiene problemas con el Islam sino sólo con los ex-

tremistas islámicos violentos. Mil cuatrocientos años de historia demuestran lo contrario, afirma Samuel Huntington, y en estas páginas lo hemos comprobado, si bien de manera suscinta. Comenzando por la península arábiga, en el siglo VII, sometieron el África del norte, la Península Ibérica, el Próximo y Medio Oriente, los Imperios persa y bizantino, parte de la India, de Rusia y de la actual Ucrania. A fines del siglo XI, los cristianos trataron de recuperar las tierras ocupadas. Luego vino la ofensiva turca, etc. El proyecto de expansión territorial no es, pues, algo coyuntural en la cosmovisión islámica. El islam es una "religión política", la única religión que ha elaborado un *corpus* doctrinal geopolítico, un verdadero "derecho de guerra", que rige las relaciones entre musulmanes e "infieles". La humanidad se divide en dos sectores antagónicos: el mundo no musulmán, o "mundo de la guerra" (*dar al-Harb*), franja impura y negativa de la humanidad, y el mundo musulmán, "casa del Islam" (*dar al-Islam*). Europa, pero también India, la China, los países de Iberoamérica, y todas las otras naciones no musulmanas forman parte de un mismo bloque, el "mundo de la impiedad". No sería inteligible ninguna coexistencia pacífica y estable entre la religión islámica y las instituciones sociales y políticas no islámicas. Si en la práctica se tolera una situación semejante, es por razones de fuerza mayor, por imposibilidad de implantar la verdad total. Los "Hermanos Musulmanes", un dinámico movimiento islámico, fundado en Egipto en 1928, expresaban de este modo por boca de su fundador el ideario que los impulsaba: "Allah

es nuestro jefe. El Corán es nuestra Constitución. El *jihad* es nuestra vía. La muerte sobre el camino de Allah es el deseo supremo".

Durante la guerra del Líbano, un cheik sunnita explicaba así, desde el punto de vista musulmán, la génesis de la guerra civil en ese noble país: "O el que gobierna es musulmán y el gobierno es islámico, entonces el musulmán lo acepta y lo sostiene; o el que gobierna no es musulmán [en aquel entonces era cristiano maronita] y el gobierno no es islámico. Entonces lo rechaza y trata de abolirlo por todos los medios, por la persuasión y por la fuerza, por el combate secreto y por la lucha pública". Todos los no musulmanes son "impuros" e "inferiores". Según el Corán, "todos, sin excepción, serán arrojados al fuego de la gehena" (98,6). Tal es el fundamento de la legitimidad sacra de la *jihad*. Véase lo que pasó en Indonesia en 1998, en Timor Oriental, en 1999, con matanzas y quemas de iglesias. En unos treinta años han sido exterminados cerca de 200.000 cristianos del Timor por el poder musulmán indonesio. Algo semejante sucedió en el Sudán contra los negros cristianos del sur, con dos millones de muertos, y otro millón de cristianos ibos en Biafra, muertos por los ausas musulmanes. Se trata, pues, de una religión intrínsecamente conquistadora y guerrera. En el Occidente se cree que en el Líbano, Filipinas, Timor Oriental, Chechenia, la gente se enfrenta por cuestiones de "raza" o "purificaciones étnicas"; se trata, esencialmente, de algo religioso, aun cuando se lo viva como una pertenencia civilizacional o política.

El hecho es evidente. El Islam está en pie de guerra, a veces resistiendo, a veces atacando. Cuando en 1979 se produjo la intervención soviética en Afganistán, la resistencia afgana fue extraordinaria, y en la opinión musulmana el triunfo de los afganos tuvo un enorme efecto, superior incluso a la victoria del Vietcong sobre los norteamericanos. En 1983, la ley islámica fue introducida en el Sudán por el general Nimeiry. En el Pakistán hubo un golpe de Estado, y el general victorioso, hoy en el poder, impuso él también la ley islámica. Asimismo se observa un progreso del islamismo en el África del norte, en Senegal y en el norte de Nigeria. En Turquía, todavía oficialmente laicista, un partido islámico gana las elecciones en Estambul y Ankara, las dos principales ciudades del país.

El Islam no descansará hasta que haya logrado que el Corán impere sobre todas las naciones e impregne el entero orden temporal. Cuando hace años, estuve de visita en el Museo Topkapi, en Estambul, que era la antigua sede del Sultanato, pude observar que en la sala del trono, detrás del sillón del Sultán, se encontraban expuestas diversas reliquias de La Meca y del propio Mahoma. El poder político buscaba respaldarse en la fe religiosa. Impregnación, decíamos, de toda la vida, política, cultural y social. En las ciudades islámicas, ya antes del alba, los altavoces de las mezquitas despiertan a todos para la oración, la radio debe interrumpir sus programas y noticiosos para transmitir las plegarias musulmanas. El islam es materia obligatoria también para los no musulmanes. Incluso en las escuelas privadas católicas, donde se las permite,

antes de comenzar las clases se debe leer y comentar algún pasaje del Corán. Este clima realmente asfixiante explica las numerosas apostasías o emigraciones.

Como se ve, el Islam ha ido pasando de aquel eclipse político del siglo XIX a una evidente contraofensiva. Cuán profético se mostró Belloc al escribir: "Estuvo muy cerca de destruirnos. Mantuvo activamente la batalla contra la Cristiandad durante unos mil años, y su historia no ha terminado en forma alguna: el poder del islamismo puede resurgir en cualquier momento". Cuando él escribió estas palabras –año 1938–, ello parecía absolutamente inimaginable.

V. La situación actual

Para terminar, expongamos sucintamente el estado de la cuestión en nuestro tiempo, cuál es la presencia del Islam, sus pretensiones, y la respuesta que dicha situación suscita en el Occidente y en la Iglesia.

1. *La tortuosa política de Norteamérica frente al Islam*

Resulta innegable que en los últimos veinte años presenciamos un despertar impresionante del alma islámica. ¿Cuáles son las causas? Variadas, por cierto, pero quizás la principal sea el fracaso del mode-

lo occidental y del modelo soviético, que habían sido una especie de señuelo para los países musulmanes durante el proceso de descolonización, fracaso que se concretó con el desenlace negativo del naserismo, del socialismo a la argelina, de la autogestión estilo Libia, así como del modelo liberal, principalmente porque en los países que adoptaron la economía de dicho signo, la corrupción se ha generalizado. Frente a esta desilusión, tanto en el ámbito económico, como social y político, es lícito ver en el despertar musulmán un intento de retornar a su identidad original, la nostalgia de un estilo de vida y de un modo de civilización propios, que involucran para ellos una manera de afirmarse frente al Occidente.

Alexandre Del Valle, un notable estudioso del Islam, en el esclarecedor libro que ha escrito hace muy poco bajo el título de *Guerres contre l'Europe. Bosnia-Kosovo-Tchétchénie...*, nos ofrece atinadas reflexiones sobre la absurda actitud que a este respecto ha tomado los Estados Unidos en su política exterior. Se las podrá compartir o no, pero son muy sugerentes. Tras señalar la necesidad perentoria de que frente al estandarte revanchista del mundo musulmán se coliguen los tres grandes componentes de la civilización europea: América, Europa occidental y Europa eslavo-ortodoxa, colectivamente amenazadas por el resurgimiento del Islam, y que deberían estar más unidas que nunca, destaca la peligrosa ambigüedad de la política del Departamento de Estado. Durante la guerra fría sostuvo una estrategia pro-islámica, propiciada por la CIA y el Pentágono, para debilitar a la Unión Soviética

Ahora, cuando ya no existe el comunismo como factor dominante en Rusia, continúa una taimada política antirrusa y más indirectamente antieuropea, manteniendo su alianza con Turquía, Arabia Saudita y las Repúblicas musulmanas de la ex URSS. Samuel Huntington afirma que, al obrar así, los Estados Unidos "han roto la unidad civilizacional del Occidente".

Europa, por su parte, en lugar de constituir un "frente eslavo-occidental" para salir al paso del peligro islámico –indiferentemente anti-occidental y anti-ortodoxo–, se corta del pulmón eslavo-ortodoxo y permanece pasiva. Las consecuencias de la guerra occidental-americana contra Serbia, por ejemplo, fueron perjudiciales a los intereses de Occidente, reforzando las posiciones de la internacional islámica sunnita, antes acantonada entre el Pakistán y Afganistán y ahora presente en la totalidad del mundo musulmán –exceptuando el Irán chiíta– y aun en la Europa balcánica. Estados Unidos no vaciló en ayudar a los bosnios musulmanes y albaneses de Kosovo contra la Serbia cristiana. Se ha dicho que las motivaciones yanquis en la guerra de Kosovo eran tres: sustituir la OTAN a la ONU, para afirmar la hegemonía norteamericana en Europa; defender los intereses petrolíferos americanos; y finalmente cortar a Rusia de la comunidad internacional. Al parecer, el Departamento de Estado quiere convencer a los países europeos de que están más cerca del aliado americano "atlántico" que de los vecinos continentales eslavo-ortodoxos.

Vladimir Volkoff confirma dicha opinión al afirmar que "el problema es el de Europa y sus dos

pulmones, para citar a Juan Pablo II, tanto más que si Europa se hace una alguna vez, hay muchas probabilidades de que no sea ni del Atlántico al Niemen, lo que sería insuficiente, ni del Atlántico a los Urales, lo que es absurdo, sino del Atlántico al Pacífico, lo que está inscrito en los datos geográficos y descontentaría sin duda mucho al Tío Sam". Parece propiciarse una nueva "cortina de hierro y de sangre", una nueva guerra fría geoestratégica, oponiendo, por una parte, el "hiper-Occidente" americanizado y hegemónico, que exige la apertura de todas las regiones del mundo a sus mercados y productos, y por otra, "el resto del mundo" emergente o recalcitrante (China, India, Rusia, Europa independiente). Desde este punto de vista, la ofensiva "aliada" contra Serbia tiene el valor de advertencia a Rusia, China e India, cada vez más refractarias al mundo unipolar de la postguerra fría, el *leadership* norteamericano y el Nuevo Orden Mundial.

El caso de Bosnia es sintomático. Fruto de esta política de enredos, en que los Estados Unidos se muestra tan fiel discípulo de Inglaterra, el gobierno de aquella nueva nación está intentando implantar, de manera categórica, la ideología del Islam. Su primer presidente, jefe de un Partido abiertamente islámico, apareció como un militante "simpático" a los ojos de muchos occidentales. Su objetivo: crear un Estado islámico, en una óptica pro-turca y pan-islamista. Así leemos en un documento suyo, al que llama "Declaración", lo siguiente: "No hay paz, ni coexistencia entre la religión islámica y las instituciones sociales no islámicas [...]; el islam excluye claramente el derecho y la posibilidad de la puesta

en práctica de una ideología extranjera sobre su territorio. No hay principio de gobierno laico y el Estado debe ser la expresión y el sostén de conceptos morales de la fe. El movimiento islámico debe y puede tomar el poder desde que es normal y numéricamente fuerte a tal punto que pueda no solamente destruir el poder no islámico, sino que esté en condiciones de construir el nuevo poder islámico Siendo en las condiciones actuales la función natural del orden islámico el acercamiento de todos los musulmanes del mundo, esta tendencia implica la lucha por la gran Federación islámica, de Marruecos a Indonesia y del África tropical al Asia Central". Como se ve, las tiene bien claras. En una obra anterior, llamada *El Islam entre el Este y el Oeste*, publicada en los Estados Unidos, afirmaba que "el Islam no puede en ningún caso coexistir con otras religiones en el mismo Estado, salvo como un expediente a corto término. Al largo término, por el contrario, después de haberse vuelto más fuertes, en cualquier país que fuese, los musulmanes tienen el deber de apoderarse del poder y de crear un Estado auténticamente islámico". Años después recibió el "Premio islámico" que se le otorgó "en recompensa por su compromiso a favor del *jihad*".

De hecho, Alija Izetbegovic, que así se llama el primer presidente, era un hombre de doble cara: ante los demócratas occidentales se manifestaba como antirracista, mientras que ante los pueblos árabes aparecía como combatiendo el imperialismo de las potencias occidentales. El primer acto de la Bosnia independiente fue la adhesión a la

Organización de la Conferencia Islámica, dominada por Arabia Saudita e Irán, siendo todavía Bosnia mayoritariamente cristiana. De hecho, el régimen en el poder está islamizando de manera progresiva la sociedad. Ha reintroducido parcialmente la ley coránica en los tribunales, el ejército y la policía se encuadran en la disciplina islámica, reaparece el uso del velo, se exalta la civilización turco-otomana e islámica en los manuales escolares, se ataca los matrimonios mixtos, se da "preferencia musulmana" en los puestos públicos, se introducen términos árabes y turcos en la nueva "lengua bosnia", se dictan cursos de árabe y del Corán en las escuelas, se destruyen cientos de iglesias ortodoxas y católicas, se expulsa del país a miles de croatas y serbios. Antes, el 50% de la capital bosnia eran serbios, ahora son sólo el 10%. Los mismos croatas, que se habían aliado con los musulmanes contra los serbios por orden de los norteamericanos, son ahora víctimas de la intemperancia islámica. Mientras en Zagreb, la capital de Croacia, nación eminentemente católica, se eleva el más importante centro islámico y la mayor mezquita de la ex-Yugoslavia, con paso libre para los musulmanes de Mostar, ciudad que se encuentra en la actual Bosnia, los musulmanes se resisten a cohabitar con los croatas católicos y viceversa. Finalmente, lo que impresiona a todo visitante cuando llega a Sarajevo, no es solamente la cantidad de mezquitas y centros islámicos que florecen en cada barrio sino sobre todo la presencia de numerosos musulmanes de origen albanés, árabe, turco, checheno, afgano o pakistaní, que después de la guerra han sido na-

turalizados como "ciudadanos bosnios", en señal de agradecimiento por "servicios prestados". Como se ve, y al parecer con el aval norteamericano, Bosnia parece tener por vocación geopolítica, desde su aparición como país, convertirse en el núcleo central de un futuro Estado pan-islámico o transbalcánico.

Del Valle enfatiza la gravedad de la política proislámica del Departamento de Estado, y el consiguiente rechazo del mundo ortodoxo. La llama "estrategia del cinturón verde", que busca cercar a Rusia y su prolongación balcánica con una "medialuna islámica" compuesta por Turquía, las repúblicas musulmanas turcófonas de la ex Unión Soviética, y el Islam caucásico y balcánico. El "cinturón islámico" se cierra sobre la Ortodoxia por obra de tres principales pivotes geopolíticos: el primero es Arabia Saudita, que provee de medios financieros a las guerrillas antieslavas (chechenos, afganos, bosnios, etc); el segundo, la Turquía "laica", pilar sur de la OTAN; el tercero es el binomio pakistán-afgano, zona de encuentro y entrenamiento de todos los elementos activos del islamismo sunnita mundial. De ahí el apoyo que en su momento dieron los norteamericanos a los afganos contra el Imperio ruso-soviético, apoyando el fanatismo islámico. Luego la tortilla se daría vuelta.

De manera tajante afirma Huntington que Estados Unidos, al romper concientemente la unidad de la civilización europeo-occidental, se comporta como "Estado faro de la civilización islámica". Es el único Estado no musulmán que promueve los

intereses de los musulmanes bosnios. La estrategia euro-asiática de Washington consiste de hecho en reforzar por doquier las tendencias más duras del islamismo radical, en gran parte fomentadas por Arabia Saudita y Pakistán. Los turcos no han sido jamás inquietados por el genocidio de los armenios, ni por las persecuciones a los cristianos del Líbano en los siglos XIX y XX, ni por la expulsión masiva de millones de griegos, ni por la masacre de decenas de miles de kurdos, ni por la invasión de Chipre. En cambio se destruye Irak, responsable, aunque en grado mucho menor, de hechos sangrientos como la invasión de Kuwait y la masacre de kurdos. Los indonesios, que desde hace treinta años han asesinado cerca de 200.000 cristianos del Timor independentista, no son bombardeados por la OTAN ni por los Estados Unidos, mientras que los serbios, responsables de la masacre de 2000 a 3000 albaneses en Kosovo, han sufrido 78 días de bombardeo. El Sudán, Afganistán e Irak son atacados por la aviación de Estados Unidos so pretexto de que cooperan con las estructuras del terrorismo internacional, mientras que Arabia Saudita, el gran proveedor de fondos para los movimientos terroristas islámicos del mundo, permanece aliada privilegiada de Washington. Todo ello da que pensar.

Este extraño apoyo al islamismo contra los eslavos, produjo un hecho no menos curioso. Djemal Gaidar, dirigente de origen azerí, se abocó últimamente a atizar el sentimiento del nacionalismo antinorteamericano de muchos rusos, afirmando que "los rusos deben convertirse al islam para resistir al Occidente". Su discurso, violentamente antiocci-

dental y antisemita, se inscribe en la tradición llamada "eurasiana", uno de los únicos puntos de encuentro entre nacionalistas musulmanes y ortodoxos eslavófilos o nostálgicos de la URSS. Gaidar propicia un proceso en dos etapas: la primera consistiría en establecer una alianza de los ortodoxos y los musulmanes contra la influencia "nefasta" del "Occidente" y de los "judíos"; la segunda, una conversión general de Rusia al islam, "única chance para cumplir su misión civilizadora y recuperar su grandeza e independencia".

No es fácil explicar las razones de la actitud proislámica de los Estados Unidos. Quizás en todo ello se oculta algún influjo masónico que miraría con gusto la destrucción de la Rusia ortodoxa y la marginación de lo que resta de católico en Europa. El Islam, por su parte, tiene su propio plan, más claro que el de los yanquis, convencidos como están de que éstos no son verdaderos amigos suyos. En dicho contexto se produce el ataque a las Dos Torres. "Nueva York en llamas –escribe un periodista–, el Pentágono desgarrado, los empleados del hipercapitalismo volando en el vacío, aplastados en el acero o cubiertos de cenizas, el presidente de los Estados Unidos obligado a esconderse en un bunker bajo tierra, América llorando y rezando... Estas imágenes quedarán grabadas en la historia del nuevo siglo."

El objetivo de los terroristas fue agredir y humillar a Estados Unidos donde más le podía doler, en su propio territorio y en los símbolos más representativos de su poder: el político, el económico y

el militar. Para el periódico iraquí Al-Irak, "son el prestigio, la arrogancia y las instituciones de América las que arden". Osama Ben Laden, a su vez, comentó: "He aquí América golpeada por Allah en su punto más vulnerable, destruidos gracias a Dios sus edificios más prestigiosos". Es toda la cosmovisión norteamericana la que se vio afectada. Como explica Vicente Verdú: "¿En qué creen los Estados Unidos? Creen en el individuo, en el dinero, en su patria, en el poder económico, político y militar. Creen en una América que les ha hecho fuertes, que promete hacerles ricos y que les convierte, según leen por todas partes, en los primeros ciudadanos del mundo. Ahora todo esto se viene más o menos a pique, momentáneamente, con el desplome de los símbolos de su fortaleza". El arquitecto que proyectó las Torres, un norteamericano de origen japonés, Minoru Yamasaki, hace veinticinco años resumía así su mayor logro profesional: "El World Trade Center debe ser una representación viva de la fe del hombre en la humanidad". Los yanquis, humanistas empedernidos, exaltadores del hombre hasta el paroxismo, habían puesto su admiración en las Torres Gemelas y su seguridad en el Pentágono. Ni las unas ni el otro salieron indemnes.

En su discurso ante el Congreso, enseguida de los atentados, dijo el presidente Bush: "Los estadounidenses se están preguntando: ¿Por qué nos odian? Ellos odian lo que ven aquí en esta Cámara: un gobierno democráticamente electo. Sus líderes son nombrados por ellos mismos. Ellos nos odian por nuestras libertades: nuestra libertad de religión,

nuestra libertad de expresión, nuestra voluntad de votar y congregarnos y de estar en desacuerdo entre nosotros". Aparecen así como víctimas de los enemigos de la democracia, de los derechos del hombre y del liberalismo. Alain Peyrefitte acuñó la expresión: "fundamentalismo de los derechos del hombre", para referirse al proselitismo democrático-humanitario, a menudo cínico, de los Estados Unidos. Luego Bush declararía: La guerra que nos espera debe ser entendida como "una lucha monumental entre el bien y el mal". Es el mismo tema de San Agustín y sus Dos Ciudades, sólo que secularizado. Al presidente de los Estados Unidos le gusta decir que ellos están en el bando de Dios contra Satanás. El piensa que está al frente del pueblo elegido para llevar adelante una especie de guerra religiosa en orden a dirigir la tierra, como si fuera voluntad de Dios la hegemonía mundial de los Estados Unidos. Semejante idea, si bien con diversos matices, es recurrente en los sucesivos políticos yanquis. Ya Wilson había lanzado una "cruzada por la democracia" y Eisenhower llamó sus memorias de guerra: "Cruzada en Europa". Ben Laden, por su parte, ve en Bush "el jefe internacional de los infieles, el símbolo moderno del paganismo mundial".

Un periodista de los Estados Unidos, George Hill, escribía: "[Bush] está usando la palabra «virtud» en un sentido altamente idiosincrático, ya que virtud en este caso significaría, para sólo citar algunos casos recientes, esterilizar por la fuerza a 300.000 mujeres peruanas a cargo de los impuestos norteamericanos, mantener un embargo económico so-

bre Irak que está causando muertes generalizadas, matar indiscriminadamente a civiles serbios durante la guerra de Kosovo y apoyar tácitamente la reciente política israelí de asesinar a los dirigentes palestinos. Con virtudes como éstas, el país no tiene necesidad de vicios. La base real de nuestra política exterior en estos momentos no es la virtud sino la hegemonía global basada en una desestabilización programada de la moral, una política que crea monstruos que se resuelven por atacar, si no destruir, a aquellos que los han creado".

Algunos pensadores entienden el atentando como un castigo de Dios. "Ese horrible acontecimiento –escribe uno de ellos– parece como un torrente que cae de repente sobre toda esta moda del libertinaje, fruto de la insensibilidad de un capitalismo depredador y presuntuoso y de un nihilismo modernista donde el exceso sexual es una perpetua carrera de vértigo orgiástico y de autoburla cínica". En el *New York Times* alguien se animó a escribir que quizás el atentado fuese en parte "culpa de los grupos feministas, homosexuales y proabortistas, por haber vuelto la ira de Dios hacia América". En un diario de Italia se pudo leer: "¡Esas dos torres altísimas, el vértice de la creatividad tecnológica, el símbolo de un progreso que es problemático, devorado por el fuego! Esta tragedia ha tenido subterráneamente, en el fondo de nosotros, el sabor de un castigo, de un castigo no racionalmente sino oscuramente temido".

El asunto se agravó cuando Bush resolvió responder de manera categórica al atentado, bombar-

deando y ocupando primero a Afganistán y luego a Irak. Especialmente el devastador ataque a Irak, aparte de su intrínseca inmoralidad, que el Papa no trepidó en denunciar, fue enteramente ineficaz para los fines públicamente declamados. Irak era uno de los pocos países musulmanes donde se permitía el culto y el apostolado cristiano, sin trabas especiales, como lo reiteró una y otra vez el arzobispo católico de Bagdad. Más allá de los crímenes que Saddam pudo haber cometido, parece incuestionable que la acción bélica de los Estados Unidos resultó totalmente contraproducente. "Tengo cada vez más la impresión –escribe un columnista de *The New York Times*– de que los Estados Unidos combatieron contra Saddam, pero los que triunfaron fueron los fundamentalistas islámicos". En sus proclamas, los norteamericanos decían que había que acabar con la tiranía de Saddam para implantar enseguida la democracia. Pero como lo señaló uno de los dirigentes de Dawa, un partido fundamentalista chiíta que cuenta con cada vez más apoyo en gran parte del país, "la democracia significa elegir lo que la gente quiere, y no lo que Occidente quiere". Aquel columnista al que acabamos de aludir, pone un ejemplo, algo banal, por cierto, pero esclarecedor. Un cristiano, un "infiel", como califican los musulmanes a los bautizados, llamado Sabah Ghazali, que en épocas de Saddam tenía permiso para vender bebidas alcohólicas, ahora fue acribillado en la calle, por contravenir la ley islámica. ¿Es esta la libertad que ha traído Estados Unidos? Por lo que concluye nuestro columnista: "Acaso tengamos sencillamente que acostumbrarnos a

la idea de que hemos sido la partera del creciente fundamentalismo islámico en Irak".

El diario *La Nación* nos informa que en una masiva marcha de iraquíes contra las fuerzas ocupantes, se leía en un cartel: "No a Bush. No a Saddam. Sí al islam". Y en otra pancarta: "No a un Estado musulmán, sí a un Estado islámico". Como se ve, la acción bélica de los Estados Unidos no hizo sino dar un espaldarazo al Islam. Por lo demás, los ciudadanos de Irak, no ocultan su desprecio por los invasores. Un joven decía: "Los estadounidenses son bárbaros, son ignorantes. Nosotros tenemos 5000 años de civilización, ellos no".

Lo más triste es que el mundo islámico entiende el propósito hegemónico de los Estados Unidos como la expresión más acabada del proselitismo cristiano, del "espíritu de las Cruzadas" y de los tiempos ya superados de la colonización. Esta confusión no deja de ser dramática para nosotros, los católicos, que sufrimos al ver cómo se confunden nuestros anhelos más nobles con aquellos proyectos tan poco dignos de nuestro elogio y simpatía. Bien ha escrito Antonio Caponnetto: "No es el Occidente Cristiano lo que defiende el Pentágono. Es el Nuevo Orden Internacional, negador de la Cristiandad y de los bienes sobre los cuales se forjó. No es una Cruzada lo que lanzan. Es una invasión depredadora y sojuzgadora. No es el terrorismo lo que se combate. Es la existencia soberana de las naciones. Hoy, Irak, mañana podemos ser nosotros."

Nos duele que los musulmanes incurran en tales equívocos. En 1998 Ben Laden creó un Frente Islámico Internacional contra los Judíos y los Cruzados "para liberar de la iniquidad que ha sido impuesta a la *ummah* por la alianza sionista-cruzada, particularmente desde que ocuparon la tierra bendita de Jerusalén, etapa del viaje del Profeta, y la tierra de los dos lugares santos".

2. *Progresiva infiltración del Islam en Occidente*

Concentrémonos ahora en otro tema, a saber, la amenaza islámica a numerosas naciones, varias de ellas cristianas. Dicha amenaza es evidente, ante todo, en la *antigua Unión Soviética*. Desde la caída del régimen comunista y la independencia de varias Repúblicas musulmanas, resulta notoria la "reislamización" colectiva de aquellas regiones, con la ayuda principalmente del presupuesto que a ello dedica la Arabia Saudita. En la ex-URSS hay más de 50.000 mezquitas en funcionamiento, frente a las 18.000 parroquias ortodoxas. En Tadjikistán había 17 mezquitas, y ahora son 2870, mientras que las iglesias eran 19, y ahora siguen siendo 19.

Los que viven en las regiones musulmanas, que siguen siendo integrantes de la Federación Rusa, como los tártaros, chechenos y otros grupos semejantes, son ahora libres de practicar su fe y celebrar su culto, lo que significa su reintegración de hecho al mundo musulmán, a la *ummah*. Pero como ésta no es sólo una comunidad de creyentes sino tam-

bién una comunidad político-espiritual transnacional, y aquellos musulmanes siguen siendo jurídicamente "ciudadanos rusos", sujetos al "poder infiel" de Moscú, la situación se ha vuelto allí explosiva y belígera.

También Europa está en peligro, allí más bien merced a una larvada invasión. En *Francia*, por ejemplo, hay en la actualidad unos seis millones de inmigrantes musulmanes, constituyendo la comunidad islámica más grande de Europa. Las mezquitas eran 23 en 1974, 555 en 1984, y 1400 en 1998, lo que muestra de manera fehaciente la islamización progresiva de la sociedad. Numerosos son los convertidos a esta religión, generalmente más hombres que mujeres. Los conversos descubren la nueva fe por diversos motivos y caminos. Algunos porque se han entusiasmado con la mística del sufismo; la falta de espiritualidad que a veces encuentran en la Iglesia hace que vean en el islam una especie de "complemento" o de "profundización" de su barniz cristiano. Lo curioso es que, a veces, al pasarse de religión, no reniegan de su cristianismo anterior, así como tampoco renuncian a su visión laicista de la vida. Su islamismo es *light*, componendero. Otras conversiones son motivadas por la militancia pro-árabe, las relaciones con el tercer mundo, las crisis de descolonización. Así por ejemplo, hombres como Roger Garaudy, se convierten a un "islam de los pobres". En 1999 unas 50.000 personas abrazaron el islam. El fenómeno es realmente sorprendente. Es cierto que la conversión al islam resulta más fácil que para cualquier otra religión: basta con profesar la fe (la *sharia*) en una

mezquita. Sea lo que fuere, lo cierto es que los musulmanes son en la actualidad la segunda comunidad religiosa del país.

Un jefe espiritual del Hezbollah libanés profetizó: "En veinte años, sin duda, Francia será una república islámica". En dicho país, se ha establecido, asimismo, una unión de organizaciones islámicas de Europa, en orden a que se les conceda el derecho de crear escuelas islámicas privadas, o si no, lugares de oración islámica; la autorización a llevar el velo en clase; la aceptación de la familia islámica, con sus reglas propias, como por ejemplo la poligamia; la creación de un partido político islámico... Se ha establecido también un instituto de formación de imanes de Europa, controlado desde Arabia Saudita. A veces los musulmanes se agrupan en zonas determinadas, lo que a la larga podrá suscitar tentativas de escisiones territoriales.

En *Inglaterra*, la libertad de proselitismo es casi total. Allí los jefes islámicos del mundo pueden expresar su odio antioccidental con toda libertad. En algunas ciudades como Bradford, "el orden islámico" se va instalando paulatinamente: supresión de bebidas, uso del velo, tribunales propios... El imán de dicha ciudad insiste en que el deber de todo musulmán inglés es "ir reemplazando progresivamente los valores del Estado secular por los del islam". Ya existe un "Partido islámico inglés", y, lo que es más grave, han logrado el reconocimiento de "territorios separados" y de un "Parlamento musulmán".

También en *Italia* el Islam está gravitando cada vez más. Han llegado a pedir que se prohíba la lectura de la Divina Comedia en los colegios y universidades italianos: Dante es un blasfemo, porque puso a Mahoma en el "séptimo círculo del infierno". Roma tiene la mezquita más grande de Europa, financiada casi en su totalidad por Arabia Saudita. Los promotores de dicho edificio habían pedido que su minarete fuera más alto que la cúpula de la basílica de San Pedro. Citando un *hadit* de Mahoma, según el cual las ciudades cristianas que se convertirían al islam serían "primero Constantinopla y enseguida Roma", el representante del Frente Internacional Islámico de Ben Laden para Europa declaró al diario *La Repubblica*: "Constantinopla ha sido islamizada; ningún musulmán pone en duda que Italia lo será a su vez y que la bandera del Islam flameará sobre Roma".

En *Suiza*, tras una larga batalla jurídica, se ha permitido que las niñas lleven el velo en la foto de sus pasaportes, lo que antes estaba prohibido.

En *Bélgica*, una ley de 1974, coloca el culto musulmán en igualdad de condiciones con las otras religiones, al tiempo que prevé el financiamiento por el Estado de la construcción de mezquitas. El jefe de los musulmanes, un belga convertido al islam, señala la estrategia: "Los musulmanes deben dar prueba de mayor pragmatismo. El Corán dice que hay que proceder por etapas y teniendo en cuenta el contexto". Pero las etapas no se demoran. En algunos barrios de Bruselas, la policía ni siquiera se anima a entrar. Han creado, asimismo, una

especie de Gran Consejo Islámico, "interlocutor oficial del Estado".

España se ha vuelto la tierra prometida de este proceso de islamización progresiva. Con sede en Sevilla, funciona un movimiento. Al-Morabitum, o Comunidad islámica en España, compuesto únicamente de convertidos europeos. Fue creado en los años 70 por estudiantes revolucionarios ingleses y escoceses emigrados a Andalucía, y que luego se pasaron al islamismo. Organizan ciclos en toda Europa, invitando a los jóvenes a hacer "peregrinaciones de conversión a Andalucía", para volver a encontrar la "edad de oro de la civilización islámica europea". ¿No será la revancha de la Reconquista?

A menudo los que en Europa abrazan la religión de Mahoma son antiguos militantes de organizaciones más o menos revolucionarias de izquierda. Recordemos el célebre terrorista pro-palestino Carlos, convertido al islam en su prisión, desde donde ahora lanza convocatorias a la revolución islámica. Está también el caso de Roger Garaudy, a quien aludimos varias veces, intelectual comunista francés que luego de haber participado en numerosos diálogos con los católicos... acabó haciéndose musulmán. Otras veces los convertidos son artistas, como el coreógrafo Maurice Béjart, o el cantor inglés de jazz Cat Steven, vuelto Yusuf Islam, que ahora propaga la nueva fe en sus álbumes y a través de la escuela islámica que fundó en Londres. También deportistas, como el boxeador Cassius Clay, ahora Mohamed Alí. Se ha establecido hoy con cierta aproximación el número de los europeos

convertidos al islam: 50.000 en Francia, 30.000 en Inglaterra, 10.000 en Italia, 3.000 en España, 3.000 en Bélgica... Cada día 63 europeos se convierten al islam. En la actualidad hay en Europa unos 26 millones de musulmanes.

Arabia Saudita es la principal fuente del proselitismo musulmán en Europa, América y Asia: decenas de miles de mezquitas en todo el mundo se construyen con el dinero que dicho país obtiene del petróleo, y al frente de cada mezquita ponen un imán de la tendencia que allí se propicia. No olvidemos, según lo señalamos anteriormente, que en Arabia Saudita la ley islámica es entendida al pie de la letra y en todo su rigor. Desde hacía siglos esa ley no se aplicaba con tanto fundamentalismo, pero la escuela wahabita, que es la que allí se impuso, la recuperó en su interpretación literal. No dejan de ser preocupantes las prédicas de Mohamed bin Abdel-Rahman el-Arifi, imán de la Academia Militar Malik Fahd de aquella nación: "Los islámicos controlarán el territorio de San Pedro después de haber conquistado la Roma de César y así, sin estas murallas, Europa será islamizada". Yussef el-Qaradhawui, por su parte, uno de los imanes más influyentes, asegura, en base a las profecías de los discípulos de Mahoma, que "el Islam será victorioso en Europa". Estas declaraciones se difunden por la ahora célebre radio-televisión Al-Jazeera.

Quizás sea para lograr estos fines que los musulmanes que ahora pueblan Europa no se han mezclado casi con las poblaciones locales. Por lo demás

son bien conscientes que no tienen ningún deber de obediencia a las autoridades del país que los acoge, que para ellos son impías. Un jesuita egipcio, el padre Samir Khalil, profesor en la Universidad San José de Beirut, profundo conocedor del Islam, ha afirmado recientemente: "Los musulmanes son los únicos inmigrantes en toda Europa que piden un estatuto particular. Los chinos, budistas, hinduistas u otros inmigrantes que vienen de África o de Asia, no piden un estatuto particular. Sólo los musulmanes. Esto suscita un interrogante: ¿Con qué derecho? ¿Por qué tú, como musulmán, no puedes integrarte en la sociedad? Existe un motivo: el Islam no es una religión. Es un proyecto global, socio-político, que incluye a la religión y a la cultura, pero no es una religión como la entendemos en Occidente. Entonces, el problema es que hay una civilización global que es la occidental, que ya no se reconoce como religiosa –aunque sus fuentes y sus raíces lo sean–, y hay una civilización global que es política, aunque sea de fuente religiosa, que es la del Islam. Tenemos así una confrontación entre dos civilizaciones. Si acepto dentro de mi civilización que haya otro sistema que, no obstante, existe dentro, creo un problema. Los musulmanes, los jefes –ya sean predicadores mandados o los conversos– tienen este objetivo: crear una estructura musulmana dentro de la estructura occidental".

3. *La respuesta de Occidente*

La infiltración musulmana en el Occidente constituye un dato incontrovertible. "No es para inspirar confianza –escribe un experto en el Islam, Aldo di Lello– el hecho de que el imán el-Qaradhawui señale que esta vez la conquista no se hará con la espada del Islam, sino con la vanguardia que los habrá precedido (moderno caballo de Troya) en tierra europea. El predicador islámico ha comprendido, sin dificultad, la grave crisis que sufre la Europa descristianizada, sin fe, ni puntos de referencia, ni defensa, dada a luz por nuestros devastadores mea culpas".

Razón tiene aquel estudioso, ya que la respuesta de Europa no es en modo alguno condigna a la gravedad de la amenaza. Bien ha señalado Del Valle el estado de dimisión en que se encuentra Europa cuando se trata del Islam, incapaz ya de controlar los flujos migratorios provenientes de naciones musulmanas, y sobre todo de sus sectores más fundamentalistas. Atribuye dicha actitud a tres causas. Ante todo, al miedo, que se muestra a veces en el campo de las publicaciones (el síndrome Rushdie), no sea que los autores o editoriales sean juzgados "blasfemos" o anti-integracionistas. Miedo también por los posibles atentados terroristas, el "jihad urbano", perpetrados para paralizar a los "infieles". Luego de un atentado en París, un boletín clandestino se expresaba en los siguientes términos: "Las brigadas del Grupo islamista armado han provocado la muerte de cierto número de personas y han

herido a otras en una violenta explosión que sacudió la capital francesa de los cruzados, París". Nueve siglos después de la convocatoria de Urbano II en Clermont, el recuerdo de la Cruzada permanece vivo. Cuando alguien se anima a denunciar tales provocaciones, los musulmanes no dejan de enrostrar al denunciante, como para infundirle aún más temor. Cuando en 1999 el cardenal Poupard dijo en una declaración al diario *Le Figaro* que "Europa debe ser consciente de que el Islam quiere conquistarla", de donde concluía que "el islam pone al Occidente un temible desafío", enseguida el rector de la mezquita de París atacó a la Iglesia de Francia, declarándose en el mismo *Le Figaro* "apenado de que uno de los más grandes prelados de la Iglesia católica retome las cantilenas en la línea de las acusaciones de Juan Damasceno [...] y abrume sin caridad «a esos hermanos en Dios», con los arquetipos de la islamofobia".

La segunda causa del progreso islámico en Europa, según Del Valle, es la corrupción económica de los dirigentes europeos, que permiten el proselitismo islámico a cambio de grandes contratos comerciales. Se conducen así para permanecer en buenas relaciones con los Estados musulmanes petroleros, pero también por miedo a represalias. Triunfa de este modo la diplomacia "petro-islámica" que lleva adelante sobre todo Arabia Saudita, presionando financieramente a los gobiernos "infieles".

La dimisión de Europa frente al Islam se muestra finalmente en su renuncia a exigir reciprocidad en el trato que se da a musulmanes y no-musulma-

nes. Esto es claro si se compara la suerte de los musulmanes inmigrados en Europa con la que se reserva a los no-musulmanes en algunos países islámicos, por ejemplo, Arabia Saudita que, como dijimos, financia mezquitas en Europa (en la Argentina costeó la mezquita de Buenos Aires), mientras prohíbe que se exhiba el signo de la cruz en su territorio, o el culto, o los matrimonios cristianos, o también Marruecos, donde a los cristianos se les quita la nacionalidad. Es evidente que Europa no trata a sus comunidades de inmigrantes como los países islámicos tratan a las suyas.

Europa decadente corre peligro frente a un Islam en permanente auge poblacional. Porque realmente no dejan de impresionar los datos demográficos. El mundo musulmán, que ocupa un arco de 55 Estados que van desde la costa oriental de Africa hasta Indonesia, en el último censo de religiones mundiales sumaba 1300 millones de fieles frente a los 1000 millones de católicos. Crecimiento realmente impresionante, y que sigue su curso, frente al envejecimiento de la población de Occidente. A ello agreguemos el poder financiero a que antes aludimos.

Por cierto que no todo es color de rosa para el Islam. Durante las últimas décadas, las naciones musulmanas han mostrado su incapacidad de unirse políticamente. Numerosos fueron los enfrentamientos intestinos: Siria e Irak, Marruecos y Argelia, Egipto e Irak, Irán e Irak, Egipto y Sudán, etc. Además, sus recursos económicos están en baja: el petróleo no vale lo que valía hace una década.

Persisten también las divisiones religiosas, como la que enfrenta a los sunnitas con los chiítas. Se observa asimismo cierta relajación en la práctica ritual. Muchos ya no rezan las cinco oraciones, el Ramadán se observa de manera menos estricta, sobre todo en las clases altas. En el campo del pensamiento filosófico advertimos cómo, desde hace ya bastante tiempo, los intelectuales miran con benevolencia a autores renombrados de la modernidad europea, al estilo de Descartes, Kant, Hegel, Comte. La razón por la que se permitió dicha "infiltración" fue la de capacitar a los musulmanes más inteligentes para conocer mejor al enemigo, de modo que pudiesen luego refutarlo con conocimiento de causa. Sin embargo, de hecho tal interferencia afectó más allá de lo deseado a buena parte de la sociedad culta musulmana. Algo semejante aconteció con las ciencias modernas, que al ser enseñadas con el método de las universidades europeas, es decir, con prescindencia de Dios, contribuyeron a dislocar la tradición islámica. Son como dioses al lado de Allah. También se nota el influjo de la Europa decadente en la jurisprudencia de varios países musulmanes, trasuntándose en ella cierta dualidad por la coexistencia de los códigos europeizantes y la autoridad de la *sharia*.

Por eso no sería realista pensar que el Islam entra en Occidente pisando fuerte y con las espaldas aseguradas. Por lo demás, sus dirigentes están muy preocupados por lo que les sucede a los musulmanes comunes que se van a vivir a Europa o a los Estados Unidos. A cualquiera le cuesta vivir en un ambiente adverso. También los judíos y los cristia-

nos han tenido que sobrellevar situaciones semejantes, pero por lo general mostraron mayor capacidad de resistencia. El musulmán, en cambio, acostumbrado a vivir en un ambiente islámico, en un orden temporal impregnado por el espíritu del Corán, cuando tiene que residir en una ciudad no musulmana se siente desprotegido y apoyado en el vacío. ¿Cómo un *muslim*, un "sumiso", podrá vivir en un país de *kafir*, o de insumisos? Gran problema que no se les había planteado en el pasado. ¿Cómo injertar al "sumiso", para quien cuenta ante todo la obediencia a Allah, tal como se manifiesta en el Corán, en un tronco salvaje donde lo que cuenta es la democracia liberal y la laicidad, cualquiera sea la raza o religión? Allí reside el problema, que no es sólo social o económico, sino teológico y espiritual, e incluso psicológico.

En relación con este tema afirma Del Valle que por el hecho de que el Islam tiene el hábito milenario de apoyarse en un poder estatal que administra sus asuntos y habiendo así siempre elaborado una teología para una religión mayoritaria, nunca desarrolló una teología de la minoría, ni se pensó a sí mismo, a diferencia de los judíos o de los cristianos, fuera de un contexto de dominio. Como recordábamos más arriba: si para todos es difícil vivir en una sociedad ajena a su idiosincrasia, para los musulmanes resulta particularmente arduo subsistir en un país cuando son minoría. La *sharia* no reconoce sino un solo tipo de situación: aquella en que el musulmán es naturalmente el señor de la ciudad y allí hace reinar la ley islámica. Le resulta casi imposible "concebir" siquiera la obediencia a una au-

toridad no musulmana, o "reconocer" valores no islámicos. Para escapar a esta situación, prosigue Del Valle, sólo tiene una salida: emerger en el plano social y político, alcanzando algunos logros tangibles. En este contexto se vuelve inteligible el asunto del *chador*, el velo, que para nosotros parece minúsculo, pero al que ellos asignan tanta importancia. El *chador* no es, de ninguna manera, el equivalente de la cruz para un cristiano. El *chador* es sólo un inicio de islamización, que busca señalar públicamente la existencia del Islam y su propósito de no diluirse en la sociedad que lo acoge.

Como se ve, la presencia islámica en los países europeos involucra una situación problemática para ambas partes. ¿Qué actitud tomar? Observemos lo que acontece en Francia. Preocupados por la afluencia siempre creciente de musulmanes y el catálogo de sus requerimientos, los dirigentes políticos no han encontrado mejor recaudo que enarbolar las banderas de un laicismo exaltado, cual si una sociedad sin Dios, desdeñosa de las leyes naturales y divinas, que no conoce otra norma que el hedonismo y el relativismo, que subvenciona la corrupción de la juventud con campañas oficiales en nombre de los derechos del hombre, que permite el asesinato de 250.000 niños por año en nombre del derecho de la mujer a disponer de su propio cuerpo, fuese la mejor y más adecuada respuesta a la intransigencia del Islam.

Dicha respuesta, además de ser totalmente errónea, es igualmente inconducente, si lo que se busca es la integración de los pueblos. Los musulmanes

que emigran al Occidente no se dejan embaucar por el laicismo, ni aceptan diluirse en una sociedad sin Dios, renunciando a manifestar su fe y a vivir según las costumbres y normas de ella derivadas. Más aún, exigen. Si van, por ejemplo, a un comedor gratuito regido por una institución humanitaria, cuando en el menú hay cerdo, exigen perentoriamente otra comida. No se limitan a no comerlo, exigen otra cosa. Y exigen siempre más. A una Europa laicista y sin Dios, sólo capaz de ofrecer relativismo, individualismo, consumismo, un matrimonio placentero con el menor número de hijos posible, el Islam sólo puede responder con el desdén y la burla.

De ahí el gravísimo error de quienes piensan que si el Occidente se presentase ante ellos con un rostro agnóstico y "mundialista", un rostro "moderno", nutrido en la cosmovisión de una democracia liberal, tolerante y neutralista, en las antípodas del antiguo cristianismo militante, se volvería potable para los islámicos y el mundo musulmán en general. Al contrario, el FMI, la UNESCO, así como las políticas de control de la natalidad, la liberación sexual, la igualdad del hombre y de la mujer, etc, constituirán para ellos una especie de camouflage de empresas neo-coloniales, hipócritamente universalistas, destinadas a perennizar la hegemonía de Occidente.

Dicha estrategia no podrá sino obtener resultados desastrosos. Nada peor que intentar acercarse al Islam enarbolando las banderas de la defección occidental. A este respecto José M. Petit Sullá nos

ha dejado agudas reflexiones, que vamos a glosar. Cuando sucedió el atentado de las Dos Torres, escribe, se habló del integrismo islámico que se escondía tras esa acción. La tesis era la siguiente: la sociedad religiosa tolerante de los Estados Unidos ha sido atacada por el integrismo religioso del Islam. Los buenos eran los que propiciaban la democracia liberal, la sociedad laicista; los malos, los integristas religiosos. Si la democracia es "el imperio del bien", el bien estaba ahora representado por el agnosticismo religioso. Todo era un problema entre la religión entendida como algo fundamentalista, y una actitud tolerante, agnóstica y laica. El autor trae acá a colación un artículo aparecido en el diario español *La Vanguardia*, bajo el curioso título de "Defender el islam", que fue el preámbulo de otro más explícito sobre el mismo tema. El fin de ambos artículos era expresar su apoyo a los que llamaba "musulmanes sensatos", y para ello apelaban a la unión del mundo "laico" de la sociedad actual, que abarca a cristianos "sensatos", es decir, "laicistas", y musulmanes "sensatos", es decir, también laicistas. Los musulmanes "sensatos", decía el articulista, han de sentirse defendidos por los "millones de creyentes laicos que ha dado a luz la Ilustración". La tesis final era muy clara: las religiones han de pasar por el tamiz del laicismo para perder toda influencia moral y política, pues de otra manera la paz mundial está amenazada. Tratábase, en última instancia, de un mensaje chantajista: "Permitir que las sectas fanáticas secuestren las religiones desataría un choque de civilizaciones sin precedentes". La idea es, en verdad, plenamente

"ilustrada": la paz se ha de fundar en el ateísmo, esto es, en aquel "ateísmo" que lleva a "despreciar los preceptos maximalistas que dictan algunos intérpretes de la Biblia o del Corán".

Viajando hace pocos años por el sur de Francia, en una parada del colectivo compré el diario *Le Monde*, y allí leí un artículo donde se decía que lo que en Francia había que hacer era iniciar una política de desmantelamiento ideológico del Islam, tratando de que perdiera su militancia "fundamentalista", en la aceptación de los principios del Iluminismo imperantes en Francia, la tolerancia, el laicismo, etc. Lo que realmente nos defenderá del peligro islámico, sigue diciendo Petit Sullá, no es el laicismo sino el ordenamiento de la sociedad según el plan de Dios, que vela sobre todos los hombres de todas las razas. Como afirmaba Pío XI: "No podemos trabajar con más ahínco para establecer la paz, que restableciendo el reino de Cristo". No otra cosa es "la paz de Cristo en el reino de Cristo". El atentado de los fanáticos musulmanes contra las Dos Torres no mostró tanto su voluntad de destruir la civilización cristiana sino más bien su versión laica, aunque no lo sepan y confundan las cosas. Ben Laden no se cansa de repetirlo: Occidente es el ateísmo. El enemigo es la sociedad opulenta, pero porque en ella se ha organizado la sociedad sin Dios, sustituyéndolo por el becerro de oro. Ellos juzgan a Occidente corrupto y corruptor, en el convencimiento de que esta sociedad materialista los quiere invadir y les quiere arrancar sus creencias, principalmente la creencia de que Dios es único, y está por encima de todo lo humano.

El Occidente, por su parte, va perdiendo las pocas certezas que le quedan. No hace mucho estuvo en Buenos Aires el cardenal Walter Kaspers, responsable del ecumenismo y del diálogo judeocristiano, y en una conferencia se atrevió a decir: "La unidad requiere del sacrificio de abandonar las certezas". Tal es el Occidente que los musulmanes desprecian, y no sin razón. Frente a este mundo que renuncia a las certezas, los islamistas proponen un argumento que para ellos resulta imbatible y definitivo: el islam sigue siendo la última y la única religión enviada por Dios a los hombres. La ley islámica, la *sharia*, deberá fatalmente triunfar un día sobre la humanidad entera, unificada por fin en torno al Corán y la sumisión, *islam*, a Allah. Si una buena parte de los "cristianos" occidentales, que renunciando a las certezas aceptan el mundo moderno, es decir, el relativismo, la democracia liberal y el laicismo de Estado, ha perdido el espíritu apostólico y el ímpetu misionero, no así la mayoría de los musulmanes, que aprenden en sus escuelas religiosas que el islam deberá triunfar tarde o temprano, por las buenas o por las malas.

Es cierto que el mundo musulmán no es el único que se opone al modelo universalista occidental, al "Estado universal y homogéneo" de que habla Fukuyama. También los chinos y los indios, dos civilizaciones comparables al Islam en cuanto a su poder y su fuerza demográfica, se resisten a hacer suyo el progresismo occidental. Pero sólo el Islam le opone otra forma de universalismo, también proselitista y conquistador. Quizás en esto tenga razón Huntington cuando habla de "conflicto de civiliza-

ciones", enfrentamiento de cosmovisiones que se oponen radicalmente. El Occidente neutralista y descreído y el Islam enfático y apasionado aspiran a un liderazgo mundial, lo que explica su actual antagonismo, hasta que uno de los dos pretendientes a la dirección del planeta no haya capitulado ante el otro. El islamismo no es solamente un movimiento político-religioso que alimenta un proyecto de conquista planetaria, sino también un "modelo de civilización", que cuenta en su haber con una "edad de oro", la época de Mahoma y del Califato, así como con un patrimonio histórico y cultural común a 1300 millones de personas, patrimonio que ha modelado la historia del mundo islámico desde el 632 hasta la colonización europea, y que ahora renace.

Se ha contrastado el vacío de una religiosidad occidental sólo terrena, huérfana del Dios trascendente, y la fuerza de energía misteriosa que brota de un Islam extasiado en la sumisión a un Dios fuerte y guerrero. ¿Cómo olvidar la predicción dolorosa del cardenal Biffi: "La «cultura de la nada» de nuestra casa no podrá aguantar el asalto ideológico del Islam"? La sociedad occidental postcristiana, que huye de las certezas y se ancla en el relativismo, ¿logrará subsistir ante el persistente coincidir de religión, derecho y política que exhibe el Islam?

Nosotros, los católicos, no hemos de tomar partido en esta nueva guerra mundial. Así como en décadas pasadas no debimos haberlo hecho en la guerra fría, como si la Unión Soviética hubiese sido la sede del mal y Estados Unidos el abanderado

de Dios. La guerra entre el Islam invasor y el Occidente posticristiano nos es, en cierta manera, extraña. La lucha verdadera es la que se entabla entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Mundo, al decir de San Agustín. Los actuales contrincantes pertenecen, ambos, a la Ciudad del Mundo. Frente a lo que hemos llamado la "islamidad", es decir el proyecto musulmán de impregnación del orden temporal a partir del Corán, debemos contraponer no la "laicidad" sino la "crisriandad", o sea el proyecto católico de impregnar el entero orden temporal con el espíritu del Evangelio.

La actitud franca y militante del islam, que busca el dominio del mundo, para que todos se sometan a Allah, contrasta abiertamente con las claudicaciones vergonzantes no sólo de las sociedades laicizadas sino aun de numerosos católicos ingenuos, o simplemente cómplices. El padre Khalil nos ofrece un ejemplo de ello: "Hace unos diez años el cardenal Pappalardo regaló a los musulmanes tunecinos residentes en Palermo, como gesto de fraternidad, una iglesia del siglo XVIII que ya no se usaba para el culto. Toda la prensa católica elogió este gesto. A mi juicio fue un error. Si alguien quiere construirse una mezquita y cuenta con los permisos necesarios, que lo haga, pues fondos para construir mezquitas no faltan. Dos días después, los periódicos tunecinos escribían en primera página: «Victoria del islam sobre el cristianismo: el cardenal de Palermo obligado a transformar una iglesia en mezquita.» De esto no habló la prensa católica."

Lejos de lo que muchos pueden llegar a creer, los musulmanes desprecian tales gestos. Los consideran defecciones, derrotas, apostasías. Así lo pensarían de ellos si hiciesen otro tanto con nosotros. Cualquier implantación de edificios suyos en tierras cristianas la entienden como una victoria más. Cuando se conoció la noticia de la construcción de la mezquita en Roma, en un pueblo del Alto Egipto, a la hora de la gran oración, el predicador afirmó que dicha construcción transfería la ciudad santa bajo el señorío de Allah; ella "consagraba", en cierta manera, el Vaticano a Allah. Y recordó que en la tradición musulmana había una especie de profecía según la cual el día en que se construyese una mezquita en Roma sería la señal de la reconquista musulmana de tierras cristianas. Inmediatamente después de la oración, sus oyentes, enardecidos, fueron a quemar las casas de los cristianos que vivían en esa aldea.

4. *¿Diálogo o conversión?*



Cabe una pregunta final: ¿Qué hacer frente a tal situación, qué actitud deben tomar los verdaderos cristianos cuando de hecho cohabitan con los musulmanes?

Algunos piensan que conviene promover el *diálogo con el Islam*. No es nada fácil. Hay quienes lo han intentado, pero de una manera totalmente inadecuada, creyendo que había que argüir en base a los presuntos valores que actualmente predo-

minan en el Occidente, por ejemplo los derechos del hombre. En la cultura islámica no hay otros derechos que los de Allah. El creyente encuentra su identidad en el hecho de ser miembro del partido de Allah, *hizbullah*, y de ser constituido, por lo mismo, como responsable de los derechos de Allah. Dios es quien otorga al hombre los derechos que él juzga que debe otorgar, y que se encuentran consignados en el Corán, la *sunna* y el *hadit*.

Un pensador musulmán, Seyyed Hossein Nasr, es claro a este respecto:

> No hay libertad posible en la huida y la rebelión contra el Principio que es la fuente ontológica de la existencia humana y que nos determina desde arriba. Rebelarse contra nuestro propio Principio ontológico en nombre de la libertad es quedar cada vez más esclavizado en el mundo de la multiplicidad y de la limitación [...] Buscar la infinitud en lo finito es lo más peligroso de las ilusiones, una quimera [...] Los jurisconsultos consideran la libertad humana como un resultado del abandono personal a la Voluntad divina, más bien que como un derecho personal innato [...] Los derechos humanos son, según la *sharia*, una consecuencia de las obligaciones humanas, y no su antecedente. Poseemos ciertas obligaciones para con Dios, la naturaleza y los demás seres humanos, todas las cuales están definidas por la *sharia*. Como resultado del cumplimiento de estas obligaciones obtenemos ciertos derechos y libertades que, a su vez, están también definidos por la Ley divina. Los que no cumplen estas obligaciones no poseen derechos legítimos.

y cualquier pretensión de libertad que expresen con respecto al entorno o a la sociedad es ilegítimo y constituye una usurpación de lo que no les pertenece.

Las palabras son nobles y propias de un musulmán integro. Por lo demás, si el islam, como sostiene el padre Khalil, uno de los más calificados expertos en la materia, no es una religión, sino más bien, un proyecto socio-político de base religiosa, o si se quiere, una ideología que engloba religión, sociedad y política, la pretensión de encontrar denominadores comunes en temas específicos y parciales, como los derechos del hombre, la laicidad del Estado, la igualdad de sexos, etc, se revela enteramente inútil y contraproducente. El problema real, según agrega aquel sacerdote, es "la pérdida de identidad de Occidente. Los musulmanes llegan con una fuerte identidad, y ven que Europa tiene una identidad débil: aquí se dice que todas las religiones valen lo mismo; que todas las culturas son similares. Ven que es la ocasión propicia para difundir el islam, porque los europeos no creen en nada".

¿Cómo dialogar con ellos desde el punto de vista cristiano? Varios son los posibles abordajes. Convendrá, dicen algunos, insistir en la ambigüedad de la doctrina musulmana: por una parte, la noción de un Dios misericordioso, y por otra, las suras exterminadoras hacia todos los que no son musulmanes. Habrá que reconocerles que concordamos con ellos en que Dios es misericordioso, pero luego tratar de que den un paso más, aceptando que Dios es Amor, como lo ha enseñado Jesús, en quien el

Amor se hizo carne. Por lo demás, Mahoma no ha resucitado a nadie, mientras que Jesús no sólo resucitó a Lázaro y a varios más, sino que él mismo pasó por la muerte para luego recobrar la vida. Un hombre que tiene tal poder no puede ser sino Dios. Habrá que ahondar sobre la común admiración a la Santísima Virgen. La meta última del diálogo será, como decía el padre de Foucauld, "que reconozcan la falsedad de su religión y la verdad de la nuestra".

Un sacerdote franciscano, Jean Abd-el-Jalil, ha tratado de llevar adelante este diálogo intelectual. Nacido en Marruecos el año 1904, creció en el seno de una familia musulmana. Ya mayor, se dirigió a París, para hacer estudios superiores en la Sorbona, donde conoció algunas familias sinceramente cristianas, resolviéndose finalmente convertirse al cristianismo. Tras recibir el bautismo, entró en la Orden de San Francisco. Su origen musulmán y los conocimientos que tenía de la cultura árabe lo capacitaron particularmente para el estudio de los problemas y del pensamiento religioso del islam, vistos ahora desde la perspectiva católica. En varias de sus obras nos ofrece un inteligente estudio comparativo. Luego de señalar las semejanzas del islam con el cristianismo, indica las diferencias más sustanciales. La principal es la imagen tan irreal que los musulmanes se hacen de Cristo, una especie de monje errante, intemporal e inconsistente, que no murió en realidad, sino que fue elevado por Dios directamente al cielo. Asimismo en ninguna parte del Corán se habla de una Iglesia fundada por Cristo y destinada a continuarlo, si bien admite

que Jesús tuvo discípulos. Es fundamental, afirma el padre, lograr que los musulmanes acepten tales misterios.

Más allá de estos loables intentos de acercamiento, sigue siendo verdad que el diálogo cristiano-musulmán no deja de resultar espinoso. Siempre lo ha sido, a lo largo de los siglos, pero en la actualidad lo es más, si cabe, y ello no sólo desde el lado musulmán sino también de parte de los católicos que habitualmente se interesan en dichos coloquios. A ese respecto ha escrito el padre Smet: "El diálogo con los musulmanes es un gran peligro dada nuestra mentalidad actual muy superficial: todo el mundo es bueno, todos creemos en el mismo Dios, los musulmanes veneran a Myriam [...] Esto es muy superficial, es preciso llegar al fin. Nuestra concepción del Dios trino no es la del Allah coránico. La divinidad de Cristo es esencial para nosotros, como su sacrificio en la Cruz. Esto lo niega rotundamente el Islam. El concepto de la gracia como don de Dios, el Islam lo niega totalmente".

Un diálogo así encarado podría llegar a ser contraproducente, como lo ha intuido Alain Besançon: "La historia enseña que la cohabitación pacífica del Islam y el cristianismo es precaria. Es peligroso que una Iglesia vacilante en su fe cohabite con un Islam firme e intransigente, y hoy además rico. La fe cristiana débil peligra de pasar al Islam, como ya sucedió con los nestorianos y monofisitas de Siria y Egipto, con los donatistas del Magreb y los arrianos de Hispania."

A veces los que han participado de esos diálogos interreligiosos fueron, por ambas partes, personas de firmes convicciones, lo que funda el único diálogo posible y realmente útil. Pero algunos de los nuestros allí intervinientes señalan que se les hizo poco menos que imposible seguir tomando parte en dichos encuentros. Al islam, observan, le falta por completo el filtro de la cultura griega, de modo que en las discusiones parecieran ignorar el principio de causalidad, y sobre todo el principio de no contradicción. Para un musulmán una cosa puede ser de esta manera y también de la manera contraria, y si hoy una cosa ha quedado en claro, no quiere decir que lo siga estando mañana. Hablando más en general de los posibles contactos entre los adeptos al islam y al cristianismo, un experimentado sacerdote escribe: "Con toda honestidad puedo decir que existen al menos dos categorías que hay que distinguir en las relaciones de los musulmanes con los cristianos. Los responsables musulmanes, los que gobiernan, están siempre en busca de los favores de Occidente. Al contrario, la gente sencilla, los que no tienen nada y nada esperan de nosotros, son más sinceros. Se los encuentra en las pequeñas aldeas de Egipto y de Siria: si tratas de acercarte a ellos te tirarán piedras y dirán blasfemias contra la Santa Cruz".

Un sacerdote que asistió, en Francia, a un encuentro islamo-cristiano, refiere algo francamente revelador. Los sacerdotes que participaban en dicho coloquio, no dejaban de golpearse el pecho diciendo: "¡Cuánto mal les hemos hecho nosotros, los cristianos, a los musulmanes!..." Del otro lado

era al revés: "Nosotros. los musulmanes, nunca hemos hecho mal a los cristianos, porque está prohibido en el Corán". Ellos se sienten del todo inocentes y absolutamente seguros de estar en la verdad. Cualquier encuentro interreligioso les parece una pérdida de tiempo. Históricamente el diálogo islamo-cristiano ha nacido y se ha desarrollado como una iniciativa unilateral, tomada sólo por los cristianos, en beneficio de los musulmanes. Nunca a la inversa. Baste pensar que en Occidente buena parte de los lugares de culto musulmanes funcionan en centros católicos de asistencia social o en locales de acción católica, que se les ha prestado o regalado para ese efecto. ¿Podría imaginarse algo semejante con nosotros en países musulmanes?

He aquí el testimonio de un sacerdote que vivía en Roma, y era muy versado en la cultura y el idioma árabe. Cierta vez tomó un colectivo que pasaba junto a la basílica de Santa María la Mayor. Una persona que estaba ubicada en la parte trasera del vehículo le sugirió sentarse a su lado. Era un árabe que viajaba junto a un amigo suyo. Se rehusó el padre primero, porque tenía que hacer un recorrido corto. El otro insistió, diciéndole en italiano. "Será un honor tener entre nosotros un sacerdote católico. Tenemos respeto por los sacerdotes católicos". Entonces el padre asintió. Cuando estaba por sentarse, aquél le dijo, en árabe: "Siéntate, hijo de perra". Retornó luego la conversación con su amigo en un dialecto egipcio. "Siempre hay que ser gentil con los sacerdotes –le explicaba–, ello nos permite tener acceso a las parroquias, encontrar gente. Hay que hablarles de la paz y de la hospitali-

dad oriental. Luego vendrá la hora de la *jihad*. Es por ellos que habrá que comenzar". Cuando el padre llegó a su destino, les agradeció muy gentilmente en italiano. Luego, en el momento de bajar, les espetó en árabe: "Muchas gracias, pero escúchenme bien: Yo soy hijo de Dios, y ustedes son hijos de perra. Buenas tardes".

En el Sínodo de Obispos de Europa realizado en octubre de 1999, se habló largo y tendido sobre el ecumenismo, especialmente en relación con los numerosos musulmanes que pueblan dicho continente. Un obispo, Germano Bernardini, quien durante cuarenta y dos años había vivido en Turquía, país musulmán en un 99.9%, y desde hacía dieciocho años era arzobispo de Esmirna, en el Asia Menor, dirigió la palabra a los obispos allí presentes. Expuso entonces tres casos, a su juicio altamente sintomáticos. Durante un encuentro oficial islamo-cristiano, un reconocido personaje musulmán, dirigiéndose a los participantes cristianos, dijo en cierto momento, con calma y seguridad: "Gracias a sus leyes democráticas los invadiremos; gracias a sus leyes religiosas los dominaremos". Ese aserto debe creerse, comentaba el obispo, dado que el "dominio" ya ha comenzado con los petrodólares, utilizados no para crear trabajo en los países pobres del Norte de África o del Medio Oriente, sino para construir mezquitas y centros culturales en los países cristianos de inmigración islámica, incluida Roma, centro de la cristiandad. ¿Cómo no ver en todo esto, se pregunta, un claro programa de expansión y reconquista?

Durante otro encuentro islamo-cristiano, siguió relatando el arzobispo de Esmirna. organizado, como siempre, por los cristianos, un participante de estos últimos preguntó públicamente a los musulmanes allí presentes, por qué no organizaban también ellos encuentros similares a éste. El personaje musulmán autorizado que allí estaba respondió: "¿Por qué deberíamos hacerlo? Ustedes no tienen nada que enseñarnos y nosotros no tenemos nada que aprender". De modo que, en opinión del obispo. se trata de un "diálogo entre sordos". Términos como "diálogo", "justicia", "reciprocidad", o conceptos tales como "derechos del hombre" y "democracia", tienen para ellos un significado completamente diferente del que tienen para nosotros.

Finalmente monseñor Bernardini contó la siguiente anécdota. En un monasterio católico de Jerusalén había, dice, tal vez aún está, un empleado doméstico árabe musulmán. Era una persona gentil y honesta, muy estimada por los religiosos, a quienes, a su vez. él también estimaba. Un día, con aire triste, les dijo: "Nuestros jefes se han reunido y han decidido que todos los «infieles» deben ser asesinados. pero ustedes no tengan miedo porque los mataré yo sin hacerlos sufrir". Terminó el arzobispo su alocución diciendo que había que distinguir entre la minoría fanática y violenta y la mayoría tranquila y honesta, pero si alguna vez esta última recibe una orden dada en nombre de Allah o del Corán, marchará compacta y sin vacilaciones. Es una enseñanza de la historia que las minorías decididas siempre logran imponerse a las mayorías silenciosas. Por eso, agregó, sería ingenuo

subestimar, o peor aún, sonreír ante los tres ejemplos referidos. Más bien, convendrá reflexionar seriamente sobre la enseñanza dramática que nos dejan. No habrá, por ello, que perder la esperanza. La victoria final será de Cristo, pero los tiempos de Dios pueden ser muy largos, y por lo general lo son. "Termino con una exhortación que me ha sugerido la experiencia: no se debe conceder jamás a los musulmanes una iglesia católica para su culto porque ante sus ojos ésta es la prueba más certera de nuestra propia apostasía".

Reiteremos la invitación del obispo a no perder la esperanza de que un día los musulmanes se conviertan. Dios los ha llamado, también a ellos, a ser hijos de Dios. No en vano el Señor dijo que había que ir "a todas las naciones", para evangelizarlas. El drama de nuestro tiempo, al que hemos aludido repetidas veces, es que el fuerte renacimiento de la conciencia islámica coincide con la incuria y el desmayo de tantos católicos que parecen haber renunciado al mandato apostólico del Señor, al punto de que algunos misioneros piensan que ya no hay que propiciar la conversión de los musulmanes al Evangelio sino tratar de que sean lo más fieles posibles al Corán. La convivencia que se está produciendo en el Occidente entre musulmanes y católicos ofrece una oportunidad inmejorable que deberían aprovechar los países cristianos que acogen comunidades de origen musulmán. Recordemos que fuera de la contención de la *ummah*, el corazón del musulmán puede sentirse mejor dispuesto para convertirse a la verdadera fe.

Podemos consiguientemente terminar diciendo que frente a la embestida islámica en el Occidente, la mejor respuesta es volver a ser católicos en serio, tanto en la esfera individual como en la pública, no dejando de lado el ideal de Cristiandad. A una cosmovisión, como es la islámica, que no separa la revelación que creen haber recibido de la construcción del orden temporal, sólo cabe salirle al paso con otra cosmovisión, la verdadera, que busca la integración jerarquizada del orden sobrenatural y el natural. Si los musulmanes no ven eso, en modo alguno nos respetarán. El musulmán es un hombre que cree en Allah, que reza, que da limosna, que peregrina, y que sabe que será juzgado en el más allá, lo que lo hace superior a todos los ateos de Occidente. Y así se siente.

Si es cierto lo que afirma Messori, de que es preciso convencerse de "una amarga realidad que se ha visto confirmada por mil trescientos años de historia: con el islamismo es imposible un verdadero diálogo", y no pudiendo ni siquiera pensarse en la posibilidad de una cruzada o de una reiteración de Lepanto o de Viena, sólo nos queda excogitar una ofensiva espiritual. La típica pregunta que el musulmán le dirige al cristiano es: *¿Cómo* Dios puede abajarse hasta hacerse hombre? Sería espléndido que un día cambiase el *cómo* por el *por qué*: *¿Por qué* Dios se ha abajado hasta hacerse hombre? Entonces nosotros le podríamos contestar: Porque nos ama, porque es misericordioso, el Misericordioso.

Eso es lo que está a nuestro alcance, dar testimonio de Cristo. No nos es lícito, pues, renunciar

a la conversión de los musulmanes. Sera la mejor manera de mostrarles que los amamos en el Cristo que derramó su sangre por todos. también por ellos. Un sacerdote originario de Irán cuenta que, en cierta ocasión, se encontraba en Argel. esperando un colectivo, y vio que un musulmán, bien vestido, lo miraba fijamente. Al rato éste se le acercó y le dijo: "Ustedes no quieren convertirnos. Con ello nos están despreciando en demasía. Lo lamentarán". Lejos están, por cierto, los tiempos en que Francisco de Asís decidía emprender viaje a Damieta para convertir al Sultán o en que Raimundo Lulio se dirigía a Túnez para evangelizar a sus pobladores. Sin embargo necesitamos algo del celo que caracterizó a aquellos grandes hombres, un poco al estilo de Charles de Foucauld. Necesitamos el coraje del testimonio que llevó a miles de mártires a dar su vida precisamente para tratar de convertir a alguien del Corán al Evangelio. No es haciéndoles mezquitas como vamos a ganarlos. Ni los musulmanes serán convertidos por sacerdotes "sin certezas", ni atraídos por un catolicismo *light* y componendero.

Hay algo que nos puede servir de puente con el Islam. El común aprecio a Jesús, que si bien no es para los musulmanes el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, lo consideran al menos como un hombre sublime, un gran profeta, el que tomará cuentas a todos el día del juicio final. Pero sobre todo la común veneración a la Santísima Virgen, a *Maryam*. No es. por cierto. para ellos, la Madre de Dios, ya que Cristo no es Dios. Pero sí es una mujer sublime, exenta de pecado, virgen y madre, bendi-

ta entre todas las mujeres, que obedeció decididamente los decretos divinos, la más noble de las musulmanas, la perfecta prometida de Allah. Que ella los lleve algún día a la única fe verdadera.

* * *

Cerremos este curso sobre la que hemos llamado quinta tempestad de la historia. El islamismo ha sido un verdadero torbellino que se abatió sobre la Iglesia y sobre la Cristiandad. A diferencia de las anteriores tempestades, que concluyeron felizmente, sigue amenazando con inundar la cubierta de la nave de Pedro. Pero debemos confiar en que Cristo, que parece como dormido en la nave, un día se despertará y calmará también esta tempestad, haciendo que el Islam se convierta. Será un día realmente glorioso.

Bibliografía consultada

El Corán, ed. en lengua española, Medina, Arabia Saudita, año 1417 de la Hégira.

Le Coran, traduction et commentaire systématique (3 vols), por Bruno Bonnet Eymard, La Contre-Réforme Catholique, Saint-Parres-lès-Vaudes, France, 1988, 1990, 1997.

Hanna Zakarias, *De Moïse à Mohammed*, 2 volúmenes, Cahors 1956.

Albert Hourani, *La historia de los árabes*, Vergara, Buenos Aires 1993.

Seyyed Hossein Nasr, *Vida y pensamiento del Islam*, Herder, Barcelona 1985.

Juan Damasceno, *Ecrits sur l'Islam*, Sources chrétiennes, Ed. du Cerf, Paris 1992.

Manuel II Paléologue, *Entretiens avec un musulman*, Sources chrétiennes, Ed. du Cerf, Paris 1966.

Julio Meinvielle, *Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo*, y otras obras, Dictio, Buenos Aires 1974.

Autores varios, *La Croix et le Croissant*, Renaissance Catholique, 1996.

Antoine Moussali, *Judaïsme, christianisme et islam*, Ed. de Paris, Paris 2000.

Hilaire Belloc, *Las grandes herejías*, Tierra Media, Buenos Aires 2000.

Las Cruzadas, Emecé, Buenos Aires 1994.

Esmel Esin, *La Meca la bendita y Medina la radiante*, Argos, Barcelona 1964.

Max Cabantous, La création de l'Islam, en *Lecture et Tradition* nº 297 (2001) 7-20.

Jacques Villemonais, De l'Islam en général et de l'Islam en particulier, en *Lecture et Tradition* nº 297 (2001) 25-39.

Rubén Calderón Bouchet, *El Islam, una ideología religiosa*, Fundación San Pío X, Buenos Aires 1994.

Jean Abd-el-Jalil, *Aspects intérieurs de l'Islam*, Ed. du Seuil, Paris 1979.

Marie et l'Islam, Beauchesne, Paris 1950.

Cristianismo e Islam, Rialp, Madrid 1954.

Federico Carlos Scharn, *Reconquista católica de la España musulmana 718-1492*. Asociación Pro-Cultura Occidental-Nueva Hispanidad, Guadalajara-Buenos Aires 2002.

Jean Dumont, *Lepanto, la historia oculta*, Encuentro, Madrid 1999.

B. Llorca, R. García Villoslada, P. de Leturia, F. J. Montalbán, *Historia de la Iglesia Católica*, tomos I, II y IV, BAC, Madrid, 1950, 1953, 1958.

Daniel-Rops, *La Iglesia de los Tiempos Bárbaros*, Luis de Caralt, Barcelona 1956.

La Iglesia de la Catedral y de la Cruzada, Luis de Caralt, Barcelona 1956.

Christopher Dawson, *Ensayos acerca de la Edad Media*, Aguilar, Madrid 1960.

Juan Schuck, *Historia de la Iglesia de Cristo*, Dinos, San Sebastián 1957.

Jean Charbonneau, *La destinée paradoxale de Charles de Foucauld*, Milieu du monde, Paris 1958.

Miguel Carrouges, *Carlos de Foucauld, explorador místico*, Studium, Madrid-Buenos Aires 1957.

René Bazin, *Carlos de Foucauld, explorador de Marruecos, ermitaño en el Sahara*, Difusión, Buenos Aires 1951.

Raimundo Lulio, *Obras literarias*, BAC, Madrid 1948.

Alexandr Del Valle, *Guerres contre l'Europe. Bosnie-Kosovo-Tchétchénie...*, Ed. des Syrtes, Paris 2000.

Jorge Soley Climent, Crónica del atentado que cambió nuestro mundo, en *Cristiandad* nº 843-844 (2001) 3-12.

El islam, un reto milenario, en *Cristiandad* nº 845-846 (2001) 27-33.

José María Petit Sullá, Laicismo y paz social, en *Cristiandad* nº 843-844 (2001).

Guillermo A. Spirito, Nuestra Señora, esperanza del Islam, en *Mikael* 23 (1980) 113-122.

Titus Burckhardt, *Introduction aux doctrines ésotériques de l'Islam*, Dervy-Livres, Paris 1969.

Shihâboddîn-Sohravardî-Shaykh al-Ishrâq, *L'Archange empourpré*. Quinze traités et récits mystiques, traduits du persan et de l'arabe, Fayard, Paris 1976.

Henry Corbin, *Avicenne et le récit visionnaire*, Berg International, Editeurs, Paris 1979.

Ghazâlî, *Le Tabernacle des Lumières*, Seuil, Paris 1981.

Rûmî, *Poesie mistiche*, 3ª ed., Rizzoli, Milano 1988.

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



Impreso en Alba Impresores S.R.L.
Av. Amancio Alcorta 3910, Buenos Aires
albaimpresores@gmail.com
República Argentina

Agosto 2011

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Antonio Gramsci
y la revolución cultural

De la Rus' de Vladímir
al "hombre nuevo" soviético

El icono, esplendor
de lo sagrado

El fin de los tiempos
y seis autores modernos

El Nuevo Orden Mundial
en el pensamiento
de Fukuyama

In Persona Christi

La Caballería

La Cristiandad
y su cosmovisión

Héroes y Santos

La ascensión y la marcha

El pendón y la aureola

CUÁL es el origen del Islam? ¿Mahoma? ¿O debemos remontarnos a Ismael, hijo de Abraham y Agar? ¿Es un pueblo bíblico o una herejía cristológica?

¿Es un puente entre el paganismo y el cristianismo, que introdujo el racionalismo griego en Europa o, por el contrario, la reacción de las culturas mágicas de Oriente contra el racionalismo grecorromano?

¿Prevalece su raíz ebionita, judeocristiana y gnóstica, en busca de un milenarismo terrestre, y es por lo tanto una religión exterior, una ideología de poder, o posee un fuerte contenido espiritual y místico?

¿Constituye una amenaza contra el Occidente Cristiano o es el último refugio de una cultura tradicional contra el materialismo occidental, sede de la cultura de la muerte?

El P. Sáenz responde a este apasionante cuestionario en cinco apretados capítulos.

RAFAEL L. BREIDE OBEID
Del Prólogo

ISBN 978-950-9674-66-0

